HQN™

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

ROBYN CARR

Amanecer en la bahía

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

© 2020 Robyn Carr

© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.

Amanecer en la bahía, n.º 282 - septiembre 2023

Título original: Sunrise on Half Moon Bay

Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por

Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1141-992-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

La madre de Adele Descaro murió justo antes de Navidad. Aunque la echaba de menos, Adele se sentía aliviada sabiendo que ya no estaba prisionera en un cuerpo que no le servía. Hacía cuatro años, había tenido un ataque de apoplejía que la había dejado sin habla y sin movimiento, con la única posibilidad de comunicarse a través de la mirada y las expresiones faciales. Adele había sido su cuidadora durante aquellos cuatro años y, ahora, después de la muerte de su madre, podía recuperar su propia vida. Si era capaz de recordar lo que había sido.

Tenía treinta y dos años y había pasado los últimos ocho cuidando a los demás, puesto que, antes de encargarse de su madre, también había cuidado a su padre incapacitado durante otros cuatro años. Su madre había hecho una gran parte del trabajo y, a los pocos meses de la muerte de su marido, había sufrido el derrame.

Adele se había quedado hundida con aquel giro de acontecimientos tan cruel. Había dejado su trabajo de contable en una pensión de la zona y se había dedicado por completo a cuidar de Elaine, contando con la ayuda de un servicio de enfermería a domicilio y, también, la de su hermana mayor, Justine. Justine era mucho mayor que ella. En realidad, tenía veinte años más; en aquel momento, cincuenta y dos.

Adele se sentía feliz de haberse dedicado al cuidado de su madre, pero también sabía que su dedicación le había permitido esconderse de su propia vida, posponer su desarrollo personal y mantener sus sueños y deseos lejos de su alcance. Ahora había recuperado aquella posibilidad. Vivía en el hogar en el que se había criado, tenía amigos en su pueblo y tenía tiempo para dedicárselo a lo que más deseaba.

Justine era una abogada de éxito que trabajaba en una empresa de

Silicon Valley, y tenía dos hijas adolescentes. No había podido colaborar mucho en el cuidado de su madre, pero había contribuido generosamente en todos los gastos e incluso le había pagado un pequeño sueldo a Adele. Y se había preocupado de ir a quedarse con Elaine cada dos domingos para que ella pudiera tener un poco de libertad.

Lo cierto era que, durante aquellos últimos ocho años, Adele había fantaseado mucho sobre cómo iba a reinventarse cuando llegara el momento. Y, ahora que había llegado, en medio de los lluviosos meses del invierno a orillas del Pacífico, se daba cuenta de que aún no había ideado ningún plan. Había dejado los estudios de Literatura Inglesa en Berkeley para volver a casa cuando le habían dado el alta a su padre en el hospital.

«Para ayudar», le había dicho a su madre.

Su padre, Lenny, trabajaba de supervisor de mantenimiento del distrito escolar de Half Moon Bay y, mientras arreglaba un conducto de calefacción del techo de un auditorio, había sufrido una mala caída. Había estado enyesado durante meses y habían tenido que operarlo varias veces de la columna vertebral y, después, había pasado años en silla de ruedas. Lo peor de todo era el dolor, un dolor tan insoportable que él se había vuelto dependiente de los analgésicos.

Elaine necesitaba su ayuda, cierto, pero ella podría haber continuado con los estudios. Sin embargo, había tenido otro problema: se había enamorado y se había quedado embarazada accidentalmente. El padre del bebé no quería tener un hijo, así que, además de un embarazo no deseado, ella había sufrido un doloroso desengaño.

Había tomado la determinación de criar sola al bebé, pero tuvo complicaciones en el embarazo y el niño nació muerto. Eso la dejó completamente hundida. Encontró refugio en la seguridad de su casa, aunque la discapacidad de su padre empañara la vida allí.

Miró por la ventana de la cocina. Estaban a principios de marzo y la bruma permanecía en la playa todos los días hasta bien entrada la mañana. Era como vivir en una nube densa. Adele no encontraba

motivación. Estaba comiendo lentejas en el envase de cartón del deli, de pie, junto al fregadero de la cocina. Llevaba un albornoz de chenilla color violeta, y se le había caído un poco de líquido en la solapa. Aquel día ni siquiera se había molestado en vestirse. Podría haber pasado las horas leyendo buena literatura o, mejor todavía, elaborando un buen plan para su vida. Sin embargo, había estado viendo capítulos de MASH tumbada en el sofá. Hacía meses que dormía en aquel sofá. Había dormido muy a menudo allí durante los últimos días de su madre, para poder oírla por las noches.

Alguien llamó al timbre, y ella miró la mancha del albornoz.

–Genial –murmuró.

Se tomó otra cucharada de lentejas y fue a abrir la puerta. Era Jake Bronski, su mejor amigo. Él alzó una bolsa blanca para que ella pudiera ver que le había llevado algo. Entonces, Adele abrió.

–Hola, Jake. Lo siento, pero iba a salir…

–Sí, ya –dijo él, y se abrió paso–. Te han invitado a una fiesta de pijamas, ¿no?

–Pues da la casualidad de que sí –dijo ella, suavemente.

–Bueno, de todos modos estás tan preciosa como siempre. ¿Por qué no vas a ponerte algo menos cómodo mientras yo preparo la mesa?

–Si me prometes que no vas a limpiar la cocina, de acuerdo. Me molesta que lo hagas.

–Pues alguien tiene que hacerlo –respondió él, y le sonrió–. Vamos, vete.

–Está bien, pero esto tiene que acabar en algún momento –respondió ella, aunque sabía que no quería que terminara.

Fue a su habitación, el dormitorio principal, que había sido el de sus padres hasta que enfermaron y convirtieron el único dormitorio que había en la planta baja, que tenía un baño contiguo, en una enfermería. Era una suerte que su padre hubiera hecho algunas reformas en la casa poco antes del accidente, ya que aquellas casas

antiguas no tenían un baño espacioso en la planta baja.

Tal vez por ese motivo le costara dormir en su cama, porque había sido la de sus padres cuando estaban sanos y eran felices.

Se desvistió y se metió en la ducha. Jack se lo merecía. Se secó el pelo y buscó unos pantalones vaqueros limpios. Por supuesto, ella era de las mujeres que engordaban, en vez de adelgazar, cuando estaban deprimidas. ¿Cómo era posible que casi no pudiera tragar la comida y engordase? Mientras se ponía los vaqueros, que le quedaban apretados y hacían que se sintiera incómoda, suspiró. Se puso un poco de brillo en los labios y bajó la escalera.

Se encontró con que la cocina estaba limpia y la mesa puesta con dos individuales, platos, copas de vino y vasos de agua. Jake incluso había servido la comida: ensalada césar, carne y judías verdes. En la encimera había dos trozos de tarta de queso con frutos rojos. Y, en la mesa, una botella de vino ya descorchada.

–¿No viene tu madre? –preguntó Adele.

–No, hoy echan Bailando con las estrellas –dijo él–. ¿Qué has hecho hoy?

–No mucho.

Él sacó una silla y se la ofreció.

–Addie, ¿has pensado en hablar con un profesional? Creo que tienes una depresión.

–Ah, y ¿tú crees que alguien me la va a poder quitar?

–¿Y si necesitas medicación?

–¡Jake, mi madre acaba de morirse!

–Eso ya lo sé. Pero durante estos últimos años, hemos hablado de las cosas que querías hacer cuando ya no tuvieras ataduras.

–Es cierto, pero yo no quería que se muriera. Y creo que es normal sentir dolor, en estas circunstancias.

–Estoy completamente de acuerdo, pero tú lo estás convirtiendo en un encierro. Ahora eres libre para vivir como quieras. Por fin puedes quedar con tus amigos, salir, hacer cosas.

–¿Te refieres a que disfrute de este tiempo húmedo y frío? No sé, puede que cuando salga el sol me sienta más motivada.

–Tenías una lista muy larga de cosas que ibas a hacer. Ni siquiera me acuerdo de todo…

–Iba a reformar la casa o, por lo menos, a darle un lavado de cara para poder venderla, comprarme un apartamento pequeño con buenas vistas, acabar mis estudios de posgrado, salir con Bradley Cooper…

Él sonrió.

–Yo puedo ayudarte con lo de la casa –dijo él–. Y, si hay algo que no pueda hacer yo, encontraré a la persona perfecta para el trabajo. ¿Has visto últimamente a Justine?

–No la veo mucho, ahora que no necesito que me ayude con mi madre –respondió Adele–. Trajo a las niñas un par de veces después de Navidad.

–Debería hacer algo más que eso –dijo él, y frunció el ceño.

–Yo también podría ir a San José a verla. Ella no es la única en esta relación.

–Pero no creo que se dé cuenta de lo mucho que la necesitas.

–Bueno, aunque seamos familia, no estamos muy unidas. Si no fuéramos hermanas, no seríamos amigas. No tenemos nada en común.

–Muchos hermanos dicen eso. Yo no estoy unido a Marty. Si él no necesitara dinero constantemente, no sabría nada de él.

Eso era algo que los dos tenían en común, pensó Adele, pero por distintos motivos. Marty, el hermano menor de Jake, se había casado dos veces y tenía tres hijos, en total. En aquel momento

tenía una novia con la que vivía, y no se le estaba dando muy bien mantener a su familia.

En el caso de Adele y Justine, la diferencia de veinte años de edad era solo el comienzo. Nunca habían vivido en la misma casa. Justine estaba en la universidad cuando ella nació. Elaine tenía ya cuarenta años cuando se había quedado embarazada por sorpresa. Entonces, posiblemente por su edad y su experiencia, Elaine había convertido a Adele en el centro de su vida de un modo que nunca había hecho con Justine. Adele había sido una niña terriblemente mimada, adorada por sus padres. A Justine también la habían querido, pero no había recibido tanta atención. Le había contado muchas veces a Adele que, cuando le había pedido a su madre que le hiciera el vestido de novia, puesto que Elaine era una magnífica costurera, su madre le había respondido que no tenía tiempo, que tenía una niña pequeña. Cuando Justine le había dicho que la niña estaba ya en el colegio, Elaine había replicado:

–Pero Adele y yo también tenemos que prepararnos para la boda. ¿Cómo voy a encontrar el tiempo para hacer un vestido de novia, algo tan complicado?

Para Justine, las cosas siempre habían sido así. Adele era la favorita y Justine tenía que ser comprensiva, hacerse a un lado y adorar a su hermana pequeña. Su madre no le daba excesiva importancia a sus éxitos, que eran considerables, mientras que el más ligero balbuceo de Adele era motivo de elogio.

–Si Adele hiciera caca en el cuenco del ponche, mamá diría: «¡Mira lo que ha hecho la niña! ¿A que es inteligentísima?» –protestaba Justine.

Pero, que ella recordara, sus padres no habían reaccionado tan bien cuando había vuelto embarazada de la universidad, sin querer revelar el nombre del padre de la criatura. Su padre reaccionó como si le hubieran pegado un tiro en el estómago, y su madre se había echado a llorar, preguntándose qué tipo de canalla había llevado a su preciosa hija por el mal camino. Y, cuando el niño había nacido muerto, su padre dijo que ahora podía empezar de nuevo, mientras que a su madre le había parecido una bendición. La única persona que le había ofrecido un apoyo verdadero había sido Justine.

–Como tengo a mis hijas, me imagino lo que debes de estar pasando. Cualquier cosa que yo pueda hacer, Addie. Lo que sea. Solo dime lo que necesitas.

Aquel era, probablemente, el momento en que su hermana y ella habían estado más cerca una de la otra. Breve, agridulce, pero muy importante, porque siempre existiría aquel vínculo.

–Creo que mañana por la noche deberíamos ir al cine –dijo Jake–. Hace mil años que no vamos.

–No tanto. Solo un año, más o menos.

–Vamos a salir –dijo él–. No es que no me gusten nuestras cenas en casa, pero ¿por qué no vamos a ver una peli? Yo me quedaré calladito, comiendo palomitas, mientras tú devoras a Bradley Cooper con los ojos.

–¿Sabes? La primera vez que me salvaste, yo tenía cuatro años.

–Más bien, diez –dijo él–. Te tiraste de cabeza a la piscina y te hundiste como una piedra –dijo Jake.

En aquel momento, estaba trabajando de socorrista en la piscina comunitaria. Él tenía ocho años más que ella y era como su hermano mayor. Después de aquel accidente, le había enseñado a nadar y, ahora, nadaba como una deportista de competición cuando tenía la oportunidad. Se conocían prácticamente de toda la vida. Sus familias vivían a un bloque de distancia en un barrio residencial de Half Moon Bay, en California. El señor Bronski iba andando a trabajar a su mercado todos los días, y la señora Bronski iba a ver a la madre de Adele a menudo. Las dos trabajaban de voluntarias en el colegio. Beverly Bronski había seguido yendo a visitar a su madre con frecuencia hasta su muerte. Habían estado muy unidas durante muchas ocasiones importantísimas. Hacía trece años, Jake se había casado con Mary Ellen Rathgate y, a los dos años, ella le había dejado por otro hombre y le había destrozado el corazón.

Hacía diez años, Max Bronski había muerto de un infarto. Hacía ocho años, el padre de Adele había sufrido el accidente y se había quedado discapacitado para el resto de su vida. Cuando acababa de

morir, su madre había tenido el derrame cerebral. Como ninguno de los dos estaba unido a sus hermanos, Jake y Addie habían sido el único apoyo el uno para el otro durante mucho tiempo.

Aunque Adele tenía lavaplatos, fregaron y secaron los platos juntos. Hablaron del barrio, de la gente que tenían en común, de sus familias. Adele dijo que Justine siempre estaba trabajando. El hermano pequeño de Jake, Marty, no tenía los mismos vínculos que Jake con el mercado que habían heredado de su padre, y solo trabajaba allí cuando estaba entre otros dos trabajos.

–Creo que ya es hora de que madure –dijo Jake, y no por primera vez.

Cuando se estaba marchando, le dijo a Adele que había pensado en una película a las siete de la tarde del día siguiente. Podían cenar palomitas y, si seguían teniendo hambre después, comer algo. Le puso una mano en el hombro, se lo apretó y le dijo:

–Ha sido estupendo cenar contigo, Addie.

–Sí. Gracias, Jake. Nos vemos mañana.

Él le dio un beso en la frente antes de marcharse.

A Jake siempre le había gustado Adele, pero parecía que nunca había habido un buen momento para ellos. Cuando la conoció, era una niña y, cuando pasó a la adolescencia, él era un hombre de veinte años. Entonces, ella se fue a la universidad, y él se enamoró de Mary Ellen y se casó con ella al poco tiempo. Cuando Mary Ellen lo dejó, Addie tenía una relación con alguien de Berkeley, así que él se la quitó de la cabeza.

Sin embargo, cada vez que ella iba a Half Moon Bay a pasar las vacaciones o un fin de semana con sus padres, quedaba claro que tenía una personalidad fuerte que atraía a todo el mundo, y él sentía un molesto deseo. Pero ella estaba con otra persona. Entonces, él se enteró, por su madre, de que esa relación había terminado, así que se convenció a sí mismo de que debía tener paciencia y mantener la distancia como un caballero.

Cuando ella se matriculó en los estudios de posgrado, él se quedó impresionado por su brillantez. Le encantaba hablar con ella cuando estaba en Half Moon Bay porque era fascinante. Parecía que sabía un poco de todo. Le confesó que estaba saliendo con alguien, pero no parecía que quisiera contar mucho de su nueva relación.

–Pero ¿estás enamorada? –le preguntó él.

–Estoy muy enamorada, pero estoy disimulando para no ahuyentarlo. Esta vez me voy a tomar las cosas con calma, no como la vez anterior, que me tiré de cabeza y casi me ahogo.

Él recordó cómo habían sido las cosas con Mary Ellen. Era tan guapa y tan sexy que había tardado cinco minutos en desearla desesperadamente, pero, cuando la había conseguido por fin, se había dado cuenta de que era muy superficial. Ella le fue infiel casi inmediatamente.

Así pues, le pareció bien que Addie se tomara su tiempo.

Entonces, ella había vuelto a casa, no de visita, sino para quedarse. Dijo que era porque su padre había tenido el accidente y tenía que someterse a una complicada cirugía, pero él la conocía desde hacía mucho tiempo y sabía que había algo más. Después, vio cómo crecía su vientre y supo que estaba embarazada. También supo que no tenía el apoyo ni el amor del padre de su hijo, que estaba sola.

Procuró ir a verla varias veces a la semana. Si se hubiera presentado la ocasión, le habría dicho que él podía ser su hombre. Se había dado cuenta de lo mucho que quería estar con ella. Sin embargo, nunca encontró el momento adecuado. Hubo unas muestras de cariño que, tal vez, habrían podido llevar a la intimidad. Tuvieron una conversación sobre todo lo que ella había pasado al perder a su hijo, y fue muy intenso. Jake se alegró mucho de que Adele se sintiera lo suficientemente cómoda como para confiar en él, hasta que empezó a sollozar. Entonces, él hizo lo único que se le ocurrió: consolarla. La abrazó y le dio un beso en la frente antes de que sus labios se encontraran. Se besaron torpemente, y ella se apartó. Había pasado por mucho, y parecía que no estaba preparada para enfrentarse a nada más.

Llevaba cinco años esperando a que ella decidiera que podía dar un poco más. Y él dio tanto como se atrevió a dar.

Adele no era la única que tenía sentimientos frágiles.

La agradable cena con Jake la noche anterior y la invitación para aquella noche habían puesto a Adele de mejor ánimo. Pero… ¿quién mejor que su hermana para echarle un jarro de agua fría? Justine la llamó para decirle que iba a ir a verla porque necesitaba hablar de algo con ella. Era sábado, y no iba a ir a la oficina.

Justine era lo contrario a Adele, en cuanto al aspecto y en casi todo lo demás. Su hermana era rubia, alta y esbelta, mientras que ella era más baja y tenía el pelo moreno. Frecuentemente hacían la broma de que no eran de la misma familia. Sin embargo, Justine tenía el pelo teñido y usaba lentillas azules, de modo que parecía más escandinava que italiana. Y era elegante, porque se desenvolvía en un mundo profesional de altos ingresos donde se esperaba que lo fuera. Por el contrario, Adele siempre se había sentido más natural, como una profesora de inglés, y se vestía con jerséis amplios y zapatos planos. Por lo general, se recogía el pelo con una pinza o se hacía un moño. Tenían poco en común, y ese era otro de los motivos por los que no estaban muy unidas.

Cuando llegó Justine, Adele se fijó en su estiloso corte de pelo.

–¿Cuánto cuesta ese peinado tan corto y tan rubio? –le preguntó–. Porque estaba pensando en hacer un cambio.

–En realidad, es bastante caro –dijo Justine, mientras le daba un abrazo–. Y yo estaba pensando en dejármelo crecer, porque a Scott no le entusiasma el pelo corto.

–¿Y qué? Es tu cabeza, ¿no? Y a mí me parece maravilloso. ¿Te apetece un café?

–Supongo que es un poco pronto para tomar una copa de vino –respondió Justine–. ¿Cómo van las cosas desde el funeral? ¿Va encajando todo?

–Supongo –dijo Adele, aunque fuese mentira–. Aunque no tan rápidamente como yo esperaba. No he hecho nada de lo que quería: tener tiempo y energía para adelgazar, ponerme en forma, volver a mis estudios… Pasan los días y no avanzo. Creo que estoy un poco deprimida.

–Sí, hay mucho de eso últimamente –dijo Justine, con tristeza–. Mira, tengo que decirte algunas cosas. Es difícil.

A Adele no le gustó cómo sonaba aquello, pero no se imaginaba a qué podía referirse su hermana. Justine vivía una vida ideal.

–¿Dónde quieres que nos sentemos para hablar? –le preguntó.

Antes de que ella hubiera terminado la frase, su hermana había entrado al salón y se había sentado en una butaca. Era extraño, porque, normalmente, Justine era muy calmada y tenía mucho aplomo, pero en aquel momento estaba muy tensa.

–Voy a ir directamente al grano –dijo–. Ha pasado una cosa. Ha habido cambios en mi empresa. Han reducido personal y han recurrido a las subcontrataciones. Todavía no han eliminado mi puesto de trabajo, pero no hay duda de que va a haber un cambio importante. Seguramente, reducirán los salarios.

–¡Oh, no! ¿Por qué ha pasado esto?

–Por muchos motivos complicados que tienen que ver con los beneficios y las pérdidas. Nos hemos fusionado con otras empresas de software en dos ocasiones, ha habido despidos e intentos de vender la sociedad. Están eliminado puestos de altos cargos para que no haya duplicidad entre los ejecutivos. Cuando dos empresas se fusionan, no tiene sentido tener dos vicepresidentes, dos presidentes, dos asesores generales. A mí ya me han preguntado si me interesa hacerme cargo de Recursos Humanos, puesto que tengo experiencia resolviendo muchas cuestiones legales. Estoy pensándomelo, pero eso significaría una reducción muy grande de mi nómina. Y eso me ha obligado a pensar en otras cosas también.

¿Podría ser una de esas cosas pedirle a su marido que consiguiera un trabajo de verdad?, se preguntó Adele, pero no dijo nada al

respecto. En cambio, preguntó:

–¿Como qué?

–Estoy planteándome ir a ver a un cazatalentos, buscar otra empresa que necesite un director para el departamento jurídico. Tengo mucha experiencia en el campo del derecho empresarial y podría unirme a un bufete de abogados, pero estaría en un nivel más bajo… También he pensado en empezar a ejercer por cuenta propia. Mi experiencia en Recursos Humanos puede valer en muchas especialidades. Tengo la mente abierta. Creo que incluso podría trabajar para el estado. Pero, sea lo que sea, mis ingresos se van a ver reducidos. Y pronto.

Adele se preguntó cómo habría encajado aquella noticia el marido de Justine. Scott y su hermana habían empezado a salir en la universidad, más o menos, cuando había nacido ella. Era un hombre inteligente, pero no había sido un buen estudiante ni había tenido motivación, salvo, quizá, para el golf. Según la información que ella tenía por Justine, Scott nunca había tenido una ambición ni una vocación, pero era un buen hombre y un buen padre. Se licenció en Ciencias Empresariales y se hizo comercial de productos deportivos. Le fue muy bien y, mientras él trabajaba, Justine hizo el Examen General de Admisión en Derecho, y lo aprobó. Fue a la Universidad de Stanford a estudiar la carrera. Scott la apoyó en todo; le había dicho que él se quedaría en casa cuidando de las niñas y jugando al golf.

Como Scott viajaba todo el tiempo en su primer trabajo, se afincaron en San José, en una casita adosada. Era ideal para que él estableciera una base de operaciones y estaba cerca de Stanford, de manera que Justine podía ir y volver a casa en el día. Pero de eso hacía mucho tiempo. Adele recordaba la casita, porque había ido varias veces de pequeña.

Scott estaba muy contento con la idea de que su mujer fuera una buena abogada.

–Es lo que queremos –decía–. Ella será una experta en el ámbito jurídico y yo me ocuparé del ámbito doméstico.

Aquella transición había sido gradual, pero, al final, los había llevado al punto en el que estaban en aquel momento: Justine, una mujer hecha a sí misma con un buenísimo sueldo en una empresa importante y Scott, un padre que trabajaba a media jornada en un outlet de ropa deportiva. Había sido técnico médico voluntario de urgencias y practicaba muchos deportes. Le encantaba hacer senderismo, remar en kayak, bucear y navegar.

–¿Y qué dice Scott al respecto? –le preguntó a Justine.

Su hermana se encogió de hombros.

–Que me apoyará en la decisión que tome –respondió–. Me pregunto si será muy difícil encontrar un bufete pequeño que busque a alguien como yo. O montar mi propio bufete…

–¿Y él no ha pensado en buscar un trabajo serio? –le preguntó Adele–. Bueno, perdóname, porque yo no he tenido un trabajo serio en toda mi vida.

Justine sonrió pacientemente.

–Tus trabajos han sido serios y, sin ti, nosotros habríamos estado perdidos. Si no hubieras cuidado a mamá, le hubiera costado una fortuna a toda la familia. Estamos en deuda contigo. Y estoy de acuerdo en que sería de gran ayuda que Scott tuviera un trabajo a tiempo completo, pero creo que ese barco zarpó hace mucho tiempo. Solo ha trabajado a media jornada desde que nacieron Amber y Olivia.

Adele adoraba a sus sobrinas, que tenían dieciséis y diecisiete años. Estaba mucho más unida a ellas que a Justine.

–Siento que te esté pasando esto –dijo–. Ojalá pudiera hacer algo.

–Bueno, lo que pasa es que el futuro es incierto en estos momentos. Puede que necesite tu ayuda –dijo Justine.

–¿Qué puedo hacer?

–Adele, no me gusta presionarte, pero tienes que recuperarte. Tenemos que tomar algunas decisiones sobre lo que vas a hacer,

sobre lo que vamos a hacer con la casa. Sé que no ha sido mucho lo que te he pagado por todo el trabajo que has hecho, pero no sé cuánto tiempo voy a poder seguir en esta situación, pagando el mantenimiento de esta casa, los impuestos, un modesto sueldo para ti… No quiero sentir pánico antes de tiempo –le explicó Justine–. A lo mejor puedo resolverlo todo sin demasiado lío, pero, si realmente tengo problemas… Puede que falte dinero, Addie. Puede que no sea capaz de cumplir las promesas que te hice sobre ayudarte financieramente a que arregles la casa, o de que te cedería mi mitad del dinero cuando la vendieras, si la vendías… Sé que te prometí que todo iba a ser tuyo a cambio de tu sacrificio, pero tendré que pagar la universidad de las niñas y seguir pagando la hipoteca de la casa…

–¡Pero Justine! –exclamó Adele–. ¡Esto es todo lo que yo tengo! ¡Y estaba pensando en terminar mis estudios!

Justine se acercó a ella y le apretó una mano.

–Todavía falta tiempo para que yo necesite el dinero. Lo que pasa es que quería que supieras lo que está ocurriendo. Si estamos unidas en esto, podremos superarlo. Te prometo que yo intentaré que salga bien por todos los medios.

Pero Adele sabía que, en realidad, nunca habían estado «unidas en esto», y que en el futuro tampoco iban a estarlo. Ella se había dedicado a sus padres y eso había permitido que Justine pudiera desarrollar su carrera profesional. Deberían ser Justine y Scott quienes se apoyaran mutuamente, por lo menos hasta que Justine tuviera una idea mejor. Pero… ¿dónde estaba Scott aquel día? ¿Jugando al golf? ¿Montando en bicicleta? ¿En la bolera?

Adele se dio cuenta de que tenía que enfrentarse a una realidad difícil. Cuando había dejado los estudios para ayudar a su madre a cuidar a su padre, no lo había hecho solo por altruismo. Necesitaba un sitio en el que refugiarse, pasar su embarazo y recuperarse de su dolor. No les había contado a sus padres que su amante estaba casado, que era su profesor de Psicología, y que le había dicho que no podía dejar a su mujer para casarse con ella, que probablemente la universidad lo despediría por tener una aventura con una estudiante. Para ella, la única opción era volver a casa.

En aquel momento, todo iba viento en popa para Justine y Scott, y no deseaban para nada la vieja casita de Half Moon Bay, que no era más que calderilla para ellos. Así pues, hicieron un pacto. Adele se había convertido en tutora de su madre por medio de un poder notarial. Sin embargo, no habían cambiado el testamento para que ella fuera la única beneficiaria. A la muerte de ambos padres, las dos hermanas heredarían por igual el valor de la casa, que tenía más de ochenta años, y lo que quedara del seguro de vida.

En aquel momento, por supuesto, ni Justine ni ella sabían que iba a tener que cuidar a sus padres durante tanto tiempo, pero, antes de que se dieran cuenta, habían pasado ocho años. Ya tenía treinta y dos años, y llevaba cuidando a sus padres desde los veinticuatro.

Como tutora legal de su madre, ella podría haber escapado de la situación pagando una residencia para su madre con el dinero de la casa y de la pensión, y haberse ido a buscar un trabajo mejor y otro sitio donde vivir. No sabía si era la conciencia o la inercia lo que la había mantenido durante tanto tiempo en aquel lugar.

–Solo quería estar segura de que entendías las circunstancias antes de que ocurra algo más –dijo Justine–. Y, como no tienes planes para un futuro inmediato, por favor, no pongas la casa a la venta ni nada parecido. Dame la oportunidad de saber qué va a pasar. Tengo dos hijas y haré lo que esté en mi mano para protegeros a ellas y a ti. ¡Son tus sobrinas! Te quieren mucho. Estoy segura de que tú quieres que tengan una buena educación tanto como yo.

«¿Acaso alguien quiere que yo tenga la oportunidad de empezar de nuevo?», se preguntó Adele. Por la conversación, tenía la impresión de que Justine estaba rompiendo su pacto.

–Lo pensaré, pero Scott también tiene responsabilidades –dijo.

–Lleva tanto tiempo sin trabajar a tiempo completo, que… –murmuró Justine.

–Pero todos tenemos que estar a la altura de nuestras responsabilidades y compromisos de personas adultas. Y tú llevas mucho tiempo ganando mucho dinero con tu trabajo. Puedes recuperarte. Yo ni siquiera he empezado.

–Necesito tu ayuda, Addie –dijo Justine–. Tienes que hacer un plan, algo que podamos poner en marcha. Pon un poco de energía en arreglar esta casa vieja, piensa en lo que deberíamos hacer con ella. Vamos a tenerlo todo bien pensado antes de que yo me vea en una situación más difícil y no pueda ayudar. Lo siento, pero tenemos que seguir adelante.

Capítulo 2

La visita de Justine y sus noticias, que no presagiaban nada bueno, le amargaron el día a Adele. Le dolía la cabeza de fruncir el ceño. Ni siquiera había podido pensar en lo que iba a hacer con su vida, y Justine ya le había puesto cortapisas. Se pasó dos horas con una calculadora, haciendo números. Habían pensado en pedir una hipoteca para reformar la casa antes de venderla, pero, si Justine no podía pagarla, ¿cómo iba a hacerlo ella? Además, estaba segura de que una persona tenía que estar trabajando para que el banco aprobara la concesión de un préstamo.

Ella no tenía dinero ni ingresos, tan solo lo que le pagaba Justine. Había ahorrado un poco del seguro de vida, pero, sin el dinero de Justine, se le iba a terminar muy pronto. ¿Cómo podía hacerle eso su hermana? Mientras ella cuidaba de su madre, Justine y su familia habían estado en Francia, Italia y Escocia, por no mencionar todos los viajes de fin de semana que hacían a un sitio y otro. Tenían todo el equipamiento deportivo que pudieran soñar y vivían en una casa preciosa. Y, ahora, después de que ella hubiera sacrificado ocho años de su vida, ¿Justine le advertía que tal vez tuviera que dejarla sin apoyo? ¿Cómo era posible?

Intentó recordar que Justine no había tenido las cosas fáciles. La carrera había sido una lucha para ella, aunque se había licenciado con honores. Después, había trabajado durante jornadas muy largas mientas que Scott empezaba a trabajar menos y menos. Y, después, cuando quisieron tener un hijo y no pudieron, Justine fue a visitar a varios especialistas en fertilidad hasta que, a los treinta y cinco años, tuvo a su hija Amber. Y, como muchas mujeres infértiles, después del nacimiento de la niña no tomó precauciones, pensando que no podía quedarse embarazada, y tuvo a Olivia once meses después.

No recordaba todos los detalles de los primeros años de matrimonio

de Justine y Scott, pero, cuando nacieron sus sobrinas, mientras ella estaba en el instituto, era obvio que su cuñado se aseguraba de que las niñas tuvieran lo que necesitaban, pero no iba más allá. Era Justine quien paraba en el supermercado a hacer la compra al volver de trabajar, algunas veces, a las diez de la noche. Se pasaba los días libres haciendo la colada y, si no podía quedarse hasta la medianoche trabajando, se levantaba a las cuatro de la mañana. Scott la criticaba por no hacer ejercicio y se quejaba de que trabajara tantas horas. Scott se encargaba de cocinar, pero eso no era mucho esfuerzo. No hacía comidas elaboradas después de un duro día de golf. Ella había visto muchas de aquellas discusiones porque había sido canguro de sus sobrinas cuando eran pequeñas.

¡Pero nada de eso era culpa suya! Y ahora temía que su hermana no cumpliera sus promesas y volviera a aprovecharse de ella.

Pensó en cancelar la cita que tenía con Jake, porque sabía que no iba a ser la compañía más alegre del mundo, pero no tuvo valor, después de que él hubiera sido tan bueno como para invitarla. Así que se arregló y, cuando él llegó a buscarla, ya estaba preparada.

–¿Qué vamos a ver? –le preguntó, cuando entraba en el coche.

–Lo que quieras. Hay muchos protagonistas atractivos para que elijas –dijo él, y sonrió.

–Cualquier cosa me parece bien.

Así que eligieron un estreno reciente, compraron palomitas y refrescos y se sentaron en las butacas. Ella se quedó mirando la pantalla ciegamente. Él le preguntó tres veces qué le ocurría, y ella le dijo que tenía algunas cosas en las que pensar. La película terminó antes de que pudiera relajarse y disfrutar.

Jake la tomó de la mano y la sacó de su fila. Recorrieron el pasillo central, tenuemente iluminado, que conducía al vestíbulo.

–Vamos a Maggio's. Nos vamos a sentar en una mesa apartada a hablar. Sea lo que sea, lo mejor es soltarlo.

–¿Por qué dices eso? Lo único que pasa es que estoy un poco

malhumorada, nada más. Él hizo un gesto negativo.

–No, no es solo eso. Cuando no miras a Bradley Cooper, el hombre con el que quieres casarte, con los ojos muy abiertos, es que tenemos un problema. Vamos a tomar un poco de vino, y puede que pasta o pizza, pero vino, seguro.

Ella arqueó una ceja.

–¿Es que quieres emborracharme para que se me suelte la lengua?

Él asintió.

–Como solo un buen amigo querría hacerlo.

Llegaron a Maggio's, una pequeña pizzería que era uno de los restaurantes favoritos de Jake. Hacían muchísimo reparto a domicilio, pero había un comedor con ocho mesas para seis personas cada una. Aunque la parte delantera, donde la gente podía recoger sus comidas y pizzas, siempre estaba abarrotada, ella nunca había visto el comedor lleno. También tenían un par de mesas en la acera, y la gente podía sentarse en aquella terraza cuando hacía bueno.

Entraron por la puerta trasera, porque Jake conocía a los dueños y a la mayoría de los camareros. Se sentaron en una mesa que estaba al fondo. A ella le encantaba que estuviera adornada con uvas de plástico y tuviera una iluminación tenue.

–Hola, Jake –dijo la camarera, mientras les ponía una servilleta a cada uno–. Hacía tiempo que no te veía.

–No tanto, ¿no? Conoces a mi amiga Adele, ¿verdad? –respondió él.

–Sí, claro, ¿qué tal? ¿Y qué os traigo para empezar?

–Para mí, una copa de cabernet –dijo Adele.

–Para mí, lo mismo –dijo Jake–. Y vamos a mirar la carta un rato.

–Seguro que te la conoces de memoria, Jake –dijo la camarera, con una bonita sonrisa, mirándolo a los ojos–. Ahora mismo vuelvo.

–Les gustas a todas las mujeres del pueblo –dijo Adele–. ¿Por qué nunca sales con nadie?

–No les gusto a todas –repuso él–. Y creo que Bonnie ha estado casada varias veces.

–¿De verdad?

–Bueno, por lo menos, dos veces. Yo ya he pasado por eso.

Adele se acordaba perfectamente. Fue un escándalo en el barrio. Jake tenía veintitantos años y ella todavía estaba en el instituto cuando él se casó con Mary Ellen. No fue bien. La madre de Jake le contaba a su madre que se peleaban mucho y, al poco tiempo, Mary Ellen era infeliz. Aunque ella nunca se perdía una palabra de los chismorreos de sus madres, lo único que vio en realidad fue a su amigo Jake, de repente, triste, solo, inconsolable. Mary Ellen lo dejó al año y, a los dos años, ya estaban divorciados. Ahora, ella había pasado por su tercer divorcio y había estado con muchos hombres con quienes no se había casado, y se rumoreaba que estaba con un hombre mucho mayor que había dejado a su mujer desde hacía cuarenta años por ella.

–Sí, me encantaría saber qué pasó con eso, aunque solo sea para entenderlo –dijo Adele.

Jake era guapo, inteligente, bondadoso. Su mercado era un pilar importante de la parte más antigua de Half Moon Bay. Además, había trabajado en el ayuntamiento durante un par de años y era muy respetado. En comparación con él, Mary Ellen era atractiva, pero no muy lista, aunque debía de tener algunas habilidades que le permitían conseguir a muchos hombres. Adele sospechaba que era la abundancia de feromonas. Además, también parecía astuta.

–Puede que te lo cuente cuando lo entienda yo –dijo Jake.

Les sirvieron el vino y ellos pidieron pizza para compartir. Después, él fue directamente al grano.

–¿Y si me cuentas por qué hoy no has babeado con Bradley Cooper?

Ella le contó que había tenido visita de Justine y que, debido a

algunos cambios en su trabajo, tal vez no pudiera ayudarla tanto como esperaba.

–Y eso ha puesto de relieve todas las cosas que no he hecho –dijo Adele–. Iba a cambiar mi vida, ¿sabes? A mejorar la casa, y a mí misma. Estaba esperando a que me llegara la inspiración para empezar.

–Ya hemos hablado de esto –repuso Jake–. Tienes mucho tiempo para remodelar la casa. Y tú no necesitas ninguna mejora. A la casa le iría bien una mano de pintura, pero, aparte de eso…

–Ni siquiera he hecho una lista –dijo ella–. Yo pensaba que estaba haciendo planes, pero solo eran fantasías. Los planes necesitan, como mínimo, una lista. Por no mencionar la compra de un cubo de pintura…

–Bueno, pues vamos a hablar de lo que te gustaría hacer y, después, en casa, puedes hacer una lista. Yo puedo ayudarte con esto, ¿sabes? Reformé la casa de mi madre, y he hecho mucho trabajo en mi casa.

–Pero es que tú estás tan ocupado… –dijo ella, y dio un mordisco a su pizza.

–Bueno, si algún día no estoy disponible, conozco a muchos contratistas y sé cómo tratar con ellos. No has visto la casa de mi madre después de que yo arreglara la cocina y los dos baños. Bastante bien para ser un tendero, en mi opinión.

–Lo siento, Jake. Tenía que haber ido a casa de tu madre a ver la obra. Ahora sí que voy a ir. Ella siempre venía a ver a mi madre, a leerle libros.

–Ya sabes que le gustaba –dijo él–. Algunas veces se pasa una hora en la tienda, de visita, hablando con los clientes. Veía que tenía algo en el carro, pero no conseguía que se marchara. Yo le decía que podía llevarle a casa todo lo que necesitara, pero creo que para ella es bueno ir a la tienda. No me voy a quejar hasta que empiece a ir cinco veces al día y, entonces…

Adele dejó de escuchar lo que le estaba diciendo porque hubo algo que captó toda su atención. Había una pareja en la mesa de al lado, de espaldas a ellos, que inclinó la cabeza para besarse apasionadamente. El hombre tenía el pelo castaño rojizo, rizado, un poco largo. Y la mujer tenía el pelo rubio casi blanco, en punta, con un peinado un poco pasado de moda.

Entonces, Adele empezó a tener visiones. El hombre parecía Scott, su cuñado, y tenía la lengua metida hasta la garganta de la mujer. Cuando se separaron, se echaron a reír, y ella le acarició la mejilla un segundo y le dijo algo que hizo que él volviera a besarla. Sí, era Scott. Debía de haber pensado que, aunque ella viviera en Half Moon Bay, nunca saldría un sábado por la noche a tomar pizza. Y casi había acertado, porque eso no ocurría casi nunca. Ella hubiera pedido que le llevaran la pizza a casa.

Entonces, Scott y la mujer desconocida se convirtieron en un recuerdo lejano y doloroso. En su lugar aparecieron Hadley y su mujer. Hadley, su profesor de psicología, con quien había tenido una aventura apasionada. El padre de su hijo.

Él le había dicho que no podía dejar a su mujer, a la que se suponía que detestaba, para casarse con ella. Que la universidad lo despediría por tener una aventura con una alumna. Entre los dos, habían decidido que ella abortaría. Entonces, él se divorciaría de su mujer y empezarían de cero, como si nada de aquello hubiera sucedido. Se casarían y, al final, formarían una familia, y vivirían felices para siempre. Y ella había sido tan ingenua como para creérselo.

Y había hecho lo que hubieran hecho muchas mujeres de su edad: pasar por delante de casa de Hadley, en coche, una docena de veces a la semana. Una mañana vio lo que tenía que haber supuesto: él estaba en la puerta de su casa, con su guapísima y rubia mujer, rodeándole la cintura con un brazo. Ella todavía iba en bata. Había un niño rubio, pequeño, agarrado a su pierna. El niño también era muy guapo, angelical. La mujer de Hadley estaba embarazada. Hadley la atrajo hacia sí y la besó con amor mientras le acariciaba el vientre con una mano.

Hadley no estaba besando a su mujer como si fuera a pedirle el

divorcio.

Se suponía que ella tenía que abortar mientras Hadley ponía en marcha su separación. Había dicho que intentaría sacar dinero de algún sitio para el proceso, pero tenía que hacerlo con discreción o su mujer no le permitiría marcharse. Tendrían que ser discretos.

Ocho años después, no sabía cómo había podido creerse todas sus mentiras. No abortó, pero su hijo nació muerto. Y Hadley no fue a buscarla jamás. Mientras ella cuidaba de sus padres y sufría el luto por la muerte de su hijo, se enteró de que él tenía otras aventuras con otras estudiantes.

Scott y la mujer se materializaron de nuevo. Aquel desgraciado le estaba siendo infiel a su hermana. Pensó en acercarse y lanzarles una jarra de cerveza encima, pero, por suerte, no tenía nada así a mano.

Se dio cuenta de que Jake la estaba observando atentamente. Él siguió la dirección de su mirada, hasta la pareja, y volvió a mirarla a ella, que estaba boquiabierta y tenía un pedazo de pizza en la mano, colgando.

–¿Addie? –preguntó él.

–Mierda –murmuró ella–. Jake, necesito que me hagas un favor. ¿Podemos pedir una caja para la pizza y marcharnos? Te lo explico en el coche.

–¿Qué pasa?

–Shh –dio ella–. Por favor, ve a la cocina a pedir una caja, pero que no se note –susurró–. El que está ahí al lado con la rubia es mi cuñado. Y no se está besando precisamente con mi hermana.

Jake no pudo resistirse y volvió a mirar.

–Uau –dijo.

Después, fue a la cocina y volvió rápidamente con una caja en la que metió la pizza.

–Espero que todo estuviera bien –les dijo Bonnie, cuando salían.

–Oh, perfecto, pero es que me he acordado de que me he dejado el fuego puesto –respondió Adele, con una sonrisa. Cuando llegaron al coche de Jake, le temblaban las piernas. Cerró de un portazo y exclamó–. ¡Qué desgraciado!

–Pero ¿qué está haciendo aquí? –preguntó Jake–. Viven en San José, ¿no?

–Seguramente, cree que aquí no lo va a reconocer nadie y que yo no voy a salir por la noche. Mientras mi hermana está preocupándose por su trabajo, él está aquí besando a una tía que…

–Cat –dijo Jake.

–¿Eh?

–Se llama Cat Brooks. Tiene una tienda de kayaks y equipo de buceo en la playa, Cat's Place. Ese sitio debería dar mucho dinero, pero ha tenido tres o cuatro dueños estos doce últimos años. Creo que ella es la dueña a medias con su hermano, o algo así.

–Eso tiene sentido –dijo Adele–. Scott trabaja a media jornada en una tienda de deportes en San José, donde le hacen descuento en todo lo que pueda meter en el coche. Eso es lo que hace, jugar. Le encanta navegar en kayak. Y jugar al golf, y bucear, y jugar al fútbol, y todo lo que se te ocurra. Seguro que con su sueldo no puede cubrir el valor de sus juguetes. Justine tiene que trabajar muchísimas horas y él se queja de que tenga jornadas tan largas, y mira lo que está haciendo.

Jake salió del aparcamiento.

–Y, ahora, yo tengo que decírselo –comentó Adele.

–¿Es imprescindible? ¿Por qué tienes que decírselo?

–¡Vamos, venga! –exclamó ella–. ¿Cómo voy a dejar que la pille de sorpresa? ¡Si no creo que sirva de nada que se lo diga ahora! Claramente, él tiene un asunto serio con esa otra mujer, y no puede mantenerse a sí mismo, ni pagar sus momentos de diversión. La que

mantiene a la familia es Justine, siempre ha sido así, desde que se casaron hace veintiocho años. ¡Oh, qué ganas de matarlo!

–Addie, no te apresures a hacer nada –le dijo Jake–. Yo he pasado por esto. Puede que ella te odie por decírselo.

–¿Cómo me va a odiar? –preguntó Adele.

Él respiró profundamente.

–A mí me dijo Marty que Mary Ellen me estaba engañando. Le di un puñetazo en la cara.

–¿Porque no te lo creíste?

–No, porque yo tenía la ilusión de que, al final, podría conseguir que lo nuestro funcionara, y él la destrozó. Fue como si me clavaran un cuchillo en el corazón. En ese instante supe que todo había terminado, y que la cosa se iba a poner fea.

–Pues yo te voy a decir lo que se va a poner feo: voy a irme en coche a San José.

Justine esperaba haber convencido a Adele de que tenía que recuperar las riendas de su vida, para no sentirse obligada a mantenerla para siempre. Había echado un vistazo a los precios de los inmuebles parecidos que había en la zona y había comprobado que podían vender la casa de sus padres por unos seiscientos mil dólares. La casa estaba completamente pagada y no tenía ninguna carga.

Y, si conseguía que su agente inmobiliario y su decoradora arreglaran la parcela, valdría aún más. Ya se preocuparía más tarde de recuperar el dinero que tuviera que invertir en el arreglo.

Seguramente, Adele tendría que posponer más tiempo su vuelta a los estudios, porque necesitaría encontrar trabajo. Ella se lo compensaría de algún modo, en algún momento.

Era cierto que su empresa iba a reducir personal, y eso le causaba

un estrés casi insoportable. Sin embargo, su verdadero problema era otro, y esperaba poder arreglarlo antes de tener que hablar de ello con terceros.

Scott le había dicho que ya no la quería. Lo sentía mucho, pero no podía evitarlo. No tenía esperanzas para su matrimonio y pensaba que lo mejor sería que se separaran. Quería repartir el dinero.

Todo aquello la tomó por sorpresa. Incluso le había estado pidiendo que se esforzara más en su relación que, según pensaba ella, era satisfactoria. No era perfecta, pero… ¿quién tenía una relación perfecta?

Llevaban tres meses yendo a terapia matrimonial, y ella no tenía ni idea de si estaba funcionando. Algunos días, Scott decía que estaban progresando, y otros, que ella no estaba implicándose lo suficiente en el matrimonio, que a menudo era inalcanzable emocionalmente.

–¿Cuándo fue la última vez que fuiste a verme jugar al fútbol? ¿Cuándo fuimos al cine por última vez? –le preguntaba.

Ella trabajaba sesenta horas a la semana y tenía que llevarse trabajo a casa. Quería conservar su puesto.

«Me siento como si tuviera un agujero en el corazón», decía él, y «no estoy viviendo de verdad, solo existiendo». Entonces, ella empezó a sospechar que había otra mujer. Scott no decía cosas así. Cuando oía un diálogo como aquel en alguna película, ponía los ojos en blanco.

Durante sus treinta años juntos, ella había sospechado que estaba con otras mujeres de vez en cuando, pero nunca había tenido ninguna prueba fehaciente. Algún nombre que surgía con frecuencia, una mirada perdida por su parte, un horario muy incoherente… A veces, desaparecía.

Quizá debería haberse preocupado antes. Ahora no sabía qué hacer. Le había preguntado si había tenido aventuras y él le había dicho que no fuera absurda. Sin embargo, esa no era una respuesta verdadera, ¿no? ¿Debería contratar a un detective? Era una idea…

No sabía qué iba a hacer, ni cómo iba a vivir. ¿Qué iban a decir las niñas? ¿Intentaría él quedárselas? Ellas lo adoraban, ¿querrían irse a vivir con él? ¿Querrían estar con ella, cuando tenía que trabajar sesenta horas a la semana?

Al principio, ella pensó que no podía separarse de él. No sabía cómo iba a arreglárselas. No se le había ocurrido que su vida podría ser menos tensa sin que él estuviera vigilando constantemente su jornada laboral y sus contribuciones a la familia. Pensándolo bien, Scott siempre le había costado mucho trabajo emocional. No había sido fácil sacarse la carrera de Derecho mientras tenía que asegurarse de que era una buena esposa. Evidentemente, no podía cumplir con sus labores domésticas mientras trabajaba de abogada, pero ganaba dinero suficiente como para poder pagar una asistenta.

Por su parte, ella nunca mencionó que era la que mantenía la casa ni subestimó sus logros. Procuraba elogiar sus esfuerzos y su inteligencia y mencionar con frecuencia que era muy estimulante para ella. Gritaba de alegría durante sus mediocres encuentros sexuales. Hasta que él no le dijo que ya no la quería, ella no se dio cuenta del enorme trabajo emocional que requería todo aquello.

Scott llevaba la casa y era quien llevaba a las niñas al colegio y a todas las actividades extraescolares. Sin embargo, ahora que Amber ya conducía, él tenía mucho más tiempo libre. Solo tardaba unas dos horas al día en hacer sus tareas, puesto que ella lavaba la ropa, iba al supermercado y limpiaba la cocina después de cenar. Así pues, él podía dedicar unas seis horas al día a hacer deporte y a ver partidos en la televisión. Trabajaba solo veinte horas a la semana en una tienda de ropa deportiva.

«Cómo se atreve a no quererme», pensó ella. «¡Soy yo la que no debería quererlo a él».

Durante la universidad y la escuela de posgrado, Adele tenía un alma aventurera, pero, durante aquellos últimos ocho años había conducido poco. Rara vez salía de Half Moon Bay.

Aquel era un pueblo antiguo. Al principio se llamaba Spanishtown,

cuando se originó en tiempos de la fiebre del oro, y había adquirido su nombre, la Bahía de la Medialuna, a finales del siglo xix. La historia del pueblo se preservaba cuidadosamente. Era una localidad costera muy bonita, que atraía al turismo. Formaba parte del condado de San Mateo y era famosa por su huerta y sus flores, por el surf y otros deportes acuáticos. Era un sitio pintoresco y tranquilo rodeado de playas y de preciosos parques estatales de secuoyas. Tomaba su nombre del puerto en forma de medialuna que había al norte de la zona.

A ella le parecía tranquilo, demasiado tranquilo a veces, incluso anticuado y sofocante. Cuando era joven, estaba impaciente por salir de allí y disfrutar de la libertad viviendo en una ciudad más grande y yendo a la universidad. Ahora, después de estar allí de rehén durante ocho años, casi tenía fobia a irse.

Pero iba a hacerlo, porque no estaba dispuesta a defraudar a Justine. Uno de sus rasgos principales era la lealtad. Sabía que ella era más leal a su hermana que viceversa, pero le parecía bien. Creía que una persona cosechaba lo que sembraba y tenía la esperanza de que, si invertía, conseguiría cosas buenas.

Además, tenía que pensar en Amber y Olivia, a quienes quería mucho.

Llamó a Justine a primera hora de la mañana.

–Ya sé que nos vimos ayer, pero necesito hablar contigo en persona, y cuanto antes. Si es necesario, voy a San José, pero preferiría que tú vinieras aquí para poder hablar sin que aparezcan las niñas o Scott. Es un asunto muy privado.

–¿Qué es lo que te ocurre, Addie? –le preguntó Justine.

–Tenemos que hablar. Es urgente. Por favor, decide lo que deberíamos hacer.

Justine suspiró.

–Hoy tengo muchísimo que hacer. ¿No podrías venir tú? Scott está jugando al golf y las niñas están con sus amigas y no van a venir en

todo el día. Si vienes tú, por lo menos puedo hacer bastantes cosas en el rato que tendría que estar conduciendo.

–De acuerdo –dijo Adele, y tomó aire.

Odiaba la autopista, y hacía varios años que no conducía hasta San José, que estaba a sesenta y cinco kilómetros.

–Vaya –dijo Justine–. Debe de ser muy importante.

–Sí, lo es.

Adele pensó en la única ocasión en que Justine la había apoyado realmente, cuando estaba hundida, embarazada y sola. Su hermana no la había juzgado.

–Estas cosas pasan, hija –le había dicho–. Pero estás haciendo lo mejor. La adopción es una buena opción.

–Si soy capaz de hacerlo –respondió Adele–. Lo noto moviéndose y quiero tenerlo en brazos.

–Es lógico. Y hay muchas mujeres que crían a sus hijos sin el padre. Pero, si lo dices en serio, hay mecanismos legales para que el padre se responsabilice. Tiene que pagar la manutención. Piénsalo. Puedo ayudarte.

Sin embargo, no había tenido esa oportunidad, porque el bebé había nacido muerto. Justine le dio todo su apoyo, pagó el coste del entierro y el funeral, la abrazó mientras ella lloraba y la animó a que fuera al psicólogo para pasar el luto de la mejor manera posible, y a que intentara seguir adelante. Ella siempre le agradecería todo aquello a Justine.

Admiraba y quería a su hermana. También tenía celos, aunque luchara contra ese sentimiento constantemente. Hasta que no vio a Scott comportándose así, pensaba que Justine lo tenía todo: una casa preciosa, unas hijas perfectas, un matrimonio feliz, una gran carrera profesional…

Había ido tan pensativa por el camino, que casi se sorprendió al parar delante de la casa de Justine. Había conseguido llegar sin

incidentes.

Alzó la vista y admiró el edificio. No era una gran residencia, ni nada por el estilo, pero era mucho más grande que la casa de sus padres, y relativamente nueva. Tendría unos quince años. La cocina y el salón eran grandes, y tenían jardín y piscina. La casa tenía cinco dormitorios y otros tantos baños, y el tercer sitio del garaje estaba lleno de equipamiento deportivo, esquíes, bodyboards, kayaks, palos de golf, etcétera. Justine y las niñas también tenían esquíes y bicicletas, pero la mayor parte de todo aquello era de Scott.

Justine abrió la puerta y la saludó. Al verla, frunció el ceño.

–Vaya, estás muy pálida. Pasa. Vamos a sentarnos al patio. Acabo de hacer café y tengo galletas.

–Iba a dejar las galletas –respondió Adele–. Bueno, empezaré mañana.

Adele se sentó en la mesa del patio y esperó a que su hermana sirviera el café y las galletas.

–Bueno, vamos, suéltalo ya –le dijo Justine, cuando terminó.

–Scott te está engañando –balbuceó ella–. Lo vi.

Justine dio un respingo.

–¿Qué es lo que has visto?

–Ayer por la noche fui con Jake Bronski a tomar una pizza a Maggio's. ¿Te acuerdas de ese sitio?

Justine asintió.

–Hay ocho mesas. Entramos por la parte trasera porque Jake conoce a todo el mundo. Acababan de servirnos una copa de vino cuando vi a una pareja en la mesa de al lado. Estaban de espaldas a nosotros. Se estaban besando. Se besaban como si no pudieran parar. Como si necesitaran irse a una habitación.

Justine se quedó callada un instante.

–¿Besándose?

–Sí, apasionadamente. Como en las películas, con la boca abierta, devorándose…

Justine alzó una mano.

–¿Hay alguna prueba de que tienen una aventura, o solo se estaban besando?

–¿Solo? ¿Lo dices en serio? No se me ocurrió seguirlos. ¿Pusiste alguna cláusula en tu contrato matrimonial sobre besarse como estrellas de cine?

–Está bien, gracias por decírmelo –respondió Justine, como si no soportara oír nada más–. A partir de ahora, yo me ocupo. Y, si te acuerdas de algo más…

–Sé quién es ella. Me lo dijo Jake. Es la dueña de la tienda de kayaks que hay cerca de la playa, cuando bajas por el camino de las bicicletas. Se llama Cat Brooks. No es guapa.

Justine se estremeció ligeramente.

–Gracias.

–¿Qué vas a hacer?

–No lo sé. Pero sí sé cómo va a acabar esto. Vamos a tener una pelea, en voz baja para que las niñas no se enteren, y él me pedirá perdón y me prometerá que va a comportarse bien de ahora en adelante. Después, las cosas estarán tensas durante una temporada y él me comprará flores y alguna joya. Después, todo pasará.

–Parece que ya has experimentado todo eso.

–Salvo por la parte de que alguien lo viera. Nunca lo habían pillado, pero hemos tenido esta conversación…

–¿Por qué? Tuvo que hacer algo, si hablasteis de ello.

–Algunas veces me dio la sensación de que me estaba mintiendo sobre dónde había estado. Se contradecía, y no había contestado al teléfono. Recibía mensajes de alguna que otra mujer… pero no vi pruebas fehacientes. No es que le persiguiera ni le espiara, pero, si las niñas no pueden ponerse en contacto con él y me llaman a mí… Bueno, no te preocupes por esto. Lo arreglaremos –dijo Justine, con una sonrisa apagada.

–¿Dónde te dijo que estaba anoche?

–En un torneo de bolos. Está en dos ligas. Supongo que me habrá mentido. Le haré un interrogatorio minucioso y lo averiguaré.

–Puedes hablar conmigo cuando quieras, ¿sabes? –le dijo Adele.

–Gracias, cariño. Eres muy buena. Estoy segura de que zanjaremos este asunto rápidamente. Y no le voy a decir quién me dio la información.

–Creo que estaba en Half Moon Bay porque ella vive allí, y no se le ocurrió pensar que yo los vería –dijo Adele–. Casi no salgo de casa.

–Eso va a tener que cambiar, Addie. No es bueno para ti.

–No –dijo Adele, y se dio cuenta de lo rápidamente que Justine cambiaba de tema para que la conversación girara en torno a ella–. Ya me ocuparé de ponerle remedio.

Capítulo 3

En la encimera había un jarrón con un alegre ramo de flores de primavera. Scott se lo había regalado hacía dos días, un día después de su sesión semanal de terapia matrimonial.

–Para ti, Juss –le dijo–. Soy un hombre muy afortunado. Te querré siempre.

¿Le había regalado flores? ¿Le había hecho una declaración de amor? Porque, según Adele, que no sería capaz de mentir ni aunque su vida dependiera de ello, la noche anterior estaba besándose con otra mujer. Con una mujer llamada Cat Brooks que tenía una tienda de kayaks en la playa.

¿Cómo era posible? Scott y ella habían crecido juntos. Se habían conocido el primer año de Berkeley, cuando eran unos niños que comenzaban a abrirse paso hacia el futuro. Salieron juntos, se enamoraron y rompieron un par de veces, pero siempre volvieron el uno al otro. Se comprometieron después de graduarse, aunque no tenían ni un centavo. Con los gastos de la universidad, los préstamos, poca ayuda de sus padres y trabajos a tiempo parcial mal pagados, no había dinero para celebrar una boda. El brillante del anillo de compromiso era tan pequeño que casi no se distinguía.

Vivieron juntos mientras encontraban un trabajo decente. Ella empezó a dar clases como sustituta, pero al cabo de un año, consiguió una plaza fija de profesora de Álgebra. Scott tardó más en conseguir trabajo de comercial con un fabricante de artículos deportivos, lo cual parecía una buena opción para alguien tan sociable como él. Cuando cumplieron los veinticuatro, pudieron permitirse celebrar una boda sencilla pero elegante. Adele fue la niña de las flores.

A los veinticinco, ella hizo el examen de acceso a la escuela de Derecho y sacó una excelente nota. Scott se mostró entusiasmado. A

los veintiséis años entró en Stanford para estudiar la carrera y terminó graduándose con honores. Scott estaba muy orgulloso de ella, pero también le dijo que se lo esperaba.

Y ¿cuándo había dejado de sentirse orgulloso de ella?

Todos aquellos años, mientras estudiaba Derecho, durante sus dos difíciles embarazos y el estresante trabajo en el departamento legal de un importante fabricante de software, siempre había pensado que Scott y ella eran felices.

Ella había participado en el proyecto de la primera oferta pública de la empresa, y eso le había reportado un buen bono y una gran cantidad de acciones, gracias a lo cual, Scott y ella tenían una considerable cartera de inversiones. Cuando las niñas habían cumplido cuatro y cinco años, ella había conseguido unos excelentes ingresos.

Y Scott decía que era un amo de casa muy satisfecho.

Y, ahora, después de todo aquello, ¿decía que no estaba disponible emocionalmente? Scott había contribuido a la economía familiar con su pequeño sueldo durante los últimos diecisiete años, pero había abandonado la idea de labrarse una carrera profesional cuando había nacido Amber.

–Si yo también trabajo, subiremos de tramo fiscal. Estoy mejor en casa, porque además nos ahorraremos el coste del cuidado de las niñas.

Parecía justo. Scott gestionaba las cuentas, las inversiones, las pensiones, el dinero.

–Tengo que revisar todas las cuentas –se dijo Justine.

Había hecho algo que nunca le aconsejaría a otra mujer. Por falta de tiempo, porque no podía hacerlo todo; pero no sabía cuál era su situación financiera. Tenía tres tarjetas de crédito, pero nunca se preocupaba por las cuentas, nunca extendía un cheque, nunca pagaba una factura. Ganaba el dinero, intentaba ser una esposa atenta y una buena madre, trabajaba hasta el agotamiento y

siempre había deseado un futuro con menos estrés y más diversión.

Tenía cincuenta y dos años, y llevaba desde los dieciocho con Scott. Y, ahora, él estaba con otra mujer.

¿Qué iba a hacer sin él? Siempre habían funcionado como un equipo. Ella no podía hacer su trabajo y el de su marido a la vez. Además, siempre había pensado que envejecerían juntos, pero no sería así. Iba a estar sola. No lo pensaba por falta de autoestima ni seguridad en sí misma, pero ¿cuándo iba a tener tiempo para conocer a un compañero nuevo?

Scott, por el contrario, tenía tiempo para eso y más. No tenía la presión de llevar el dinero a casa. Sus padres eran ricos y no lo necesitaban para nada, salvo para que los visitara de vez en cuando con su familia.

Ella había pasado varios años manteniendo a sus padres enfermos y a su hermana pequeña, que se había hecho cargo de todo su cuidado. Su hermana pequeña, a quien había prometido que compensaría por su sacrificio. Ahora, ni siquiera sabía dónde iban a terminar sus hijas y ella.

Miró el ramo de flores. ¿De verdad su vida era aquel cliché? ¿De verdad su marido le era infiel y después le regalaba flores? ¿Para qué? ¿Para que lo perdonara? ¿Para distraerla y que no analizara más sus problemas ni descubriera que tenía una amante? Y ¿de verdad quería Scott a aquella otra mujer?

De repente, le dio un golpe al jarrón y lo arrojó contra los armarios. Las flores quedaron tiradas entre los añicos de cristal y el agua sucia, en el suelo.

Al mirar el desastre, cabeceó. Aquello no iba a afectar a Scott en absoluto, y ahora ella iba a tener que limpiarlo. En aquel momento, tomó una decisión: en adelante, se movería con más precisión y no haría cosas que la obligaran a trabajar aún más. Tendría que controlar la rabia para no empeorar la situación.

Pero no iba a quedarse de brazos cruzados.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Adele solo podía pensar en Justine. A pesar de lo que hubiera dicho su hermana, y de la aparente calma con la que había recibido la noticia de la infidelidad de Scott, ella no podía imaginarse que Justine dejara pasar aquello con una mera disculpa por parte de su marido.

Sin embargo, tampoco podía imaginarse a Justine sin Scott. Tenía que ser horrible descubrir, a los cincuenta y dos años, que todo lo que creías y valorabas no era más que una mentira.

Se dijo a sí misma que, por lo menos, Justine había tenido una vida espléndida antes de llegar a aquella crisis. Ella, por el contrario, se había pasado la vida sin hacer ningún progreso. Y engordando.

Al pasar por delante de una iglesia cercana a su casa, que tenía un edificio adyacente con oficinas y unas cuantas clases, vio un letrero en una de las ventanas. Clínica de Adelgazamiento. Pensó que, tal vez, pudiera dar un primer paso para recuperar las riendas de su vida, así que cuando llegó a casa buscó en internet la información sobre los programas de adelgazamiento de la iglesia por la que había pasado. Había un grupo que se hacía llamar Mujeres Emergentes y que se reunía varias veces a la semana. Estaba muy cerca de su casa. Decidió que iba a ir a la reunión de la mañana siguiente para conocerlas.

Había intentado adelgazar con varias dietas, pero ninguna le había funcionado. O, quizá, le hubiera funcionado alguna si hubiese conseguido seguirla más de cuatro días. En aquella ocasión, sin embargo, leyó la dieta en la página web y le pareció interesante. Incluso tenían a la venta productos tanto en las reuniones como en el supermercado, destinados a aquellas personas que no tuvieran mucho tiempo para preparar comidas. Pero todo lo que necesitaba ella podía comprarlo en el supermercado de su barrio.

En el supermercado, no en el mercado de Jake.

La primera reunión fue un éxito. Una mujer muy amable la pesó y le dijo que tenía que perder dieciséis kilos para conseguir su peso ideal.

–Yo había pensado que serían unos veintitrés –dijo Adele.

–Te vas a sorprender al ver y notar la diferencia que supone perder tan solo cinco –repuso la mujer.

Adele escuchó quejas, testimonios, consejos y experiencias, y se quedó hasta tarde para que le dieran las instrucciones sobre cómo calcular las raciones de las comidas, incluso en los restaurantes. En cualquier lugar, menos en Maggio's.

Cuando llegó a casa, limpió la nevera e hizo una lista para ir a la compra. Después, limpió la cómoda de su madre y la mitad de su armario, e hizo dos montones con la ropa que iba a donar y la que había que tirar a la basura. Después, escribió una lista de las cosas que tenía que hacer inmediatamente. El primer punto que escribió fue TRABAJO.

Tenía una energía nerviosa que la empujaba a empezar de una vez, pero no sabía cuál era la causa. Tal vez, el hecho de haberse enterado de que su cuñado, a quien quería como a un hermano, era un sinvergüenza. No era digno de confianza. Y su hermana, que lo quería y dependía de él, tenía que enfrentarse a una situación muy dolorosa.

Ella no se atrevía a perder más el tiempo.

Justine estaba terminando de recoger los cristales y las flores del suelo cuando Scott llegó a casa.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó, al verla de rodillas, barriendo los añicos y metiéndolos en el cubo de la basura.

–Se me ha caído el jarrón con las flores. No ha habido supervivientes.

–Vaya. Pero no te preocupes, habrá más –dijo él, con una sonrisa.

Sin duda. Seguramente, habría muchas flores antes de que todo aquello terminara. Se fijó en su camisa de golf y en los pantalones cortos, pero no vio ninguna marcha de sudor ni de hierba en su ropa. Aunque, en realidad, estaban en marzo, y soplaba una agradable brisa del mar. Le hubiera gustado pedirle el ticket del

club de golf de aquel día, pero se limitó a preguntar:

–¿Qué tal has jugado?

–Muy mal. Ochenta y seis.

Durante el resto del día, la conversación fue mínima. Hablaron sobre la cena y sobre lo que iban a necesitar las niñas durante la semana siguiente. Después, Scott se fue a la cama antes de las nueve, como de costumbre, mientras las niñas y ella se quedaban en pie hasta las once. Ella tenía que terminar el trabajo de la oficina y levantarse al amanecer al día siguiente, lunes, y las niñas tenían que terminar los deberes, que habían dejado para el último momento.

El lunes, Justine estaba impaciente por llegar a la oficina, a pesar del ambiente de incertidumbre que reinaba en la empresa. Cuando llegó, envió un mensaje de texto a uno de los detectives con los que trabajaba a menudo para verificar información sobre las empresas con las que podían hacer negocios, o firmar contratos… ese tipo de cosas. En el mensaje formulaba una pregunta:

Tengo un amigo que se está divorciando. ¿Conoces a algún detective privado que haga investigaciones domésticas? Me gustaría poder recomendarle a alguien.

El detective le envió rápidamente un nombre y un número de teléfono. Ella llamó a un tal Logan Danner, un teniente de policía que se había jubilado hacía poco tiempo y que trabajaba para la agencia de un investigador privado de fuera de San Francisco. Pidió una cita para hablar de un posible trabajo. Dio el nombre del detective que se lo había recomendado y dijo que se trataba de un asunto familiar. Y privado.

–Gracias. Me acordaré de llamarlo y darle las gracias por la recomendación. Si quiere, dígame cuándo está disponible y dónde tendré que investigar si me contrata. Así podré sugerirle un sitio para vernos.

–¿No tiene despacho?

–Claro que sí, pero es mejor que nos reunamos en un lugar público que no esté demasiado concurrido. Así no la verán entrando en la agencia de detectives…

–Voy a agencias de detectives de vez en cuando, aunque la mayoría de las veces vienen a verme a mí. Soy abogada. Sin embargo, en este caso…

–Dónde y cuándo, señora Somersby. Vamos a hacer las cosas de una manera fácil.

Ella suspiró.

–Todavía estoy un poco insegura sobre si debo hacer esto…

–De eso también podemos hablar.

–De acuerdo, usted es el experto. Cualquier día entre las cuatro y las siete de la tarde, y supongo que en cualquier sitio entre San José y Half Moon Bay.

–Perfecto. Hay un restaurante chino muy bueno al sur de San José. Se llama Chen's. ¿Ha estado alguna vez?

–No, no.

–Pues es perfecto. Sobre las cuatro y media de la tarde estará muy tranquilo. Incluso puede comprar allí la cena para llevarla a casa, si quiere. ¿Tiene prisa?

–Por supuesto. ¿Hoy mismo?

–Sí, hoy –dijo él–. Aunque lo más posible es que no haya mucha gente en el restaurante, tengo cuarenta y cinco años y soy de aspecto normal. De ojos y pelo castaños. ¿Y usted?

–Cincuenta y dos, pelo rubio y corto, traje de trabajo.

–De abogada –dijo él, riéndose.

–Soy abogada empresarial –explicó ella–. Veo muchos folletos, contratos, documentos de compraventa de acciones, documentación de la Comisión del Mercado de Valores…

–Tomo nota –dijo él–. Entonces, hasta luego.

Durante el resto del día, ella osciló entre el nerviosismo por conocer algunos detalles sobre su marido y el miedo por lo que pudiera averiguar el detective. No sabía si esperaba que Scott no estuviera cometiendo ninguna atrocidad o deseaba descubrir lo contrario. Después de todo, lo que había visto Adele no era aceptable en un matrimonio.

Aunque, quizá, fuera perdonable y pudieran continuar casados. No sabía cómo, pero quizá. ¿Quedaba amor suficiente entre ellos como para conseguirlo?

Llegó a Chen's con algo de antelación. No había nadie comiendo en aquel momento, y le dijo a la camarera que había quedado con una persona a las cuatro y media.

–¿Quiere comer? –le preguntó la maître.

–Por supuesto –respondió Justine, aunque estaba pensando si podía pedir algo que no fuera exactamente una comida. Lo que le había contado Adele le había quitado el apetito.

–Por ahora, quisiera una taza de té, gracias.

Posiblemente, lo que hiciera y dijera ese día iba a decidir el resto de su vida. No era demasiado tarde para cambiar de opinión y olvidarse del detective. Si Scott se enteraba alguna vez… ¡Un momento! ¡Se estaba besando con otra mujer! Eso era un delito peor que contratar a un detective, ¿no?

El hombre apareció en el restaurante. Su entrada fue memorable. Le habló en voz baja a la camarera, sonriéndole. Ella le indicó dónde estaba la mujer a la que buscaba. Logan Danner le dio las gracias con otra sonrisa y se encaminó hacia su mesa.

–¿Señora Somersby? –preguntó, al tiempo que le tendía la mano.

–Sí. Gracias por reunirse conmigo tan rápidamente –dijo ella, mientras se la estrechaba.

–Encantado. Esta noche no trabajo, así que tenemos tiempo para hablar sobre cómo puedo ayudarla.

–Ni siquiera sé lo que estoy buscando.

–¿Y si le hago unas preguntas para encauzar la cuestión?

–Por supuesto.

–¿Infidelidad?

La camarera les llevó el té y, para Logan, una cerveza rubia. También sirvió agua. Después, se marchó rápidamente.

–Eso creo. Mi hermana vio a mi marido besándose con otra mujer. Dijo que eran besos apasionados. En un rincón oscuro de un restaurante.

–Perdone que se lo pregunte, pero ¿hay alguna razón por la que su hermana hubiera podido inventárselo? Alguna disputa familiar, celos, algo por el estilo…

Justine hizo un gesto negativo.

–Addie quiere a Scott –dijo–. Me lo contó inmediatamente. Está indignada y dolida. Yo no demostré lo que sentía, para que ella no lo viera.

–¿Sabe con quién se estaba besando?

–No conozco a la mujer, pero Addie estaba con un amigo que sí la conoce. Se llama Cat Brooks y tiene una tienda de alquiler de kayaks en Half Moon Bay. Allí es donde yo me crie. Hace más de treinta años que no vivo allí, desde que me fui a la universidad. Addie sí vive allí. Es mucho más joven que yo. Nos llevamos veinte años.

Logan frunció el ceño.

–Es muy temerario ponerse a besar a una mujer en el pueblo donde vive su cuñada…

–Bueno, Addie vive allí, pero tiene un círculo de amistades pequeño y no sale mucho. Ha estado varios años cuidando de nuestros padres, que estaban impedidos y necesitaban asistencia médica. Nuestra madre murió hace poco. Ahora, Addie ya puede salir más, y estaba en la pizzería con un amigo de la infancia.

–Entonces, ¿qué es lo que quiere que haga?

–Antes quiero contarle algunas cosas.

–Por supuesto –dijo él. Dio un trago a su cerveza y sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo–. Tómese su tiempo. Dígame todo lo que considere importante.

–Soy abogada y trabajo en una empresa fabricante de software, Sharper Dynamic. Tengo dos hijas de dieciséis y diecisiete años. Scott ha sido quien se ha quedado en casa cuidando de las niñas desde que nació la mayor, Amber. Llevamos casados veintiocho años, pero empezamos a salir en la universidad. Y, durante los últimos veinte años, he sido yo quien ha aportado los ingresos, en su mayoría.

–¿En su mayoría?

–Cuando las niñas crecieron y Scott ya no tenía tantas responsabilidades con ellas, algunas veces trabajaba a media jornada, normalmente, en el comercio de equipos deportivos. Le gustaban los descuentos que le hacían en los palos de golf, las bicicletas de montaña. Descuentos para toda la familia. Un año me hizo las cuentas de lo mucho que había ahorrado para la familia con esos descuentos. Lo suficiente como para pagar unas buenas vacaciones.

Le parecía ridículo incluso a ella.

–Y –dijo Logan–. Tengo la impresión de que hay más.

–Él llevaba la economía doméstica. Me pedía opinión de vez en cuando. No, no… no es eso. Me decía cosas como que iba a cambiar un poco de dinero porque no quería que estuviéramos tan expuestos en un mercado volátil. Y yo le decía que sí. Pero nunca miraba los extractos de las tarjetas de crédito ni de las cuentas del banco. Que yo sepa…

–¿Qué es lo que quiere saber?

–Pues… supongo que si Scott tiene una aventura.

Logan la miró fijamente.

–Creo que ya sabe la respuesta a eso. Lo único que ocurre es que no puede demostrarlo. Como abogada, habrá trabajado en otras ocasiones con detectives privados.

–Sí, lo hago regularmente, pero en el ámbito empresarial. Nunca he tenido que pedir una investigación sobre una infidelidad conyugal.

–Por desgracia, parece que hay una epidemia. Lleva mucho tiempo casada. ¿No ha pensado en ir a terapia matrimonial?

–Ahora estamos yendo, por sugerencia de Scott. ¿Cree que eso significa que quiere salvar el matrimonio?

–Voy a ser sincero, si me lo permite, señora Somersby…

–Por favor, llámeme Justine.

–Justine. Puede que esté intentando demostrar que ha hecho un esfuerzo, cuando no tiene la menor intención de seguir casado. Te sugiero que revises las cuentas por si acaso…

–Muy bien –dijo ella. Seguramente, los dos sabían que aquello podía ser la sentencia de muerte para un matrimonio.

–Yo puedo vigilarlo, averiguar cómo y dónde pasa el tiempo y si tiene una aventura, hacer una búsqueda de información pública sobre la mujer con la que se le relaciona, ese tipo de cosas. Para empezar, necesito el nombre completo de tu marido y su número de matrícula. También me ayudaría una foto. Si el coche está a nombre

de los dos, se le puede poner un GPS. Yo puedo hacerlo con tu autorización.

–De acuerdo. Sí, el coche está a nombre de los dos. ¿Cuánto tiempo se tarda en esto?

–Es cuestión de días, dependiendo del horario de tu marido. Calcula un par de semanas, para no impacientarte. Es necesario dar un anticipo y firmar un contrato muy sencillo, solo dice que pagarás mis horas de trabajo y los gastos y que yo te entregaré la información a ti y solamente a ti.

–¿Y si averiguamos que tiene una aventura? ¿Qué se supone que debo hacer?

–Soy detective, Justine. No soy asesor matrimonial. No sé qué contestarte a eso.

Ella le dio un sorbo a su té.

–Puede que yo sea la que lleva el dinero a casa, pero dependo totalmente de él.

Logan se mantuvo en silencio un momento.

–Si tienes una tarjeta en la que figuren tu dirección de correo electrónico y tu número de teléfono, puedo enviarte un mensaje con el contrato de nuestra agencia. También puedes pagarme el depósito por medio de este teléfono móvil –dijo, por fin. Después, le entregó su propia tarjeta–. Guarda esto en un lugar seguro. A no ser que tengas varias tarjetas de detectives y esta no levante sospechas.

Ella sacó su tarjeta del bolso y escribió el nombre y el apellido de Scott en el dorso: Scott Rush Somersby. Después, le envió una foto de ellos dos, sonrientes. Había muchas fotos como aquella por la casa. Mucha gente pensaba que eran la pareja perfecta…

–Aquí tienes. No me acuerdo de su matrícula, pero el coche es un Escalade nuevo de color azul oscuro. Te envío el número cuando llegue a casa.

–Muy bien. Entonces, podré empezar.

Después de una pausa, ella dijo:

–Termina tu cerveza, y yo voy a terminarme el té. Y le dije a la camarera que iba a pedir algo de comida.

–Estarás mejor a la hora de tomar una decisión cuando tengas la información que necesitas.

–Bueno, no creo que nunca vaya a sentirme mejor con respecto a esto.

–Sí, ya lo verás. Si averiguo lo que tú esperas, querrás conocer todos los hechos antes de decidir algo a largo plazo.

–¿Y por qué piensas que yo tengo alguna expectativa sobre lo que vas a averiguar?

–Porque, de lo contrario, no me habrías llamado. Y, Justine, dudo que dependas tanto de él como piensas.

Justine intentó recordar en qué momento había cedido todo su poder. Y, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que, casi desde el principio, él había empezado a elegir los programas que veían en la televisión, lo que cenaban, dónde iban de vacaciones, con quién se relacionaban socialmente… Él la había convencido para que hiciera el examen de acceso a Derecho.

–Siempre se te han dado bien los exámenes. Sé que te gusta dar clases, pero puedes ganar más dinero con la carrera de Derecho, y seguro que te gustaría también.

–¿Y por qué no haces tú el examen?

–Los dos sabemos que no es buena idea –respondió él.

A él se le daban bien las ventas, cualquier tipo de venta, porque se le daba bien el trato con la gente. Era divertido y entretenido. Pero, probablemente, ella había empezado a ceder el poder de decisión de la pareja durante la universidad y, cuando había empezado a trabajar de abogada, también había empezado a mostrarle un

excesivo respeto para que su ego masculino no se resintiera por ser el menos exitoso de los dos.

Aunque, en realidad, Scott nunca había demostrado interés por el trabajo. Ella siempre había supuesto que los dos trabajarían y buscarían una niñera para sus hijas. Sin embargo, no tuvo problema cuando Scott propuso cuidarlas él mismo. Le pareció algo moderno y progresista.

Las mujeres del barrio lo adoraban. Él iba a todos los eventos del colegio y, normalmente, era el único hombre voluntario en las clases, en las excursiones, en las reuniones con las madres de otros alumnos… Lo halagaban y lo comparaban con sus maridos, que nunca echaban una mano. Justine quería decirles que tenían asistenta, pero se callaba. Y Scott tenía muchas limitaciones. No estaba dispuesto a poner lavadoras y no ayudaba con los deberes.

–Tú eres la profesora –decía.

Entonces… ¿qué era lo que hacía, en realidad? Cuidaba de las niñas, y era muy bueno haciéndolo. Ordenaba la casa después de llevarlas al colegio. Pagaba las facturas y gestionaba sus fondos de pensiones.

Hacía cinco años, él había recibido un mensaje de texto a las cinco de la mañana, y ella le había arrebatado el teléfono y lo había leído: ¿Un café luego? Era de una de las profesoras de la escuela elemental de Olivia. Scott y ella habían tenido una gran pelea y ella le había dicho que no debería intercambiar mensajes ni irse a tomar café con otra mujer. ¡No era adecuado! Y él respondió:

–Está bien. Esto termina aquí y ahora.

Ella le preguntó después, en varias ocasiones, si aquello había acabado de verdad, y él le había ofrecido el teléfono móvil. Ella no lo había aceptado. Quería creer en Scott.

Pero ahora se preguntaba, de repente, si su marido no habría tenido aventuras durante todos aquellos años. Trató de imaginarse a Scott besándose con otra mujer, y se puso enferma. Tenía que ir a casa y verlo. Habían hablado dos veces aquel día y él le había dicho que

no iba a salir por la noche, así que ella tendría que disimular. Podía decir que tenía migraña. Le apetecía tomarse un buen Martini, pero no podía correr el riesgo de que el alcohol le soltara la lengua, porque le gritaría algo como «¡Me has estado engañando, desgraciado!».

No podía hablar de ello. No podía poner sobre aviso a Scott mientras Logan investigaba. Conocía a un par de compañeras de trabajo que habían pasado por divorcios muy difíciles, pero no les había prestado atención cuando hablaban de ello porque nunca había pensado que eso pudiera sucederle a ella.

Pensó en Addie. Ojalá pudiera hablar con ella, pero tenía la sensación de que no podía demostrar vulnerabilidad ni debilidad delante su hermana pequeña. Y, sin embargo, le parecía que sus circunstancias, de repente, eran las mismas. Las dos se habían quedado prácticamente aisladas. Ella, hacía veinticinco años, después de empezar a estudiar Derecho, y Addie, hacía ocho, cuando había vuelto de la universidad embarazada.

Se sentía como si le hubiera fallado a todo el mundo: a sus hijas, que iban a quedarse hundidas con aquella crisis familiar, a su hermana, a quien debería haber apoyado más. Y a sí misma. Allí estaba, a los cincuenta y dos años, más sola que nunca. No había hecho nada malo, pero no podía quitarse de la cabeza el pensamiento de que todo era culpa suya.

Scott estaba roncando cuando Justine llegó a acostarse. Ella se había acostumbrado a sus ronquidos con los años, pero, en aquellas circunstancias, le pareció un insulto.

Había pagado el depósito a Logan Danner con la tarjeta de crédito, atrevidamente, porque esperaba que el detective tuviera noticias que darle antes de que Scott se diera cuenta. Y Logan le dio noticias muy pronto. Scott llevaba frecuentando la tienda de kayaks mucho tiempo. Cualquier detective sabía que los extraños le contaban cualquier cosa a otros extraños. Le contó a Jake que le había dicho a alguien:

–Ese hombre… creo que lo conozco. ¿Es Dave Besteil?

–No, no es ese –respondió el joven que estaba recogiendo los kayaks–. Es Scott Somersby, y está aquí todo el tiempo. Es muy amigo de la dueña, Cat.

Logan le envió fotografías de besos apasionados y viajecitos al No-Tell-Motel. Una de las fotos era del jueves, cuando Scott le había dicho que estaba jugando al fútbol. En vez de eso, estaba cenando en un hotel de la costa, después de lo cual, la pareja subió a una de las habitaciones. Scott se marchó solo y la dama se quedó en el hotel, seguramente, a dormir. Él llegó a casa bastante tarde esa noche y le dijo que se había quedado a tomar una cerveza con los chicos después del partido. Según Logan, él llevaba dos años sin formar parte de aquel equipo. Todavía no había averiguado si seguía participando en las ligas de bolos.

La mujer con la que estaba saliendo Scott tenía una historia interesante. Se había divorciado dos veces y había ido a la quiebra empresarial otro par de veces. En aquel momento tenía deudas, pero su coche, de último modelo, estaba totalmente pagado. Y estaba casada con su tercer marido. También había habido algunas llamadas a la policía por altercados domésticos.

–Es posible que esta mujer esté sufriendo maltrato en su matrimonio –dijo Logan.

–Eso puede ser la explicación de que esté buscando un nuevo novio –respondió Justine.

–Bueno, supongo que sí. Pero, normalmente, las mujeres maltratadas tienen miedo de su maltratador y no corren ese riesgo. No ha habido ninguna denuncia por malos tratos, pero la gente miente constantemente para tapar la violencia doméstica. Tienes que estar sobre aviso por si Scott se ha metido en una dinámica peligrosa.

Ella no sabía cuánto tiempo llevaba su marido con Cat, pero imaginaba que bastante tiempo. Tal vez, años. Y era posible que fuera una de tantas.

Se sintió como una completa imbécil.

Logan Danner le había dado la información que necesitaba para seguir adelante, y dijo que seguiría disponible si necesitaba algo más de él. Pero ella podía tomar las riendas en ese punto. Necesitaba una orden judicial para hacer una auditoría de sus finanzas, averiguar si había otras cuentas bancarias y otras tarjetas de crédito. Ese era su terreno. Así se ganaba la vida.

Todo salió a la luz durante su siguiente sesión de terapia matrimonial. Scott empezó como siempre, dando su informe sobre Justine, como si la causa de aquella crisis conyugal fuera solo su comportamiento.

–Justine ha estado muy bien y ha recordado darme las gracias. Creo que estamos haciendo grandes progresos –dijo.

Como si ella tuviera que acordarse de darle las gracias por calentar unos burritos congelados para la cena y a él no le pareciera necesario darle las gracias a ella por trabajar tanto y ganar dinero para pagar aquella comida.

Cuando le llegó el turno, Justine habló con calma.

–Scott tiene una aventura con una mujer llamada Cat Brooks. No sé cuánto llevan juntos, pero, por lo menos, un par de años. Tenemos que tomar decisiones urgentemente. Tenemos dos hijas en una edad vulnerable y no quiero decirles una mentira.

El terapeuta, un hombre delgado y calvo que llevaba gafas de metal, se quedó horrorizado. Pero fue algo breve. Estaba a punto de hablar, pero Scott reaccionó primero.

–¡Estás loca! ¡Solo soy amigo de la dueña de la tienda de kayaks porque me encanta remar en kayak!

–Tengo muchas pruebas.

–¿Y cómo vas a tener pruebas si no he hecho nada?

–No perdamos el tiempo, Scott. Hay fotos, facturas, testigos, muchas cosas. Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer. Tenemos hijas y un patrimonio. Yo soy abogada y sé muy bien que, si contratamos abogados, nos dejarán sin dinero. Claramente, tú ya no quieres seguir casado conmigo, y yo no puedo estar casada con un hombre infiel. ¿Cómo lo resolvemos?

Scott se quedó mirándola en silencio, con odio. Y, en aquel momento, ella se dio cuenta de que no lo conocía en absoluto. En absoluto.

–Todo esto es culpa tuya –dijo él, al final.

Justine no podía llorar. Quería abrir la válvula y gritar de dolor y rabia por aquella traición. ¡La había utilizado! Todo el dinero de sus planes de pensiones y de sus inversiones lo había ganado ella. Ella había conseguido la hipoteca para comprar la casa y era quien la había pagado.

No estaba segura de cuándo había ocurrido, pero había reprimido la capacidad de llorar hacía años. Era una característica del ejercicio de la abogacía. Ella era la responsable de mantener en orden los asuntos jurídicos de una gran empresa y de proteger los puestos de cientos de empleados. Su trabajo no era siempre aséptico y ajeno a las emociones. En algunos momentos, sentía una gran presión porque el futuro de la empresa estaba en juego, por ejemplo, cuando esperaba una respuesta de la Comisión del Mercado de Valores y la respuesta podía ser desfavorable. Entonces, habría una gran decepción, posibles pérdidas financieras, incluso quiebra o una absorción por parte de otra empresa. Ella tenía el aspecto jurídico de su empresa en sus manos, pero, por supuesto, no podía echarse a llorar, por muy asustada o decepcionada que se sintiera.

Scott nunca había comprendido la presión que sentía.

Pero ¿cuándo había sido la última vez que había llorado por su marido o por su matrimonio? Seguramente, antes de que nacieran las niñas. Mientras intentaban formar una familia, había tenido un par de abortos que la habían dejado destrozada. Y, cuando habían

nacido Amber y Olivia, había llorado de alegría…

¡Oh, Dios, sus hijas! La noticia iba a causarles un gran dolor. Adoraban a su padre. También la querían a ella, pero estaban más unidas a Scott. Las niñas necesitaban a su padre, pero ella no estaba dispuesta a marcharse de su casa, y ellas iban a sufrir por el hecho de que su padre no estuviera allí. Sobre todo, Olivia. Sus hijas se parecían mucho físicamente; tenían el pelo largo, castaño, y los ojos, oscuros. Sin embargo, eran tan diferentes como la noche y el día. Amber era lista, fuerte e independiente, pero Olivia era otra historia. Era una niña sensible y emotiva y, seguramente, iba a acusar mucho que su padre no estuviera a su entera disposición.

Tendría que compartir a las niñas con su padre y tendría que ocupar el lugar de Scott. Tendría que llevar a cabo todas sus tareas. Todo tendría que cambiar.

Después de que Scott le dijera que todo había sido culpa suya, soltó una letanía de quejas sobre su carácter. Ella trabajaba todo el tiempo y no cuidaba bien de su familia. No podía contar con ella, porque en su trabajo siempre ocurría algo que la retrasaba a la hora de llegar a casa. No se ponían de acuerdo en nada. Ella era terca y autoritaria. Se pavoneaba de su éxito profesional. Era fría.

–¡Un momento! ¡Yo no soy fría! Y ¿cómo esperabas que me ganara el sueldo si no me comprometía con mi trabajo? Además, creo que ha quedado claro que la persona fría e inalcanzable eres tú. ¡Tú eres el que está con otra mujer! Y, echando la vista atrás, no creo que sea la primera.

–Vamos a calmarnos y a hablar de la dirección que va a tomar todo esto –dijo el psicólogo.

Les explicó que si querían intentar salvar el matrimonio, podía ofrecerles terapia. Pero, que si iban a divorciarse, no podía tratarlos individualmente. Al menos, no a los dos.

Después de hablar y responder a las preguntas del psicólogo durante media hora, fue Justine la que dijo:

–Deberíamos separarnos mientras nos divorciamos. No estoy completamente cerrada a la idea de salvar el matrimonio, pero reconozco que no parece nada probable. No sé si podré volver a confiar en Scott.

–Muy bien, pues márchate –dijo él.

–Me gustaría sugerir que tengamos una conversación sincera sobre lo que podemos hacer y cómo hacerlo. Deberíamos hacer cuentas y hablar de las opciones que tenemos para vivir separados. Yo puedo tomarme libre el día de mañana para hablar mientras las niñas están en el colegio. También tenemos que pensar cómo vamos a decírselo –respondió ella, y tuvo que tragar saliva. Cuando continuó hablando, le temblaba la voz–. Van a llevarse un disgusto terrible.

–Por decirlo suavemente –añadió Scott.

Capítulo 4

Adele se estaba muriendo de hambre. Bueno, tal vez no fuera de hambre literalmente, porque en la dieta que estaba llevando había comida de sobra, aunque fuera más apropiada para los conejos que para las personas. Sin embargo, faltaban algunas cosas, como las patatas fritas y los helados. No creía que comiera mucho de eso hasta que tuvo que pasar dos días enteros sin probar ninguna de las dos cosas, y se dio cuenta de que debía de haberlo hecho muy a menudo.

La madre de Jake, Beverly, llamó para preguntar si podía pasar a visitarla, y ella recordó sus bizcochos. Como mínimo, Beverly iba a verla una vez al mes y le llevaba un bizcocho, que ella se comía entero.

–Me encantaría verte, pero, por favor, no me traigas el bizcocho. ¡Estoy a dieta estricta!

–Pero puedes tomarte un trozo –le dijo Beverly–. En ninguna dieta te prohibirían tomarte un trocito de bizcocho.

–Yo preparo un té o un café para las dos, pero, por favor, ¡nada de bizcocho!

Le resultó duro seguir el régimen, pero se alegró al ver que, después de la primera semana, había perdido dos kilos. El lunes por la mañana, en la reunión del grupo, le advirtieron que no debía esperar tantos progresos todas las semanas, sino una pérdida de peso constante y más pequeña y le aseguraron que, antes de que pudiera darse cuenta, habría conseguido su objetivo.

Aquel día, después de la reunión, fue andando hasta la playa, y le pareció que recorría dieciséis kilómetros. Cuando llegó, suspiró de satisfacción. Había olvidado lo mucho que le gustaba la playa. Se estaba disipando la bruma y el sol lucía pálido en el cielo. Fue

reconfortante para ella. Le dio paz. Había ido muy poco a la playa durante la enfermedad de su madre. Solo se apartaba de ella una hora de vez en cuando y, normalmente, para hacer algún recado.

Más tarde, después de volver a casa, regresó conduciendo a la playa para comprobar qué distancia había recorrido: dos kilómetros y medio. Casi.

El hecho de que dos kilómetros y medio le hubieran parecido dieciséis fue otra llamada de atención. Cuidar de su madre había sido un trabajo duro, pero no un ejercicio apropiado. Decidió que todos los días iba a caminar una hora por las mañanas.

Empezó a llamar a Justine con más frecuencia que nunca. Se le había quedado grabada la imagen de Scott besando a otra mujer, y temía que el matrimonio de su hermana se estuviera desmoronando.

La primera vez que la llamó, tres días después de haberle contado lo que había visto, Justine le dijo que todavía no podía hablar de ello porque estaba recabando información. Unos días después, le dijo que todavía no podía hablar de ello porque Scott y ella estaban valorando diferentes posibilidades. Y, unos días después, le dijo que no podía hablar de ello porque no les habían dicho a sus hijas en qué situación estaban.

–¿Y en qué situación estás? –le preguntó Adele.

–Todavía es todo un poco turbio –dijo Justine–. Scott tiene dudas sobre nuestro matrimonio, pero no sabe si podemos salvarlo o si debemos divorciarnos. Tenemos que decidirlo antes de decírselo a las niñas.

–¿Y estás segura de que las niñas no se han dado cuenta ya?

–Son adolescentes y están concentradas en sí mismas. Amber solo piensa en las vacaciones de verano y en que el año que viene será su último curso de instituto.

–¿Y qué hay de las visitas a las universidades con Amber?

–Es obvio que tendremos una conversación sobre los cambios que va a haber en la familia, pero hay algunas cosas que no van a

cambiar. Mis hijas irán a la universidad, sea como sea…

–¡Justine! ¿Es que no hay nada que te haga reaccionar?

–¿No te parece que tendríamos un problema más si yo me desmoronara en este momento?

–¿Y Scott? ¿Él no está disgustado ni preocupado?

–Está muy enfadado conmigo porque haya descubierto lo que hace. Parece que la tipa de la playa lo estaba preparando para que comprara la empresa.

–¡Dios Santo! –exclamó Adele.

–No digas nada, no hagas nada. Por favor, conserva la calma. Si no gestiono bien esto, se convertirá en una crisis mucho peor.

Y Adele, algo conmocionada por la idea de que su hermana se divorciara, se dedicó a caminar una hora al día y a comer apio y pechugas de pollo. Adelgazó otros dos kilos, luego otro, luego, otro kilo y medio.

Lijó los rodapiés para quitarles el barniz y vio muchos vídeos para aprender a tapizar, a empapelar paredes, a acuchillar suelos e incluso a reformar una cocina. También llamó a varias empresas de la zona y preguntó si tenían ofertas de trabajo. Después de explicar que estaba a medio camino de conseguir su doctorado pero que había tenido que abandonar los estudios para cuidar de sus padres durante ocho años, le explicaban que empezaría en un puesto con un sueldo mínimo hasta que reuniera experiencia y pudiera ascender. Ella siguió haciendo llamadas y consultando las páginas web de ofertas de trabajo, con muchas esperanzas.

–¡Pero si era la profesora auxiliar en el Departamento de Lengua Inglesa de Berkeley! –protestaba.

–Hace ocho años –le respondían.

Entonces, hacía algo que había hecho muchas veces. Buscaba al profesor Hadley Hutchinson en la página web de la Universidad de Berkeley. Él seguía allí. Aparecía una foto antigua, porque debía de

tener más de cuarenta años ya. Y, seguramente, seguiría siendo impresionantemente guapo.

Suspiró y se lamentó de no poder comer bizcocho.

Al final, Scott reconoció que tenía una aventura.

–Pero ¿la quieres? –le preguntó Justine.

–No lo sé –respondió él, con exasperación–. Me gusta hablar con ella. Tenemos mucho en común. Los dos estamos obsesionados con hacer ejercicio, y tú no tienes mucho interés en eso…

–¡Trabajo sesenta horas a la semana para pagar tus actividades deportivas!

–¡Yo cubro ese coste!

–Sí, porque no pagas las cuotas de la hipoteca, ni ahorras para la universidad de las niñas, ni pagas gastos domésticos ni… Bah, vamos a dejarlo por ahora. Sigue.

–Hablamos mucho. Y yo no estaba buscando ninguna novia, pero una cosa llevó a la otra y…

–Podrías haberle dicho que no.

–Lo hice. Pero entre nosotros faltaba algo. Yo tenía como un vacío por dentro y…

–¡Deja de decir eso! –gritó ella–. No me recites esas frases de cliché anticuado. Si crees que nos faltaba algo, deberías haber dejado de ir a esa tienda de kayaks y haber resuelto el problema conmigo.

–Lo hice. Hemos ido a terapia matrimonial.

–¡Demasiado tarde! Ya llevabas años con ella.

–¡No, años no! Éramos amigos. Era alguien con quien yo podía hablar. No hemos estado juntos hasta hace muy poco…

–¡Han sido años! Y, obviamente, no podemos seguir casados.

–¿Qué es lo que estás sugiriendo?

–No lo estoy sugiriendo, Scott. No voy a seguir casada contigo. Eres infiel y eres un mentiroso. Además, has estado acostándote con ella mientras íbamos a terapia matrimonial. Es obvio que no tienes ningún interés en salvar nuestro matrimonio. Tienes que irte, y tenemos que decírselo a las niñas.

–¿Y dónde voy a ir? ¡No tengo ningún sitio al que ir!

–¿Por qué no preguntas si te pueden poner un catre en la tienda de kayaks?

–Qué graciosa.

Pero ella no estaba bromeando.

–En realidad, no tenemos por qué cambiar nada, ¿sabes? –le dijo Scott.

–Ah, ¿es que propones que integremos a tu amante en la familia? Porque yo creo que sí tenemos que cambiar bastantes cosas.

–Por supuesto que no propongo eso. Y no es mi amante.

–Ah, lo siento. ¿Prefieres que diga «novia»? ¿«Amiguita»? ¿«Furcia»?

–Mira, puedes despotricar todo lo que quieras, pero ella es buena persona. Una buena cristiana.

–En su tercer matrimonio. Tres matrimonios, dos quiebras, aunque ninguna detención, que yo sepa. Gracias a Dios.

–¿Cómo sabes eso?

–Scott, es información pública. Soy abogada, y lista. Lo busqué. Parece una depredadora.

–¡Ya basta!

–Está bien. Vamos a divorciarnos porque tienes novia. Tenemos que dividir el patrimonio. Podemos hacerlo de un modo barato, o podemos contratar cada uno a un abogado y gastarnos cien de los grandes, y desperdiciar un año de nuestra vida que no vamos a recuperar.

–Justine, ¿dónde crees que voy a ir yo?

–¿Y qué creías que iba a pasar cuando yo me enterara? Ya se te ocurrirá algo.

–¿No podemos vivir aquí juntos, como si fuéramos compañeros de piso?

–¡No! Ya me está costando lo suficiente asimilar que me has sido infiel. No quiero seguir viviendo contigo. Se lo diremos a las niñas este fin de semana.

Justine se tomó dos días libres antes del fin de semana. Se puso a trabajar con el ordenador portátil y, seguramente, Scott pensó que estaba teletrabajando para su empresa. Sin embargo, lo que estaba haciendo era revisar todas sus finanzas. Declaraciones de la renta, pago de facturas online, tarjetas de crédito… Necesitaba averiguar si Scott tenía otras tarjetas, otras cuentas bancarias, teléfonos móviles, cuentas de correo electrónico, etcétera. Llamó a Logan.

–Estaba preguntándome qué tal estarías –dijo él.

–Estoy bien –respondió ella–. Estoy examinando nuestras finanzas, pero me vendría bien tener más información, aunque solo sea para comprobar hasta dónde llegan las mentiras. Scott es un tipo atractivo y divertido, pero, de todos modos, dada la personalidad de esta mujer y sus antecedentes, me pregunto si lo está engañando.

–Puede que eso requiera vigilancia –dijo Logan–. ¿Me permites que te dé un consejo?

–Adelante. No te preocupes, en este momento no me siento demasiado lista.

–Yo estoy encantado de hacer lo necesario para recopilar información, pero la ley es clara: si en la negociación puedes

conseguir la mitad de vuestro patrimonio y pagar una manutención razonable, lo habrás hecho muy bien. Seguramente, puedes preparar tú el acuerdo y registrarlo en el juzgado. Si contratáis abogados, ellos se llevarán la mayor parte del dinero.

–Ya lo sé –dijo ella–. Avísame cuando sepas algo. Y, si está fuera de tu alcance, por favor, dímelo.

–Por supuesto.

La conversación con sus hijas no fue fácil, pero fue muy parecida a la discusión que habían tenido ellos dos. Fue Scott quien comenzó.

–Como sabéis, mamá y yo hemos estado en terapia matrimonial porque no éramos totalmente felices y nos habíamos distanciado…

–Yo era completamente feliz, y no sé nada de ese distanciamiento –dijo Justine.

Scott la miró con el ceño fruncido.

–En el matrimonio faltaba algo para mí. No era feliz, y…

Justine apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia ellos.

–Mira, esto puede ser un poco difícil de entender para vosotras. Mientras vuestro padre estaba sintiendo que nos distanciábamos, o lo que fuera, yo estaba trabajando diez horas al día. Es posible que no le prestara la atención suficiente, o que fallara en algo, pero él empezó a relacionarse con otra mujer…

–¿Papá? –preguntó Amber, mientras se ponía rígida.

Olivia se mantuvo en silencio.

–Es cierto –dijo él–. Me desvié del buen camino. No lo había hecho nunca y no puedo creer que lo haya hecho, pero así es. Soy el culpable. Eso es lo que vuestra madre quiere que diga, que soy el culpable.

–Pero… ¿lo sientes? –preguntó Amber.

–¡Por supuesto!

–Entonces, la mujer ya no está, ¿no? ¿Se ha ido?

–No exactamente –dijo Justine–. Vuestro padre todavía está con ella. Creo que la quiere.

–¿Es verdad, papá? ¿La quieres?

–Somos buenos amigos, es la mejor explicación que puedo dar. Si la conocierais, lo entenderíais…

–Oh, bueno –dijo Justine–. Ella es el motivo por el que nuestro matrimonio se está deshaciendo y por el que nuestra familia está dividida, ¿y tú vas a dar el argumento de que es demasiado buena como para resistir la tentación?

–Pero… puedes dejar de ser su amigo, ¿no? –preguntó Amber, con la voz temblorosa–. Porque ya no quieres serlo más, ¿no?

–Scott, por favor, sé sincero con Amber. Esa mujer y tú sois mucho más que amigos. Y tú no has dicho en ningún momento que vayas a dejar de verla.

Hubo un silencio ensordecedor en la habitación. Entonces, fue Olivia quien intervino.

–Papá, ¿ya no quieres a mamá?

–Yo siempre querré a vuestra madre, pero creo que ya no la quiero como cuando éramos jóvenes. Nos hemos distanciado. No pasamos tiempo juntos. No tenemos mucho en común. El trabajo de vuestra madre le ocupa mucho tiempo, y es su prioridad. No la culpo a ella, me culpo a mí mismo. Pero las cosas han cambiado, y eso pasa a veces. Vuestra madre y yo estamos hablando de separarnos. Necesitamos alejarnos un tiempo.

–¿Os vais a divorciar? –preguntó Amber.

–Cariño, os queremos mucho a las dos, pero… –dijo Scott.

–Sí –dijo Justine–. Esto no es culpa vuestra, por supuesto, pero sí vamos a divorciarnos. Nuestro contrato matrimonial se ha roto y no hay arreglo. Si vuestro padre quisiera salvar el matrimonio, tendríamos una oportunidad, pero no quiere.

–¡Pero si estáis en terapia matrimonial! –exclamó Amber.

–Pero durante todo este tiempo, él ha estado con esa otra mujer. Me temo que no puedo luchar contra eso.

–¡Papá! –dijo Amber–. ¿Es que ya no quieres estar casado con mamá?

Él se quedó callado un largo instante. Después, respondió:

–No lo sé.

Amber dio un resoplido. Olivia se levantó silenciosamente y salió de la habitación.

Llegó abril. Llovía mucho, y las niñas lloraban todo el tiempo. Justine tenía el corazón roto por ellas. Llamó al tutor del instituto para decirle que su marido y ella habían informado a sus hijas de que iban a divorciarse. Scott no intentó convencerla de que no lo hiciera, pero se esforzó mucho en intentar negociar algún tipo de acuerdo para no tener que buscarse un hotel.

–No sé por qué no puedo quedarme aquí –dijo él–. Yo soy el que se ocupa de la casa y de las niñas.

–Por dos motivos –respondió ella–. Ya no estás a cargo al cien por cien. Las niñas se levantan solas y van al instituto en coche, y la mitad de las veces se hacen la cena. Yo les lavo la ropa, paso la mayoría de las noches con ellas y las ayudo con los deberes y los estudios. Y, dos, tú eres el que se desvió del buen camino –añadió, con ironía–. Tú eres el que ha incumplido el contrato matrimonial.

–Y tú ni siquiera estás disgustada –le dijo él, en tono de acusación–. ¡No te he visto derramar ni una sola lágrima! Creo que, en el fondo, estás contenta de tener esta salida.

–Pues no. Además, no hay otra salida posible.

Era cierto. Todavía no había llorado, pero vomitaba frecuentemente. No podía comer. Si tragaba algo, se le quedaba en la garganta. Se abastecía de helado y de yogur y llegaba pronto a casa para estar con las niñas cuando llegaran del instituto. Hablaban mucho, sobre todo, de cómo iba a ser su vida a partir de aquel momento. Ella les preparaba sopa o pizza, o cualquier cosa que les apeteciera. A ellas tampoco les apetecía mucho comer. Intentó asegurarles que iban a tener a sus dos padres pasara lo que pasara, pero también les explicó que pensaba que era buena idea que solo viviera en la casa familiar uno de ellos.

Justine había oído mil veces que no era aconsejable hablar mal del cónyuge delante de los hijos, y le resultó muy difícil, teniendo en cuenta que Scott era un imbécil y un mentiroso. Sin embargo, no tuvo que decir nada en absoluto. Él estaba en otro planeta, era libre para irse con su amante. Nunca aparecía a tiempo, no hacía caso a las niñas y no hablaba con ellas. No intentó pedirles disculpas. En vez de eso, decía:

–No era feliz. ¿Es que no queréis que sea feliz?

Parecía que todo giraba en torno a su felicidad.

En cuanto a ellos dos, no discutían, aparte de dedicarse algunas palabras tirantes de vez en cuando. Ella le había pedido que se instalara en la habitación de invitados, y parecía que se sentía cómodo allí. Había dejado de decirles a ella y a las niñas dónde iba. Tan solo decía frases cortas, desde la puerta, tales como «Estaré en casa a las diez» o «Voy a salir unas horas».

–Espero que estés pensando en un acuerdo de divorcio –le dijo Justine–. Cuanto más amistoso sea todo, mejor para las niñas. Si somos listos, podemos resolverlo todo sin hacerles más daño.

–Si sigues comportándote como si esto fuera culpa mía, sí habrá problemas.

–Haré lo que pueda, pero es culpa tuya. Tú eres el que tiene una amante. Yo, no.

Justine pasó un par de horas con una abogada especializada en divorcios que era amiga suya. Le aconsejó lo que ella ya sabía: que llegaran a un acuerdo para repartirse el patrimonio sin contratar abogados, puesto que sería mucho más barato y menos problemático. Además, le advirtió:

–Tu mayor problema va a ser la manutención, porque llevas mucho tiempo manteniéndolo.

–¡Pero él podía haber trabajado! Le encantaba lo de no trabajar y tener tanto tiempo libre. Le pregunté mil veces que si no había nada que quisiera hacer, aunque fuera alguna labor de voluntariado, y él me decía siempre que ya pasaba muchas horas de voluntario cuidando a las niñas.

–Pero se asume que todas las decisiones del matrimonio se toman conjuntamente, de igual forma que se comparte el patrimonio.

Ella no lo había pensado nunca porque no se imaginaba que aquello pudiera sucederles a ellos.

–¿Te has enterado de que Char y Dennis se divorcian después de treinta años de matrimonio? –le preguntó a Scott, en una ocasión–. ¿Cómo es posible? ¡Por favor, dime que eso no puede pasarnos a nosotros!

–¿A nosotros, la pareja más casada de todo el condado? ¡Imposible! –dijo él.

Y ella no insistió. Después de todo, hablaban o se escribían varias veces al día. Estaban en contacto constantemente.

Le dijo a Adele que iban a separarse pronto y que iban a pedir el divorcio. A pesar de que Scott tuviera una amante, parecía que no tenía dónde ir, y estaba viviendo al final del pasillo.

Adele empezó a llorar al otro lado del teléfono.

–Vosotros erais la razón por la que tenía fe en el matrimonio.

–Siento muchísimo que esto sea una decepción.

Y, por fin, enfrentándose al terror que sentía, fue a ver al consejero delegado de su empresa. Le contó que iba a divorciarse y le dijo que ninguna de las opciones que se le habían ofrecido durante la reestructuración de la empresa era conveniente para ella. Que quería renunciar a su puesto.

–Si te despides tú, no tendrás derecho a ninguna indemnización –le dijo Wayne Holloway–. Es una decisión muy cara. ¿Tienes alguna otra oferta de trabajo?

–No. Supongo que hablaré con algún cazatalentos. Además, siempre he tenido la fantasía de establecerme por mi cuenta, a lo mejor en la consultoría, en algo que sea menos estresante y me permita tener tiempo para estar con mis hijas antes de que se marchen de casa. Pero me hacía falta el sueldo.

–Tienes razón en lo de no querer esperar mucho, Justine. De lo contrario, puede que te pases la vida intentando mantener esta empresa a flote.

–¿Cuál era tu fantasía, Wayne? –le preguntó ella.

Él se apoyó en el respaldo de la butaca y respondió:

–Me gustaría tocar el piano en una banda de jazz. En serio.

Ella no sabía que tuviera talento musical.

–Es increíble. Nunca me lo hubiera imaginado.

–¿Puedo darte un consejo? –preguntó–. Soy un hombre que se ha divorciado dos veces.

–Te lo agradecería.

–Sé generosa. No intentes castigarlo aunque se lo merezca. Ten claras tus prioridades y pon unos límites que sean justos e innegociables. Si podéis resolverlo entre vosotros, al final será mejor para todos.

–Él no me inspira generosidad, precisamente. Me dan ganas de batallar por todo.

–Lo entiendo. Yo he sido engañado y he sido infiel. He estado en los dos bandos. Pero, de cualquier forma, asegúrate lo que más valor tenga para ti.

–Eso es fácil. Mis hijas.

–Sé práctica, Justine. ¿Puedes hacerte cargo de su cuidado y mantenerlas a la vez?

–Las mujeres hacen eso todo el tiempo.

–No es fácil –dijo él–. Y tú no serías feliz sin trabajar, así que busca un equilibrio. Tómate un tiempo para pensarlo. Ve a la playa a pasear, habla con tus amigos… A lo mejor puedes consultar con un psicólogo o ir a un grupo de apoyo. Haz un plan.

–Tengo unos días de vacaciones…

–Tómate una temporada libre, olvídate de los días de vacaciones. Vamos a posponer tu decisión sobre el trabajo hasta que, por lo menos, hayas llegado a un acuerdo de divorcio con tu marido. Entonces hablaremos otra vez.

–¿Sabes qué es lo más difícil de todo? –le preguntó a su jefe–. Una de las cosas de las que me sentía más orgullosa en la vida era mi matrimonio. Pensaba que era fuerte y sólido. Pensaba que mi marido me quería.

–¿Nunca habías sospechado que te era infiel?

–No.

Wayne le tocó la mano.

–Me da la sensación de que, cuando todo esto quede atrás, te vas a alegrar de que haya sucedido. Será doloroso, sí, pero seguramente va a merecer la pena.

Siguió el consejo de Wayne. Se concentró en sus prioridades y trató de olvidarse de su deseo de matar a Scott. Revisó minuciosamente

las cuentas. Fue a dar paseos por la playa. Vio la tienda de kayaks y vislumbró a la mujer, Cat. No se acercó demasiado porque supuso que la mujer podría conocerla y, en aquellos momentos, era importante mantenerse al margen. Quizá más tarde se dejara ver.

Scott se dio cuenta de que no estaba yendo a trabajar, de que se ponía los pantalones de yoga día tras día. Le preguntó qué estaba haciendo.

–Pensar –dijo ella–. Estoy intentando entender qué ha sido de nosotros.

Supuso que él no hacía demasiadas preguntas porque todavía no estaba dispuesto a marcharse. Y ella aún estaba pensando en cómo proceder.

Entonces, lo vio claro: poner a sus hijas por delante de todo no era solo una cuestión de dinero. Por supuesto, estaban cómodas viviendo en su casa y necesitaban fondos para la universidad, pero también necesitaban dos progenitores. Tal vez Scott estuviera comportándose como un idiota, pero siempre había sido un padre atento. La gran pregunta era: ¿cómo sería la mujer? ¿Interferiría en el trato que Scott tenía con las niñas? O, peor aún, ¿intentaría conquistarlas y ganarse su afecto? ¿Cómo podía saber cuál era el verdadero carácter de la mujer que había roto su matrimonio?

Volvió a llamar a Logan Danner.

–En cuanto a su carácter –le dijo él–, es cuestionable. No es la primera vez que provoca un divorcio. En dos ocasiones conoció a su futuro marido mientras estaba casada y, en otra, estuvo viviendo con un hombre después de que él abandonara a la que había sido su esposa durante muchos años. Como sabes, se ha divorciado dos veces y se ha declarado en quiebra en otras dos ocasiones. No es precisamente una lumbrera. Y tiene problemas de violencia en su actual matrimonio.

–Pero debe de tener cualidades importantes –dijo Justine–. Yo siempre he pensado que Scott es un hombre muy listo.

–Pues ya puedes quitarte eso de la cabeza –respondió él.

–¿Tú no crees que él es listo? –preguntó ella, con sorpresa.

–Mi opinión sobre él no es halagadora. Creo que debe de ser un idiota.

–Por favor, ¿podrías investigar para ver si averiguas algo… interesante?

–¿Como qué?

–Como, por ejemplo, si ella tiene muchas deudas. ¿Cómo pagó su coche nuevo?

–Lo de los coches es fácil. Si pagas los recibos, tienes el coche. Si no pagas, te lo quitan.

–Por favor, investiga –le pidió Justine–. Y mira a ver si puedes averiguar qué ingresos tiene.

Después, habló con Scott.

–Mañana por la mañana podemos trabajar en el acuerdo de divorcio.

–A lo mejor deberíamos quedarnos como estamos –dijo Scott–. Los dos estamos aquí para las niñas, no nos molestamos el uno al otro… Podemos conseguir que funcione. En muchos sentidos, no es muy distinto a como era antes.

–Hay muchas cosas que estoy dispuesta a aceptar, Scott, pero no voy a ganar el dinero para que tú te lo gastes en tu amante.

–Yo no me lo estoy gastando en mi…

–Sé qué hoteles has pagado. Hoteles buenos y caros. No puedo confiar en ti, y no puedo vivir contigo. Pero podemos llegar a un acuerdo, si quieres hablar de ello.

–¡No puedes saber nada! ¿Cómo vas a saberlo? ¡No hay pruebas de eso!

–Scott –dijo ella, con cansancio–. Te conocen en el Oceanside

Lodge. Vamos, no sigas mintiendo. Yo estoy dispuesta a negociar contigo. Vamos a hacerlo bien, de manera justa, por las niñas.

Al final, él cedió.

Justine fue a dar un largo paseo por la playa después de que las niñas se fueran al instituto. Cuarenta y cinco minutos después, estaba sentada en la mesa del comedor con una carpeta llena de papeles y su calculadora. Antes de empezar la conversación, le preguntó a Scott si tenía alguna idea de cómo dividiría él el patrimonio.

Él no hizo ni una pausa. Sacó una libreta del fondo del montón de papeles y comenzó a hacer una lista de cosas con su valor aproximado, empezando con los planes de pensiones, sus ahorros y las inversiones. Añadió el valor de la casa, todos los juguetes del garaje, la casa de vacaciones que tenían en la montaña, los coches, los cuadros… Ella se quedó boquiabierta. ¿El arte? Tenían unos cuantos cuadros de decorador, que no valían mucho y que solo habían sido elegidos para mejorar la decoración de la casa. Ella había comprado otras tres pinturas en una feria de artesanía del parque.

Scott continuó. Anotó la vajilla de porcelana, la cristalería, incluso las sábanas y la ropa. Y, entonces, para aumentar el asombro de Justine, él añadió también el coste de la carrera de Derecho.

–¡Pero si me dieron becas! –exclamó ella.

–¡Y yo te mantuve mientras estabas estudiando! –respondió él. Entonces, tachó todos los objetos domésticos de la lista, y añadió–: En realidad, no tengo ninguna gana de dividir sábanas y platos. Solo quiero poder vivir. No quiero ser egoísta, solo quiero dinero suficiente para pagar la renta y la comida.

El dinero de la universidad de las niñas no había formado parte de la discusión, lo cual ella agradeció. Tenía miedo de que él se lanzara también por esos fondos como un ave de presa.

–Creo que he sido muy generoso –dijo Scott, con magnanimidad–. Si

lo miras bien, estoy pidiendo menos de la mitad. Solo queda hablar de la manutención, teniendo en cuenta que yo siempre te apoyé, aunque no fuera trabajando, sí cuidando de la casa y de la familia.

Ella tuvo ganas de gritarle que la estaba dejando por otra mujer, pero consiguió controlarse y no arremetió contra él.

–Yo tengo una idea mejor. Una cantidad de dinero generosa –dijo. Giró la tableta hacia ella y escribió una cifra enorme. Después, la giró de nuevo hacia él–. Además, te daré la mitad de lo que gane durante los próximos cinco años. Eres bueno con el dinero, Scott. Con todo esto podrías comprarte una casa y, si te interesa, incluso podrías sacarte otra carrera o un doctorado. Podemos compartir la casa con las niñas. Yo querré verlas todos los días, y te permitiré que hagas lo mismo, pero tú y yo no coincidiremos a la hora de dormir aquí. Cuando las niñas se vayan a la universidad, nosotros ya estaremos viviendo en otros sitios y sabremos dónde vamos a establecernos. Entonces podremos vender la casa, y yo tendré sitio para ellas donde viva. Y supongo que tú, también.

Él se quedó boquiabierto.

–¿Tú te marcharías de la casa?

–Cuando encuentre algo, sí, pero quiero estar aquí con ellas hasta que se adapten al cambio. Creo que esto podemos hacerlo, ¿no?

–Yo… eh… sí. ¿De verdad quieres decir que dejarías esta casa?

–Como te he explicado, quiero estar en contacto con Amber y Olivia todos los días, ayudarlas con los deberes, con las compras, acompañarlas a los sitios que necesiten, etcétera. Y, seguramente, tardarán semanas o meses en acostumbrarse a la idea de que vamos a vivir separados. Eso será tan difícil para ellas como para mí.

–Por supuesto –dijo él, y se irguió en el asiento. Sonrió. Estaba muy contento.

–Solo tengo una condición.

–Di cuál es.

–Ella no puede venir a esta casa. A mi casa, que contiene mis cosas. Nunca. Ni una sola vez.

–Vamos, ¿por qué pones esa condición? –preguntó él–. Ella no es el motivo por el que vamos a divorciarnos. ¡La culpa es mía!

–Por supuesto que es culpa tuya. No te confundas, yo estoy dispuesta a trabajar contigo aunque te odie. ¡Has destrozado mi familia! Mis hijas llevan semanas llorando. Esto va a afectar a todo. ¡Incluso a la universidad a la que pueden ir! Pero pongo esa condición: ella no puede venir a mi casa. No puede cocinar aquí, ni dormir aquí, ni celebrar nada aquí. Ni morirse aquí. Dentro de un par de años, cuando vendamos la casa y yo me lleve mis cosas, y tú las tuyas, haz lo que quieras. Hasta ese momento, esa es mi condición, y la voy a incluir específicamente en el acuerdo de divorcio. Si no la cumples, la casa será mía. Si te opones, voy a contratar a un abogado, y te garantizo que serán más de cien mil dólares y que tardaremos más de un año en el litigio, un año de tu vida que no vas a recuperar.

–¡Cien mil dólares! ¿Cómo lo sabes?

–Soy abogada. Los abogados hablamos.

Él se pasó una mano por el pelo.

–Vaya. ¿Cómo voy a explicar esto?

Por cómo lo dijo, ella lo supo.

–Oh, Dios mío –murmuró Justine–. Ya ha estado aquí.

–No –dijo él, pero no pudo mirarla a los ojos.

–Su ADN está en mi casa.

–No –dijo él–. Cuando estábamos haciendo la reforma, ella tenía curiosidad por ver las encimeras de la cocina, así que se las enseñé. Nada más.

–Dios, podría matarte. ¿Cuándo te has hecho tan mentiroso?

–Estás exagerando. Solo fuimos amigos hasta hace muy…

–Cállate, Scott. Dile que la culpo tanto como a ti. Que no solo soy una bruja espantosa, también soy más lista que vosotros dos juntos. Dile que me ha quitado algo que era mío y que no voy a darle ni una cosa más. Y que tenga miedo. Que se asuste.

–No sé si esto va a salir bien –dijo él–. Creía que podríamos tomar una decisión justa, pero…

–Vamos a ir juntos al banco, Scott. Vamos a dividir el dinero. He llamado a Sal, el asesor financiero. Él ha bloqueado las cuentas. Puedes ir a ver a un abogado, pero tendrás que pagártelo tú. Yo no voy a contratar a nadie y estoy dispuesta a redactar el acuerdo y llevarlo al juzgado, lo cual nos ahorraría muchísimo dinero. De ahora en adelante, vamos a controlar hasta el último centavo. Decide lo que quieres hacer. Puedes hacerlo fácil y barato, o difícil y caro.

Capítulo 5

Adele notaba el cambio en su hermana, pero no sabía exactamente qué podía significar. Justine, que nunca la había llamado a menudo, debía de haberse puesto un horario, porque ahora la llamaba, como mínimo, dos veces a la semana. Aunque le daba información básica.

–Scott y yo hemos llegado a un acuerdo con el que podemos vivir. A las niñas les está costando adaptarse, pero les he prometido que ninguno de los dos las vamos a abandonar, aunque ya no vayamos a ser la misma familia que éramos. Yo estoy redactando el acuerdo de divorcio para registrarlo con ayuda de una amiga que es abogada especializada en divorcios.

Su hermana tenía un tono de voz distante y controlado que ella reconocía de otros momentos traumáticos o de incertidumbre. Cuando su madre estaba decayendo, cuando Olivia, a los doce años, tuvo que someterse a pruebas médicas para descartar que tuviera un problema cardíaco, o en aquellos momentos, durante su divorcio.

–¿Tienes que divorciarte? –le preguntó.

–Creo que sí. ¿Cómo voy a confiar otra vez en él? Me ha traicionado. Estoy llena de dudas, no sé si esta es la primera vez. Tengo que proteger lo que me queda.

–Pero… ¿no estás triste?

–Estoy hundida. Pero también estoy tan enfadada con Scott por lo que ha hecho que no sé con seguridad si es por el amor. Creo que lo que me duele tanto es la traición, en realidad.

Adele llevaba varias semanas sin ver a Justine, desde la mañana que había ido a San José a decirle que había visto a Scott en la pizzería. Se sentía casi como si estuviera divorciándose ella, porque si alguna

vez había creído en el matrimonio de alguien, era en el de su hermana.

Seguía yendo a las reuniones del grupo de adelgazamiento. Había empezado a ir a clases de yoga por consejo de una de las mujeres del grupo y, en cinco semanas, había adelgazado siete kilos y notaba que la ropa le quedaba más amplia. Era casi una experiencia religiosa. No recordaba la última vez que había sucedido eso. Se acercaba el verano, y se imaginaba poniéndose un bañador por primera vez desde hacía ocho años.

Su otra fantasía era conseguir un trabajo. Cualquier trabajo. Se sentía tan agobiada por no estar cualificada para nada, que se había desanimado mucho después de las primeras entrevistas. Alguien del grupo de adelgazamiento le sugirió que se informara sobre los programas de reincorporación al mercado laboral.

–Mi vecina se quedó viuda después de ser ama de casa durante dieciocho años. Antes se llamaba programa de readaptación para amas de casa y era para mujeres que no habían trabajado fuera de casa durante un tiempo y, de repente, no tenían trabajo ni ingresos por parte de un compañero. Pero creo que ahora se llaman programas de reincorporación y no son solo para mujeres.

–No creo que yo cumpla los requisitos para entrar, a menos que admitan a cuidadores que estuvieran sacándose el doctorado.

–Pero ¿tú tienes trabajo? –le preguntó la mujer–. Prueba a ver si te pueden ayudar.

A Jake, que iba a verla por lo menos dos veces a la semana, le gustó la idea. Le dijo que así podría tachar algo de su lista. Cuando se marchaba, le comentó que tenía un aspecto magnífico, y eso hizo que ella se sintiera orgullosa de haber empezado a avanzar.

Hizo una búsqueda sobre los programas de reincorporación y encontró varios, todos muy parecidos. Ofrecían asesoramiento, talleres para preparar los currículums y las entrevistas de trabajo e, incluso, ayuda para liberarse de la violencia doméstica. Las páginas web siempre animaban a visitar los centros para obtener información sobre cuál de los programas podía funcionar mejor.

Cuando llamó, una joven le dijo lo mismo.

Estaba viendo a Jake más a menudo que antes. Él estaba interesado en sus planes para reformar la casa y sabía mucho de ese tema puesto que ya lo había hecho. Además, ella era consciente de que, tal vez, él sintiera algo por ella más allá de la amistad.

Adele rebuscó en su armario algo de ropa que tuviera aspecto profesional y que se adaptara a su nuevo cuerpo. Fue a la oficina del programa de reincorporación muy temprano. Sentía mucha timidez. Le daba vergüenza haber logrado tan poca cosa durante los últimos ocho años, aunque lo había hecho era generoso y le había requerido una dedicación completa. Sabía que no debía sentir vergüenza. También sabía que muchos cuidadores que habían dejado su vida en suspenso para cuidar de un familiar sentían lo mismo. Como si hubieran debido ser capaces de hacerlo todo.

Allí no había nadie, pero la puerta estaba abierta. Entró en una oficina llena de sillas, la típica sala de espera. Solo había un escritorio con un ordenador y, ante el monitor, una mujer que no parecía muy contenta. Tenía el pelo cano, pero también tenía un cutis joven y saludable, y Adele no pudo adivinar su edad.

–¿Has venido por el trabajo de recepcionista a media jornada? –le preguntó la mujer.

–Sí, claro –dijo ella. «No puede ser tan fácil», pensó.

–¿Sabes utilizar el ordenador?

Adele se acercó al escritorio y giró el monitor. Se encendió la pantalla y apareció una ventana que pedía la contraseña.

–Todo lo necesario debería estar en ese cuaderno de aquí. Lo he sacado esta mañana y lo he puesto encima del escritorio, pero, a la hora de cerrar, acuérdate de meterlo en el último cajón. He cambiado la contraseña y la he escrito en la primera página. En este cajón están los formularios de admisión y los portapapeles. Hoy no está siendo un día ajetreado, solo hay un par de talleres pequeños. Van a venir unos cuantos asesores, los nombres están en la página cinco del cuaderno. Adelante, siéntate. Hay café en la sala de

descanso y puedes servirte lo que quieras. Lo siento, perdona mis malos modales. ¿Cómo te llamas?

–Adele Descaro. ¿Y tú?

–¿No te lo ha dicho nadie? Fran Costello –dijo la mujer y, por fin, sonrió–. También es un nombre italiano. A lo mejor somos primas. Solo para que estés sobre aviso, entra mucha gente. Algunos llaman con antelación para pedir cita, y hay un calendario de citas en el ordenador. Familiarízate con los archivos del ordenador y, si tienes algún problema, dímelo y te ayudaré. Creo que todo es muy intuitivo y fácil de entender.

Entonces, la mujer sonrió de nuevo.

–Estoy muy aliviada de que hayas venido.

–¿De verdad? –preguntó Adele.

–¡Dios Santo, sí! Necesitaba la ayuda –respondió Fran Costello, y miró la hora–. Aprovecha ahora para familiarizarte con el ordenador. La gente empezará a venir pronto. Yo tengo unas citas y un par de reuniones. Felicity vendrá luego para hacer algunas entrevistas. Ella es la trabajadora social.

Adele recordaba el nombre. Era la mujer con la que había hablado, la que le había dicho que fuera a la oficina para poder decidir juntas lo que necesitaba.

–¿A mí no me va a entrevistar nadie? –preguntó.

–No, tú hazlo lo mejor que puedas y pide ayuda si la necesitas. Lo primero que tienes que hacer es comprobar las citas para dirigir a las personas al lugar correcto.

–De acuerdo.

Adele abrió el cuaderno, encontró la contraseña en la primera página y puso el ordenador en marcha.

–Tengo una pregunta –dijo, antes de que Fran intentara escapar a lo que debía de ser su despacho.

–Qué rápida –dijo Fran desde la puerta.

–¿En qué tipo de situaciones está la gente que va a venir hoy a la oficina?

–En diferentes situaciones. Mujeres que llevan años apartadas del mercado laboral y, de repente, se quedan viudas o se divorcian, y necesitan trabajar de nuevo, pero tienen que refrescar su experiencia o renovar capacidades. Militares, tanto hombres como mujeres, cuya formación no encaja en ningún trabajo civil, gente sin hogar que intenta recuperarse, tal vez drogodependientes en periodo de rehabilitación, migrantes o refugiados, cualquier persona que lleve alejada del mundo laboral una temporada y necesite ayuda para reincorporarse. Si lees alguno de los formularios de solicitud, por favor, ten en cuenta que la información es confidencial.

–Por supuesto –dijo ella.

–No des consejos. Deja eso para los asesores. Solo tienes que ser amable, amistosa, preguntarles si han estado más veces aquí o si es la primera vez y, si es la primera vez, darles un formulario.

–¿Y tengo que responder al teléfono?

–¡Por supuesto! Responde «Oficina de Asesoría para la Reincorporación al Empleo de la Escuela Universitaria de Banyon». Yo responderé a mi teléfono o, si no puedo, la llamada irá al buzón de voz. Si hay una llamada en el número general, mi extensión es la quinientos quince. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo Adele, con un hilo de voz.

Al poco tiempo, empezaron a llegar algunas mujeres que se acercaron tímidamente al escritorio. La mayoría debían de sentirse nerviosas e inseguras, como ella.

–Por favor, rellene este formulario de admisión y, después, alguno de los asesores le indicará cuáles son los mejores servicios para usted –les decía Adele.

Y, casi siempre, ellas le contaban lo que les había ocurrido.

–Mi marido me ha dejado, y yo pensé que volvería, pero aquí estoy. Tengo que trabajar.

–Mi marido se ha quedado sin trabajo y no encuentra nada, así que yo tengo que volver a trabajar.

–Era administrativa en una empresa muy grande hasta que nació mi primer hijo y, desde entonces, he sido ama de casa, pero…

Entonces, entró una mujer que le dijo:

–Mi marido murió, no tengo dinero y tengo setenta años. ¿Cree que podré conseguir un trabajo a mi edad?

Adele se quedó helada por un momento. ¿Y ella se había preocupado por su hermana, que solo tenía cincuenta y dos? La gente debería estar jubilada a los setenta años, pero ¿qué ocurría si no tenían esa posibilidad?

–Yo no soy asesora, solo soy la recepcionista –respondió–. Por favor, rellene este formulario y alguien la ayudará.

Llegaron un par de asesores. Conoció a Felicity, una mujer joven, menuda, pelirroja y pecosa.

–¡Aleluya! ¡Por fin, ayuda! –exclamó, al saludar a Adele.

Ross, una mujer de unos cincuenta años, no fue tan efusiva, lo cual resultó más atractivo.

–Soy Ross –dijo–. ¿Qué tal te las estás arreglando?

–Bien, espero. Es todo muy nuevo –dijo Adele.

–Si necesitas ayuda, pídela.

Poco después, Fran se asomó y dijo:

–Revisa tu correo electrónico. Lo he preparado para ti.

Ella miró su correo electrónico y encontró un mensaje: Por favor, ¿podrías imprimirme esto? Fran. Así que imprimió el documento y

se lo llevó. Entonces, la impresora avisó de falta de tinta y ella se puso a abrir cajones hasta que encontró una caja de cartuchos y cambió el que se había agotado. Imprimió una hoja de muestra y se puso una mano en el pecho de satisfacción. ¡Lo había hecho! Cuando la evaluaran, más tarde, para saber si había podido cumplir con su trabajo, lo mencionaría.

«Es un trabajo de recepcionista», se dijo. «¡Yo estaba a la mitad de camino de conseguir el doctorado! Puede que no sepa mucho de trabajo administrativo, pero tengo una educación muy superior a esto».

Una mujer muy guapa entró en la oficina. Iba muy bien arreglada. Dijo que se llamaba Carmon Fautz y que era ingeniera. Estaba buscando trabajo. Su marido, que era médico, había preferido que ella se quedara en casa criando a sus hijos y, ahora iba a dejarla, así que ella necesitaba un trabajo.

–¡Pero si es usted ingeniera! –exclamó Adele.

–¿No has oído hablar de la obsolescencia del conocimiento? –preguntó la mujer–. Los avances son tan rápidos que, al pasar unos años alejada de la ingeniería, me he quedado muy atrás. Esperaba poder encontrar aquí algunas ideas nuevas.

–Yo también lo espero –dijo Adele–. Por favor, rellene este formulario…

Desde ese momento, Adele conoció a gente interesante. Un exsacerdote, una cocinera, el trabajador de una fábrica, un profesor de gimnasio, muchos administrativos y muchas mujeres que no habían trabajado desde el instituto. Solo hubo una cuidadora que se había ocupado de su madre durante tres años. Y llegaron un par de mujeres que no tenían hogar.

Lo más común a todas las mujeres era que habían perdido a su compañero, o porque él había muerto, o porque se había divorciado de ellas. Adele no creía que eso fuera tan común, pero todas ellas estaban casadas con un hombre que llevaba el sueldo a casa y, cuando él había muerto o las había dejado, sus ingresos se habían esfumado.

También acudieron a la oficina un par de mujeres militares, por separado. Para ellas era igual: habían estado casadas con el ejército y no podían encontrar trabajo en el ámbito civil. Las dos le dijeron a Adele que estaban pensando en volver a alistarse, pero que no soportaban la idea de volver a zona de guerra.

Entre varios clientes, Adele organizó los cajones del escritorio y limpió los armarios de la sala de descanso. Se tomó tres tazas de café y lavó las tazas en la pequeña cocina de los empleados. Cuando iba en busca de su primera taza de café, se encontró con Ross.

–Espero que hayas guardado el bolso en un cajón del escritorio y lo hayas cerrado con llave –le dijo Ross, mientras removía su café.

–No sabía que se podía cerrar con llave.

–Las llaves están en el cajón de en medio. Guarda tu bolso y llévate las llaves en el bolsillo. Esta gente está desesperada. No los juzgo, pero ¿para qué tentar al destino?

–¡Gracias! Lo voy a hacer.

Más tarde, Ross pasó por su escritorio y le dijo:

–Voy a ir al supermercado a comprar una ensalada. ¿Quieres que te traiga algo?

Adele no se había dado cuenta de que se le pasaba toda la mañana. Había tenido mucho trabajo, y todavía quedaba gente esperando. Felicity, Ross y Fran habían estado hablando con clientes continuamente. Ella había echado un vistazo al calendario de citas online y había visto que los nombres se habían incluido en otras categorías, en varios talleres, sesiones de asesoramiento y cosas por el estilo.

Agarró su bolso y sacó un billete de diez dólares.

–Cualquier ensalada me vale, sin aliño. Estoy a régimen.

–De acuerdo –dijo Ross.

Cuando volvió con las ensaladas, se ofreció a quedarse en el

escritorio de Adele un rato mientras ella comía.

–Ve a tomarte la ensalada a la sala de reuniones o a la de descanso. Yo te sustituyo.

–¿Y tú? ¿Cuándo vas a comer?

–Cuando termines tú. Vamos, vete. Seguro que estás deseando pasar unos minutos a solas.

A media tarde, tenía la sensación de que llevaba años a cargo de la administración de aquella oficina. Estaba cómoda hablando con los clientes, respondiendo al correo electrónico, haciendo lo que le pedían. Y le caía bien la gente. Llegaron unas cuantas asesoras y voluntarias más, Jasmine, Carol, Marie, Susan y Paulette y, después, la oficina se llenó aún más, puesto que había un par de talleres. Iban a representar entrevistas, a analizar currículums y a revisar listas de ofertas de empleo.

Un par de veces, a Adele se le pasó por la cabeza que no tenía ni idea de lo que le esperaba. Tal vez le dieran las gracias amablemente por ayudar y le dijeran que su recepcionista habitual iba a volver al día siguiente. De ser así, ella les pediría que la incluyeran en los servicios de su programa. Tal vez pudieran ayudarla a encontrar un puesto de secretaria o recepcionista en el Colegio Universitario de Banyon. Después de todo, aunque hiciera mucho tiempo que no pisaba la universidad, sabía cómo moverse en un campus. Y las mujeres que asistían a los talleres parecían muy optimistas, felices y animadas.

Escribió algún documento a máquina para Felicity y Ross. Imprimió el nuevo horario de los talleres, que Jasmine había escrito a mano en un cuaderno. Miró el horario online para el día siguiente y vio que había varias citas, varias sesiones de asesoramiento, nuevos talleres y una sesión de grupo para mujeres maltratadas. También había un par de reuniones de grupos los martes y jueves por la noche y, si lo estaba leyendo bien, la oficina estaba cerrada los viernes por la tarde.

Tuvo ganas de asistir a aquellos talleres y sesiones de grupo. Tal vez le permitieran volver como cliente. Estaba dispuesta a aceptar

cualquier opción que le ofrecieran.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando la oficina empezó a quedarse vacía. Y, entonces, Fran se asomó de nuevo a la puerta de su despacho.

–Adele, por favor, ¿podrías venir un momento?

–Por supuesto –dijo ella, y siguió a Fran.

Ros y Felicity también estaban en el despacho.

–Por favor, siéntate –le dijo Fran–. Me temo que ha habido un error. Creí que eras la empleada temporal a la que llamé. Hace una hora me llamaron de la agencia de trabajo para disculparse porque la candidata no hubiera venido. Al parecer, uno de sus niños estaba enfermo y no se puso en contacto con la agencia para decírselo.

Adele se quedó asombrada. Aquella explicación no se le hubiera ocurrido nunca. Lo único que pudo decir fue:

–Ah.

–Tú no dijiste nada –le comentó Fran.

Ella miró sus expresiones. Parecía que Ross estaba un poco enfadada y Felicity, confusa.

–No sabía que te habías equivocado. Pensaba que me estabas dando el trabajo porque te había parecido que podía hacerlo bien. Yo vine a la asesoría para encontrar trabajo.

–¿Eres una clienta? –preguntó Fran–. ¿Querías apuntarte al programa de reincorporación?

Ella asintió.

–¿Y cuál es tu historia? ¿Por qué no has estado trabajando?

Ella se lo contó todo, y les dijo por qué había aparecido allí aquella mañana.

–¿Y qué pasa con la enseñanza?

–Tengo un graduado, pero no tengo el certificado de profesora. Tal vez pudiera conseguir un puesto en un colegio privado. En realidad, no he buscado. Y no estoy segura de que mis objetivos sean los mismos… Lo cierto es que, ahora mismo, casi no tengo dinero y necesito trabajar.

–¿Te gustaría venir mañana por la mañana como clienta? Puedes rellenar un formulario de admisión y sentarte con una de nuestras asesoras.

–Eso sería muy amable por vuestra parte.

–Bien, entonces…

–O… también podría volver y ser tu secretaria. Hasta que vuelva la de siempre –dijo Adele–. Me encantaría hacerlo.

–¿Por qué? –preguntó Ross, frunciendo el ceño ligeramente.

–Es un trabajo estupendo –dijo Adele–. Me ha encantado conocer a las mujeres. No intenté aconsejarles nada, pero hablé con ellas. Este es un sitio muy bueno. Me gusta lo que he hecho hoy.

–Pero… –dijo Fran.

–Es lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo –dijo Adele–. Me siento útil. Sé que fue un error, pero es el mejor error que he cometido desde hace muchos años. Y, si necesitáis a alguien…

–Normalmente, hacemos comprobaciones, entrevistas, verificamos las referencias… –dijo Fran.

–No me busca la policía, ni nada por el estilo –dijo Adele–. Siempre pago la facturas a tiempo y llevo sin trabajar para nadie, salvo para mis padres, ocho años. Mi hermana siempre dice que no sería capaz de mentir ni aunque mi vida dependiera de ello. ¿No podríais pensarlo? Sé que ha sido un accidente, pero creo que lo he hecho bien.

Fran se quedó pensativa.

–¿Puedes volver a tu escritorio y darnos unos minutos para hablar de esto?

–Claro –dijo ella–. Creo que mañana podría hacerlo incluso mejor, de verdad.

Adele se sentó con impaciencia en su escritorio, mientas pensaba que ojalá pudiera participar en la conversación que iban a tener en el despacho de Fran. Se había imaginado que Ross y Felicity eran parte de la dirección de la oficina y, ahora, estaba segura.

Miró el reloj. Eran las cuatro y diez. Sacó el teléfono móvil y lo encendió para ver los mensajes. Solo había uno: ¡Espero que estés teniendo un gran día! Era de Jake.

Cuando abrieron de nuevo la puerta, eran las cinco menos diez. La sala de espera estaba ya vacía, aunque aún había una sesión de grupo en la parte de atrás.

–Entra, Adele –le dijo Fran–. Hemos hablado de ello. Necesitamos a alguien en ese escritorio y, si estás dispuesta a trabajar por quince dólares la hora, nos gustaría intentarlo. Nuestra recepcionista no va a volver, y la mujer a la que contratamos para sustituirla no lo hizo bien. Pero hay muchas más cosas que hacer, aparte de las tareas que has llevado a cabo hoy.

Adele sonrió tanto que tuvo la sensación de que se le iba a agrietar la cara.

–Soy bastante lista –dijo–. Y no me da miedo el trabajo.

–La recepcionista también tiene que hacer de conserje –dijo Ross.

–¡Mi padre era conserje! –respondió Adele.

–Era broma, Adele. Salvo por el hecho de que todas contribuimos a que esta oficina esté ordenada. Ya sabes, lavar los platos, vaciar el fregadero, barrer. Si ves algo sucio o desordenado, se limpia. ¿Entendido?

–Entendido. ¿Tengo el trabajo?

–Tienes el trabajo. Has caído del cielo y te hemos aceptado. Vamos a ver si funciona. Mañana por la mañana haremos el papeleo –dijo Fran, con una sonrisa.

–¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

«¡Puede que esté cambiando mi suerte!», pensó, con alegría.

Tenía muchas ganas de contárselo a alguien, pero no a Justine. ¿Qué le diría su hermana? Probablemente, le advertiría que hiciera el trabajo con la mayor minuciosidad para conservar el puesto. Así pues, invitó a Jake a cenar a las siete.

Cortó sus verduras, puso la mesa y fue a lavarse los dientes y a retocarse el maquillaje, y decidió tomarse una copa de vino mientras lo esperaba. Por fin, llamaron a la puerta.

Abrió y allí estaba él, con un ramo de flores. Jake había dejado de llevarle comida para no interferir en su dieta.

–¡No te lo vas a creer! ¡Tengo trabajo!

–Vaya, sí que ha sido rápido.

Le sirvió una copa de vino a él también y le contó lo que había ocurrido, mientras cocinaba las verduras en un wok. Le explicó que no estaba segura de por qué había respondido que sí cuando Fran le había preguntado si había ido a la oficina por el trabajo.

–Supongo que, después de todo, había ido a buscar trabajo.

Además, también había pensado que quizá estuvieran poniéndola a prueba y que, una vez que comprobaran lo que sabía hacer, tal vez seleccionaran ofertas de trabajo para ella.

–No funciona así, claro. Pero yo no lo sabía.

Le contó lo mucho que le había gustado hablar con las mujeres, descubrir que eran tan diferentes de ella y, sin embargo, tan parecidas en muchos sentidos.

–Todas han estado cautivas de algún modo, aunque por su propia voluntad. Y, sin embargo, al quedar en libertad, están perdidas. Da igual que fuesen amas de casa, madres, cuidadoras… De repente, necesitan trabajo y no tienen a nadie a quien acudir. Parecía que todas estaban mejor cuando salían de la oficina, aunque no estuvieran totalmente alegres, por lo menos sí estaban aliviadas. Es un sitio increíble, y el programa, también.

Y, al final, cuando ellas le habían explicado que todo había sido un malentendido, ella les había rogado que le dieran el trabajo.

–Y no solo porque necesite el dinero. Quiero ver qué va a suceder después. No tengo ni idea de cuál es su ratio de éxito, pero algunas de esas mujeres que se sienten tan asustadas y desesperadas van a conseguir trabajo y van a seguir con su vida.

–Como tú –dijo él.

–¡Como yo!

Mientras comían, ella le habló sobre algunas de las mujeres, sin darle su nombre ni su descripción física. Pero sí describió algunos de sus problemas.

–Imagínate verte sin dinero, en una situación tan precaria, a los setenta años. Estoy deseando ver cómo termina su historia. Esto ha sido una verdadera llamada de atención. Me ha hecho pensar mucho. Mi madre podía haberse quedado sin recursos y ¿qué habría hecho?

–Tu hermana la habría ayudado…

–Mi hermana. Me pregunto si sabe la suerte que tiene. Lo que le ha hecho Scott es terrible, pero ella tiene trabajo.

–Un trabajo que, según me has contado, está en peligro –le recordó Jake.

–Voy a llamarla esta noche. ¿Qué tal está tu comida?

Jake bajó el tenedor.

–Muy rica. Adele, estás maravillosa, ¿sabes? Si no te lo he dicho lo suficiente, lo siento.

–Todavía me queda mucho por avanzar –dijo ella.

–Harás lo que quieras, pero yo creo que estás maravillosa. Aunque también me parecías maravillosa antes.

–¿Y mejor ahora?

–Addie, yo siento mucha admiración por cualquiera que se esfuerce para estar lo mejor posible, pero tú siempre me has parecido muy guapa.

–Mañana voy a levantarme muy temprano para poder dar el paseo por la playa y llegar puntual al trabajo –dijo ella, como si no lo hubiera oído.

Pero sí lo había oído.

–Por suerte, está amaneciendo antes, aunque en la playa todavía hay mucha bruma temprano, hasta las diez de la mañana o así. Ten cuidado –le dijo él.

–Sí, no te preocupes. Pero en esta zona no hay problemas.

–No, solo cosas sin importancia. Pero no quiero que tú seas la primera en encontrarte con un problema de verdad.

–No hay nada que pueda asustarme para que deje mi plan –dijo ella–. Me siento mucho mejor haciendo todo esto. Y ¿te he dicho ya que tengo trabajo? –le preguntó, sin poder dejar de sonreír.

Capítulo 6

Justine sabía que el trabajo podía ser como un faro, una luz blanca. Y, si se trataba del tipo de trabajo más adecuado para una persona, todavía más.

El mero sonido de la voz de Addie cuando la llamó para decirle que estaba trabajando era mágico. Parecía que estaba mucho más llena de vida que antes. Como la responsabilidad, la monotonía y el duro trabajo del cuidador habían consumido a su hermana, ella se preguntaba si alguna vez conseguiría liberarse de su aislamiento y cobraría vida.

Hacía varias semanas que no veía a Adele. Hablaban por teléfono cada pocos días, para que ella pudiera informar a su hermana de cómo iba el divorcio. Su abogada había registrado el acuerdo en el juzgado, después de que Scott lo firmara, y todo podía estar resuelto en dos semanas. Las niñas todavía estaban muy disgustadas, pero el curso iba a terminar muy pronto y las dos tenían trabajos de verano. Eso las mantendría ocupadas y, seguramente, las ayudaría a dominar sus emociones. Además, ella las había llevado al psicólogo con el fin de que les enseñara diferentes estrategias para sobrellevar la situación.

Aquella noche, Scott iba a quedarse en casa para hacerles la cena a Olivia y Amber, así que ella decidió ausentarse. No quería encontrarse con ningún vecino, así que fue a Chen's, que no estaba demasiado lejos de casa. Pidió una copa de vino y, cuando estaba leyendo la carta, oyó una voz conocida.

–¿Justine?

Alzó la vista y se encontró con los ojos marrones y cálidos de Logan Danner. Se quedó muy sorprendido.

–Ah, eres tú –dijo ella.

–Sí, soy yo –respondió él, con una sonrisa–. No esperaba encontrarme contigo aquí, pero me alegro. Me preguntaba qué tal iban las cosas.

–Podías haber llamado.

–Sí, podía. Cuando fuese muy evidente que ya no eres una clienta. Pero, como quizá todavía necesites mis servicios, es algo estrictamente profesional.

–¿Por qué no te sientas un rato? Déjame que te invite a una cerveza, y así puedes contarme lo que estás haciendo por aquí.

Él se sentó enfrente de ella.

–He venido al juzgado de San José a testificar a favor de un cliente.

La camarera se le acercó y le preguntó si quería una cerveza. Él asintió y le dio las gracias.

–Creo que puedo decir que este es uno de mis lugares favoritos.

–Te gusta mucho la cocina china, ¿no?

–Me gusta, sí. Pero una de las cosas buenas de este sitio es que, a ciertas horas del día, no hay nadie. Si un posible cliente no vive lejos, es uno de mis establecimientos preferidos para reunirme con él. Tengo una socia, Georgianna, que vive en Santa Rosa. Compartimos una oficina en San Francisco, pero solo vamos un par de días a la semana. Y, ahora, cuéntame qué tal tu situación. ¿Va a haber divorcio?

–Por supuesto. No es lo que quiero, pero tiene que ser así.

–¿Estás segura? La gente consigue resolver todo tipo de problemas.

–He pensado mucho en esa salida, por el bien de mis hijas, pero al final, no sé lo que les estaría enseñando si hiciera eso. Además, yo no puedo vivir con un hombre que miente y engaña. ¿Quién podría?

–La gente llega a todo tipo de arreglos…

–Creo que Scott solo siguió casado por mis ingresos. Le gusta comprar equipamiento deportivo y había estado hablando de comprar un velero. Se habría quedado conmigo un par de años más con tal de tener ese barco.

–¿No estaba aburrido?

–Es muy activo –dijo ella, con una carcajada desdeñosa.

–¿Es buen padre?

–Sí, es muy buen padre. Creo que los dos somos buenos padres. Esa es mi mayor preocupación. ¿Podremos ser buenos padres cuando estemos divorciados? Porque yo no me había dado cuenta de lo egoísta que es Scott. Él es el padre divertido. Si yo tenía que quedarme trabajando hasta tarde, él contrataba a una vecina para que hiciera de canguro y poder ir a jugar al fútbol o a los bolos. Se ocupaba bien de las niñas, pero ahora me doy cuenta de que hacía lo mínimo. Su tiempo libre siempre era cuidadosamente respetado. Y las niñas ya no lo necesitan como antes. Dentro de un año, Amber se irá a la universidad.

–¿Te había contado que yo estoy divorciado? –le preguntó Logan–. Pero no tengo hijos. Y he sido testigo de muchos divorcios. Esto es lo que suele pasar: la parte perjudicada está muy dolida y enfadada. No se puede evitar; para superarlo tiene que pasar el tiempo necesario. Algunas personas lo superan rápidamente, mientras que otras se quedan rezagadas. Tengo un amigo que lleva dos años divorciado y todavía se le empañan los ojos al hablar de ello.

–¿Dos años?

–En realidad, más de dos años. Y tengo otro amigo que estaba con otra mujer a las tres semanas. No salió muy bien, es cierto, pero no se pasó dos años deprimido.

–¿Y tú?

–Mi situación era única.

–¿No lo son todas?

–No como esta. Nosotros no llevábamos mucho tiempo casados, solo unos años, y siempre estábamos peleándonos. Antes de casarnos, nunca nos peleábamos. Al final, ella me dijo que quería el divorcio porque no era feliz. Porque no le gustaban los hombres. Te has quedado con la boca abierta… Me dijo que me quería de verdad, y que pensaba que podríamos conseguir que lo nuestro funcionara porque éramos muy buenos amigos y teníamos mucho en común, etcétera. Pero yo no le gustaba. Literalmente.

–Ay.

–Me dolió mucho, pero volvimos a ser amigos. De hecho, es la mejor amiga de mi hermana. Ahora tiene una compañera y yo soy feliz por ella, aunque, a veces, resulta un poco embarazoso.

Justine se echó a reír sin poder contenerse.

–Acción de Gracias debe de ser muy interesante en tu casa.

–En general, la vida es una comedia. A esto quería llegar. Te resultará difícil durante un tiempo, sobre todo, porque te preocuparás por cómo se están adaptando tus hijas. Pero ellas van a estar bien. ¿Sabes por qué estoy seguro? Porque el cincuenta por ciento de los matrimonios se divorcia, y los niños siempre sufren, pero, al final, sobreviven. Puede que no sea la situación que quieren, pero al final, se adaptan y siguen con su vida. Mucho de esto depende de cómo actuéis tu marido y tú con respecto a ellas. Y, en cuanto a ti, en algún momento empezarás a fijarte en lo que tienes en vez de en lo que has perdido. No sé lo que será… Tal vez, la libertad. Tal vez, oportunidades que antes no tenías. Tal vez, un hombre que de verdad te aprecie. Pero no te apresures en esto, ¿eh? Oh, tal vez, ya que tú siempre has sido quien llevaba el dinero a casa, puedas disfrutar de tu independencia económica. Pero la lista aumentará. Eres una mujer guapa, lista, con éxito profesional. Tu marido se ha liado con otra mujer que tiene un historial malo en las relaciones y en las finanzas. Gran error, Scott. Ella no tiene nada que ofrecer de lo que tienes tú. Debe de estar haciendo que se sienta como un rey.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

–Menos mal que dijiste que no eres consejero.

–Tengo cuarenta y ocho años y soy soltero. Mi socia, Georgie, está casada con un bombero y tienen tres hijos, y están locamente enamorados. Los envidio muchísimo. Si alguna vez rompen, será una gran decepción para mí. Obviamente, no soy un genio en lo referente a las relaciones; si tengo algo de experiencia, es de ver cómo la fastidian otras personas. Dime una cosa, Justine, ¿qué tal estás comiendo? ¿Y qué tal duermes?

Ella se encogió de hombros.

–No muy bien. En este momento, lo que quiero es despertarme por las mañanas y que mi marido infiel no sea lo primero que me viene a la cabeza.

–Vamos a comer. ¿Te ha gustado algo de lo que has visto en la carta?

Ella agitó la cabeza. Al final, él pidió para los dos: sopa de huevo, carne y brécol, pollo con verduras.

–Vamos a compartir –dijo él. Mientras esperaban a que les llevaran la cena, él le preguntó–: ¿Quién te está ayudando en todo esto?

–Una amiga, que también es abogada. Ha escrito el acuerdo y lo ha registrado. Y tú.

–¡No es suficiente! Tienes que llamar a más amigos, Justine. Para esto hace falta mucho apoyo.

Adele se levantó a las seis de la mañana, impaciente por comenzar su jornada. Paseó durante una hora por la playa, que estaba un poco oscura debido a la bruma. Pero, de todos modos, ella se sentía feliz y afortunada. Había más gente en la arena, paseando a los perros, corriendo o caminando. Seguramente, pensó, haciendo ejercicio antes de ir a trabajar.

Se sentía como si, por fin, hubiera entrado en el mundo de los adultos.

Preparó la comida, se duchó y se arregló para ir a la oficina. Fue la primera en llegar, y la puerta estaba cerrada. Tuvo que esperar a Fran, que le dijo:

–¡Buenos días! Hoy te voy a dar una llave.

–Gracias. Creo que estaba un poco impaciente por llegar.

Encendió el ordenador y guardó la comida en la nevera. Revisó los armarios y comprobó que hubiera de todo: material de oficina, bolsas de basura, limpiador de cristales, etcétera. Después, fue por la oficina y por las salas de reuniones y recogió todo lo que estaba desordenado. Repasó la cocina para que estuviera reluciente y se sentó delante del ordenador para leer la programación y el horario de aquel día. Había citas, talleres y reuniones de grupos. Al poco tiempo, alguien entró por la puerta.

–¡Buenos días! –dijo, alegremente–. ¿En qué puedo ayudarla?

Y así empezaron las historias. Mujeres que se enfrentaban a la muerte de algún ser querido, al divorcio, al abandono, a callejones sin salida temibles para personas que llevaban más de dos años alejadas del mercado laboral. En su primer día oficial de trabajo, recibió a treinta y dos mujeres de entre veinte y sesenta y ocho años. Además, empezó a darse cuenta de que el programa de reincorporación era mucho más que rellenar el formulario de admisión. Había eventos de recaudación de fondos y solicitudes de subvenciones, porque con el presupuesto que concedían el condado y el estado no había suficiente dinero para mantener una oficina de trabajo social. Y también había que establecer relaciones con las empresas de la zona para que dieran trabajo a las personas que acudían a la oficina. Justo antes de la hora de comer, Fran se marchó a una comida de mujeres profesionales y empresarias en la que iba a dar una conferencia.

Adele quería oír aquella conferencia. Se quedaba hipnotizada solo con que su jefa le pidiese que imprimiera algún documento.

Después de comer, vio que Ross estaba ordenando un montón de carpetas, sobres y páginas sueltas, y le preguntó si podía ayudarla.

–Estoy intentando organizar estos expedientes de clientes para poner orden.

–¿Hay que archivarlos?

–Y escanearlos. Estamos intentando trabajar cada vez con menos papel. Ya te habrás dado cuenta de que no tenemos espacio.

–¿Y si los escaneo, los archivo y los envío a la nube?

Ross la miró con desconcierto.

–Vaya, para ser alguien que llevaba tanto tiempo sin trabajar, parece que sabes arreglártelas muy bien en una oficina.

–El ordenador y las redes sociales eran casi mi única conexión con el mundo. Podía gestionar muchas cosas sin salir de casa con el ordenador. Yo ordenaba y archivaba los documentos médicos de mi madre y los papeles del seguro. El ordenador era mi tabla de salvación.

Ross empujó el montón de papeles hacia ella. Adele los tomó con entusiasmo.

–¿Hay un plazo para terminar esto?

–Tienes que atender la recepción. Mi plazo es cuando tú puedas acabarlo. Gracias. Esto es de gran ayuda, porque estoy escribiendo una solicitud de subvención.

–Me gustaría aprender más sobre eso –dijo Adele.

–Cuenta con ello –respondió Ross, con una sonrisa.

Al final de la jornada, Adele volvió a casa eufórica. Le esperaban muchas cosas prometedoras.

Aquella noche fue a la reunión del grupo de adelgazamiento y, después de pesarla, le dieron la buena noticia de que había perdido nueve kilos.

«Este fin de semana me voy de compras», pensó. «Siempre he

odiado ir de compras, pero esto me parece algo nuevo».

Una vez en casa, se miró al espejo en ropa interior. Estaba mucho más delgada que durante aquellos ocho años, incluso que antes de quedarse embarazada. De repente, pensó en algo que estaba en un rincón de su mente. No tenía ningún contacto con Hadley. Él no sabía lo del bebé, nunca se puso en contacto con ella para preguntarle y la dejó sin mirar atrás después de haberle dicho que la quería. Después de haberle dicho que empezarían de nuevo.

Y quería cerrar aquel asunto para siempre.

Justine cerró la puerta del dormitorio. Olivia estaba tocando la guitarra en su habitación y Amber estaba hablando por teléfono. Habían terminado los deberes y ella había recogido los platos de la cena. Scott había decidido que iba a salir durante un par de horas. Ella estaba impaciente por que llegara el día en que no durmieran en la misma casa. Era muy molesto que Scott nunca preguntara si ella tenía algún plan. Casi no se dirigían la palabra, pero a ella le daba la impresión de que él podría seguir así para siempre.

Le dio un sorbito a su copa de vino e hizo una llamada.

–Hola, soy Logan.

–Hola, soy Justine Somersby. Siento molestarte –dijo ella–. ¿Tienes un minuto?

–Claro. Voy a bajar la televisión.

–Si estás ocupado…

–No, no te preocupes. Esta noche no trabajo.

–Pues… me gustaría saber si puedo consultarte algunas cosas –dijo ella–. He estado pensando mucho en tus consejos. Sobre todo, en eso de que al final pensaré más en lo que tengo que en lo que he perdido. Cuando el divorcio sea firme, habremos dividido nuestros planes de pensiones. Además, hay unos pocos ahorros. Tú mencionaste lo de buscar oportunidades, y hay un par de cosas que

me interesan, pero son arriesgadas.

–Vaya, vaya –dijo él–. ¿Y estás buscando a alguien que lo analice?

–Sí, exactamente. Pero, primero, te voy a contar cuál es nuestro acuerdo. Scott se quedará con la mitad de todo, incluida la mitad de la casa, que tiene un buen valor en el mercado. Lo único intocable son los fondos para la universidad. Seguiremos siendo copropietarios de la casa, cada uno, pagando la mitad de la hipoteca. Y tendré que pasarle una pensión alimenticia. He accedido a pagarle la mitad de lo que gane durante los próximos cinco años.

–Sé que vas a llegar pronto a la parte arriesgada…

–Estoy pensando en abrir un bufete privado. Un bufete para ejercer en mi zona. Durante los dos primeros años, ganaría muy poco dinero, pero puedo vivir de mis ahorros.

Él se quedó callado un momento.

–Suponiendo que seas una buena abogada, no me parece tan arriesgado. Solo creo que tendrías que vigilar muy bien el presupuesto durante un tiempo.

–Scott no tendría una pensión muy grande.

–Aahh. ¿No dijiste que es licenciado? ¿Hay algún motivo por el que no pueda trabajar?

–Bueno, las niñas ya no necesitan a un padre que esté en casa cuidándolas todo el tiempo. Son autosuficientes. Además, yo he participado en su cuidado tanto como Scott. Pero, sin embargo…

–¿Justine?

–Lo siento –dijo ella, un poco llorosa.

–Bueno, tómate tu tiempo. ¿Estás bien?

–Sí, sí. Es que… no sé cómo hacerlo, Logan. Aunque estaba haciéndolo antes, no estaba sola. Siempre había otro adulto en el equipo. Como apoyo, ¿sabes?

–Sí, lo entiendo. Y dejan un hueco cuando salen de tu vida. Es la traición, Justine. Tienes que tomarte las cosas con calma, ir paso a paso. Es más fácil cuando tienes comida y un sitio para dormir. Eso te permite seguir adelante.

–Lo sé.

–Bueno, la dieta del divorcio. ¿Cuánto has adelgazado?

–Solo tres kilos y medio. No es para tanto. Pero no estoy acostumbrada a esta confusión… Cuando voy al supermercado, no sé dónde están las cosas, aunque llevo años comprando allí. No sé qué comprar. Nadie me ha dado la lista de la compra. Y he cambiado todas mis tarjetas de crédito, pero todavía sigo apareciendo en las cuentas de Scott, y su nombre aparece en las mías. Yo estoy acostumbrada a ser mucho más organizada. Siempre he tenido una memoria de elefante, pero últimamente mi cabeza está hecha un desastre.

–Mira, todo esto es un proceso. Yo recuerdo que le envié mi declaración de hacienda a mi madre para que me la hiciera. Eso fue muy vergonzoso, pero, con el tiempo, recuperé la capacidad de pensar.

–Estoy tan enfadada…

–Es lógico. ¡Incluso yo estoy enfadado en tu nombre! A veces, hablar es una gran ayuda.

–Me estoy apoyando en ti. Lo siento –dijo ella.

–No te disculpes. Cuéntame lo de ese bufete que quieres abrir.

Ella se recostó en los almohadones de la cama.

–Me imagino clientes con distintos problemas. Acuerdos para repartir propiedades y bienes, divorcios, pleitos, venta de empresas o cierres. Creo que podría ser consultora de varias empresas tecnológicas con las que he trabajado en el pasado. Sería muy refrescante poder ayudar a la gente a mejorar su vida. Adopciones, contratos prematrimoniales, constitución de sociedades, fideicomisos familiares, fundaciones… Sería el bufete de mi barrio.

Y podría hacer más cosas, incluso de naturaleza penal. Detenciones, órdenes de alejamiento, custodias, denuncias por agresión… Se tarda en levantar un bufete, pero no hay escasez de asuntos jurídicos.

–Guau. Vaya. Georgie y yo nos jubilamos en el departamento de policía al mismo tiempo. Los dos teníamos veinticinco años de servicio. Nos retiramos con el rango de teniente y entramos a trabajar a una agencia de detectives. Habíamos trabajado juntos diez años, así que lo de empezar como un equipo en una agencia de detectives nos funcionó bien. ¿Cuál es tu primer paso? ¿Buscar un local?

–Supongo –dijo ella–. También estoy buscando en bufetes ya establecidos, para hacerme una idea de cómo son las cosas. En bufetes pequeños. La mayoría están especializados en negligencias médicas, o divorcios, o daños personales. Me gustaría conseguir una oficina en un edificio antiguo. Quiero que tenga cocina e, idealmente, chimenea. Eso me daría confort durante los días fríos de niebla de noviembre hasta abril. Me gustan las casas y edificios antiguos reformados, pero es lógico, porque yo me crie en Half Moon Bay, uno de los pueblos más antiguos de la costa.

–Bueno, entonces… ¿estás aceptando que tu matrimonio ha terminado?

–Todavía lo estoy pasando mal, pero no quiero este matrimonio. Cuanto más pienso en los últimos diez años, más sospecho que esta mujer es su aventura más reciente. Scott tenía mucho tiempo libre. Podía permitirse el lujo de estar aburrido e inquieto.

–Si Scott tiene que ponerse a trabajar, es lo mejor que podría ocurrirle –dijo Logan.

–Tienes razón. Solo tiene cincuenta y dos años, y lo que se lleve con el acuerdo de divorcio y la pensión alimenticia no le va a bastar para llegar a la vejez. A lo mejor piensa que lo va a mantener su nueva novia.

–No, si la mujer es la dueña de la tienda de kayaks –repuso Logan–. ¿Y has pensado en otras cosas para el futuro que no sean trabajo?

Tus hijas se van a la universidad dentro de poco. ¿Qué vas a hacer para divertirte?

–Pues… qué casualidad que preguntes eso. He estado pensando mucho en ello, porque, durante los últimos veinte años, he estado trabajando muchísimo. He recibido una buena compensación, no me arrepiento. Pero no me importaría disfrutar de un poco de tiempo libre y de entretenimiento. Casi nunca veía una película, porque las únicas cosas que Scott quería ver siempre eran con armas o una pelota. Las niñas y yo fuimos a ver alguna película de chicas, pero era raro. A mí me encanta el cine, pero creo que nunca tenía tiempo para ver nada. Me pasaba los fines de semana haciendo tareas domésticas y acabando trabajos de la oficina.

–Bueno, levantar el despacho de abogados no va a ser como unas vacaciones, pero, si quieres conseguirlo, también tienes que encontrar tiempo para hacer cosas que te gusten. ¿Qué te gusta?

–Me gusta pasarme una tarde entera en el sofá o en una hamaca, fuera, leyendo. Me gusta la jardinería. Me gusta ir a conciertos…

–Hay música en vivo en los parques, por todas partes… En San Francisco hay música al aire libre por toda la ciudad.

–¿Tú vas a esos conciertos?

–Algunas veces. De hecho, estoy buscando una casa en Carmel. Pequeña, antigua, cerca del mar. El único inconveniente son los turistas. Hay millones.

–¿Y por qué en Carmel?

–Georgie vive en Santa Rosa, al norte de la ciudad, así que he pensado en buscar algo al sur. He mirado por todos los pueblos al sur de San Francisco. Cuando tengamos un caso, yo trabajaré principalmente en el sur, y ella hará el trabajo de campo al norte. Nos vemos en la oficina o trabajamos juntos un par de días a la semana. De lo contrario, estamos en contacto por teléfono o por medio del ordenador. Y me gusta Carmel, salvo por los turistas. ¿Y tú?

–Yo me voy a quedar aquí hasta que sepa dónde voy a trabajar. Y no lo sabré hasta que el divorcio sea firme. Seguramente, Scott y yo nos turnaremos para cuidar a las niñas. Es decir, puede que cada uno nos vayamos a vivir a un sitio más pequeño y eficiente y vengamos a la casa, por turnos, para estar con las niñas. Eso podría funcionar, ¿no crees?

–Depende de hasta qué punto necesites dar por cerrado el asunto.

–Eso no lo había pensado. Será difícil ponerle punto y final psicológicamente si seguimos viéndonos y compartiendo un espacio, aunque no estemos aquí al mismo tiempo.

–Exacto. Podía funcionar bien como transición…

–Umm… Sí –dijo ella. Entonces, pensó que el sentido común de Logan con respecto al divorcio era muy útil–. De verdad, Logan, no sé cómo darte las gracias.

–De nada, Justine. Cuando estés en tu próxima vida, saldremos a tomar una copa, o algo por el estilo. Sé que tendrás muchas cosas que contar. Pero, mientras, tienes mi número. Y yo tengo el tuyo.

Cada mañana, Adele se levantaba pronto, iba a dar un paseo por la playa y se encaminaba al Colegio Universitario de Banyon con gran entusiasmo. Escuchaba con atención a las clientas que entraban por la puerta y, si ellas no le daban demasiada información, miraba las hojas de admisión para ver si podía reconstruir sus necesidades o propósitos, aunque ese no fuera su trabajo.

Empezó a ver a clientas asiduas, y las saludaba por su nombre.

–Hola, Alexandra. ¿Cómo está tu madre?

Alexandra se estaba recuperando de un caso de agorafobia. Su madre tenía esclerosis múltiple y acababan de admitirla en una residencia de ancianos.

–Hola, Leslie. ¿Alguna noticia sobre tu ingreso en la universidad?

Leslie, que había sido militar y se había quedado sin hogar, acababa de pedir plaza en un colegio universitario. También había conseguido una plaza para vivir en una comunidad destinada a veteranos sin hogar.

–Rosalee, ¡estás fantástica!

Iba vestida con un traje de oficina que había conseguido en una ONG especializada en ropa de segunda mano para el ámbito laboral, para mujeres que necesitaran ese tipo de atuendo.

–Hoy es mi ensayo general para las entrevistas –dijo Rosalee, sonriendo.

Después de diez días en su puesto, Adele se sentía como si su vida se hubiera convertido en una aventura. Estaba conociendo a los clientes, empleados y voluntarios y deseando que llegara la hora de comer, porque pasaba aquel rato con sus nuevas amigas. Fran estaba divorciada y tenía un niño y una niña adolescentes. Su exmarido se había ido a vivir a su casa natal de Nueva Jersey y casi no veía a sus hijos. Adele no sabía por qué le sorprendía, pero le agradaba mucho saber que Fran tenía novio. Él era policía, también divorciado, y Fran hablaba de él con orgullo, sobre todo, al mencionar lo bueno que era con sus hijos y con los de ella.

Ross tenía un exmarido y un par de hijos ya adultos. Los había criado sola, y había terminado su licenciatura después de que ellos nacieran.

Pero Felicity tenía el caso más difícil de todos. Tenía treinta y cinco años y era delgada. Su apariencia era un poco frágil, pero más brillante que el sol. Era trabajadora social y llevaba cinco años en aquel centro. Adele se enteró de que Felicity, tan alegre y positiva, había perdido a su hijo pequeño y a su marido en un accidente de avión hacía seis años. Ross se lo había contado en voz baja. Desde entonces, Adele miraba a Felicity con cautela, preguntándose cómo había podido sobrevivir a algo así y qué había bajo la superficie.

Adele había comenzado el trabajo hacía diez días y se las había arreglado con la ropa que ya tenía, pero le quedaba tan grande, que decidió ir de compras. Los paseos matinales y el trabajo habían

conseguido que adelgazara aún más y, aunque lo notaba en la talla, tenía tantas cosas nuevas en la cabeza que ya no sabía si creerse los cambios. Todo en su vida era distinto. Estaba trabajando, tenía amigos, había adelgazado, estaba haciendo ejercicio y se sentía más sana que nunca.

Estaba pensando en lo bueno que era haber podido tomar las riendas de su vida cuando Justine entró por sorpresa en la oficina. Se acercó al escritorio y dijo:

–Hola.

–¡Justine! ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Adele, levantándose.

–Quería verlo por mí misma –dijo Justine, sonriendo–. Tú, trabajando en una oficina. ¡Y qué bien estás! ¡Dijiste que habías perdido unos kilos, pero parece que has perdido veinte! ¡Estás fabulosa!

–Gracias –dijo Adele. Pero, entonces, miró con atención a su hermana. Justine se estaba consumiendo–. Tú también has adelgazado…

–No demasiado –dijo Justine–. Ya sabes, la famosa dieta del divorcio. Podía prescindir de los kilos.

No, no podía. Justine ya estaba delgada antes de enterarse de la aventura de Scott.

–Déjame decirle a mi jefa que voy a tomarme un descanso para comer. Puede que tarde unos minutos. Tengo que encontrar a alguien que me sustituya en la recepción.

–No te preocupes, Addie. No tenemos que salir a comer. Yo solo quería saludarte. Te dejo que vuelvas a trabajar y…

–No, vamos a comer. No pasa nada. Yo como aquí todos los días, así que es buena idea. Un minuto.

En lugar de molestar a Fran, acudió a Ross.

–Hola. Mi hermana ha venido a verme, y me gustaría invitarla a comer. Está pasando por un divorcio y está consumida. ¿Puedes sustituirme durante una hora?

Ross hizo un mohín, pero no por la sustitución.

–Yo engordé trece kilos durante mi divorcio. ¿Lo ves? Ya te dije que la vida no es justa.

–Te prometo que volveré dentro de una hora, o menos.

–No te preocupes, Adele. Has estado trabajando más horas de las previstas, y me has ayudado mucho.

Cuando volvió a la zona de recepción, Justine ya no estaba junto a su escritorio. Ella tomó el bolso del cajón y salió. Se encontró a su hermana en el pasillo, con los ojos llenos de lágrimas. Adele nunca había visto nada parecido.

–¡Aquí estás! Tenía miedo de que hubieras salido corriendo. ¿Qué te pasa?

–Lo siento –dijo Justine–. ¡Me he emocionado al ver lo bien que estás! Es lo que pasa por no venir a verte desde hace tanto tiempo.

–Las dos hemos estado muy ocupadas –dijo Adele–. Vamos, quiero invitarte a comer.

–No tengo tanta hambre –respondió Justine.

–¿Es que vas a dejar que el divorcio acabe contigo? ¡Tienes que comer!

–Pues resulta que tú no tienes que comer mucho –dijo ella–. Pero estaría bien ir a un lugar tranquilo para hablar.

Capítulo 7

Adele fue directamente a un pub cercano. Estaba al lado del campus, así que estaba abarrotado.

–Creo que es solo por el estrés –dijo Justine, refiriéndose a su pérdida de peso–. Me he vuelto loca organizándolo todo para el divorcio, llevando a las niñas al psicólogo e intentando estar siempre disponible para ellas, evitando crisis…

–¿Qué tal están?

–Hemos tenido algunos momentos muy emocionales, pero están más o menos bien. Es casi como si no pasara nada, porque, para ellas, las cosas todavía no han cambiado mucho.

–¿Y cómo es posible eso?

–Bueno, Scott y yo hemos acordado que no vamos a hablar mal el uno del otro. Ellas saben que Scott está enamorado de otra mujer, aunque él no lo reconozca. Lo único que reconoce es que tiene mucho en común con ella y que les gustan las mismas cosas, que se llevan muy bien y que son muy amigos.

–¡Vamos! ¡Uno no destroza un matrimonio de treinta años con dos niñas solo porque tenga una amiga nueva! ¿Y las niñas creen que tú aceptas esto?

–No. No, ellas saben que me duele mucho. Pero les he dicho que siempre tendrán a su padre y a su madre, que haremos todo lo posible por ser buenos padres a pesar de que ya no estemos casados.

–No me lo puedo imaginar –dijo Adele–. ¿Y ella?

–¿La mujer? Ahí es donde he puesto el límite. No la acepto en la familia. No quiero que esté con mis hijas si puedo evitarlo. No sé

cómo consiguió liarse con Scott; no sé si es que él es un idiota o que ella es increíblemente manipuladora. Pero no importa, en realidad. Él ha destruido todo lo que teníamos por una mujer que tiene un negocio que da pérdidas, no tiene propiedades y tiene varias relaciones fallidas a sus espaldas. Así que he incluido una cláusula en el acuerdo de divorcio: si ella pone un pie en la casa, él perderá su parte del valor de la misma. Scott no la rechazó. Firmó el acuerdo.

–¿Y cómo te vas a enterar? –le preguntó Adele.

Justine sonrió.

–Con cámaras en los sitios más insospechados. No me fío de él ni lo más mínimo. Va a perder la casa.

Adele se quedó callada un momento.

–Vamos a pedir la comida. Mira la carta.

Justine la abrió y le echó un vistazo.

–No tengo demasiada hambre…

–Pero tienes que comer algo. Estás demasiado delgada. Por primera vez en mi vida, estoy preocupada por ti.

–Está bien, un poco de sopa.

–¿No vas a comer nada? –insistió Adele–. Sé que has sufrido un gran shock, pero no puedes ponerte enferma. Tienes que comer. Yo tengo que verte comer.

–Está bien, comeré algo.

–Scott es el que debería tener dificultad para comer. Ese desgraciado…

Justine leyó la carta.

–Scott ya no existe –dijo Justine–. Yo no conozco al hombre que ha ocupado su lugar. Está vacío emocionalmente, salvo cuando habla

de que quiere ser feliz. Yo pensaba que era feliz. Apoyé su deseo de dedicarse a los deportes al aire libre, y él me apoyaba en mi carrera profesional y me alababa. Entonces ocurrió algo, pero ocurrió tan lentamente, que yo no me di cuenta. Creía que nuestro amor se había transformado en un nuevo tipo de amor, uno que no estaba constreñido por la necesidad constante y la pasión desesperada. Y, para mí, eso estaba bien, siempre y cuando tuviera al lado a mi mejor amigo, confidente y compañero. Y algo de afecto, abrazos y caricias. Yo lo necesitaba, y que Scott lo necesitara mucho menos nunca me preocupó –explicó. Dio un suspiro y siguió hablando–: He revisado los movimientos bancarios. La relación con esa mujer dura bastante tiempo.

La camarera se acercó a la mesa en aquel momento.

–Para mí, una sopa de pollo con tortillas –dijo Justine.

–¿Quiere pan de acompañamiento?

–No, gracias –dijo Justine.

–Tráigale el pan –dijo Adele–. Para mí, por favor, una ensalada de tomate, aguacate y lechuga con atún. Sin pan. Y un poco de aliño aparte. Y, de beber, un refresco light. Justine, ¿tú quieres algo de beber?

–Lo mismo. Una cocacola light.

–Háblame –le dijo Adele, cuando la camarera se marchó–. Dime qué tienes en la cabeza.

–Hemos estado hablando cada pocos días –dijo Justine.

–Sí, pero no te veía. Está claro que solo hemos hablado superficialmente. ¿Ha terminado todo, definitivamente, con Scott? ¿No hay esperanzas?

–Addie, yo tengo miedo de volver a intentarlo, y Scott no quiere. Él piensa que esto es lo mejor. Quiere dividir el patrimonio y que nos separemos. En realidad, no lo hemos hecho ya porque él dice que no tiene dónde ir, y yo no sé lo que voy a hacer a continuación. Estoy pensando en lo que quiero. Vamos a compartir la casa y el

cuidado de las niñas durante unas semanas más, por lo menos. Intentaré coincidir lo menos posible con él, y voy a tener que echarle valor…

Justine se limpió la boca con la servilleta, aunque no había comido nada.

–Al principio, pensé que tal vez pudiéramos salvar el matrimonio si él quisiera, pero al ver los movimientos bancarios… Ha estado sacando cientos y cientos de dólares de un cajero todos los meses. ¿Para qué? ¿Para pagar los hoteles en efectivo? ¿Para pagarle el coche, o algo más que ella necesitara? Se lo preguntaría, pero no creo que me responda con sinceridad. Cientos de dólares, Addie. ¡Miles! Ha estado mintiendo y creando el argumento de que todo es culpa mía por trabajar tantas horas. Probablemente, eso es lo más doloroso de todo. Me lo dicen nuestros amigos, ¿sabes? Amigos que han hablado con Scott. Les ha estado contando la historia de una esposa negligente, fría y adicta al trabajo que ha puesto su profesión por delante de todo lo demás. Alguien que no participaba en las actividades familiares y que lo ignoraba a él. Estoy tan enfadada que quiero matarlo. Me ha utilizado y me ha difamado. Y no entiendo qué ve en ella.

La camarera les sirvió las bebidas. Justine alzó su vaso.

–Pero ella tiene kayaks. Ya sabes cuánto le gustan los juguetes a Scott.

–Y las actividades –dijo Addie.

–Le está diciendo a todo el mundo que el divorcio es culpa mía, pero él sabía exactamente lo que quería. Dinero. No pidió la mitad de las fotografías, ni de las cosas especiales que nos regalaron por la boda. Solo el dinero y la mitad del valor de la casa.

–¿Y qué vas a hacer?

–Lo que te he dicho desde el principio. Le voy a dar lo que quiere, la mitad de todo. Le gustan los ceros. Aunque tiene algunas obligaciones: mientras seamos copropietarios, tiene que pagar la mitad de la hipoteca, o perderá su mitad de la casa. Él lo firmó.

Vamos a estar legalmente divorciados en cuestión de semanas, y no tendrá nada más de mí, ni una sonrisa.

Les sirvieron la comida. Addie untó mantequilla en un pedazo de pan y se lo dio a Justine. Después, empezó a comer su ensalada.

Justine sonrió.

–Estás impresionante –le dijo a su hermana–. Addie, te abandoné. Las dos nos criamos como hijas únicas, pero tú tuviste que quedarte en casa de nuestros padres con mamá, en sus peores años, cuando no podía casi ni comunicarse.

–Yo sabía lo que ella quería decir –dijo Addie–. Más o menos, la mayoría de las veces.

–¿Qué vas a hacer este fin de semana?

–Nada del otro mundo. Normalmente, me preparo la comida para la semana, voy a la compra, hago ejercicio, voy a una de las reuniones del grupo de adelgazamiento…

–Vamos a ir de compras. Les preguntaré a las niñas si quieren venir con nosotras. Y podemos comer juntas, también.

–Primero tienes que decirme una cosa. Necesito saber cómo te sientes de verdad.

–Ya te lo he dicho. No hay nada más.

–Claro que sí hay más, porque, en el fondo, no tienes tanto control como aparentas. Quiero saberlo. Quiero oírlo. A lo mejor necesitas ayuda psicológica. No sabré cómo puedo ayudarte si no eres completamente sincera conmigo. Todos estos días he visto a mujeres divorciadas, o a quienes han abandonado, maltratado, y que han escapado por los pelos. Y no puedo preguntarles qué sienten de verdad. Cuando las miro, sé que tienen un montón de sentimientos tóxicos, terroríficos, pero no soy psicóloga y no puedo preguntar. Sé lo que estás haciendo. Quiero saber cómo te sientes.

Justine tomó un poco de sopa. Pensó un instante, se limpió los labios con la servilleta.

–No te estoy ocultando nada, Addie. No desconfío de ti. Lo que pasa es que tengo mucho cuidado de lo que me permito sentir porque me da miedo desmoronarme. Si me desmorono, tal vez no consiga volver a levantarme. Tengo que mantenerme fuerte por las niñas. Lo que siento es terror. Creo que nunca me he sentido tan sola, y no puedo permitir que las niñas se den cuenta del miedo que tengo. Durante todos estos años, le pedía a Scott su opinión sobre algo o le pedía un favor, o lo llamaba desde el trabajo para preguntarle qué le apetecía cenar, o lo llamaba para hablar durante cinco o diez minutos. Él me retrata ahora como si fuera una adicta al trabajo y una persona fría, pero nos enviábamos mensajes, nos llamábamos y nos enviábamos correos electrónicos.

Justine sacó su teléfono y abrió la aplicación de mensajes.

Hola, nena, he puesto a descongelar el lomo de cerdo. ¿Te parece bien?

Me suena delicioso.

La voy a meter a la crock pot si traes a casa una ensalada de patata del supermercado.

Claro, y algo de verdura. Te quiero.

¡Te quiero!

Cariño, voy a llegar un poco tarde, más o menos a las siete. Diles a las niñas que las ayudaré con los deberes si lo necesitan.

Pues noche de pizza. ¿Te parece bien?

Perfecto. Si la pides tú, yo la recojo de camino a casa.

De acuerdo. Y tengo unos pantalones en el tinte, si hoy te viene bien pasar a recogerlos.

De acuerdo. ¿Algo más?

Solo que te quiero.

Yo también te quiero.

Adele solo leyó unos cuantos. Todos eran amables, colaboradores, afectuosos.

–Ese es el hombre que dice que no me quiere desde hace mucho tiempo –dijo Justine–. Yo no me lo esperaba. Es como si me hubiera atropellado un tren. ¿Entiendes por qué me da miedo sentir demasiadas cosas? ¿De llorar? Nunca en mi vida me habían mentido así. Con tanto éxito.

Adele le devolvió el teléfono.

–Lo entiendo –dijo–. Vamos a pasar por esto las dos juntas.

Adele llegó un poco tarde a la oficina, pero Ross no le dijo nada. Sonrió y le preguntó si había tenido una comida agradable. Después, volvió a su despacho. Y, durante toda aquella tarde, Adele estuvo distraída.

A las cinco en punto, cuando estaba cerrando con llave los cajones del escritorio y apagando el ordenador, Ross se asomó y le pidió que entrara un minuto a su despacho.

Ella dejó su bolso y entró.

Ross se sentó en su escritorio.

–Siento haber tardado en volver de la comida –dijo Adele–. Te prometo que no volverá a suceder. Era una circunstancia especial,

y…

–No pasa nada, Adele. Nunca has salido a comer desde que empezaste. Pero he visto a tu hermana un momento, y tú has estado un poco distraída desde que has vuelto. Y muy callada. Normalmente, te oigo charlar con las clientas…

–¡Lo siento! ¡Puedo estar callada! Es que me siento casi obligada a tratar de llegar a ellas y…

–¡Adele! ¡Ya basta! No me estoy quejando, ni reprochándote nada. ¡Quiero saber si estás bien!

Ella se quedó desconcertada.

–¿Yo?

Ross suspiró y se agarró las manos sobre el escritorio.

–Me has dicho que tu hermana estaba pasando una mala temporada. El divorcio. La he visto. Estaba delgadísima y tenía unas ojeras muy marcadas. Has tardado un poco en volver de la comida, y has estado muy callada toda la tarde. No estoy disgustada contigo. Quiero saber si estás bien.

Adele notó que se le caía una lágrima y se le deslizaba por la mejilla.

–No. No estoy bien. ¡Mi hermana lo está pasando fatal, y yo soy inútil!

Ross frunció el ceño.

–Claro que no eres inútil. Dime qué está pasando y te ayudaré a hacer un plan.

–Mi hermana llevaba casada casi treinta años, y su marido la ha engañado. Se están divorciando, ella está hundida y no se permite el lujo de sentir nada, ni de llorar. Dice que tiene miedo de desmoronarse. Mis sobrinas tienen dieciséis y diecisiete años y también lo están pasando muy mal. Justine está deprimida, no come, no llora, y está muy preocupada por el futuro. ¡Su marido

nunca ha trabajado y le pide pensión alimenticia!

Ross se encogió de hombros.

–La manutención es parte de la ley.

–Podía haber trabajado. A él solo le gusta divertirse. ¡Lo odio! Justine siempre ha trabajado muchísimo, y… –Adele suspiró y se enjugó las lágrimas–. Mi hermana es veinte años mayor que yo, y ella siempre ha sido la mujer más centrada y fuerte que conozco. Y ahora está destrozada. Y yo no puedo ayudarla.

–Seguramente, sí puedes, si quieres.

–¡No tengo ni idea de cómo hacerlo!

–En primer lugar, una de las cosas más importantes que puedes hacer por alguien que está pasando por una situación traumática es escuchar. Que se desahogue y despotrique, y tú, escucha pacientemente. También puedes sugerirle que vaya a terapia…

–Su marido y ella fueron a terapia matrimonial –dijo Adele–. Scott mintió hasta la última sesión, cuando tuvo que reconocer que estaba liado con otra mujer, después de que mi hermana le dijera que tenía pruebas. Parece que la aventura ha durado uno o dos años…

–No es raro –dijo Ross–. Una persona que ha aprendido a mentir a su cónyuge todos los días, durante años, no tiene problemas para encontrar una buena historia durante las sesiones de terapia. Y ¿uno o dos años? No me sorprendería que fuera el doble.

–¿El doble? ¡Y él le pide la pensión alimenticia!

–Aunque eso dé rabia y sea injusto, es la ley. Por defecto, no hay culpables y los bienes son gananciales. En este momento, es importante que tu hermana proteja su parte del patrimonio y que proteja a sus hijas. Y su autoestima. No hay nada que pueda dañar más la autoestima de una persona que ser abandonada y rechazada.

–Es abogada –dijo Adele–. Una amiga suya ha redactado el acuerdo de divorcio y lo ha registrado. Así que el divorcio será firme dentro

de poco.

–Entonces, aparte de aconsejarle que acuda a un buen psicólogo, supongo que tiene la situación bajo control. A excepción de la incredulidad, el dolor, la pena. De eso no podemos escapar nadie, y no hay más remedio que pasarlo. Adele , ¿y con quién puedes hablar tú? Porque es evidente que tú también estás sintiendo dolor y tienes que pasar por ello.

Adele se encogió de hombros.

–Tengo amigos. Tengo a las compañeras del grupo de adelgazamiento, aunque no les cuente demasiadas cosas personales. Tengo a Jake, que es mi amigo de la infancia. Su madre era la mejor amiga de la mía, y Jake siempre me ha cuidado. Cuando puede.

–¿Tu hermana, no?

–Es difícil de explicar, pero, como Justine tiene veinte años más que yo, nos hemos apoyado la una a la otra sin estar muy unidas. Ella me pedía que fuera la niñera de mis sobrinas cuando nacieron, y yo recibí su apoyo económico cuando nuestra madre estaba postrada en la cama. Justine ayudó, porque yo no podía trabajar. Siempre nos hemos querido, pero no éramos amigas. Yo estaba sacándome el doctorado cuando mi padre se quedó inválido y…

Adele se encogió de hombros una vez más.

–Lo dejaste para volver a casa.

–Ya no estaba segura de que fuese lo mejor, de todos modos. Mis planes se estaban estropeando. Ya no me sentía bien. Y, al dejarlo para ayuda en mi casa, tuve tiempo para pensar bien las cosas. Y, después, la situación se alargó…

–Debió de ser muy difícil para ti. Tendrías muchos temores…

–No te lo imaginas.

–¿Y Justine fue un apoyo?

–Fue maravillosa. Durante esa temporada estuvimos muy unidas.

Claro que yo la necesitaba mucho. Me sentía como si lo hubiera echado todo a perder, como si hubiera fracasado en todo. Pero ella me dio ánimos, me reconfortó, me dijo que podía tomarme el tiempo que necesitara y que no tenía nada que ver con el hecho de que mis padres me necesitaran. Podríamos haber conseguido ayuda de otro modo, pero yo estaba ahí y quería ser útil. Así que…

–¿Y no querías volver a la universidad?

–No, hasta que no estuviera segura de las cosas. Mis padres se quedaron decepcionados. Pero Justine apoyó mi decisión y los calmó.

–Estar ocho años cuidando de unos padres inválidos es un trabajo muy duro.

–Cuando te comprometes a algo así, es imposible cambiar de opinión. No puedes despertarte un día y decirle a tu madre, que casi no está consciente, que te marchas a la universidad, y que intentarás encontrar a alguien que vaya a darle de comer. Imagínate lo terrorífico que sería eso para una persona que prácticamente ha perdido la capacidad de entender el mundo que la rodea. Yo sabía que iba a cuidarlos hasta el final, y que iba a cuidar bien a mi madre.

–¿Y no fue nadie más a cuidarla? Me refiero a algún enfermero profesional.

–Claro, alguna hora, algún día. Yo observaba, porque estaba presente en las primeras ocasiones. Después, lo revisaba todo como si fuera una detective. Así es como nos las arreglábamos.

Ross sacó un papel de uno de los cajones de su escritorio y se lo dio a Adele.

–Esto es una lista de los mejores psicólogos que conozco. Han ayudado a gente en todo tipo de cambios, no solo a clientes del programa de reincorporación. Uno de ellos fue mi terapeuta durante mucho tiempo. No voy a decirte quién. Eres libre de darle esta lista a tu hermana si quieres. Creo que la ayudaría tener un poco de apoyo emocional por parte de un profesional.

–Gracias –le dijo Adele–. La animaré a ello todo lo que pueda.

–Adele, yo creo que tú también deberías pensarlo.

–Pero… entre el trabajo, el programa de régimen y ejercicio, la idea de la reforma de la casa… Yo no tengo tiempo.

–Estos psicólogos pueden ayudarte a todas horas.

–Lo pensaré.

–O, si quieres, también puedes acudir a alguno de los psicólogos que trabajan aquí.

–¿Yo? Pero ¿eso no sería un conflicto de intereses?

–¿Por qué? Aquí todos tenemos el mismo objetivo. Nos apoyamos unos a otros si es necesario. Yo llevo aquí mucho tiempo. Mi marido me maltrataba y, después, me dejó con cuatro niños pequeños. Conseguí recuperarme con el apoyo de esta oficina, me saqué el graduado y el máster en Psicología y, desde entonces, he estado trabajando aquí. Ahora, si tengo un problema, hablo con Fran o con una de las otras psicólogas. Y, algunas veces, ellas hablan conmigo.

–¿Y eso está bien?

–Si tú te sientes cómoda, sí –dijo ella–. Si sientes que hay química. En este sentido tienes que confiar en tu instinto. Habla con la persona en la que confíes y con la que te sientas segura. Eso lo tienes que decidir tú.

Adele sintió tanta gratitud que pensó que iba a echarse a llorar de emoción. Consiguió guardar la compostura y respondió:

–Es muy generoso por tu parte, Ross. Gracias.

–Es lo que hacemos aquí –respondió Ross–. Ayudar a la gente a levantarse. Es una misión muy gratificante.

La primera semana de junio, Justine recibió un correo electrónico:

su divorcio era firme. Guardó toda la documentación en su cuenta de la nube y también los imprimió para archivarlos en su cajón, que cerró con llave. Le dio una copia a Scott.

Ahora, el coche estaba solo a su nombre y tenía nuevas cuentas individuales. Su gestión financiera conjunta había quedado separada, y se habían creado cuentas y fideicomisos para cada uno de ellos. La custodia era compartida a menos que alguna de las hijas decidiera lo contrario. Tenían ese poder de decisión puesto que eran mayores de dieciséis años.

Justine pasó todo aquel día llorando. Se preguntó por enésima vez cómo era posible que les hubiera sucedido aquello. Al final, con la cara hinchada y enrojecida, decidió que ya era suficiente. Se había hartado.

–Me he pasado todo el día llorando –le dijo a Logan, con la puerta del dormitorio cerrada.

–¿Y cómo te encuentras ahora?

–Cansada, débil y harta. Es muy difícil controlarme para no demostrar la rabia que siento. Odio a Scott por haberme traicionado así. Voy a hacer todo lo posible por evitar su presencia. Vamos a turnarnos para quedarnos en casa cuidando a las niñas.

–¿Y qué vas a hacer cuando no estés allí?

–Tengo una amiga que vive a poca distancia de aquí y que me ha ofrecido su habitación de invitados hasta que me restablezca. Así estaré cerca de casa y, si las niñas me necesitan, solo tienen que llamarme.

–Me parece una idea excelente. Salvo por el hecho de que tengas que tratar con Scott a menudo.

–Cuando hay hijos en común, no queda más remedio. Aunque espero que no dure para siempre. Por suerte, las niñas ya son mayores.

–¿Y qué has pensado sobre el trabajo?

–Voy a rehacer mi currículum y a visitar despachos de abogados desde San Francisco a Monterrey. Ya me he reunido con los responsables de media docena de pequeños bufetes, incluso me han hecho dos ofertas.

–Entonces, lo vas a hacer de verdad. ¿No ganarías mucho más si te quedaras donde estás?

En realidad, no. Tengo el compromiso de darle a Scott la mitad de lo que gane. No tengo problema con el acuerdo, que le concede también la mitad de nuestro plan de pensiones, y es muy generoso. Pero… es complicado…

–Tengo tiempo –dijo Logan.

Ella se sentó en la cama y le dio un sorbito a su copa de vino. Estaba disfrutando de la conversación. Habían empezado a hablar dos o tres veces por semana, y ella estaba deseando que llegara cada una de las llamadas.

–Yo he sentido celos de Scott, para que lo sepas. De su estilo de vida, que está centrado en disfrutar.

–Entonces, ¿estabas celosa de que él tuviera tanto tiempo libre?

–No solo de eso. Tenía mucha presión para ganar dinero, lo más posible, para que pudiéramos tener una buena jubilación y no tener que preocuparnos como les pasó a mis padres. Yo me harté de la competición que había en el departamento jurídico de la empresa, ya hace años, pero nunca lo hubiera dicho. Me quedé porque ganaba dinero, pero me moría de ganas de trabajar menos. Bueno, por lo menos, hay bastante dinero para las carreras de las niñas. Podrán estudiar en buenas universidades. Y lo que me queda de jubilación es bastante para mí. Me gustaría tener flexibilidad. Me gustaría poder tomarme libre una mañana o una tarde de vez en cuando. Me gustaría llevar a las niñas de viaje, solo las tres. Y me encantaría fundar un despacho que solo fuera mío. Como tú me dijiste, eso lleva tiempo, lo sé, pero no me importa. Si no gano mucho dinero, tengo los ahorros.

Justine carraspeó y añadió:

–Ya he avisado en mi empresa. Dentro de un mes habré terminado.

–¡Vaya! Entonces, lo vas a hacer de verdad.

–Ahora o nunca.

–Siempre he oído decir que no se debe hacer ningún cambio importante durante un año después de un divorcio o una muerte.

–Yo también había oído eso. Pero, de lo contrario, tendría que seguir trabajando a ese ritmo frenético y ¿para qué? ¿Por Scott? ¿Para que él se sienta cómodo después de divorciarse? ¿Para que tenga dinero suficiente para gastarse con ella? Hace mucho tiempo que yo no me divierto, y es obvio que Scott se ha estado divirtiendo demasiado.

Logan se echó a reír.

–¿Estás diciendo que se ha divertido a tus expensas?

–No quería decir eso. Es mucho más sencillo: no me quiere. Después de toda mi dedicación, me ha dejado por otra mujer. Y va a obtener lo que dice la ley: la mitad de todo. Pero yo me voy a quedar con mi futuro.

Logan se rio de nuevo.

–Huele a venganza.

–Si quisiera vengarme, seguramente habría otro modo mejor. Lo que quiero es cambiar mi vida. Quiero sentirme valiosa otra vez. Seguramente, lo peor que me ha traído este divorcio ha sido una sensación de irrelevancia. En realidad, siento muchas cosas de las que no puedo liberarme. Estoy enfadada. Nunca había estado tan enfadada. Tengo miedo de un millón de cosas, de quedarme sola para el resto de mi vida, de no poder conseguir las cosas yo sola, de convertirme en una amargada, de que me duela el estómago todos los días… Y, además, no siento ningún respeto por el hombre con el que llevaba treinta años casada.

–La gente comete errores, Justine.

–No ha sido un error. Ha sido demasiada indulgencia hacia sí mismo. Él no ha sufrido ningún maltrato ni falta de amor. Puede que ahora esté intentando convencerse de que su matrimonio no era perfecto, pero yo te digo que nunca hubo negligencia ni falta de atención por mi parte. ¡Si alguien ha sufrido todas esas cosas, he sido yo!

–¿Y por qué lo aguantaste?

–Porque quería que fuera feliz. Pero la felicidad de Scott ya no es cosa mía. A partir de ahora, voy a cuidarme, voy a poner límites. Yo voy a ser indulgente conmigo misma.

–Bien dicho. Si te sirve de algo, a mí tu marido me parece un idiota. Las mujeres buenas no crecen en los árboles, y él se va a dar cuenta más tarde o más temprano. Seguro que vuelve arrastrándose.

–Ya es tarde.

–Sé que esto es difícil, pero dentro de un año tú estarás mejor que él. De hecho, mejor de lo que estabas.

–Ojalá tengas razón. Me vendría bien tener esa expectativa.

–¿Cuándo es el próximo día que vas a dormir a casa de tu vecina?

–El jueves, ¿por qué?

–Podríamos quedar en Chen's. Y, si quieres un informe preliminar de los despachos de abogados que estás mirando, encantado de ayudarte. Gratis.

–Es muy generoso por tu parte, Logan.

–Para eso están los amigos.

Capítulo 8

Adele se dijo a sí misma que le estaba haciendo un favor a Justine al ir de compras con ella. Odiaba ir de compras.

–A lo mejor lo que odiabas era no encontrar nada que te gustara, pero hoy las cosas pueden ser diferentes –le dijo Justine, que había ido hasta Half Moon Bay para recogerla.

Su hermana conocía las mejores tiendas para comprar ropa y, si además conducía, ella estaba cautiva. Además, Justine le había dicho que iba a mencionarles aquella excursión a las niñas, pero ella no era demasiado optimista sobre eso. Sus sobrinas siempre estaban ocupadas. Y, sin embargo, allí estaban, con Justine.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Adele–. ¡Testigos!

–¡Deja de ser tan negativa! Ahora eres una mujer trabajadora. Y tienes un cuerpo completamente nuevo. Necesitas ropa de verano –le dijo Justine.

–Y yo voy a peinarte y maquillarte –le dijo Amber.

–Pues yo me voy a sentar en un banco a leer –dijo Olivia.

Sus sobrinas eran muy diferentes. Amber era alta como su madre, y tenía sus ojos. Le costaba estarse quieta a no ser que estuvieran haciéndole la manicura. Y no leía tanto como Olivia, pero las dos eran muy buenas estudiantes. Amber era muy sociable y Olivia era introvertida.

–Tú y yo estaríamos felices leyendo en un sofá todo el día, ¿eh? –le dijo Adele a Olivia.

–Yo ni siquiera necesito un sofá –respondió Olivia.

–¿Quieres quedarte aquí, en mi casa, mientras vamos de compras?

–No –dijo la niña–. He oído que vais a ir a comer.

–Entonces, luego no te quejes –le dijo su hermana–. La única que puede quejarse es la tía Addie. Sus músculos de compras están atrofiados. Además, vamos a peinarnos y a maquillarnos.

–No voy a comprar un vestido de novia, ¿sabes? –dijo Adele.

Pero siguió a Amber al baño. La niña llevaba un neceser lleno de cosméticos y le pidió a Adele que se sentara en el inodoro para ponerse a trabajar. Mientras la pintaba, Adele oía a Justine hablando con Olivia en la otra habitación. Le preguntó hasta dónde había llegado del libro que estaba leyendo en aquel momento y, después, comentaron la historia. Aquella era una de las cosas que admiraba sobre la relación que tenía Justine con sus hijas. Dejaba que fueran ellas mismas. Podía hablar de libros con Olivia y de moda con Amber, que tenía verdadero interés por la alta costura.

Cerró los ojos y escuchó la conversación de Justine y Olivia. Al mismo tiempo, Amber le estaba hablando sobre el maquillaje.

–Creo que un poco más de color aquí. Deberías maquillarte más a menudo los ojos, tía Addie. Tienes unos ojos muy grandes y preciosos. Creo que te voy a dejar el pelo con ese moño despeinado, te queda fenomenal.

Y, pronto, estaban de camino a un par de centros comerciales.

Justine las llevó a un par de tiendas de ropa a buen precio y, una vez que ella empezó a probarse la pila de prendas que le habían llevado Justine y Amber al probador, comenzó a disfrutar.

–Me siento como una princesa de cuento de hadas –dijo.

–Una princesa con muy mala ropa interior –añadió Justine–. De eso también nos vamos a encargar.

–No te preocupes, Justine. No la va a ver nadie.

–Pues es una pena –dijo Justine–. Vas a tener ropa interior nueva. Y

un par de camisones. Te vas a quedar asombrada de lo bien que te sientes cuando tienes ropa nueva. Y he traído algunas cosas mías, también.

–¿Qué? ¿Qué cosas tuyas me pueden valer a mí?

–Tengo algunas cosas que no me pongo desde hace tiempo y que me quedan holgadas. Claro que, ahora, todo me queda grande. No quiero perder ni un gramo más.

–Hablando de adelgazar, ¿vamos a comer pronto? –preguntó Adele.

–¡Por supuesto!

Salieron de la segunda tienda con varias bolsas llenas de ropa. Justine se lo regaló todo. Adele le dijo que no debía de ser buen momento para que gastara tanto dinero, pero Justine la contradijo.

–La vida ha sido un asco para las dos durante estos últimos meses, y no he podido mimarte ni lo más mínimo. Este año va a pasar de una vez, Addie, y el año que viene será mucho mejor para ti y para mí.

–Nunca habíamos hecho esto –dijo Adele, con un hilo de voz.

–Claro que sí –dijo Justine–. Amber, ve a buscar a Olivia. Está en ese banco de ahí.

Entones, se giró hacia Adele y prosiguió:

–Creo que hace demasiado tiempo. Pero hemos ido de compras para las niñas, para papá y mamá, para ocasiones especiales…

–Pero esto es completamente diferente.

–Bueno, es la primera vez que necesitabas ropa nueva para trabajar.

–Pero es distinto. Las otras veces siempre estábamos apuradas, y hace tanto tiempo… No sé qué decir. Gracias no es suficiente.

–Estás emocionada. Vamos al Olive Garden. Me apetece muchísimo tomar una copa de vino.

–Y vas a tomarte un plato de pasta –dijo Adele–. Creo que vas a salir volando.

Cuando estaban sentadas a la mesa, empezaron a hablar sobre las compras y a comentar lo maravillosa que estaba Adele con su ropa nueva, y se rieron de las prendas que habían rechazado.

–Con esa cosa marrón estabas horrible –dijo Amber.

–Pues a mí me gustaba –dijo Adele.

–¡Por eso quería venir contigo! –exclamó Justine.

–Es lo que tienen de bueno los libros –dijo Olivia–. No les importa lo que lleves puesto.

Se echaron a reír y siguieron haciendo bromas hasta que, de repente, Adele empezó a llorar.

–¿Qué te pasa, Addie? –le preguntó Justine.

Ella movió la cabeza.

–No estoy segura –dijo–. Detesto ir de compras, pero este es el mejor día de mi vida. No sé qué ha pasado, pero estás diferente. Nunca te había visto así. No me digas que el divorcio te ha convertido en alguien divertido…

Justine mordió un palito de pan.

–El divorcio me ha roto el corazón. Creo que me dolerá durante mucho tiempo, pero me he dado permiso para intentar varias cosas. En primer lugar, no tengo que preocuparme de llegar a casa a tiempo para hacer mi parte de las tareas. No estoy estresada por las reuniones del lunes por la mañana. Bueno, creo que os lo tengo que contar ya: he dejado mi trabajo. Necesito un horario nuevo que no sea tan excesivo. Ya he recibido un par de ofertas de bufetes más pequeños, pero todavía no he aceptado nada, sigo mirando. Estoy un cincuenta por ciento aterrada y un cincuenta por ciento emocionada. Creo que, cuando me recupere, voy a ser capaz de divertirme otra vez. Mirando atrás, me doy cuenta de que no me estaba divirtiendo lo suficiente.

–Bien hecho, mamá –dijo Amber–. Pero yo no estoy un cincuenta por ciento emocionada. Papá quiere llevarnos a cenar para que conozcamos a su nueva novia.

Justine palideció.

–¿De verdad?

–¿Tenemos que ir obligatoriamente? –preguntó Amber.

–Es algo que debéis decidir vosotras. Como queráis –dijo Justine–. Yo no voy a insistir.

–¿Y si insiste él? –preguntó Amber.

–Yo no voy a ir –dijo Olivia–. No pienso hacerlo.

–Yo todavía quiero a mi padre, aunque piense que es tonto y malo –dijo Amber–. Si le decimos que no, se va a enfadar.

–Bueno –dijo Olivia–. Supongo que tendrá que enfadarse. Yo no voy a ir.

–Entonces, yo, tampoco –dijo Amber.

–¿Le habéis sugerido a vuestro padre que os encantaría cenar con él, pero que no queréis conocer a su novia? –les preguntó Justine.

–Yo, no –dijo Olivia–. Lo veo un par de veces a la semana y se pasa el rato al teléfono, hablando con ella.

–Solo digo que, si hay un modo de tener una relación con él… –dijo Justine.

–Y yo solo digo que podía haber tomado la decisión de dejar a su novia, de decirle algo como que estaba casado y que no podían estar juntos. Pero, en vez de eso, nos ha dejado. Ver a mi padre ahora no está en mi lista de prioridades –respondió Olivia.

–Creo que yo también necesito una copa de vino –dijo Adele.

Justine dejó a Adele en casa antes de las seis y, para entonces, la

comida había quedado muy lejana. Mientras Amber y ella guardaban la ropa y miraban lo que Justine le había llevado de su armario, Justine y Olivia fueron a Bronski's Market. Jake estaba sacando verdura fresca al puesto.

–Vaya, hola –dijo Justine–. Cuánto tiempo hace.

Él se giró y sonrió al ver a la madre y a la hija.

–¡Justine! Sí, muchísimo tiempo. ¿Qué te trae por tu viejo barrio?

–Acabamos de volver de pasar el día de compras con Adele –dijo Justine–. Necesitaba ropa para su nuevo trabajo y, por si no te habías dado cuenta, para su nueva talla.

–Sí, creo que se ha dado cuenta todo el mundo en el pueblo. Lleva una buena temporada caminando todos los días y come como los conejos. ¿En qué puedo ayudaros? ¿Necesitáis encontrar algo?

–Sé dónde está todo, Jake. Hemos decidido que, como no tenemos otros planes, las niñas y yo vamos a preparar la cena con ella y nos quedaremos un buen rato. Adele está ocupada guardando la ropa nueva. ¿A que se ha puesto guapísima?

–Siempre ha sido muy guapa –dijo él.

–Es verdad –dijo Justine.

Adele siempre había sido una chica guapísima, pero también tenía tendencia a descuidarse, a vestir con ropa demasiado amplia, a no maquillarse, a no arreglarse el pelo. Y estaba el problema del peso; desde el embarazo, había engordado casi veinte kilos.

–Creo que su nuevo trabajo ha cambiado su forma de verse y ahora se siente muy bien.

Jake se apoyó en el puesto de las lechugas. Miró a la izquierda, porque Olivia se acercó a la fruta y metió dos manzanas en una bolsa. Después, se giró hacia Justine de nuevo.

–¿Qué tal tu nuevo mundo, Justine? Siento mucho lo del divorcio.

–Gracias, Jake, eres muy amable. Hoy me he sentido muy bien todo el día, y no he pensado apenas en ese idiota –dijo ella.

Entonces, sonrió.

–Estoy un poco enfadada.

–Es lógico. Es un idiota.

–¿Por qué no vienes a cenar con nosotras, Jake? Voy a comprar más pechugas de pollo.

–No tienes por qué invitarme, Justine. Te lo agradezco mucho, pero…

–¡Eh, eh, eh! –exclamó alguien.

Justine se sobresaltó y se encontró de cara con Marty, el hermano pequeño de Jake.

–Hola –le dijo.

–¡Estás fantástica! Me he enterado de que últimamente estás sola y, afortunadamente, yo, también. Te voy a decir lo que voy a hacer: voy a llamarte y a invitarte a cenar a un buen sitio. ¡Te ayudará a empezar tu nueva vida!

–¿Qué es lo que sabes de mi nueva vida? –le preguntó ella–. ¿Cómo es que sabes algo?

–Por nuestra madre –dijo Jake–. Adele lo mencionó. Así es como te enteraste, ¿no, Marty?

Marty asintió.

–¿Qué te parece lo de la cena?

Justine se limitó a sonreír.

–Gracias por tu amable invitación, pero todavía no estoy en condiciones de salir con nadie, Marty.

–Deja que te grabe mi número de teléfono en el móvil –le dijo

Marty, y le tendió la mano.

–Le pediré tu número a tu madre cuando sea buen momento –respondió ella–. Pero eres muy agradable por pedírmelo. Disculpa, pero tengo que comprar algo de pollo para la cena.

Justine se giró hacia Jake.

–Nos vemos luego. Gracias por la ayuda.

–Ah, de nada –dijo Jake.

Después, se giró hacia el puesto de las lechugas mientras ella se alejaba.

Jake y Olivia compraron la cena y volvieron a casa de Adele dando un paseo.

–Esta es una de las cosas que echaba de menos viviendo en San José –comentó Justine–. Me gusta este pueblecito, la posibilidad de comprar en tiendas pequeñas de barrio. Y la playa está muy cerca. La gente no va siempre apresurada. En San José y en Bay Area siempre van corriendo al trabajo. Yo estoy harta de las prisas. Espero encontrar trabajo en un pueblo como este.

Olivia mordió una de sus manzanas.

–Te aburrirías.

–No creo. Pero, si me aburro, estará bien. Voy a construir una vida nueva de madre soltera. En el pasado, las cosas no han ido como yo pensaba y esperaba.

–¿Echas mucho de menos a papá?

Justine se quedó pensativa un instante y se mordió el labio.

–Todavía no he tenido la ocasión de echarlo de menos, porque nos vemos a menudo en casa. Espero que me perdones por esto, Livvie, pero no lo echo de menos en absoluto. Hace tres meses que decidió que nuestro matrimonio había terminado. Y lo cierto es que, durante estos treinta años de casados, durante todas las horas que

he pasado en un trabajo agotador, creía que estaba invirtiendo horas en mi futuro. En nuestro futuro. Creía que estaba construyendo algo que me permitiría tener menos cargas y preocuparme menos. Me había hecho a la idea de que, cuando vosotras terminarais la universidad, las cosas serían más fáciles. No tengo prisa, pero quiero ser una abuela muy divertida. Y, antes de que lleguemos a eso, quiero que hagamos un gran viaje las tres juntas.

–Seguro que Amber, que siempre ha tenido novio desde la guardería, encontrará a alguien con quien casarse. Pero yo iré contigo –dijo Olivia, sonriendo.

Cuando llegaron a casa, Adele llevaba puesto uno de los conjuntos de Justine. Eran unos pantalones negros y un jersey de color camel. Justine sonrió y ladeó la cabeza.

–Creo que eso te queda mejor a ti que a mí.

–No puedo creer que lleve puesto algo tuyo –respondió Adele.

–Estás muy guapa. ¿Te importa que me ponga a cortar y a guisar en tu cocina?

–Sería estupendo.

–He invitado a Jake –dijo Justine–. Parecía un poco dubitativo, pero le dije que viniera. Y, entonces, su hermano Marty me tiró los tejos.

–No quiero echarte un jarro de agua fría en caso de que te sientas especial, pero Marty le ha tirado los tejos a todas las mujeres con las que se ha cruzado.

–Me parece que le saco, por lo menos, doce años.

–Y, según me ha dicho Jake, tiene novia formal. Y dos exmujeres. Y niños.

Justine s echó a reír y entró en la cocina.

–De todos modos no es mi tipo, lo siento.

Puso las bolsas de la compra sobre la encimera y localizó la tabla de cortar.

–Ayúdame, por favor. Necesito aceite de oliva, una sartén grande o wok y el especiero.

–Últimamente no he cocinado mucho –dijo Adele, buscando lo que le había pedido su hermana.

Cuando tuvo todo lo que necesitaba, Justine le dijo:

–Acerca un taburete y habla conmigo. Cuéntame más cosas de tu nuevo trabajo.

Amber estaba hablando por teléfono en el salón, y Olivia, acurrucada en el sofá con un libro. Adele se sentó junto a su hermana.

–Bueno, la mejor parte es que estoy yendo al psicólogo por casualidad. Un par de veces a la semana pasó treinta minutos con una de nuestras mejores trabajadoras sociales, y le cuento la historia de mi vida. ¿Vas a ir al psicólogo tú?

–Por el momento, no –dijo Justine–. El terapeuta matrimonial al que nos llevó Scott resultó ser algo tan inútil que me ha puesto en contra de los psicólogos por ahora. Además, me siento bastante mejor. Es cierto que, por las mañanas, cuando me despierto, me siento mal, pero ahora estoy bien. Sin embargo, creo que ir al psicólogo es algo positivo, y me alegro de que tú lo estés haciendo.

–Yo no tenía ni idea de lo mucho que quería que alguien me escuchara hasta que Ross, la trabajadora social, me pidió que se lo contara todo. Y lo hice.

–Eso es estupendo. Cuéntame más.

Adele le contó que hablaban de todos los aspectos de su vida, desde el instituto. Todavía había mucho que tratar porque, en un par de sesiones de media hora, solo habían llegado a la superficie.

Llamaron a la puerta, y Adele fue a abrir a Jake. Les llevaba una botella de vino, flores y helado.

–Para las niñas –dijo.

Los cinco se sentaron a la mesa y disfrutaron de la deliciosa cena: pollo teriyaki, verduras salteadas y arroz. También disfrutaron de la conversación. Amber y Olivia tuvieron llamadas telefónicas que atendieron brevemente. Al final, cuando estaban a punto de recoger la mesa, alguien llamó a Justine. Miró la pantalla del móvil y vio que era Scott.

–Le devolveré la llamada más tarde –dijo.

Sin embargo, su teléfono empezó a sonar sin cesar.

–Bueno, creo que no se va a dar por vencido. Disculpa, Adele.

Jake aprovechó la oportunidad para llevar los platos a la cocina, pero Adele se quedó en la mesa, con una copa de vino, escuchando la conversación.

–Scott, ¿no podías dejarme un mensaje?

–No, no podía. ¿Les has pedido a las niñas que no vengan a conocer a Cat? Quiero llevarlas a cenar, pero me han dicho que no.

–No, yo no les he dicho nada. Solo les he dicho que es cosa suya, pero es posible que se hayan dado cuenta de lo mucho que rechazo esa idea. Me resulta doloroso. Tú nos has dejado por esa mujer. No deberías esperar que nosotras estemos contentas con ninguno de vosotros dos, pero el hecho de que sea así demuestra que no entiendes el daño que has provocado.

–Estamos divorciados –respondió él, con enojo–. ¡Lo lógico sería que lo hubieras superado ya!

Ella se echó a reír.

–¿Al cabo de unas semanas? –le preguntó, con incredulidad–. Vamos, pregúntamelo dentro de unos años –añadió, y colgó.

Entonces miró a Adele.

–Algunas veces, me parece que este divorcio solo existe en otro

plano. En otro sistema solar. Scott me acaba de decir que ya debería haberlo superado. Creo que ya no lo conozco.

–¿De verdad te ha dicho eso?

Justine puso los ojos en blanco.

–Él lo está llevando todo tan bien, que…

–Si lo piensas bien, Scott nunca se ha preocupado mucho de nadie salvo de sí mismo.

–Creo que tienes razón. Pero yo creía que me quería –dijo Justine–. Y ahora me pregunto si no ha estado con otras mujeres durante todos estos años. Ha tenido tiempo de sobra. Pero he decidido no obsesionarme con esa pregunta.

–Ahora eres diferente, Justine.

–Y tú, también –dijo Justine, sonriendo.

–¿En qué sentido?

–Bueno, tienes una seguridad en ti misma que es nueva. Y ¿te das cuenta de lo guapa que estás? Siempre has sido guapa, pero no lo aprovechabas… Creo que es la suma de tu nuevo trabajo y de que hayas adelgazado. Lo noté, en primer lugar, con el trabajo. Incluso cuando hablamos por teléfono, se te nota más fuerte y más segura. Estoy muy orgullosa de ti.

–Todo empezó por ti –dijo Adele–. O, más bien, por Scott. Para ti ha sido un golpe muy duro, pero a mí también me ha afectado. Empecé a pensar que no podemos depender de nadie ni de nada. Si Scott ha podido dejar a una mujer brillante y guapísima como tú, no tiene sentido que contemos con nadie salvo con nosotras mismas. Fue una motivación para mí. Lo primero que hice la mañana que salí de tu casa fue buscar un programa de adelgazamiento y un puesto de trabajo.

Jake llevó la botella de vino a la mesa.

–Vosotras seguid charlando mientras yo termino de recoger.

–Déjalo, Jake –le dijo Adele–. Yo lo haré después.

–Me encanta que estéis charlando. No me importa nada recoger. Después me uno a vosotras.

Cuando él se marchó, Justine dijo:

–Debería haberte apoyado más, Addie. Ahora me arrepiento. No me acuerdo de la última vez que cenamos juntas. Le dediqué toda mi energía a un hombre que no lo merece.

–Es lógico que el divorcio te haya afectado tanto, pero yo no esperaba este cambio. Nunca te había visto tan relajada.

–En este momento estoy relajada, pero viene y va. Al despertarme tengo calambres en el estómago por culpa del sentimiento de traición y abandono. Algunas veces, me sucede varias mañanas seguidas, y algún día, no. Pero voy mejorando. Estoy aprendiendo a disfrutar de los días sin sentirme perdida y asustada.

–Nunca te he notado perdida ni asustada.

–En la facultad de Derecho te enseñan a aparentar que estás segura, aunque no sea así. Pero hay algo nuevo que he notado: cuando me di cuenta de que, pasara lo que pasara, no iba a recuperar a Scott, empecé a sentir otra cosa. Fue como si de repente me diese cuenta de que ya no tenía que preocuparme de la felicidad de Scott. Y fue como si me hubiera quitado una gran carga de los hombros.

–¿Y cómo sucedió?

–Pues… creo que me dieron un buen consejo. Un amigo me dijo que me concentrara en lo que tengo, en vez de en lo que he perdido. Y me está resultando muy útil. Creo que dentro de un año seré muy feliz. Cuando deje de estar tan enfadada como para matarlo.

–Yo te ayudo a borrar las huellas dactilares de la escena del crimen –dijo Adele, sonriendo.

Las dos se echaron a reír.

Eran casi las diez cuando Justine y sus hijas se marcharon. Lo habían pasado muy bien. Adele, Jake y Justine habían estado contando historias de antes de que nacieran las niñas, cuando sus padres eran amigos y jugaban a las cartas todas las semanas. Les hablaron de la señora Hall, que se pasó veinticinco años ayudando a los niños que iban a la escuela a cruzar por el paso de cebra, y nadie sabía que el distrito escolar no la había contratado nunca. De la bibliotecaria que tuvo un apasionado romance con un guapísimo socorrista, y de un par de hermanos que tenían una granja en la zona, pero que, en realidad, no eran hermanos. Jake sabía cientos de historias divertidas que había oído en su mercado, uno de los centros de reunión del barrio.

Adele prometió que iba a dejar una llave debajo de una maceta por si sus sobrinas querían ir conduciendo hasta allí para ir a la playa, porque el colegio ya había terminado y las dos tenían trabajos de verano a tiempo parcial. Olivia iba a ser niñera y Amber iba a trabajar en la zona de alimentación de un centro comercial.

Cuando se despidieron, se dieron un abrazo como si acabaran de terminar una cena de celebración.

–Te llamo pronto –le dijo Justine a Adele.

–Y yo a ti. Tenemos que repetir esto.

Después de que se marcharan, Adele y Jake se quedaron en el porche.

–Bueno, yo también tengo que marcharme –dijo él, y pasó un brazo por sus hombros–. Ha sido una sorpresa muy agradable, Addie. Gracias.

–Creo que deberías darle las gracias a Justine. Tengo que ver más a mi hermana. Esta es una de las pocas veces que me he divertido tanto con ella. Debería encontrar la forma de conseguir que engorde un poco sin engordar yo.

–Te digo lo mismo que le he dicho a ella: estás estupenda, pero siempre has sido muy guapa. Lo que pasa es que parece que nunca lo has sabido.

–Creo que todo me lo hice yo –respondió Adele–. Me encerré en mí misma. Me impuse el título de cuidadora y ayudé, sí. Pero tenía roto el corazón, y me estaba escondiendo.

Él le apretó suavemente los hombros.

–Hay muchas cosas que no me contaste.

–¿No quieres entrar un rato?

–Claro, pero no tienes que contarme nada si no quieres.

–Gracias. Veamos qué es lo que surge naturalmente.

–¿Podrás soportar que me tome un helado?

–Por supuesto.

Así que entraron. Jake tomó helado y Adele habló. Le contó algunos de los problemas de los clientes del programa de reincorporación, sin darle sus nombres, por supuesto. Le explicó cómo estaba empezando a relacionarse con ellos. Le contó que se había encerrado durante años porque era más fácil que enfrentarse al mundo y volver a arriesgarse a sufrir. Aunque Jake sabía lo de su embarazo y la muerte de su hijo, nunca habían hablado verdaderamente de ello.

–Supongo que me quedé traumatizada –dijo Adele–. Bueno, el accidente de mi padre fue muy grave. Tuvieron que operarlo varias veces de la espalda y quedó en silla de ruedas, y ahí estaba yo, con el embarazo cada vez más avanzado. Casi no me importaba que él se hubiera enfadado conmigo por quedarme embarazada sin estar casada. Preparé una habitación para el bebé, ¿sabes?

–Nunca he estado en el piso de arriba –dijo Jake–. Mi madre fue quien me contó que el bebé no sobrevivió.

Jake le envió flores en aquel momento. Adele no había celebrado un funeral oficial por el bebé. Su madre, su padre y su hermana la acompañaron a enterrarlo. No habló sobre ello, no se lo contó a Hadley, a quien, seguramente, no le habría importado, y no buscó ayuda psicológica para sí misma. A sus padres, que no estaban bien,

les alivió que no quisiera hablar de ello.

–La psicóloga con la que me estoy tratando cree que debería poner un punto final a esto. A muchas cosas.

–Umm… ¿Y qué piensas tú?

–No lo sé. Toda mi vida ha empezado a cambiar, y ya me siento casi como si fuera una persona normal.

–Yo creo que deberías hacer lo que te ayude a crecer y convertirte en la mejor versión de ti misma. Estos días estás mucho más feliz y activa, y parece que en ese trabajo te necesitan mucho.

–Voy sintiéndome así. Lentamente, pero con seguridad. Tú has sido mi único amigo durante todos estos años.

–No. En el pueblo te conoce todo el mundo, Addie. Todos te saludan, tocan la bocina cuando te ven, te gritan «hola». Conoces a mucha gente, lo que pasa es que no has salido apenas y no te has relacionado.

–Sí, pero estoy hablando de amistad, Jake. Quiero que sepas que te estoy muy agradecida.

Capítulo 9

–¿Es demasiado tarde? –susurró Justine, al teléfono.

–No –dijo Logan–. Estoy viendo una película. Espera, voy a ponerla en pausa. ¿Va todo bien?

–Sí, muy bien, y solo quería decírtelo. Hoy he pasado un día estupendo con mis hijas y mi hermana. Hacía un millón de años que no pasaba un día así. Hemos ido de compras con Addie, porque ha adelgazado mucho y necesitaba ropa nueva…

–Pero… si me has dicho que tus hijas y tú vais de compras muy a menudo…

–Pero no así. Siempre necesitamos algo, así que tenemos que ir corriendo, no podemos perder el tiempo, prisas, prisas, prisas… Hoy solo estábamos pendientes de encontrar buenas prendas a buen precio y nos hemos reído mucho. Después hemos ido a casa de Addie, la casa de mi niñez, y he preparado la cena. Hemos charlado y reído de nuevo, y no he tenido que preocuparme de cuándo llegaba a casa. Hoy estoy en la casa, es mi turno. Mañana me toca en la habitación de invitados de Jean. Pero el lunes volveré a buscar despacho de abogados. Después de pasar la tarde y la noche en Half Moon Bay, he recordado por qué me gustaba tanto. Me gusta el ritmo de la vida.

Él se rio suavemente.

–A lo mejor debería ir a conocerlo.

–Bueno, para mí no es posible. La otra mujer vive allí. Y supongo que Scott pasará mucho tiempo allí también. Estaría más contenta si se fuera a vivir a Florida.

–Scott y la otra mujer podrían estar perfectamente en San José, así

que no hagas caso de eso.

–¿Qué quieres decir? No quiero verlos. ¡Y, mucho menos, juntos!

–Lo entiendo, pero, si permites que ese sea tu criterio, puede que te pierdas la mejor experiencia de tu vida. Puede que rechaces un buen trabajo o un sitio para vivir porque los estás evitando, y te establezcas en un sitio más lejano. Y, entonces, ¿qué pasará si finalmente se van a vivir a Florida? Justine, ahora eres libre de cubrir tus propias necesidades en primer lugar.

–Eh…

–Todo esto es muy nuevo, ¿no? La idea de que estás tú sola.

–Bueno, mis hijas y yo. Pero ¿y si me los encuentro y le doy a ella un puñetazo en la garganta?

–Primer delito de agresión. La condena no sería larga.

Justine se echó a reír.

–Hay un despacho de abogados en mi antiguo pueblo. Es de un solo hombre. Lleva trabajando allí desde siempre y me he enterado de que está buscando socio. A lo mejor está pensando en jubilarse, pero llevaba bastante tiempo buscando. Yo lo había descartado, porque es allí donde Scott tiene su aventura y porque mis hijas van al instituto en San José. Voy a visitar un despacho de Monterrey.

–Pero… todos estos pueblecitos de la costa… Vas a tener que pensar en dónde quieres estar sin preocuparte por Scott y su novia. Eso solo va a servir para ralentizarte.

–¿Tú no te identificas? ¿A ti no te importaba encontrarte a tu ex?

–Yo tardé un año en superarlo, pero, al final, te olvidas. Te lo conté. Mi exmujer es la mejor amiga de mi hermana. Yo me la encontraba todo el tiempo. Tuve que sentarme enfrente de ella durante una cena de Semana Santa. Fue muy doloroso. Y, entonces, me encontré con ella y su novia, una mujer que me tomó odio a primera vista.

–¿Y cuánto esperaste antes de salir con alguien?

–No lo sé. Creo que unos meses, pero no fue nada serio. Solo un poco de compañía. Un par de años después del divorcio salí con una mujer y sí fue más serio. Estuvimos juntos tres años. Después, salí con otra mujer, también en serio, hasta que ella volvió con su ex.

–Umm… Vaya, a mí me han tirado los tejos hoy –dijo Justine–. Un hombre doce años menor que yo me ha pedido que saliera con él. Fue un grosero. Dijo que se había enterado de que yo estaba sola, y que él, también, así que…

–¿Y te gusta ese hombre?

–Lo conozco de toda la vida. Creo que a lo mejor hasta lo cuidé de canguro cuando éramos pequeños, pero no me acuerdo bien. Le dije que todavía no estaba en condiciones de salir con nadie.

–Justine, habrá hombres. Muchos hombres. Eres una mujer lista, divertida y guapa, y conocerás hombres. Sé que ahora piensas que no va a suceder, pero…

–Yo no quiero estar con ningún hombre –dijo ella, con firmeza–. Quiero tener gente buena en mi vida. Quiero amigos en quienes poder confiar. No estoy buscando a ningún hombre.

–Y yo no estoy buscando a ninguna mujer –dijo él–. Pero tengo la mente abierta. Mañana hay una feria al aire libre en Carmel. Bueno, Carmel en sí mismo es una gran feria. ¿Por qué no vamos juntos? Sería una buena práctica a la hora de encontrarte con la gente. Puedes aprender a decir que te has divorciado de Scott, y que yo soy tu amigo Logan. Que has trabajado conmigo en un par de casos. Incluso podemos darnos la mano, para que te acostumbres a la idea de que una cita no tiene por qué acabar en matrimonio y divorcio. Yo te invito a comer en uno de los bares que hay en el paseo marítimo, con vistas a la bahía, y a lo mejor encuentras un cuadro o alguna artesanía que te guste.

Ella se quedó callada un rato, pensando. Si iba a salir con alguien, le gustaría que fuera con Logan. Pero acababa de divorciarse y le daba miedo relacionarse con cualquier otro hombre. Para ser sincera, no había habido otro hombre en su vida desde hacía muchísimos años, salvo Scott, y se había dado cuenta de que eso no

había sido muy divertido. Y él era un mentiroso. Así que, al final, dijo:

–¿A qué hora?

–Tengo un par de cosas que hacer. Podemos quedar a las doce. No habrá sitio para aparcar, así que podemos vernos en el restaurante Blueberry Hill, que está a las afueras del pueblo. Es un sitio muy agradable para desayunar y tiene aparcamiento. Ponte calzado cómodo, podemos ir andando al centro.

Cuando estaba quedándose dormida, después de la conversación telefónica, empezó a preguntarse si debía tener una cita con Logan. Aunque era un hombre guapo, sexy e inteligente, aquella proposición era lo último que esperaba. Además, no había salido con nadie desde que conoció a Scott en la universidad. ¿Estaba preparada para hacerlo?

Por la mañana, la casa estaba muy silenciosa. Las niñas todavía estaban en su habitación, y ella hizo unas cuantas tareas domésticas. Limpió su baño y cambió sus sábanas. Después, se tomó un café, miró las noticias y se vistió para pasar aquel día. Cuando llegó al salón, Amber ya se había levantado.

–Vaya, estás muy guapa –le dijo la niña.

–Voy a ir a Carmel a pasar la tarde. He quedado con un amigo. Es un compañero con el que trabajaba.

Amber se quedó boquiabierta.

–¿Vas a salir con un hombre?

–No, solo somos amigos. No tengo mucho interés en los hombres.

–¿Quién es?

–Se llama Logan. Es un detective privado con el que trabajé. En mi oficina se requerían servicios de investigación continuamente. Y él también está divorciado, aunque lleva mucho más tiempo que yo.

–Pero seguro que más adelante saldrás con alguien –dijo Amber, tímidamente.

–No lo había pensado hasta este momento. ¿Sabes en lo que más pienso? En que Olivia y tú vayáis a la universidad. Creo que los ahorros para vuestras carreras son suficientes para cubrirlo todo, pero estoy dispuesta a añadir dinero de mi jubilación o a pedir un préstamo. Y espero que, cuando os graduéis, podamos celebrarlo haciendo un viaje las tres juntas, o algo por el estilo. ¿Y sabes otra cosa? Quiero pasar más tiempo con la tía Addie. Es como si, por fin, estuviéramos lo suficientemente unidas como para tener una amistad de verdad.

–Addie está como nueva –dijo Amber.

–Ya lo sé. Y yo también quiero estarlo.

Justine dejó el coche en el aparcamiento y encontró a Logan cerca de la entrada. Él se había puesto unos pantalones vaqueros, una camisa y unos mocasines sin calcetines. Estaba en buenísima forma física, seguramente, por los años que había pasado siendo policía. Por su físico, seguramente hacía ejercicio todos los días. Con cuarenta y ocho años, conservaba todo el pelo y tenía los brazos y la cara morenos. Iba a llamar la atención de todas las mujeres aquella tarde.

Cuando se acercó, se quedó sorprendida, porque él la abrazó amistosamente.

–Me alegro de verte, Justine . ¿Cómo estás?

–Muy bien. En realidad, casi no me creo lo bien que me siento. Hace seis semanas no pensaba que fuera posible sentirse bien con mi vida. Bueno, a veces me desanimo, claro, pero estoy bien.

–Me alegro –dijo él, y la tomó de la mano–. Vamos a ver el pueblo.

La calle que llevaba hasta el mar estaba cerrada al tráfico y abarrotada. Además de las tiendas y demás comercios, había siete casetas bastante grandes. Pasaron por un puesto de artesanía de la

madera, por un par de puestos de cuadros y esculturas, por otro de venta de hummus con una gran variedad de sabores y por otro puesto de abrigos y chales. Los puestos de comida vendrían granizados, perritos calientes rebozados, caramelos, algodón de azúcar, helados, palomitas de sabores y bombones.

Logan y ella pasearon durante dos horas, disfrutando de la feria y, después, bajaron por una colina hasta el mar. Hacía un precioso día de junio y la playa estaba llena de gente. Desde allí, Logan le señaló un restaurante con un patio muy grande y le sugirió que tomaran una copa de vino y, tal vez, algo de comer. Se sentaron en una mesa con vistas al Pacífico y pidieron su consumición.

–¿Qué planes tienes para esta semana? –le preguntó él.

–Todavía no tengo citas concertadas, así que, a primera hora de la mañana buscaré en internet más despachos pequeños por la zona. Esta noche me toca dormir en casa de mi amiga, pero llamaré a las niñas para ver qué están haciendo y, después, haré los planes para el día. ¿Y tú?

–Estoy trabajando en un par de casos. En los dos tengo que hacer vigilancia. El primero es una investigación que me han encargado unos padres muy ricos sobre su hija. Quieren saber si está implicada en algo delictivo en compañía de mala gente, una cosa de drogas. El segundo es un hombre de negocios que ya no confía en su socio. El primero está bastante claro. La chica está en un lío. El segundo tardará más en resolverse, pero es más interesante.

–Vaya –dijo ella–. ¡Para ti todos los días deben de ser divertidos!

Él se echó a reír.

–Depende de lo que entiendas por divertido. Es como resolver rompecabezas. Y estamos ocupados todo el tiempo.

–Yo también lo estaré, si tengo la suerte de empezar en un despacho nuevo.

–Aunque no sea exactamente lo que tenías planeado, creo que va a ser emocionante.

–Me produce más temor que emoción. Tengo que reconocer que me agobia la responsabilidad añadida. He empezado a gestionar todas mis finanzas, las facturas, el plan de pensiones, los ahorros, los gastos de las niñas…

–¿Tú no recibes manutención para las niñas?

–Más o menos. Estoy deduciendo una pequeña cantidad para ellas de lo que accedí a pagarle a Scott. Y estoy revisando las cuentas minuciosamente. Si quiere pensión alimenticia y la mitad de la casa, tiene que pagar la mitad de las cuentas del hogar.

–¿Él sí recibe manutención?

Ella asintió.

–Durante cinco años. Pero no es una cantidad fija. Tengo que pagarle la mitad de lo que gane. Dejé mi trabajo la semana pasada, así que, probablemente no gane nada durante un tiempo.

–Vaya, ¿y se va a llevar una sorpresa?

–Sin duda. Aunque yo ya le dije que quería hacer un cambio y que no quería seguir trabajando para una gran empresa –dijo Justine, mirando hacia el mar–. Llevaba en la misma empresa desde que aprobé el examen para poder ejercer. Siempre he tenido un buen sueldo. Creo que Scott piensa que siempre será así. Es la primera vez que no tengo trabajo desde la universidad.

La camarera les llevó las bebidas y un plato de crema de alcachofas con pan. Logan alzó su copa para hacer un brindis.

–Por tu nueva vida.

–Gracias –dijo ella–. Hablar contigo me ha ayudado, Logan. Gracias por estar disponible.

–Yo también he disfrutado. Cuéntame más cosas sobre tus hijas y sobre lo que van a hacer este verano.

–Las dos tienen un trabajo a media jornada. Amber va a ir a un campamento de animadoras en agosto; por suerte, ya estaba pagado

a medias antes de que terminara el curso. Le he sugerido que busque también un trabajo a media jornada para el curso escolar, algo que pueda compaginar, y me ha dicho que lo va a hacer. Le expliqué que no iba a tener mucho dinero de bolsillo para ella durante su último año de instituto, así que mejor será que lo encuentre. Olivia está de niñera y se va con la familia de los niños para ayudarles en sus vacaciones, en julio. Amber dice que quiere ser diseñadora de moda o actriz. Ya veremos. Olivia quiere ser bibliotecaria. Lleva diciéndolo desde que casi no sabía andar y se sentaba en el regazo de la bibliotecaria a la hora de la lectura de los cuentos.

Siguieron charlando y tomaron una segunda copa de vino y unos champiñones rellenos. El sol estaba empezando a descender sobre el mar, y Justine se dio cuenta de que no le había sonado el teléfono ni una sola vez en toda la tarde. Lo sacó del bolso y lo miró, solo para asegurarse de que no tenía ninguna llamada perdida de las niñas.

–¿Te necesita alguien? –preguntó él.

–No. Esta noche no tengo toque de queda. Voy a llamar a las niñas de camino a casa de mi amiga –dijo ella.

Entonces, se quedó callada, mirando colina abajo, hacia la playa.

Scott estaba allí mismo, con su amante, paseando por la arena. Ella era de poca estatura y llevaba unos pantalones ajustados de estilo Capri y una camiseta corta que dejaba al aire su estómago. Tenía un brazo completamente tatuado. Llevaba el pelo teñido de rubio platino y peinado en punta. Desde allí, Justine no veía con claridad su rostro, salvo que tenía una nariz larga y puntiaguda. Scott y ella iban tomados de la mano y paseaban como amantes.

–Oh, oh –dijo Logan.

–Es la segunda vez que la veo –dijo ella.

–No hay mucho que ver –respondió Logan.

–Hay algunos tatuajes sorprendentes que ver –repuso ella–. Además,

tiene buen tipo. Por lo menos, desde aquí parece atlética.

–Justine, tú eres muy guapa. E inteligente.

–Pero, de algún modo, no soy suficiente…

–Es el dolor el que habla –dijo él–. Al final, tú estarás mejor que él.

–Pero ¿estaré mejor que ella?

–Eso no puedo decírtelo. Pero lo que sí sé, después de haber investigado sobre ellos, es que tu marido es muy tonto.

–Verlos así… es un poco horrible. ¿No debería querer que estuviera conmigo? ¡Le he dado todo lo que tenía durante treinta años!

–No lo sé. A lo mejor estás feliz porque no vas a tener que darle treinta años más.

–Todavía tengo miedo a estar sola.

–Justine, no estás sola. ¡Acabo de invitarte a una copa de vino y a una crema de alcachofas! ¡Vaya, tú sí que haces trabajar a un hombre! –exclamó Logan, sonriendo.

Ella se echó a reír. Pensó que él le caía muy bien, y que le daría un beso después. Si él lo pedía.

Subieron la colina paseando tranquilamente hacia el aparcamiento. Logan cumplió su palabra y la tomó de la mano. Fue extraño, pero eso le dio confianza. Estaba muy cómoda y le gustaba el contacto. Ni una sola vez pensó en su exmarido.

Hasta que se lo encontró frente a frente.

–Justine –dijo Scott–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella dio un respingo de la sorpresa. Miró a la izquierda y vio a la mujer. Después, volvió a mirar a Scott.

–He venido a la feria de artesanía –dijo. Entonces, se fijó bien en él–. Vaya un moratón más feo que tienes –comentó.

Tenía una mancha morada en la mejilla y el ojo, también morado. Y tenía un corte en un labio.

–Estaba ayudando en la tienda de kayaks y me dio un golpe en la cabeza –dijo él, y carraspeó–. ¿No vas a presentarnos? Esta es Cat.

–No –dijo Justine–. No es necesario. No vamos a ser amigos. La próxima vez que me vas, sigue andando.

–Maleducada –dijo Cat.

–¿Quieres que te diga lo que es ser maleducada? –respondió Justine–. Acostarse con el marido de otra mujer es…

Logan tiró de ella. Le pasó el brazo por la cintura para acercarla a él y la llevó hacia su coche.

–No es que no me gusten las buenas peleas, pero quiero ahorrarte una temporadita en la cárcel –le dijo.

–¿Has visto qué petulante es? Tenía que haberle dado un puñetazo.

–Creo que tiene práctica.

–No debería haber hablado –dijo Justine–. Tenía que haberme ido. Si alguna vez vuelvo a encontrármela, me daré la vuelta.

–Buena idea –dijo él–. Porque creo que le ha resultado graciosa tu salida de mal genio.

–¿Cómo lo sabes?

–Por su expresión. Llevo mucho tiempo descifrando las expresiones de la gente. Creo que es una mala persona.

–¿Crees que sería capaz de hacernos algo malo a las niñas o a mí?

–Directamente, no –dijo él–. Por su cara y por lo que ha dicho, me da la impresión de que le gusta tener la última palabra. No se ha inmutado al verte, ni siquiera después del papel que ha tenido en vuestro divorcio. Posiblemente, no tiene conciencia. Lo mejor es mantenerse apartado de ella.

–Scott quiere que conozca a las niñas.

Él se detuvo y la miró.

–Si tienes alguna influencia, yo dejaría pasar un año antes de que eso suceda. ¿Puedes convencer a tus hijas de que lo pospongan?

–Ellas no quieren conocerla.

–Mejor.

–Me alegro mucho de que estuvieras para alejarme de ellos. Iba a abalanzarme sobre ella.

Él se echó a reír suavemente.

–He notado que desprendías esa energía.

Llegaron a su coche. Él la hizo girar y la apoyó en la puerta.

–No lo busques con la mirada –le dijo–. Solo acuérdate de que él ya no está y de que eres una mujer soltera. Mira aquí –le pidió, fijándose en sus ojos–. Dime si te lo has pasado bien.

–Durante todo el tiempo, salvo esos dos minutos –dijo ella–. Sí, me lo he pasado muy bien. Buena conversación, un agradable paseo por el pueblo y unas preciosas vistas con una copa de vino…

–Yo también me lo he pasado bien. De hecho, creo que va a haber más buenos momentos como este.

Logan se inclinó hacia ella y le dio un ligero beso en los labios.

–No, no mires alrededor para ver si está por ahí. Nosotros no estamos haciendo nada malo. No estamos engañando a nadie.

–Pero es una sensación extraña.

–Puede que tardes un poco en acostumbrarte. Ya no eres parte de una pareja.

–No, ya no lo soy –dijo ella, y lo besó–. ¿Te importa que te llame después?

–Puedes llamarme, si te apetece. Seguramente, si no me llamas tú, te llamaré yo a ti. Me encanta hablar contigo.

–Es que ha sido un momento embarazoso, después de todo –dijo ella–. Lo siento mucho.

–No, tenía que pasar. Me alegro de haber estado contigo. Ahora tienes una preocupación menos. Vas a encontrártelos, y estás a la altura de la situación. Puedes pasar por ello sin violencia.

–Pero ha faltado muy poco, de verdad.

La amiga de Justine había salido aquella noche, y le dejó una nota en la encimera de la cocina. Justine llamó por teléfono a las niñas para preguntarles si ya estaba todo resuelto aquella noche. Amber le dijo que Scott había llamado para avisarlas de que llegaría antes de las diez. Justine no les dijo que lo había visto en Carmel. Solo les dijo que las llamaría a la mañana siguiente, antes de irse a buscar trabajo.

Si haberse encontrado con Scott y Cat tenía algo de bueno, era que se había dado cuenta de que no iba a morir al verlos juntos. No había intentado darle un puñetazo a ella, ni le había gritado a él que era una escoria y un mentiroso. No se le habían llenado los ojos de lágrimas. No quería estar con él.

De hecho, había empezado a ver con más claridad sus defectos. Tenía el pelo completamente gris y se le estaba cayendo rápidamente, porque debía de estar usando algún tinte barato que le teñía el cuero cabelludo. Tenía la barbilla pequeña y la nariz torcida, y necesitaba blanquearse los dientes.

Estaba muy en forma, eso, sí. Pero ¿cómo no iba a estarlo, si lo único que hacía era jugar? Sin embargo, el hecho de estar en forma no podía evitar que se le cayera la papada y se le descolgaran los músculos de la cara. De hecho, pasar tanto tiempo al sol no ayudaba a que el proceso de envejecimiento fuera más lento.

Y, sin embargo, ella habría estado a su lado, dispuesta a envejecer con él. Nunca se había preguntado si estaba profundamente

enamorada. Nunca se había preguntado si estaba lo suficientemente enamorada, tampoco. Solo se preguntaba cuánto tiempo les quedaba si se mantenían con una buena salud.

Nada de eso era posible ya. No les quedaba nada.

Si se había encontrado con su novia y con él en Carmel una soleada tarde de domingo, podía encontrárselos en cualquier parte, en cualquier lugar. Ya no tenía ningún motivo para evitar Half Moon Bay.

Aquel día que había pasado con Adele había despertado su nostalgia. Quería vivir confortablemente en un pequeño pueblo de la costa. Le encantaría levantarse pronto e ir a pasear por la playa con su hermana para hacer ejercicio antes de ir a trabajar. Quería un trabajo que fuera gratificante, y un modo de vida saludable. Cuando fuera a la compra, después de su jornada laboral, prefería ir al mercado de Jake, Bronski's, en vez de luchar por un sitio en el aparcamiento de Super Foods. De hecho, ¿no sería estupendo ir andando a trabajar?

Pensando en todo aquello, fue al despacho de Sam Gillespie. Estaba en el pequeño centro empresarial de Half Moon Bay, entre un estudio de fotografía y una librería. En la siguiente manzana había una peluquería y un spa. Al otro lado, una tienda de sándwiches y una sucursal bancaria. Además, había una tienda de ropa de segunda mano y una oficina de UPS. Más allá, una panadería, un restaurante de comida rápida, una barbería y un sitio llamado The Beach Shop, en cuyo escaparate había bañadores y chancletas.

Sintió el deseo de mirar las tiendas, de charlar con sus dueños o con los dependientes, y eso le confirmó qué era lo que estaba buscando: una vida más tranquila y espacio para respirar. Un vida en la que solo tuviera que preocuparse de la comida, del refugio y de su capacidad para cuidar a las niñas. ¿Podría conseguir todo eso, sabiendo que Scott y su amante estaban a la vuelta de la esquina?

Entró en el despacho. Sonó un timbre que atrajo a un hombre desde la parte trasera.

–¿En qué puedo ayudarla?

–Me preguntaba si está el señor Gillespie.

–Yo soy Sam Gillespie.

Ella le tendió la mano.

–Soy Justine Somersby, abogada. He sabido que está buscando un socio, y me encantaría informarme sobre el puesto y sobre su área de ejercicio cuando usted tenga tiempo. Si está interesado, podríamos concertar una cita.

–Tengo unos minutos para hablar. ¿Qué la trae por Half Moon Bay?

Ella sonrió.

–Yo me crie aquí. Mi hermana todavía vive en la casa que fue de mis padres, pero yo he vivido fuera más de veinte años.

–Casi el mismo tiempo que yo llevo aquí. ¿Dónde ha estado trabajando?

Ella abrió su maletín y sacó una copia de su currículum.

–Más de veinte años en la misma empresa fabricante de software de San José. Me dedicaba al derecho empresarial, y a algunos casos de asesoría general. Debido al tamaño de la empresa y al número de empleados, también he gestionado casos de recursos humanos. Me he divorciado hace poco, y ahora que ya no tengo que preocuparme de mantener a un esposo que no trabajaba, desearía llevar una vida más tranquila. Tengo dos hijas, de dieciséis y diecisiete años. Las dos conducen. Yo he dejado mi trabajo en Sharper Dynamic.

A él se le encendieron los ojos.

–Se habla de una absorción –dijo él.

–En realidad, es una fusión –dijo ella–. Habrá cambios internos, reorganización. Era el momento ideal para cambiar.

–Tengo muchas preguntas que hacerle –dijo él–. Y, sin duda, usted también tendrá preguntas para mí. ¿Por qué no concertamos una cita para mañana, si tiene tiempo? Yo tengo la tarde más despejada.

¿Le vendría bien a las dos?

–Perfecto. Lo estoy deseando.

Capítulo 10

El mes de junio se convirtió en el mes de los grandes cambios para Adele y para Justine. Justine se asoció con Sam Gillespie y empezó a trabajar en su despacho, que estaba a poca distancia a pie de casa de Adele.

Justine le explicó a Adele que Sam quería reducir su jornada laboral. Sus tres hijos habían terminado la universidad, y él estaba casi a punto de cumplir sesenta años. Maddy, su mujer, era profesora en Berkeley. Él todavía no tenía pensado jubilarse, pero Maddy quería viajar un poco más, pasar tiempo con sus hijos y con sus dos nietos, y pasar menos tiempo en el despacho.

–Sam dice que había perdido la esperanza de encontrar a un abogado maduro y experimentado que tuviera interés en un pequeño despacho de abogados de un pueblo. Aunque la palabra «experimentada» no sirve mucho en este caso, porque yo no tengo mucha experiencia como abogada en un pueblo, pero Sam dice que está deseando enseñarme cómo funciona todo.

Justine iba todos los días desde San José a Half Moon Bay porque las niñas estaban en casa. Pasaba los días en Half Moon Day mientras Adele estaba trabajando. Algunas veces, cenaban juntas. Justine estaba acostumbrándose al despacho del barrio. En San José, seguía durmiendo en casa de su amiga cuando era turno de Scott quedarse con las niñas.

Después de pasar dos semanas trabajando en Half Moon Bay, le escribió a Scott un mensaje de texto.

Shaper Dynamic redujo personal de nuevo, y me marché de la empresa. He aceptado un trabajo en el despacho de abogados de Sam Gillespie, en Half Moon Bay. Iré y volveré a San José todos los días y seguiré cuidando de las niñas como siempre. No hay

necesidad de cambiar nuestro horario.

Amber y Olivia compartían un coche y, algunas veces, iban hasta Half Moon Bay para cenar con Adele y con ella. En todos los años que habían vivido tan cerca, nunca habían pasado tanto tiempo juntas ni se habían divertido tanto.

Adele notaba que Justine estaba cambiando. Siempre había sido segura de sí misma, pero, ahora, además, tenía calma. Era un cambio ligero. Se había convertido en una persona más amigable y feliz.

–¿Es posible que no fueras completamente feliz con Scott? –le preguntó Adele una noche, mientras preparaban la cena–. Porque ahora eres mucho más divertida. Parece que estás mejor que nunca.

–Era feliz. Quería a Scott. Pero tenía dos niñas pequeñas y un trabajo con mucha presión. Él no sufría ninguna presión durante nuestro matrimonio. Creo que las niñas también han tenido un verdadero estrés, por primera vez en su vida, con este divorcio. Han tenido unas cuantas crisis, pero ahora están mucho mejor. ¿No te parece?

–Todas estáis mucho mejor –dijo Adele.

–Pero hay un problema. No parece que últimamente tengan mucho interés en su padre. Casi no hablan de él. Ahora viene con equipaje –le explicó Justine–. Ha estado insistiendo en que la conocieran. Les pregunta todas las semanas. Y, como ellas no quieren, él cada vez pasa más tiempo fuera de casa, alejado de ellas. No puedo creerlo, pero me parece que va a abandonar a sus hijas. He notado que no va a casa para atenderlas como debe. No cena con ellas casi ninguna noche, llega tarde y se va pronto. Por eso yo sigo allí cerca. Tengo que comprobar que todo va bien. Si Scott no va a casa para hacer la cena, yo les llevo algo o las llevo a un restaurante. He llenado el congelador de comidas preparadas para microondas.

–¿No sale con ellas los fines de semana?

–Hace tres semanas fueron a hacer una excursión en bicicleta, pero

no me he enterado de que hayan hecho nada más. Él dice que está trabajando. No te imaginas dónde…

–Sé dónde –respondió Adele–. En la tienda de kayaks. Veo su coche allí casi todos los días. Me desvío un poco de mi camino porque no lo soporto. No puedo creer que haya abandonado así a su familia. Tan rápido, tan fácil.

–Ha sido muy difícil para mí –dijo Justine–, pero las últimas dos semanas han sido estupendas. El despacho de Sam Gillespie es como la fantasía que yo he tenido durante los diez últimos años. De hecho, todo el pueblo es como una fantasía. Cuando era joven no lo apreciaba, pero, después de pasarme veinte años en Silicon Valley, esto es paraíso. ¿Te has dado cuenta de que nadie toca el claxon en los semáforos? La única gente a la que veo con prisa es a las madres que llevan a los niños pequeños al colegio. La gente del mercado y de Main Street solo ha tardado una semana en llamarme por mi nombre de pila. Cuando empiece a vivir en esta zona, después de que las niñas se marchen y podamos vender la casa, voy a pasar mucho tiempo paseando por la playa.

–Ya sabes que aquí tienes una habitación –dijo Adele–. No hay cama ni cómoda todavía, pero eso tiene fácil arreglo.

–Por ahora, me gusta estar con las niñas o a un par de manzanas de ellas.

–Lo entiendo. Además, nosotras nunca hemos vivido juntas.

–Puede que no vivamos juntas nunca –dijo Justine.

–Yo espero que sí. Espero que, por lo menos, duermas aquí alguna vez y que hagamos una fiesta de pijamas.

Adele comenzó a buscar en internet muebles para un dormitorio y, a las dos semanas, había encontrado una cama y una cómoda a un precio muy razonable. Fue a ver ambas piezas, las compró y pidió que se las enviaran. Dos días después de enseñárselas a Justine, su hermana decidió quedarse a dormir.

–Solo esta noche –dijo–. No quiero estorbarte.

–Tú no estorbas, Justine. Ayudas muchísimo.

Era cierto. Justine era una maniática del orden y de la limpieza, y le encantaba ir al mercado a comprar comida fresca. Y su trabajo estaba muy cerca. En julio, se había instalado en la habitación del mobiliario de segunda mano, con un colchón nuevo que le había comprado Adele.

Half Moon Bay tenía una playa fantástica, y Scott había dejado de ocuparse de sus hijas. ¡Estaba trabajando! Y la combinación de aquellos dos factores hizo que las niñas fueran a Half Moon Bay siempre que su horario de trabajo se lo permitía. Al principio, iban a pasar el día y se quedaban a cenar, después, llevaron colchones hinchables con sábanas y mantas de casa, y su ropa en una bolsa de viaje, y empezaron a quedarse a dormir. Las tres, Justine, Olivia y Amber, pasaban más tiempo en casa de Adele que en San José. Intentaban coordinar sus horarios de trabajo para poder ir y volver a Half Moon Bay juntas al final del día.

Un día, en agosto, Olivia se encontró a Scott en el bar de la playa. Ella iba a tomar un refresco y él estaba pidiendo un par de sándwiches. Ella miró a su alrededor con atención antes de saludar.

–Hola, papá.

Él se sobresaltó.

–¡Olivia! ¿Qué estás haciendo aquí?

–He estado leyendo en la playa un par de horas, y ahora vuelvo a casa de la tía Addie.

–¿Y por qué no me has dicho que ibas a venir al pueblo?

Ella se encogió de hombros.

–Porque tú has dicho que estás muy ocupado trabajando en la tienda de tu novia.

–¡Puedes venir! ¡Ver el sitio y conocerla!

–Ya hemos hablado de esto. No me apetece conocerla.

–Pero ¿por qué demonios sois así tu hermana y tú? ¡No está bien! El divorcio se terminó hace un par de meses. Ahora, ella es parte de mi vida. ¡Así es!

–Muy bien –dijo Olivia–. A lo mejor nos vemos en San José. Avísanos cuando vayas de visita.

Se dio la vuelta y se alejó.

–¡Olivia!

Ella se giró hacia su padre.

–¡Tienes que tratarnos a Cat y a mí con respeto!

–Soy respetuosa. Puede que ella sea parte de tu vida, pero no va a ser parte de la mía.

–Mira, ha habido cambios. Todos tenemos que acostumbrarnos a esos cambios.

–A lo mejor lo conseguimos. Pero dos meses no es tiempo suficiente para mí. Ya hablaremos de ello dentro de uno o dos años.

–¿Tu madre te ha dicho que respondas eso?

–Pues claro que no –respondió Olivia–. Mi psicólogo me preguntó qué sentía sobre la idea de conocer a tu novia. Le dije lo que sentía y me dijo que debería ser sincera contigo. A lo mejor puedo conocer a la mujer por la que has abandonado a tu familia dentro de un par de años. O de diez. O nunca. ¿No pensabas que, al dejarnos, podría haber consecuencias? ¿Que a lo mejor no estábamos contentas con la situación?

–Pero ¿es que no queréis que yo sea feliz?

–¿Tu felicidad es más importante que la de todos los demás? Porque el hecho de que tú seas feliz ha hecho infeliz a mucha otra gente. ¿Eso no te importa?

–¡Por supuesto que sí! ¡Lo que quiero es que todos seamos felices! Si pudierais hacer un esfuerzo…

Ella se encogió de hombros nuevamente.

–Y si tú hubieras hecho un esfuerzo…

–¡Pero yo no era feliz! ¡Llevaba años sin ser feliz!

–¿De verdad? ¿Y cuál fue el brindis que hiciste en Nochebuena? «Soy el hombre más afortunado del mundo porque tengo a mi lado a tres mujeres maravillosas…». Oh, vaya, a lo mejor querías decir cuatro. Mira, papá, sabemos que estás intentando convencerte a ti mismo de que este desastre no tiene nada que ver contigo, pero lo cierto es que tú lo has provocado. Cuando quieras ser mi padre otra vez, avísame. Pero no estoy interesada en tu novia.

–¡Yo no debería verme obligado a elegir entre vosotras!

–A mí me parece que ya lo has hecho –dijo Olivia, con los ojos llenos de lágrimas–. Nos has dejado y tienes una nueva vida. Estás dictando reglas nuevas y cambiando lo que significa ser una familia. Nosotras estamos intentando sobrellevarlo de la mejor manera posible. Y de entenderlo.

Se alejó del bar y empezó a subir por la duna de la playa con la bolsa colgada del hombro y el refresco en la mano, llorando. Quería mucho a su padre. Tenía muchos buenos recuerdos. Él había sido una presencia constante en su vida, siempre ahí, siempre cumpliendo con su deber. Y su madre, tan fuerte y tan bella, haciéndose con el relevo donde su padre se lo entregaba. Ella había crecido pensando que tenía los padres más maravillosos del mundo. Tenía un padre divertido y dedicado a los deportes y a los juegos. Y una madre totalmente comprometida.

Pero, de repente, un día, él se cansó. Quería una vida nueva, una vida mejor con otra mujer. Había dejado a su madre. Su madre había adelgazado muchísimo y tenía unas ojeras profundas. Ella quería recuperar a su familia.

–Vaya, vaya –dijo alguien–. Creo que te vendría bien que alguien te acompañara a casa.

Olivia alzó la vista y se encontró con los ojos marrones de un chico

joven. Lo había visto antes en la playa, jugando al voleibol con sus amigos.

–Yo… bueno, es que no te conozco –le dijo.

–Sí, pero nos hemos visto. Por lo menos, yo te he visto a ti. Y creo que tú me has visto a mí. Me llamo Jared Morrison. ¿Y tú?

–Olivia, Livvie. Livvie Somersby. En realidad, vivo en San José, pero mi madre y mi tía están aquí, así que estoy pasando la mayoría del verano en Half Moon Bay.

–San José no está lejos. En un buen día, yo puedo llegar en veinte minutos.

Ella se echó a reír sin poder evitarlo.

–¿Es ese día en que tu coche puede ir a ciento sesenta kilómetros por hora?

–¿Lo ves? Ya he conseguido ponerte contenta. ¿Por qué no vienes a la playa después de cenar y jugamos un poco al voleibol?

–Debería ver qué va a hacer mi hermana, y si mi madre y mi tía necesitan ayuda con algo.

–Puedes traerte a tu hermana. ¿Es la que va normalmente contigo? ¿La de pelo castaño?

Olivia asintió.

–Ella está en el último curso.

–Aquí la mayoría de la gente trabaja mucho, así que no podemos ir a la playa durante el día, pero, por la noche, venimos bastantes. Venid vosotras también. Os presento a mis amigos. Si vais a estar en Half Moon Bay, lo mejor es que conozcáis a gente, ¿no?

–Eso estaría bien.

–Va a estar anocheciendo tarde durante un mes, todavía.

–¿Tú también estás en el último curso?

–Me gradué la primavera pasada. Ahora estoy trabajando en la cabaña de la bahía, y voy a ir al colegio universitario del pueblo.

–¿A cuál? Mi tía trabaja en Banyon.

–Yo voy a empezar en el San Mateo dentro de tres semanas –respondió él–. No tenemos mucho tiempo, Livvie. ¿Vas a venir esta noche?

–Creo que sí –respondió ella, sonriendo.

Justine le había enviado a Scott una copia de su nómina de junio por correo electrónico, sin cheque. El contable de Sam había preparado la declaración detallada, en la que aparecían sus horas de trabajo, las deducciones y el sueldo por la parte del mes que había trabajado, que era prácticamente nada.

Scott la llamó para preguntarle qué ocurría.

–Acabo de empezar a trabajar aquí –dijo ella–. Tardaré un tiempo en hacerme con nuevos clientes.

–¿Es que no te han pagado indemnización en Sharper Dynamic?

–No, me temo que no. Fui yo la que me despedí, en vez de aceptar una gran reducción de mi sueldo.

–Genial –dijo él, con enfado, y colgó.

Julio no fue mucho mejor. No solo no tenía más clientes, sino que entre la finalización de un trabajo jurídico y su cobro solía pasar bastante tiempo.

–Normalmente, un abogado tarda en cobrar noventa días por su trabajo. Solo la facturación tarda un mes, y eso después de que el trabajo haya terminado –le explicó a Scott.

A finales de agosto, Justine estaba en el despacho cuando la

encargada de la oficina, Charlen, le preguntó si tenía tiempo para recibir a un tal señor Scott Somersby. Charlen tenía el ceño fruncido.

–Claro –dijo Justine.

Scott entró a su despacho. Aquel lugar era perfecto para ella, pero no se parecía a la oficina que tenía en Silicon Valley. Aquel despacho tenía la capacidad de intimidar a cualquiera, porque estaba diseñado para eso. Aquel otro despacho, por el contrario, era pintoresco y acogedor.

–Hola, Scott. ¿Qué estás haciendo aquí? Si tienes alguna pregunta, puedes enviarme un correo electrónico o un mensaje.

–La pregunta es qué demonios pasa con tu sueldo.

–Bueno, como ya te he explicado, mi puesto es algo nuevo para mí. Estoy trabajando de asociada y necesito mucha ayuda del señor Gillespie para estar segura de que estoy haciendo las cosas según sus protocolos, y no tengo muchos clientes. Pero estoy segura de que eso va a cambiar. Con el tiempo.

–Yo no tengo mucho tiempo. Me hace falta dinero.

–Creo que fui muy generosa en nuestro acuerdo de divorcio –respondió ella–. Y a ti se te da muy bien gestionar el dinero.

–Es cierto, pero lo invertí, y ahora tengo poco efectivo. Contaba con los ingresos mensuales. Mi dinero no es líquido.

–Ah. Me temo que en esto no puedo ayudarte –dijo Justine. Entonces, lo miró con los ojos entrecerrados–. ¿Qué esa marca que tienes en la ceja? Parece que estás imitando a Jason Momoa.

–Una lesión laboral. Me di un golpe con un kayak que estaba colgando de la pared. Vamos a tener que hacer algo con respecto al dinero.

–¿No estás ganando un sueldo con tu nuevo trabajo? Te pagan, ¿no?

–¡Por supuesto! Mira, vamos a tener que hacer algo… Refinanciar la

casa o pedir una línea de crédito contra su valor, o algo así… Eso, o recortar la pensión alimenticia de las niñas.

–Ummm… Deberías tener unas cuentas saneadas, Scott. ¿Te importa que te pregunte en qué has invertido tu dinero?

–¡Sí, me importa! ¡Es no es asunto tuyo! Solo te incumbe que tengo problemas con los gastos y con el pago de la mitad de la hipoteca. ¡A menos que empieces a pagar la pensión, yo no voy a poder pagar las facturas!

–Tienes que marcharte ya, Scott –dijo ella, calmadamente–. Te llamo después del trabajo para hablar de esto, pero no podemos seguir ahora. Esto es un despacho de abogados y la única gente que puede enfadarse son los clientes. Te llamaré esta noche.

–Muy bien –dijo él, y se marchó.

Después, Justine salió a la recepción.

–¿El exmarido? –preguntó Charlene.

–El mismo. Esta noche hablaré con él para cerciorarme de que entiende que no puede traer los problemas del divorcio a esta oficina.

Parecía que Scott acababa de darse cuenta de que ella no iba a llevar siempre a casa el buen sueldo del que él había disfrutado. ¿Y qué iba a hacer? No debía de tener un plan. Y no sabía lo que era sentir sobre los hombros la carga de tener que ganarse el dinero.

A Adele le encantaba su trabajo, incluso cuando las historias de los clientes le daban ganas de llorar. De hecho, algunas veces esos días le gustaban incluso más, porque veía con fascinación que el equipo de trabajadores sociales cerraba filas, abordaba el problema y encontraba la solución.

Parecía que en su casa había sucedido algo muy similar.

–Durante este verano, la dinámica cambió de la forma más

sorprendente –le contó a Ross–. Ya sabes que Justine empezó a quedarse conmigo para poder ir a trabajar en Half Moon Bay, pero las niñas también empezaron a quedarse a dormir y, por primera vez, éramos una familia. Es como si el abandono de Scott hubiera sido algo bueno. No para Justine, pero para mí fue estupendo poder pasar más tiempo con mi hermana y mis sobrinas. Entonces, a medida que avanzaba el verano, las niñas empezaron a ir a la playa con los chicos del pueblo. Ahora ya no quieren volver a San José. Solo van a la casa familiar cuando es la noche de Scott, y eso significa que están en mi casa la mayoría de las veces.

–¿Qué es lo que no va bien con su padre? –preguntó Ross.

–Él empezó a poner muchas excusas para llegar tarde y marcharse muy temprano, así que las niñas estaban solas en la casa, en vez de divertirse o estar con su padre. Él dice que es por el trabajo, pero ellas saben que la tienda de kayaks no está abierta por las noches. Saben que es por culpa de la mujer, y no es algo que se estén tomando bien. Justine ya no va a San José tan a menudo como iba durante la primavera.

Adele suspiró.

–Están llevando casi todas sus cosas a mi casa –dijo. Después, sonrió–. Bueno, a nuestra casa. La mitad es de Justine, por supuesto.

–Me da la sensación de que a ti te encantan estos cambios.

–He empezado a sentirme mejor con respecto a muchas cosas, empezando por este trabajo. Quería decirte algo. Voy a ir a Berkeley a hablar con un asesor de estudios. Había completado un año del programa de doctorado, pero ahora quiero cambiar de dirección. Dependiendo del número de asignaturas que me convaliden y de si puedo cambiar los programas de estudio, creo que me gustaría graduarme en Psicología.

–¿De verdad? –le preguntó Ross, con una sonrisa.

–Sonríes mucho más últimamente –le dijo Adele–. Cuando te conocí…

No terminó la frase. Temía haber hablado demasiado.

–Sí, ya lo sé –dijo Ross–. No es que sea malhumorada. Soy seria, eso es todo. Hay una diferencia, pero no todo el mundo ve las diferencias.

–Eso es verdad –dijo Adele–. Nunca te he visto enfadada.

–Bueno, antes estaba muy enfadada –reconoció Ross–. La vida era muy difícil para mí. Tenía un marido horrible, muchos niños, problemas económicos… No tenía ayuda de nadie, ni podía acudir a ningún sitio.

–¿Y acudiste aquí?

–No exactamente. Hubo otra gente por el camino que hizo una labor parecida. Mi iglesia, mi barrio, un par de mujeres con las que fui al colegio y que estaban en el mismo barco que yo… Pero, al final, terminé aquí. Una nueva trabajadora social cuando este programa estaba empezando. No pagaban muy bien, pero me sirvió para seguir adelante. Entonces, me impliqué en el programa, me impliqué con la gente.

–Creo que yo ya estoy implicada en el programa aunque no haga nada para ayudar.

–No digas eso. Tú eres la primera persona a la que ven cuando llegan, y tus ánimos les dan esperanza, les ayudan. Tu puesto es muy importante, y no es fácil de cubrir. Quiero que aproveches al máximo las oportunidades, pero espero que no tengamos que sustituirte pronto. Sería difícil.

–Espero poder hacer el doctorado mientras trabajo. Todo depende de si tengo que conseguir más créditos antes de empezar con el nuevo programa. Hay muchas posibilidades. Pero también hay algo que antes no había: las clases por internet.

Ross miró a Adele con una expresión mucho más suave.

–Voy a darte el mismo consejo que me dieron a mí una vez. Este año ha estado lleno de cambios para ti, empezando por el fallecimiento de tu madre, a quien habías pasado muchos años

cuidando. Después, has empezado a crecer en muchos sentidos y de una manera extraordinaria. Estoy muy orgullosa de ti. Todos estamos orgullosos de ti. Estoy de tu parte, te lo pronto. Pero, mientras estés tomando las decisiones para el futuro, ten cuidado. Cuídate. No intentes abarcar demasiado. No te pongas enferma, ni te agotes, ni corras el peligro de sentir frustración o de enfadarte, porque lo que quieres hacer suena gratificante y maravilloso. Será difícil, pero valdrá la pena. Así que, por favor, no te sobrecargues. Acuérdate de disfrutar del camino tanto como del destino.

–Tienes razón –dijo Adele–. Es muy buen consejo.

Sin embargo, estaba pensando que eran aquel trabajo y aquella gente lo que había conseguido que deseara tener una vida que le importara de verdad.

–Y también quiero que puedas disfrutar del nuevo sentimiento de familia que tienes.

–Esto me ha sorprendido mucho: ha sido el dolor de mi hermana por el divorcio lo que ha empezado a unirnos. Antes nunca fuimos hermanas, realmente. Siempre he querido a Justine y la he admirado, pero nunca habíamos tenido un vínculo como el de ahora.

–Algunas veces, las cosas son así. La belleza nace de las cenizas.

La conversación con Scott salió mal. Sin embargo, Justine estaba sorprendida de que no hubiera tenido lugar mucho antes.

–Deberías haberme dicho que estabas pensando dejar el trabajo –le espetó él.

–No lo estaba pensando. Yo quería quedarme en Sharper Dynamic todo el tiempo posible, pero la empresa está en plena fusión, y los puestos están cambiando rápidamente. A mí iban a trasladarme a otro departamento con un recorte de sueldo importante. Además, de repente terminó mi matrimonio y dividimos el patrimonio familiar, aparte de nuestro futuro. Si quería hacer un cambio, podía. Y llevaba mucho tiempo deseando un cambio. Siempre fui sincera

contigo. Te dije que estaba cada vez más agotada y cansada del derecho empresarial.

–¡Pero no me dijiste que fueras a dejarlo! ¡Cuando dijiste que estabas dispuesta a darme la mitad de todo lo que ganaras durante los próximos cinco años, no me dijiste que no ibas a ganar nada! Si estabas tan agotada, ¿por qué no lo dejaste hace años?

–¡Porque éramos un equipo y teníamos que tomar esas decisiones conjuntamente! Ahora, tú estás en otro equipo. Además, ¿por qué tanto pánico? ¿Acaso no te has marchado con dos millones de dólares en el bolsillo?

–¡Lo he invertido en un negocio!

A ella no debería haberle sorprendido, pero se quedó horrorizada.

–¡Oh, Scott, no! ¿Lo has invertido en la tienda de kayaks? ¿La de tu novia?

–Soy licenciado en Ciencias Empresariales. Siempre gestioné nuestras inversiones, los ingresos y los planes de pensiones, con éxito, durante muchos años.

–Pero teníamos la ayuda de un asesor financiero y contable. ¿Te has asociado con esa mujer? Ya ha ido dos veces a la quiebra, ¿sabes? ¡Y esa tienda da pérdidas!

–¿Cómo sabes tú eso? –preguntó él, en tono de enfado.

–Scott, es del dominio público.

–¡Me has mentido! ¡Me has engañado! ¡Me ofreciste una manutención sabiendo que no tendrías dinero para pagarla!

–¡Y tú me ofreciste un matrimonio de por vida y me dijiste que me querías mientras tenías otra relación! ¿Desde hace cuánto tiempo sabías que no íbamos a seguir casados? ¡Porque yo decidí trabajar para mí y no para nosotros dos cuando tú me dejaste por otra mujer!

–¡No es lo mismo, y lo sabes!

–¿En qué se diferencia? Reconoce que es muy fácil acabar con un matrimonio sabiendo que tienes unas buenas rentas, unos ahorros y otra mujer que te haga compañía.

–¡Y tú me estás dejando sin nada deliberadamente para vengarte!

–Estás equivocado. Yo he decidido adoptar un estilo de vida más satisfactorio, como tú. La diferencia es que tú lo decidiste antes de que nos divorciáramos. Por lo menos, yo he esperado hasta después.

–¿Y cómo se supone que me las voy a arreglar? ¡Vamos, Justine, me he pasado veinte años de amo de casa! ¡Apoyándote en tu carrera profesional! ¡Criando a nuestras hijas! Me debes una manutención.

–¿De verdad vas a empezar con eso otra vez? Tu podrías haber trabajado a tiempo completo. Después de todo, eres licenciado en Ciencias Empresariales –respondió ella, con sorna–. Pero estabas aburrido y encontraste a otra mujer. A una mujer con una tienda de kayaks y muchos problemas. ¿Estaba a punto de quedarse sin ella?

–Eso no es asunto tuyo, pero, por colaborar, te diré que si alguien puede sacar a flote este negocio, soy yo.

–Lo que pensaba. Has entregado todos los ahorros a Cat Brooks. Me pregunto hace cuánto lo tenías decidido.

–Ya estás otra vez dando a entender que tú no has tenido tu parte de culpa en este divorcio. Quieres que todo sea culpa mía, cuando me ignoraste siempre por culpa de tu prestigioso trabajo. Y te aseguraste de que todo el mundo supiera que eras el sostén de la familia, ¿no?

–Tú hiciste un trato con tu amante para darle el dinero y ayudarla a sacar adelante su negocio, sin saber si eres capaz. Y, ahora, necesitas dinero. Creo que hemos terminado. Salvo por las niñas, tú y yo no tenemos nada más que decirnos.

–Tenemos que encontrar una solución para esto entre los dos.

–Ya no somos un equipo, Scott. Querías ser libre. Querías la mitad de todo lo que habíamos conseguido. Te pregunté varias veces si estabas seguro.

–¡Sí, pero me engañaste!

–No es cierto. Yo solo he seguido con mi vida. Ahora tengo una vida diferente. No la habría elegido, por lo menos, en este momento. Más tarde, sí. Cuando las niñas hubieran terminado la universidad, cuando solo estuviéramos tú y yo. No sabía que tú habías decidido otra cosa.

–¿Y qué se supone que voy a hacer ahora?

–Mira, Scott, haz lo que quieras. Y buena suerte.

Entonces, Justine colgó el teléfono.

Capítulo 11

La primera cita que Adele tuvo en Berkeley fue con la profesora Hennessey, una joven doctora del Departamento de Ciencias Sociales. Tuvieron una agradable conversación sobre el cambio de dirección de Adele y de un nuevo programa de posgrado, y le dio la oportunidad de alabar el programa de reincorporación en el que estaba trabajando.

Para hacer la solicitud era necesario aportar mucha documentación. Una declaración de propósitos, su expediente académico completo y el examen de ingreso en el programa de postgrado. Habría una serie de entrevistas y, si todo salía bien, podrían admitirla en primavera. La doctora Hennessey consultó los cursos de los programas y vio que, aunque había algunos a los que Adele tendría que asistir obligatoriamente en persona, también había varios de ellos que podían realizarse online. A primera vista, a Adele le pareció que no iba a ser más difícil que su primer programa de postgrado ni que la clase de Psicología que impartía Hadley. Adele le envió copias de todos los documentos necesarios a la doctora Hennessey y fue a hacer una entrevista a la universidad pocas semanas después.

Estaban a principios de octubre y las clases ya habían empezado. En las colinas de California, los árboles ya habían empezado a cambiar de color. Aquella estación siempre le producía a Adele una sensación de frescura, y le daba energía. Sus sobrinas iban a partidos de fútbol americano y a un par de bailes del instituto, pero lo interesante era que seguían dividiendo su tiempo entre San José y Half Moon Bay, aunque pasaban más tiempo en Half Moon Bay.

Mientras cruzaba el campus con una taza de café en la mano, después de su segunda reunión con la doctora Hennessey, alguien la llamó. Se dio la vuelta y se encontró con Hadley, que caminaba a grandes zancadas hacia ella.

–¡Adele! ¡Addie!

Demonios. Aunque ya tuviera más de cuarenta años, seguía siendo guapísimo. Solo tenía unas cuantas canas en las sienes. Estaba bronceado y tenía los ojos muy azules, y estaba en muy buena forma física. Ella recordaba muy bien su cuerpo.

–Profesor –dijo ella, mirándolo.

Él tenía cara de felicidad y le brillaban los ojos.

–¡Adele, estás maravillosa! ¡Cuántos años hace que no nos veíamos! Y, vaya, estás incluso más guapa que antes. ¿Qué haces por aquí?

–Yo… eh… he venido a ver a un conocido que tiene despacho aquí. Y supongo que esto significa que tú sigues dando clases aquí.

–Pienso mucho en ti. Esperaba que volviéramos a vernos. ¿Terminaste tu posgrado en otra universidad?

–No, no exactamente –dijo ella–. Es una historia muy larga, pero me necesitaban en casa. Escucha, tengo que irm…

–Por favor. No salgas corriendo. No quiero volver a perder el contacto contigo. ¿No tienes tiempo para tomar una taza de café? Ah, ya veo que llevas un vaso. ¿No quieres que comamos juntos, entonces? Por favor, he estado pensando en ti todos estos años. ¿No podemos sentarnos en algún sitio y ponernos al día?

–¿Tú crees que eso es buena idea? No nos separamos precisamente con una buena amistad.

–Fue culpa mía –dijo él–. Siempre me he arrepentido de eso. ¡Quería llamarte y pedirte que, por lo menos, habláramos de todo!

–Pero no lo hiciste. Nunca volví a tener noticias tuyas.

–¡Me dijiste que no ibas a volver a hablarme! Estabas tan enfadada y tan dolida… Yo no podía…

Eso era cierto, en parte. Habían tenido una gran discusión cuando ella le dijo que lo había visto con su esposa, y que se apartara d

ella.

–¡Me mentiste en todo! –exclamó.

–¡Ni siquiera sabes lo que viste! ¿No se te ha ocurrido pensar que ella podía estar afectada porque yo le había dicho que quería el divorcio?

–¡Estaba embarazada!

–Ya lo sé. Me sentía fatal por eso. Ocurrió antes de lo nuestro. Yo pensaba ocuparme de ellos, por supuesto. Y lo he hecho.

–¿Qué significa eso?

–Ya no estamos juntos. Solo hace unos pocos años del divorcio, pero los problemas empezaron mucho antes. Tengo dos hijas. Llegamos a un acuerdo de custodia. Ha sido difícil, pero lo hecho, hecho está. Es obvio que mi matrimonio no iba bien, o no habría ocurrido nada entre nosotros.

–Yo lo recuerdo un poco diferente –dijo ella.

–Oh, querida, sé que fue traumático para ti –dijo él–. Y eras tan joven… Yo debía de ser un monstruo para permitirme el lujo de enamorarme de ti. Ojalá me hubieras dejado estar a tu lado durante esos momentos tan duros. La pérdida del bebé, tu dolor…

–No fue como tú crees. No aborté –dijo ella–. No pude. Pero lo perdí de todos modos. Fue como si recibiera un castigo…

Él se quedó horrorizado.

–¿Cómo?

–Que no aborté.

–Pero nosotros decidimos…

–No pude. Me fui a casa, y mi padre tuvo un accidente, así que me quedé para cuidarlo. No volví a la universidad.

Él cabeceó, como si quisiera negar lo que ella le estaba diciendo.

–Sabía que habías dejado la universidad, pero pensé que volverías a terminar o que habrías terminado en otro sitio. Pensé en buscarte, pero ya había hecho demasiado daño… Adele , tenemos que hablar. Ven conmigo a Mac's –le pidió él, refiriéndose a un pub pequeño y oscuro que había fuera del campus. Habían pasado muchas horas románticas allí, susurrándose al oído y sujetándose las manos en una mesa apartada.

–No, de verdad, no puedo.

–Por favor. Quiero saber todo lo que te ocurrió, y quiero contarte lo que me ocurrió a mí. Por favor…

Ella vaciló, pero, finalmente, respondió:

–Está bien. Nos vemos allí.

Llevaba años sin entrar a aquel local, pero lo único que parecía distinto era que estaba más destartalado. Ella lo recordaba más pintoresco y encantador. Como era media tarde, solo había una docena de personas.

Adele lo vio sentado en una mesa de la parte trasera y sintió nostalgia. Fue a sentarse, y él pidió una copa de vino para cada uno.

–Cuéntamelo todo, Addie.

Y ella lo hizo. Le dijo que se había quedado profundamente herida al ver la escena de amor y ternura entre su esposa y él, con su niñita angelical entre los dos. Aquel mismo día se había enfrentado a él, le había acusado de mentir, le había dicho que se fuera al infierno y que no volviera a molestarla. Y lo había hecho sin poder dejar de llorar.

Después, le habló de su hijo, que había nacido muerto.

–Un hijo –murmuró él, con melancolía.

Después, Adele le habló de los años siguientes, y de cómo había perdido el interés en los estudios hasta hacía poco tiempo.

Él le contó la melodramática historia de cómo se había quedado destrozado por su ira y por su afirmación de que había sido una tonta por confiar en él.

–Quería ir a buscarte. No me habría costado encontrarte. Solo quería asegurarme de que estabas bien. Pero, entonces, pensé que estabas mejor sin que yo te complicara la vida. Mi mujer no me iba a dejar marchar fácilmente y el divorcio iba a ser muy duro, pero me dije que cumpliría mi parte del acuerdo y, cuando todo estuviese resuelto, iría a buscarte. No fue un momento fácil, con una niña de camino. Mi mujer se negaba a divorciarse, pero, al mismo tiempo, estaba furiosa conmigo. Me amenazó con ir a quejarse al jefe de departamento y contarle que yo había tenido una relación con una estudiante, pero su pongo que, al final, la pensión era más importante para ella que la venganza. Cuando el proceso de divorcio terminó, me quedé sin dinero y sin emociones. Fue una época muy oscura para mí. Pero, ahora, hemos vuelto a encontrarnos… Debe de ser el destino. Dios nos ha concedido la oportunidad de empezar de cero.

–¿Dios? Dudo que Dios tenga nada que ver con que nos hayamos cruzado. Pero me alegro de que hayamos aclarado ciertas cosas.

–Volveremos a vernos, ¿no?

–Creo que eso sería un error.

–¿Por qué? ¡Tuvimos algo maravilloso! ¡Yo he seguido pensando en ti durante años! ¡Nuestra pasión! Nuestro amor era como la poesía.

Adele se habría echado a reír, pero él era tan guapo… Y el amor que había sentido por él había sido tan grande, que ella casi no podía respirar.

–En el campus se rumoreaba que tenías muchas amantes apasionadas.

–No es cierto. Después de mi divorcio, salí con algunas mujeres, pero nada serio. Y en el campus siempre hay muchas habladurías.

Después de una conversación de dos horas, Adele le dijo que tenía

que marcharse a casa. El pub se estaba llenando de estudiantes. Hadley le preguntó cuándo podrían verse de nuevo.

–Me gustaría pensar en todas las cosas de las que hemos hablado. No estoy segura de que sea buena idea.

–Dame tu número –le dijo él–. Te llamo.

–No –dijo ella–. Dame tú el tuyo. Si al final me parece buena idea, te llamo yo. Pero, de verdad, por mucho que te quisiera una vez, nuestra historia no es precisamente maravillosa.

Así que él había cedido y le había dado su número de teléfono. A la salida de Mac's, en la acera, él le puso las manos en las mejillas y la besó en los labios. Ella recordó sus besos apasionados y estuvo a punto de desmayarse.

Pero se apartó y volvió a su coche. Pensó en Ross, en su marido maltratador y en sus hijos. Pensó en Felicity, que había perdido a su hijo y a su marido. Pensó en las clientas que iban a la oficina, en las pocas opciones y la poca esperanza que tenían.

Entonces, pensó en lo que sería enamorarse de aquel tipo guapo y poético, y en que esa situación se repitiera para ella. Respiró profundamente. «Ni hablar», pensó.

Pero fue llorando durante todo el trayecto de vuelta a Half Moon Bay. Porque, en el pasado, antes de que todo se desmoronara, había estado muy enamorada.

Livvie y Jared se hicieron pareja en la playa de Half Moon Bay, y empezaron a pasar la mayoría de las tardes tomados de la mano, absortos en largas conversaciones. Los padres de Jared se habían divorciado hacía unos cuantos años, y él entendía los sentimientos de Livvie. Amber también había hecho amigos, pero no había conocido a ningún chico en especial. Le caía bien a todo el mundo y se convirtió en alguien tan aceptado en Half Moon Bay como en su instituto de San José. Por ese motivo, estaba encantada de ir a dormir a casa de su tía Addie. Parecía que, después del trauma del divorcio de sus padres a principios de aquel año, las hermanas

estaban encontrando consuelo en la vida familiar después del verano.

Las niñas veían a su padre con regularidad, pero brevemente. Él iba frecuentemente desde la tienda de kayaks a la playa, donde se encontraba con ellas. La primera vez que llevó a Cat, Livvie se alejó. Y Amber la siguió.

–Qué maleducadas –dijo la amante, y las niñas se indignaron.

Más tarde, cuando se encontraron con Scott a solas, él les dijo:

–Estáis intentando alejarme de vosotras.

Amber se mordió la lengua, pero Livvie respondió:

–¡Eh, tú eres el que nos dejó! Lo que hiciste no estuvo bien.

–Entonces, ¿ya no sentís ningún afecto por vuestro padre? ¿No me tenéis respeto, ni respetáis mis elecciones?

Ella se irguió y dijo:

–Yo sí te quiero, papá. Siempre te voy a querer. Echo de menos que estemos juntos. Echo de menos al padre que me quería y me cuidaba. Y me da pena que hayas pensado que estarías mejor con otra persona. Pero eso es lo que tú has elegido. Deberías haberle dicho que no, que eras un hombre casado y que tenías un compromiso con tu mujer y tus hijas.

Él cabeceó con tristeza.

–A lo mejor, algún día lo entendéis.

–A lo mejor, algún día lo entiendes tú.

Livvie estaba orgullosa de ser capaz de expresar sus sentimientos, tal y como le había recomendado su psicólogo, pero siempre se entristecía. Había una parte de ella que quería hacer comentarios incómodos para hacer que su padre volviera. Hablaba mucho con su madre sobre ello, y quería saber si Justine también lo echaba de menos.

–Yo echo de menos al hombre al que quería –le dijo su madre–. Pero no conozco al hombre que pudo mentirme con tanta facilidad. Sea quien sea, yo ya no puedo compartir un hogar con él. Es demasiado egoísta.

–Antes, papá no era egoísta.

–Yo tampoco lo creía –dijo Justine.

–¿Crees que alguna vez volveréis a estar juntos?

–Eso es muy difícil. No diría que nunca, pero es muy difícil. Él ya no es el hombre al que yo quería.

–¿Qué le ha pasado? –preguntó Livvie.

–No lo sé, cariño. Espero que merezca la pena para él.

Era el sábado de la segunda semana de octubre cuando Livvie, que iba a reunirse con Jared en la playa, vio que se alejaba el todoterreno rojo de Cat. De repente, tuvo un deseo repentino de ver a su padre, de saludarlo e intentar mantener una conversación amable con él, una conversación que no tuviera nada que ver con su aventura. No había entrado en la tienda de kayaks ni una sola vez desde que sus padres se habían divorciado, y decidió hacerlo.

Oyó el chorro de una manguera desde la trastienda, y rodeó el edificio. Como hacía un calor poco habitual para estar en octubre, su padre estaba sin camisa, aclarando un par de kayaks.

–Hola, papá.

Él se sobresaltó y se giró hacia ella. Entonces, tomó la camisa, que estaba en una de las barras en las que se apoyaban las canoas.

–¡Livvie!

–He visto que tu novia se marchaba y he pensado… Papá, ¿qué te ha pasado?

–¿Cómo? –preguntó él, mientras se ponía la camisa rápidamente.

–Estás lleno de moratones. Tienes heridas.

–¿Eh? Oh, me caí y me hice un par de magulladuras. No es nada.

Su padre tenía un lado del pecho y el abdomen lleno de moratones.

–¡Parece que has tenido un accidente de tráfico! ¡Tiene muy mal aspecto!

–Me caí por las malditas escaleras de madera de la playa –dijo él–. ¿Por qué has venido?

–Solo quería saludar –dijo ella, pero la visión de aquellas magulladuras la había distraído–. Nunca había visto esta tienda y, cuando vi que ella se marchaba…

–Entra y mira. Es un local estupendo. Me alegro de que hayas venido.

La llevó por la puerta trasera y comenzó a explicarle lo que había en la tienda.

–Tenemos cuarenta y dos kayaks, una docena de tablas de remo de pie, equipos para hacer esnórquel… esto último es nuevo desde que entré. Vamos a aumentar la oferta para el próximo verano, y vamos a añadir ropa, calzado, artículos de playa… Incluso estoy pensando en hacer un patio y sacar una licencia de hostelería para que podamos vender bebidas, sándwiches y aperitivos.

–¿Quiénes?

–Cat necesita un poco de ayuda para sacar a flote este negocio. Yo tengo mucha experiencia en el comercio. Por no mencionar que soy licenciado en Ciencias Empresariales.

–Entonces, ¿vas a trabajar aquí de manera permanente?

Él sonrió.

–Las vistas y el lugar de trabajo son inmejorables –dijo él–. A lo mejor el año que viene necesitamos a alguien que trabaje a media jornada, si te interesa.

Ella estaba a punto de decirle que no, pero se limitó a darle las gracias.

Claramente, su padre estaba orgulloso de su pequeña tiendecita, como si la hubiera construido él, o algo por el estilo. No había gran cosa: un mostrador, remos y redes sujetos a las paredes, una sala contigua donde estaban los kayaks, apilados a ambos lados sobre estanterías… no había mucho sitio para moverse. El suelo y las paredes eran de madera que se había desgastado con el paso del tiempo.

Durante los meses que llevaba en Half Moon Bay, ella no había visto muchos coches allí, ni mucha gente con kayaks ni tablas por aquella playa. Había zonas más al norte en las que el mar estaba más en calma.

–Puede que ampliemos más la oferta y traigamos equipo de buceo, pero, primero, necesitamos publicidad y un programa de fidelización de clientes para ver si podemos aumentar los alquileres de las canoas. Y, tal vez, empezar a hacer ventas a precio más bajo que la tienda de surf del pueblo. Ya veremos. La actividad se va a interrumpir en invierno, y será un buen momento para concentrarse en el nuevo plan de negocios.

–Pensé que la tía Addie había dicho que los dueños de la tienda eran la mujer y su hermano.

–Fue algo temporal. El hermano de Cat tiene otra empresa en San Luis Obispo. Como ahora yo estoy trabajando aquí, él se ha ido a su zona.

–Ah –dijo Livvie–. Bueno, me alegro de haber venido a verlo.

–No te marcharás ya, ¿no?

–He quedado con Jared. Hoy tiene muy poco tiempo libre y esta noche trabaja en la cabaña.

–Ah –dijo él–. Espero que no sea nada serio.

–No, papá, no es serio –dijo ella.

Pero sí, para ella, su relación con Jared empezaba a ser algo serio.

Tenían muchas cosas en común, pasaban horas charlando y se veían siempre que podían y habían tenido maravillosos momentos besándose. En aquel momento, una de las mejores cosas de Jared era que la escuchaba cuando ella hablaba sobre sus sentimientos de confusión y dolor con respecto a su padre.

–¿Cuántos años tiene tu novia? –le preguntó, de repente.

–Cuarenta. ¿Por qué lo preguntas?

–Solo por curiosidad –dijo ella, y se encogió de hombros–. Tengo que irme. Espero que se te curen los moratones.

Él la tomó del brazo y le dio un beso en la mejilla.

–Encantado de verte, cariño. Tienes que volver a ver las mejoras cuando las hagamos.

–Claro.

Aunque, por algún motivo, no habló con Jared sobre los moratones de su padre, se había quedado inquieta. Pasaron el rato hablando sobre las clases de Jared y su trabajo, que lo tenían ocupado casi todo el tiempo. Era difícil encontrar tiempo para estar juntos.

Ella no se planteaba trabajar en la tienda de kayaks, pero estaba empezando a ver que sería muy útil encontrar un trabajo en Half Moon Bay. Jared la acompañó a casa y le dio un beso de buenas noches, y le prometió que muy pronto saldrían juntos de verdad. Después, se marchó a trabajar.

Cuando entró en casa, Livvie se encontró a su madre sola, en la cocina, cortando verduras.

–¿Dónde están Amber y Addie?

–Amber se va a quedar con sus amigas en San José –respondió Justine–, y la tía Addie ha ido a la compra y vendrá enseguida. Yo estoy preparando la cena: lo mein de gambas. ¿Qué te parece?

–Bien –dijo Livvie, aunque, en aquel momento, no tenía hambre–. Esta tarde he ido a la tienda de kayaks. Vi que la mujer se marchaba en coche y pensé en ir a ver a papá. No sé por qué, pero tuve ganas.

–A lo mejor, con el tiempo, tu padre y tú recuperáis vuestra relación –dijo Justine, sin dejar de cortar–. Él te quiere. Debe de estar muy confuso.

–Creo que esa mujer lo volvió loco –dijo Olivia.

–Puede ser. Pero él es un adulto que puede tomar sus propias decisiones.

–Nunca había tomado esas decisiones. ¿Dejar a su familia? ¿Irse a vivir con otra mujer?

Justine dejó el cuchillo.

–Vamos a dejar claras las cosas, Olivia. Cuando yo me enteré de que tu padre tenía esa relación, supe que nunca podría volver a confiar en él. El divorcio fue idea mía. Él lo aceptó rápidamente, pero fui yo la que…

–Mamá, está lleno de moratones. Cuando llegué, estaba limpiando unos kayaks con la manguera, sin camisa, y vi que tiene todo el pecho, incluso el brazo, lleno de moratones. Se puso la camisa rápidamente, pero está golpeado. Dijo que se había caído por las escaleras de la playa.

–¿Eh?

–Es como si le hubieran pegado.

Justine se quedó sin habla un momento.

–Ya sabes que es muy activo –dijo, por fin–. Acuérdate de que una vez se cayó de la bicicleta de montaña. Y se hizo mucho daño.

–Sí, pero, en esa ocasión, parecía que se había caído de una bicicleta de montaña. Tenía raspaduras de la tierra del camino y cortes, y cosas de esas. No sé, pero hay algo muy raro en todo esto. Está empeñado en que la conozcamos, se ha metido en su negocio,

quiso divorciarse en cuanto tú te enteraste de todo… Es como si no fuera la misma persona. No es el mismo padre que yo conocí.

Justine suspiró.

–Lo he pensado mil veces –dijo–. Lo más difícil de todo esto es que, seguramente, no vamos a enterarnos de las verdaderas razones por las que ha cambiado todos sus valores. Me acuerdo de cuando su amigo John se fue con una mujer más joven que él, diciendo que antes nunca había estado enamorado de verdad, después de veinticinco años de matrimonio. Iba a dejar a su mujer para irse con la otra, y tu padre le rogó que fuera al psicólogo, porque nunca había habido ninguna prueba de que tuviera problemas maritales. Pero tu padre no lo consiguió, y John dejó a su mujer. Un año después, cuando ella lo dejó, John volvió con su mujer, diciendo que había cometido el mayor error de su vida.

–Y a lo mejor papá hace lo mismo.

Justine sonrió con tristeza y le acarició la mejilla a Livvie.

–No creo que yo quisiera volver con él. Después del divorcio, he empezado una vida nueva. Yo no lo habría elegido, pero me está gustando. Bueno, tal vez no sea eso, exactamente, pero tiene sus pros y sus contras.

Capítulo 12

Durante los días siguientes al encuentro que había tenido con Hadley, Adele casi no pudo pensar en otra cosa. Estaba distraída, malhumorada e, incluso, insegura de sí misma.

Recordó cómo había sido su aventura. Ella era joven e ingenua. Él tenía algo de poeta y se las arregló para decir lo que tenía que decir: «Quiero dártelo todo». «Quiero tenerte cerca para siempre». «Me da vueltas la cabeza tan solo con tu olor, y me olvido de dónde estoy y de qué estoy haciendo».

Duraron tres meses como pareja; se profesaron su amor a las dos semanas de empezar la aventura. Por supuesto, ella creía que él era infeliz en su matrimonio, porque ellos dos pasaban mucho tiempo juntos. No imaginaba que pudiera ser de otro modo…

Aquella noche, llamaron al teléfono fijo, y fue Justine quien respondió.

–Ah… Sí, claro. Un momento.

Entonces, le entregó el auricular a Adele.

–¿Diga?

–¡Por fin te localizo! Soy Hadley. Me ha costado encontrarte, pero no habías cambiado de número.

–Eh… ¿puedo llamarte yo? –le preguntó ella.

–Claro, pero ¿cuándo?

–Dentro de unos minutos. Prefiero llamarte desde el móvil.

–Por supuesto –dijo él–. Te espero.

Justine no preguntó quién era, y sus sobrinas estaban en su propio mundo, una en la habitación de invitados y la otra, acurrucada en el sofá.

–Voy a devolver esta llamada y vuelvo para ayudar a recoger.

–No te preocupes, Adele, ya lo hago yo –dijo Justine.

Adele se sentó en la cama y miró su teléfono móvil. Aquello podía ser maravillosamente bueno o terriblemente incómodo. No sabía cómo iba a resultar… pero quería saber si aquello era amor de verdad o la continuación de un error del pasado. El amor entre ellos había sido fantástico, pero la ruptura había sido demasiado dolorosa.

Marcó su número, que estaba en los contactos de su teléfono, y esperó.

–Hola –dijo él–. ¿Cómo estás?

–Pensaba que ibas a dejar que te llamara yo.

–Me sentí impaciente –respondió él–. Desde que te vi no he podido pensar en otra cosa.

–Solo han pasado unos días.

–Para mí, como si fueran cien días. Escucha, toma tu coche. Podemos vernos en Half Moon Bay. Hay un restaurante de sushi muy agradable cerca de la cabaña. Se llama…

–Sé cómo se llama, pero, de verdad, esta noche tengo cosas que hacer.

–¿No tienes una hora libre para hablar?

–Estás en tu coche ahora, ¿no?

–Sí. Voy a rogarte, si es necesario. Vamos, Addie. Te he echado mucho de menos.

–Iba a pensarme todo esto con detenimiento.

–No voy a dejar que te ocurra nada malo, Addie. Creo que los dos aprendimos mucho del pasado. Y tú tienes la sartén por el mango. El mero hecho de hablar contigo me ayudará a poder pasar la noche.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué yo? Tú eres un profesor guapo y muy admirado. Y estás divorciado. Puedes estar con la chica que quieras.

–Pero no quiero a nadie. Por lo menos, no como siempre te he querido a ti.

«Demonios», pensó Addie. Necesitaba que alguien le dijera algo así. De hecho, llevaba necesitándolo ocho años. Había sido tan feliz y, de repente, se había quedado tan hundida, tan vacía…

–Me doy cuenta de que estás insegura, Addie. Pero ha llegado la hora de que puedas estar segura de lo que haces. Lo que tuvimos movió montañas. Cometimos algunos errores, pero ahora somos mayores y sabemos mucho más. No vamos a alejarnos el uno del otro hasta que no estemos seguros. Es posible que seamos unos de esos amantes que están destinados el uno al otro… Pero, al principio, tuvimos complicaciones.

«Solo esta vez», pensó ella. Porque también quería estar segura.

–Está bien –dijo–. Voy a verte. Pero no te prometo nada.

–Solo ven –dijo él, con la voz entrecortada, en un tono profundo.

Ella se cambió de ropa, se arregló el pelo y se retocó el maquillaje. Cuando bajó a la cocina, Justine casi había terminado de recoger. Addie le dijo que iba a tomar una copa de vino y que volvería dentro de una hora.

–Estás muy guapa –le dijo Justine.

–Gracias. ¿Hace falta algo? Como voy a salir…

–Nada en absoluto. Que te diviertas.

Pero ella no pensaba en la diversión. Estaba muy nerviosa, tenía un nudo en el estómago y le latía el corazón aceleradamente. Ojalá

pudiera mantener la frialdad.

Cuando llegó al restaurante, él había aparcado enfrente y estaba apoyado en su coche, esperándola. Su aspecto tuvo el mismo impacto en ella. Estaba relajado. Tenía un aire de inteligencia. Llevaba el pelo bien cortado y se había puesto una chaqueta deportiva, un jersey de punto y unos pantalones vaqueros.

Ella aparcó dos sitios más allá y salió del coche. Él abrió los brazos para recibirla. Y, como antes, parecía que ella no podía hacer otra cosa que lo que él ordenara. Caminó directamente hacia él y se echó a sus brazos e, inmediatamente, él la besó apasionadamente.

–Addie. Addie –le dijo, susurrando, al oído–. Creo que no quiero sushi, después de todo.

–Yo ya he cenado. Iba a tomarme una copa de vino mientras te veía comer.

–Bien. Entonces, vamos al mirador, donde podemos hablar en privado. Entra.

Él le abrió la puerta de su coche y lo primero que vio Adele fue un balón de fútbol, un casco y unas rodilleras de talla de niño, todo ello, en el asiento trasero.

–¿Qué es eso?

–Mi hija, que tiene ocho años, está en un equipo de fútbol. La llevo al entrenamiento y a los partidos siempre que puedo. A mi hijo, de doce, lo que le gusta es la música. Son muy diferentes.

–¿Tu mujer volvió a casarse?

–¿Sarah? Bueno, digamos que le está costando encontrarse a sí misma. Nunca ha sido más que ama de casa, así que sugeriría que buscara debajo de la cama. ¿Qué tal te va el trabajo, Addie? Lo mencionaste, pero brevemente.

–El mirador está un poco alejado. Prefiero que hablemos dentro. O aquí mismo.

–Podemos hacer algo más que hablar –dijo él, y la tomó del codo para guiarla hacia el asiento.

–Yo solo quiero hablar. De hecho, no sé si hay algo más que decir.

Él, de mala gana, cerró la puerta del coche.

–He estado pensando en nosotros –dijo él–. Creo que nuestra relación fue buena, pero, en algún momento, descarriló. Reconozco que yo cometí muchos errores.

–El primero, que no deberías haber tenido una aventura con una estudiante. Estabas casado. Solo podía ser un desastre.

–Te quedaste embarazada –dijo él, encogiéndose de hombros–. Yo pensé que…

–Yo no sé en qué estaba pensando. Estaba enamorada. Tú dijiste que ibas a divorciarte, que tu matrimonio no iba bien desde hacía mucho tiempo. Pero no debía de ir tan mal, si tu mujer se quedó embarazada.

–Muchos malentendidos –dijo él–. El matrimonio es complicado. Hay días buenos y malos. Puedes estar hablando de divorciarte, pero, cuando tu mujer es agradable y tú no te niegas a… No puedo explicarlo fácilmente. Hablamos del divorcio, pero no dimos ningún paso. Y tienes razón, yo no debería haberme relacionado contigo, pero tú, conmigo, tampoco. Tenías edad suficiente como para tomar la decisión más adecuada.

–Debería tomar una ahora mismo.

–No te apresures, cariño. Los dos cometimos errores, pero lo que hubo entre nosotros fue muy poderoso. Breve, pero increíble.

–¿Es que vas a presionarme?

–No, no. Pero el hecho de que hayas vuelto a mi vida ha invadido toda mi cabeza. Aquí estamos. Somos personas distintas, más viejas, más listas. Y tú estás más guapa que nunca. No sé cómo es posible, pero…

–He adelgazado un poco –dijo ella.

–No recuerdo que te sobrara ningún kilo –respondió él.

–Engordé después –dijo ella, refiriéndose al embarazo.

Entonces, él volvió a besarla.

–¿Ves lo que quiero decir? –susurró–. Cuando estamos juntos, es como si hubiera fuegos artificiales. Sé que tuvimos nuestros malentendidos, pero ¿no te parecen insignificantes ahora?

«No, no me lo parecen», pensó ella. «No sé por qué permito que vuelva».

Lo empujó para apartarlo.

–No, esto no va a funcionar –dijo–. Así, no.

–¿Cómo? –respondió él, tratando de alcanzarla.

Ella volvió a apartarlo.

–No va a ser así. Nos hemos encontrado, hemos hablado sobre nuestra relación fallida y hemos aclarado ciertas cosas, y parece que tú piensas que ahora vamos a volver a estar juntos. No es así.

–Y creo que deberíamos intentarlo. Seguir el dictado de nuestros sentimientos, ver dónde nos llevan…

–Me voy a casa, Hadley –dijo ella.

–¡Addie, no te enfades porque esté enamorado de ti!

–Y no digas eso. No puedes estar enamorado de mí. No me has llamado en ocho años, pero ha resultado que solo necesitabas unos días para encontrar mi teléfono. No me llamaste porque no había ningún motivo para hacerlo. Ahora, suéltame.

–Pero, Adele, yo…

–¡Ahora mismo! –exclamó ella, con firmeza.

Él dio un gruñido y, con un suspiro, bajó los brazos. Murmuró que ella estaba poniéndoles las cosas difíciles sin motivo y que, a aquellas alturas, ya debería saber que él era sincero.

Ella estuvo a punto de echarse a reír, pero, por dentro, estaba triste. ¿Qué era lo que tenía Hadley que la derretía de aquella manera? Cualquiera podía decirle que era guapa. Cualquiera podía abrazarla así.

–Adiós, Hadley –le dijo–. Que te vaya bien en todo.

–¿Y ya está? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

–Buenas noches, Hadley.

Entró a su coche y se dirigió a casa. Y lloró. No por la decepción y el dolor, sino porque se sentía como una tonta. Llevaba ocho años deseándolo, pero también lo había odiado por haberla abandonado sin mirar atrás. Después, se había dicho que estar con él había sido el mayor de los errores y, más recientemente, había empezado a preguntarse si no habría sido todo un malentendido.

Al pasar por delante del mercado, vio a Jake recogiendo los toldos. Se había puesto el sol hacía un rato; eran casi las nueve. El mercado cerraba a las diez. Ella aparcó enfrente y salió.

–¿Preparándote para cerrar?

–Sí, enseguida –dijo él–. ¿Y tú? ¿Qué haces?

–Estaba pensando en tomarme un helado de pistacho.

–¿Para celebrar algo, o para consolarte?

–No estoy segura.

–Espérame en el banco –le dijo él, señalando una tienda de ropa de segunda mano que había enfrente. Cerraban a las seis, y el local estaba oscuro. Mientras estaba allí sentada, recordó las muchas veces que se había apoyado en Jake cuando estaba triste o se sentía sola. Y él no se había quejado ni una sola vez.

A los cinco minutos, él salió de la tienda con un cuarto de helado en una mano. Cruzó la calle y sacó dos cucharas del bolsillo. Se sentó, puso el helado entre los dos y le dio una de las cucharas. Quitó la tapa, tomó una cucharada de helado y se la dio a Adele. Ella aceptó la cucharada.

–¿Mejor? –le preguntó él.

–Sí –respondió ella, y se echó a reír–. Eres un experto a la hora de conocer mis necesidades.

–Pues, en realidad, no. No tengo ningún mérito. Tú has sido quien ha pedido helado de pistacho. ¿Qué te pasa?

Ella llenó su cuchara y la llevó hacia la boca de Jake.

–Me he encontrado con el profesor –respondió ella.

–¿Con tu antiguo profesor?

–Sí, con ese. En realidad, me lo encontré hace unos días en el campus de Berkeley. Y esta noche él me ha llamado para ver si nos podíamos ver. He ido a verlo, y creo que ha sido un error.

–¿Estuviste en el campus?

–Sí. Quiero empezar el doctorado en terapia psicológica, así que fui a ver a una orientadora de estudios para enterarme de cuántos créditos me convalidan, ese tipo de cosas. Y me lo crucé cuando estaba yendo al aparcamiento a recoger el coche. Me preguntó si no quería tomar una copa de vino y hablar, y le dije que sí.

Jake frunció el ceño y se tomó una cucharada de helado.

–Fuiste.

–Hace ocho años. Ya conoces los detalles. Justine y tú sois los únicos que lo sabéis. Cuando le dije que había tenido el niño y que había muerto, me pareció que se entristecía de verdad. Que tenía remordimientos. Ahora está divorciado, dice. Me removió viejos sentimientos. Me recordó lo enamorada que estuve de él en aquel tiempo. No tenía el control de lo que sentía. Nada.

–¿Ahora, o entonces?

–Volví al pasado unos instantes, y creo que él me manejó como quiso. Entonces, al llamarme hoy, yo pensé que tal vez tuviera más cosas que decirme, o que preguntarme. Así que, por supuesto, fui. Él quería ir hasta el mirador para que pudiéramos estar a solas, pero lo estropeó todo, porque me besó. Fue un beso fantástico, pero me puso sobre aviso de que, seguramente, lo que él quería no era hablar. Y, entonces, me dijo que esperaba que nuestro reencuentro propiciase una segunda oportunidad.

–Como el primero fue tan bien… –dijo Jake, gruñendo.

–Algunas veces soy muy tonta –dijo ella, tomando otra cucharada de helado–. Pero no he tenido demasiada experiencia. Tuve un par de novios en el instituto y en la universidad, pero nada serio. Después de Hadley y el bebé, el único chico con quien he salido has sido tú.

–Addie, lo que hacemos nosotros no es exactamente salir…

–Pizza, alguna película, vino y postres del mercado…

–Esas cosas las hacen los amigos –dijo él.

–Y nosotros siempre hemos sido buenos amigos –le recordó ella–. Además de Justine, tú eres la única persona en la que confío. Y, cuando Justine vivía en San José, yo hablaba mucho más contigo que con ella. Me alegro de haberme encontrado con Hadley. He podido confirmar que solo es un mentiroso y lo único que quiere es jugar.

–Eso podía habértelo dicho yo.

–Porque tu ex, Mary Ellen, también es así.

–Claro. Ahora está con un señor mayor con mucho dinero.

–Estos años hemos pasado mucho tiempo hablando mal de nuestros ex.

–Es un deporte tradicional –dijo él–. Tengo que reconocer que yo ya

me he olvidado por completo de Mary Ellen. Ni siquiera entiendo por qué pensé alguna vez que teníamos una vida juntos. Una vida estupenda. No lo fue ni durante quince minutos.

–Yo estaba pensando lo mismo. Hadley me dijo que me quería a las dos semanas de que saliéramos juntos. ¿Cómo vas a saber si quieres a alguien a las dos semanas?

–Enamoramiento, Addie. Eso era –dijo él, y sonrió–. Es maravilloso cuando estás en esa situación, ¿eh? Te llena por dentro hasta que piensas que vas a explotar.

–Sí, sí –dijo ella, y suspiró–. Él me ha dicho que, con veinticuatro años, yo ya tenía edad más que suficiente para saber lo que estaba haciendo. Y, ahora, me pregunto por qué este hombre me parecía tan genial. Es un tipo superficial, hablador, manipulador. Dejé que él me condenara a varios años de soledad.

–Eso no es justo –dijo Jake–. Puede que él fuera la causa, pero, después, las cosas crecieron como una bola de nieve. Tus padres se pusieron enfermos, y tú dejaste tu vida en suspenso para cuidarlos. Creo que lo que hiciste fue muy valiente.

–Durante todo ese tiempo que estuve encerrada en casa, pasé mucho tiempo en internet. Hice un grupo de amigos muy grande que estaban en situaciones parecidas, y nos comunicábamos online. Hablábamos de libros, de política e intercambiábamos recetas. También utilizaba las redes sociales. Pero, desde que he empezado a trabajar en el centro de reincorporación laboral, no he prestado atención a esas cosas. Hay gente que me manda mensajes preguntándome si estoy bien o me he puesto enferma, o algo así.

–¿Va a volver el profesor? –le preguntó Jake.

–Vaya, tú no quieres ni decir su nombre –dijo ella, sonriendo, y hundió su cuchara en el helado otra vez.

–Lo odio –dijo Jake.

–¿Porque me hizo daño?

–No es tan sencillo –dijo él–. Uno puede superar que le partan el

corazón. Pero son más difíciles de superar la falta de seguridad y las dudas sobre uno mismo.

–Es increíble lo que puede hacer por la autoestima de una persona perder veinte kilos y encontrar un trabajo donde te sientes útil y necesaria. Pero, claro, ese es el objetivo del programa: darle un propósito a la gente, conseguir que vuelvan a sentirse parte de la sociedad.

–Sí, bueno. Si a ti te hace feliz, a mí, también. Pero, Addie, tú siempre has sido guapa y siempre has tenido un trabajo muy exigente, que era cuidar de los demás.

–Tú ayudas a la gente todos los días, Jake. La mayoría de este barrio estaría perdido sin ti.

–Yo no lo veo así. Es mi negocio. Si soy buen vecino, gano más dinero.

–Jake, creo que te he dado por sentado durante todos estos años. Has sido mi mejor amigo. Siempre he contado contigo, y tú nunca me has decepcionado.

–Pues yo no me he sentido así –dijo él–. Y tú nunca me has decepcionado a mí tampoco. Él le levantó la barbilla con un dedo y la miró a los ojos.

–No estabas en condiciones de pensar en nada más que la amistad, por motivos obvios.

Ella tomó más helado con la cuchara y se lo dio.

–Uno día de estos tenemos que pensar en ese asunto –dijo ella, y se echó a reír–. Ahora que tengo la casa a reventar de gente.

–Addie, yo tengo mi casa. Y tú nunca has estado allí.

–Vaya, pues habría que remediarlo.

Scott llamó a Justine y le preguntó si podía pasar por casa de Addie

para hablar con las niñas y con ella.

–¿Para hablar sobre qué, Scott?

–Sobre la casa de San José. No parece que nadie la esté utilizando en estos momentos.

–Pero podríamos hablar de eso por teléfono.

–No, me gustaría que las niñas participaran, si no te importa.

–No, no me importa. Pero no la traigas a ella. Eso no es negociable.

–Se ha ido de viaje a visitar a unos amigos. Esto es una cuestión familiar, entre nosotros.

«Pobre Scott», pensó ella, con tristeza. «No puede asimilar que ya no somos una familia».

–Vuestro padre quiere venir aquí para que hablemos de la casa de San José –le dijo Jake a Amber–. Llegará dentro de diez minutos.

–Pero ¿eso no es algo entre papá y tú?

–Bueno, también es vuestra casa. Supongo que por eso quiere incluiros.

–Estupendo –dijo la niña, y volvió a ponerse los auriculares para escapar con la música.

–Livvie, tu padre va a venir dentro de unos minutos. Quiere hablar con nosotros sobre la casa de San José.

–¿Qué ocurre con la casa?

–No lo sé. Como llega dentro de poco, él mismo nos lo dirá.

–Odio estas cosas –dijo Livvie.

–Yo, también –respondió Justine.

Estaba harta de él. Detestaba que las negociaciones fueran interminables, que siempre hubiera algo más que resolver. Desde

que él había decidido que ya no la quería, ella solo quería que se mantuviera alejado. Quería reconstruir su vida en paz y tranquilidad. Le gustaba su pequeño bufete de abogados. Les había tomado afecto a Sam y a su mujer. Quería conocer mejor a Logan. Estaba segura de que no iba a volver a casarse y tampoco se imaginaba con un novio serio, pero sería agradable poder pasear con alguien de la mano por la playa, hablar de política sin discutir, incluso comparar excónyuges y aprender cosas de la soltería, algo que ella no sabía que iba a experimentar. Después de estar tanto tiempo con Scott, se sentía como si hubiera nacido casada.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió sus pensamientos.

–Hola –dijo Scott–. Gracias por dejarme venir.

–De nada. Espero que podamos terminar con estas negociaciones constantes, Scott . Me gustaría concentrarme en otras cosas.

–Claro. A mí, también.

Las niñas estaban sentadas en el salón, esperando. Él les dio un beso y un abrazo a cada una. Justine se dio cuenta de que se emocionaba un poco e intentaba disimularlo.

–Bueno, parece que nunca estáis por casa –dijo Scott.

–El que no estás nunca eres tú –replicó Amber–. Allí nunca podemos estar contigo, pero aquí sí tenemos a mamá todas las noches.

–¿Y no os importa tener que ir al colegio tan lejos y volver aquí?

–Sí, a mí, sí –respondió Olivia–. Pero también me importa vivir sola en la casa grande.

–Este sitio –dijo él, mirando a su alrededor– es mucho más pequeño y viejo…

–Les gusta la playa –dijo Justine–. También les gusta estar con Addie. Y yo casi nunca trabajo por las tardes. Ahora tengo un horario mucho más relajado.

Él se apoyó en el respaldo de la silla.

–Sí, tienes un aspecto más relajado.

Él no lo tenía, pensó Justine. Parecía que estaba estresado, y había adelgazado.

–¿Has estado haciendo más ejercicio? –le preguntó.

Él se rio con incomodidad.

–No, he estado muy ocupado en la tienda. Mirad, sé que, con el tiempo, puedo sacar a flote el negocio. Tengo mucha experiencia, ¿sabéis? Pero no he venido a hablar de eso. Quería hablaros de que nadie está utilizando esa casa, y a mí me vendría bien venderla para tener capital. Estoy invirtiendo en la tienda de kayaks. Mi propósito es ser el dueño. Es un buen negocio; si la tienda no va bien, el terreno también es valioso. Pero no hemos pensado en venderlo. Antes hay que poner en marcha el negocio y hacer dinero. Lo cierto es que ahora llega el invierno y, con el frío y la niebla, habrá un parón en la actividad…

–¿Por qué hablas en plural? –le preguntó Amber.

«Dios la bendiga», pensó Justine.

Ella también quería preguntarlo, aunque, en realidad, ya lo sabía. No solo se estaba acostando con la mujer, sino que iba a convertirse en su socio y, seguramente, la estaba manteniendo. Si se casara con ella, le saldría más barato.

–Cat es la dueña de la tienda. Tiene una pequeña deuda, no muy grande. Es una hipoteca asequible. Y tiene un crédito. Pero lo que yo propongo es que vendamos la casa, gran parte de los equipos deportivos y los coches. Siempre y cuando Amber y Olivia estén contentas aquí, para mí es más conveniente. Parece que cada vez estáis trayendo más y más cosas de casa…

–Solo algo de ropa y ropa de cama –dijo Livvie–. Pero, por mí, me mudaría aquí.

–Tiene novio –dijo Amber.

–¡Novio! –exclamó Scott–. Creía que no iba en serio.

–Jared y yo nos conocimos en la playa y tenemos mucho en común. Él está en la universidad.

Scott frunció el ceño.

–En primero –dijo ella.

–Las niñas han estado tanto aquí durante el verano, que ya han hecho amistades en el pueblo –dijo Justine.

–Pero ¿vosotras querríais renunciar a una casa que está cerca de ? Porque, para mí, es importante que estéis contentas –les dijo Scott.

Amber se echó a reír.

–Yo no diría exactamente que «no hay mal que por bien no venga», papá. Quiero decir que mamá y tú os habéis divorciado y tú tienes una novia.

–Mira, hija, me doy cuenta de que es una transición difícil, pero no es raro que la gente se distancie, se separe y empiece una nueva vida. Creo que, cuando nos acostumbremos, las cosas encajarán. Por ejemplo, vuestro tío Ben y la tía Judy se las arreglan muy bien con su familia, ¿no os parece? –les preguntó él a las niñas, refiriéndose a su hermano y a su cuñada.

–Llevan diez años divorciados, Scott. Y fue de mutuo acuerdo –dijo Justine–. Y las niñas tienen que vivir su vida, que, en este momento, se centra en los estudios y los amigos.

–Sí, sí, eso lo entiendo. De veras. Así que, la pregunta es si podréis adaptaros y ser felices si ya no tenemos la casa de San José para la vida familiar. Porque, en este momento, está vacía. ¿Cuánto tiempo pasáis allí, en realidad?

–Si necesitan ir a San José por algún motivo escolar o algún proyecto, yo voy y me quedo con ellas –dijo Justine.

–Está bien, también a ti quiero preguntarte si, ahora que trabajas aquí, no estás pensando en vender la casa.

Sí lo estaba pensando, pero no por los mismos motivos que él. Cada

vez sentía más rechazo por aquel lugar. Era como vivir en la escena del crimen. Aunque era una casa preciosa y habían vivido en ella durante doce años, después de lo que había ocurrido, ya no quería estar allí.

–Yo haré lo que quieran las niñas –dijo Justine–. Scott necesitan tener la casa disponible para sentirse más seguras, las apoyaré.

–¿Niñas? ¿Vosotras qué decís? Ahora, el mercado está en auge –dijo Scott.

–Solo faltan un par de meses para Navidad –respondió Justine–. El momento ideal para vender una casa es la primavera, si es lo que finalmente decidimos.

–Normalmente, sí, pero el mercado inmobiliario está muy activo en este momento. Y, además –dijo él, mirando a su alrededor–, a lo mejor podéis traer algunos muebles aquí. Todo esto está muy viejo.

–¿Tú no quieres algún mueble? –le preguntó ella.

–He pensado que los dividiríamos, o que podríamos vender algunas cosas…

–Oh, esto va a ser una pesadez…

–Tiene más sentido que mantener una casa llena de mubles que no usamos. ¿Y bien? ¿Niñas?

–Yo voy a vivir donde viva mamá. Tengo amigos en San José, si necesito quedarme a dormir por algún motivo –dijo Olivia.

–Yo, también –dijo Amber–. Y, de todos modos, me gradúo en junio. Tengo muchos amigos, y podría quedarme en casa de algunos de ellos incluso toda la semana de colegio, si quiero.

–No puedo creer que mi niña se vaya a graduar ya –dijo Scott.

Olivia puso los ojos en blanco.

Justine sabía que, seguramente, venderían la casa por más dinero si esperasen hasta la primavera, pero, si de aquel modo tenía un

vínculo menos con Scott, mejor.

–Está bien, vamos a venderla. Pero creo que deberíamos dejar los muebles allí. Se venderá mejor amueblada. Y también tengo que hablar con Addie sobre esto.

–Perfecto –dijo él. Después, se puso en pie–. Gracias, Justine. Gracias, niñas.

–Papá, no deberías invertir el dinero en esa tienda de kayaks. Lo vas a perder –dijo Olivia.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó él, con enfado.

–Lo sabe todo Half Moon Bay –respondió ella, encogiéndose de hombros–. Tu novia es la tercera o cuarta dueña, y nadie ha conseguido ganar dinero con esa tienda.

–Por eso, exactamente, yo soy necesario. Estoy a la altura del reto.

Capítulo 13

Scott lo había planeado todo con sumo cuidado. Sabía exactamente cuál era la forma de convertir la tienda de kayaks en un negocio rentable. Cat y él llevaban años hablando de ello. Empezaron a charlar hacía pocos años, después de que ella comprara la tienda. Él era uno de sus pocos clientes habituales. Realmente, la tienda nunca había despegado. Cat pensaba que el anterior dueño, y el anterior, y el anterior, no tenían mucho sentido de los negocios, ni un plan de negocio decente, pero a ella no le iba mucho mejor.

Él le dijo que se le había ocurrido un plan. Y Cat se mostró muy agradecida.

En ese momento fue cuando empezó todo. Sus ideas, su plan. Desde entonces, empezaron a relacionarse más, y él se dio cuenta de todo lo que le estaba faltando en su matrimonio. Cat era una mujer que admiraba su inteligencia. Ni siquiera se había dado cuenta de lo solo que se sentía hasta que empezó a hablar con ella. Solo hablar. Tenían muchas cosas en común. Lo más evidente era su pasión por el ejercicio y el atletismo.

Se había enamorado de ella. Cat lo excitaba, y no se había sentido excitado desde hacía mucho tiempo. Incluso antes de que empezara a hablarse de divorcio, él alquiló una casita delante del mar. Cat compartía una casa con su hermano y el amigo de su hermano, y tenía problemas con ellos, así que era lógico. Además, necesitaban un sitio donde poder estar a solas. Pasar la noche en un hotel era caro, y Cat necesitaba un lugar al que poder llamar «su casa». Un sitio bonito.

–No es tan bonito como tu casa, pero es mejor que el antro de mi hermano.

–Pero mira qué vistas más preciosas tenemos –le dijo él.

–Si te gusta estar mirando las vistas todo el rato, están bien –replicó ella–. Pero es un desperdicio que estés viviendo con ella en San José, donde no tienes ningún apoyo moral.

–Vamos a estar juntos muy pronto, pero tenemos que ser pacientes.

Ocurrió mucho antes de lo que él pensaba. No imaginaba que Justine fuera a descubrir la relación con Cat y a pedirle el divorcio. Lo cierto era que él no quería divorciarse aún; Justine tenía un buen trabajo y unos ingresos altos y estables, su patrimonio aumentaba, sus inversiones eran rentables…

–Si no consigo ayuda para la tienda, voy a perderla, y perderé mi inversión. De verdad, no puedo dormir por las noches –dijo Cat, llorando.

–Yo te estoy ayudando –dijo él–. Te he hecho el nuevo plan de negocio y estoy trabajando gratis en la tienda…

–¿Qué voy a hacer me cancelen el crédito y no pueda pagarlo?

–Tal vez pueda ayudarte a conseguir otro crédito. Ya nos preocuparemos de eso más tarde. Sabes que estoy en esto contigo.

–No, no es verdad. Porque estás casado. Por lo menos, yo estoy separada.

Habían hablado sobre el estado de su matrimonio. Gracias a Cat, se había dado cuenta de que no era feliz. Pero tenía dos hijas, y solo faltaban un par de años para que se marcharan de casa a la universidad. Él ya estaba pensando en pedir el divorcio cuando las niñas se hubieran marchado. Tenía pensado pasar aquellos dos últimos años acumulando dinero para irse con una buena situación económica.

Sin embargo, Justine había descubierto a Cat. Se habían separado, habían llegado a un acuerdo con el que él ganaba mucho dinero y una pensión generosa y todo había terminado rápidamente.

Pero Justine le había hundido al cambiar de trabajo.

–Deberías llevarla otra vez al juzgado –dijo Cat–. ¡Te engañó

haciéndote creer que iba a tener siempre unos ingresos muy altos!

–No puedo llevarla otra vez al juzgado porque no hemos llegado a tener ningún juicio –dijo él–. Los dos firmamos el acuerdo, lo registramos en el juzgado y no hubo impugnación por parte de nadie.

–¡Te engañó! –exclamó Cat–. Ella es abogada y tú, no. Lo manipuló todo. Tú no sabías lo que estaba pensando hacer.

–No creo que ella tuviera pensado que su empresa redujera la plantilla –dijo él–. Y yo ya sabía desde hace años que estaba agotada y harta del trabajo jurídico en una gran empresa. Quería cambiar, pero no podía, porque las niñas todavía estaban en el colegio.

–¿Y qué pasa con la manutención por hijo?

–¡Yo no estoy cuidando de mis hijas! Están con su madre. No quieren venir a mi casa porque no quieren conocerte. No están contentas con lo nuestro.

–Deberías exigirles que me conocieran y me trataran con respeto –dijo ella.

–No, no les voy a exigir nada –replicó él.

–Dijiste que estábamos juntos en esto –gritó ella–. ¿Cómo es posible que yo permita que tus mentiras me vuelvan loca?

Salió corriendo al dormitorio.

Scott la oyó sollozar. Respiró profundamente y la siguió. Se tendió en la cama, a su lado.

–Estamos juntos en esto –le dijo.

Ella se enjugó las lágrimas.

–Me haces daño, ¿sabes?

–Mira, ya hemos hablado de esto. Sabíamos que tendríamos que

adaptarnos. Que habría una transición. Espero que las niñas se ablanden al final, pero no puedo obligarlas.

–Es como si te avergonzaras de mí.

–No digas bobadas. ¡Te he presentado a mi mujer!

–¿Y el que estaba con ella era su novio?

–No lo conozco –respondió Scott–. Dijo que era alguien con quien había trabajado. Pero es irrelevante. Estamos divorciados, y podemos estar con quien queramos. Por el contrario, las niñas son jóvenes, ingenuas, y no habían pasado nunca por una situación como esta. Tenemos que darles tiempo. Si lo fuerzas, tardaremos más.

–No creo que te importe –dijo ella–. Estoy empezando a preguntarme si me quieres realmente tanto como dices.

Él la besó y le preguntó:

–¿Necesitas que te lo confirme?

–Eso me pondría de buen humor –dijo ella, sonriendo.

Scott la complació haciendo el amor con ella. Después, volvieron a la cocina e hicieron una cena deliciosa. Él abrió una botella de vino y se sentaron en el porche a ver la puesta de sol.

Hablaron de cómo podían mejorar las cosas, y él le compró un coche nuevo para demostrarle lo comprometido que estaba.

Había habido un par de discusiones más desde entonces.

Mientras Scott iba a ver a Justine y a las niñas para proponerles la venta de la casa, Cat se había ido a Las Vegas con unas amigas a pasar tres días. Él había pagado el viaje. No había hablado mucho con ella, un par de minutos, y ella le había preguntado:

–¿Has hablado ya con tu exmujer?

Él estaba reservando la buena noticia para cuando volviera a casa.

Ya había firmado los documentos para comprar la tienda y hacerse cargo de los pagos del préstamo. Había gastado la mayor parte del dinero del divorcio. Seguramente, iba a tener que buscar otro trabajo para poder mantenerse, a no ser que la casa se vendiera pronto y por un buen precio.

A pesar de que la vida con Cat era cara y, en ocasiones, muy difícil, no cuestionaba su amor por ella. Trataba de convencerse de que el amor no siempre era fácil. Nunca iba a aburrirse y, solo por eso, se sentía agradecido. La echaba de menos. Estaba impaciente por verla y decirle que iban a vender la casa.

Eso la haría muy feliz.

Justine le pidió a Adele que fuera con las niñas y con ella a su casa de San José para ayudarla a hacer un inventario de los muebles. Por supuesto, las niñas podrían disponer de sus cosas inmediatamente. Scott no tenía derecho a ninguna de sus pertenencias. Además, Olivia y Amber también tendrían la oportunidad de revisar algunas de las posesiones familiares y elegir ciertos artículos personales que quisieran tener, como fotografías, adornos o reliquias de la familia.

Y Justine quería que ella le diera su opinión y la ayudara a elegir los muebles, menaje de cocina, sábanas y objetos que iban a llevarse a la casa de Half Moon Bay. Iban a hacer una lista con los objetos que quería Justine, pero dejarían la mayoría de los muebles, cuadros y objetos de decoración en la casa, de modo que estuviera bien decorada para enseñarla a los posibles compradores.

–Me siento fatal por esto –dijo Addie, cuando entraron.

–Bueno, tenía que suceder en algún momento. Scott tiene razón en que una casa vacía no sirve para nada. Las niñas han decidido que quieren estar con nosotras en Half Moon Bay en vez de estar aquí solas.

–Lo que hace que me sienta mal es que esta casa sea tan preciosa, decorada con tan buen gusto, y mi casa, nuestra casa, esté tan vieja y se caiga a pedazos.

–Bueno, tal vez podamos hacer algo al respecto –dijo Justine–. Podemos hacer una reforma. No muy grande. En realidad, es una casa antigua muy bonita, pero necesita algunas mejoras y yo tengo unos ahorros. Además, esta casa se va a vender muy bien. Yo voy a hacer los pagos de Scott además de los míos, y deduciré esas cantidades del valor final. Hace casi seis meses que no paga las cuotas.

–Me siento mal poniendo tus preciosos muebles en nuestra casa, que tiene el suelo desnivelado y la pintura descascarillada.

Justine sonrió.

–Ya arreglaremos eso.

Amber tomó un jarrón de colores con un plato a juego.

–Mamá, yo te compré esto en el mercado. ¿Podemos quedárnoslo?

–Creo que sí –dijo ella–. Apúntalo. Podemos llevarnos los muebles de tu habitación y las cosas de la cocina ahora, pero todo lo demás tiene que quedarse hasta que se venda la casa. También tenemos que deshacernos de algunas cosas. Aquí hay muchas cosas que no usamos nunca.

–¿Y lo que hay en el garaje? –preguntó Addie.

–¿Hola? –dijo Scott, acercándose.

–Estamos aquí –dijo Justine–. ¿Qué vamos a hacer con el equipamiento deportivo que hay en el garaje?

–He traído el remolque. Yo me llevo esas cosas para limpiarlas y vender todo lo que no queramos. Me imagino que sí queréis vuestras bicicletas, ¿no?

–Sí, creo que sí, pero lo demás, no.

–Muy bien, me lo llevaré yo. Vosotras podéis quedaros con los libros, pero yo quiero el sofá.

–¿Qué? Pero si lo odias. Llevas años quejándote de él.

–Es verdad, papá –dijo Amber.

–Pues ahora me gusta.

–No, no le gusta –dijo Olivia–. Le gusta a otra persona, ¿no?

–No seas boba –dijo él.

–Cada vez que dice eso de «no seas boba» es porque lo has pillado en una mentira –dijo Justine–. Entonces, ella ha estado aquí, ¿verdad, Scott?

–No seas… –Scott se interrumpió y carraspeó–. Me gustan los muebles del salón. Tú puedes quedarte con el dormitorio, el comedor, lo que quieras de la cocina y los taburetes de la encimera.

–Ella quiere el salón, ¿verdad? –preguntó Justine.

–Yo quiero los muebles del salón, Justine.

–Espera un momento –dijo ella–. Esto tiene que ser equitativo. Los juguetes deportivos valen miles de dólares, y tú no quieres los libros para nada. ¿Por qué no me quedo yo con los juguetes y tú con los libros?

–Va a ser un día muy largo –dijo Addie.

Hubo un poco más de tira y afloja hasta que Justine les dijo a las niñas que recogieran sus habitaciones, ya que eso no entraba en discusión. Addie fue a ayudarlas. Justine y Scott se sentaron en la barra de desayunos y resolvieron el problema sobre el papel. Por suerte, no había mucho espacio de sobra en casa de Addie, así que Justine fue pragmática y renunció a algunas cosas. Puso etiquetas en algunos libros que quería conservar y pidió la mesa y las sillas del comedor, pero no el mobiliario de la habitación principal. No lo necesitaba ni lo quería.

Scott admitió que tenía pensado vender todo el equipamiento deportivo, salvo las bicicletas de las niñas.

–Podemos hacer una venta de todo el contenido de la casa una vez que se haya vendido –dijo Justine–, pero me voy a llevar los

muebles del salón y los objetos de decoración que compré. Cómprale tú a tu novia un salón nuevo.

–No es mi novia –dijo él, pero se ruborizó y no discutió más.

Después, Addie ayudó a Justine a meter en cajas vajilla, ollas y fuentes de la cocina. Scott hizo lo mismo con los vasos, algunos electrodomésticos y algunos cubiertos. Tenía su remolque, pero Justine había contratado un camión de mudanzas para que llevara los muebles de las niñas y sus cajas a Half Moon Bay. Las habitaciones principales de la casa quedaron amuebladas, aunque tanto Scott como Justine habían puesto etiquetas azules o rojas para marcar los muebles que iban a llevarse. La casa parecía perfecta. Después de que las señoras de la limpieza hicieran su trabajo, quedaría lista para enseñar.

–¿Qué tal estás? –le preguntó Addie a su hermana.

–Es muy raro –dijo Justine–. Ya no tengo la sensación de que sea mi casa. Ya no conozco a ese hombre. El Scott a quien quería y en quien confiaba ya no existe. Si sus labios se mueven, es que está mintiendo. En realidad, no quiero los muebles del salón, así que los voy a vender y voy a comprar otra cosa nueva para el salón, pero es tan evidente que su novia los quiere, que no voy a permitir que se los quede. Pero estoy ansiosa por empezar de cero.

Cuando Livvie se reunió con ellas, Addie la rodeó con un brazo.

–¿Estás bien? –le preguntó a su sobrina.

Livvie asintió.

–Esta casa me da ganas de llorar. Los últimos meses que pasamos aquí papá casi no estaba presente, y fue terrible para nosotras. Yo me sentía como si fuera huérfana. No quiero vivir aquí nunca más.

«Lo odio por lo que les ha hecho a mis sobrinas», pensó Addie. «Qué tipo más cruel y más egoísta».

Los encargados de la mudanza hicieron el viaje rápidamente, descargaron los muebles, montaron las camas en los dormitorios de las niñas y se marcharon. Todo el mundo se puso a desempaquetar.

Colocaron cajas en el porche trasero, que estaba acristalado, en el salón, en el descansillo de las escaleras, en la cocina y en las habitaciones. El garaje ya estaba lleno de cosas que habían sido de sus padres.

–Prometo que ayudaré con la cocina en cuanto organice el dormitorio –dijo Justine.

Addie miró a su alrededor. Todo estaba lleno de muebles y cajas de cartón, y sintió claustrofobia. Una cosa era que su hermana y sus sobrinas se quedaran a dormir, a pasar el verano con ella. Pero aquello… Ceder su casa a tres personas más con sus posesiones… De repente, se sintió como si estuviera desapareciendo.

–Voy teniendo algunas ideas para la reforma de la casa –dijo Justine–. Deberíamos acuchillar y barnizar el suelo de tarima, que es precioso. Podemos poner algunas alfombras y comprar buenos muebles, en vez de retapizar los viejos. Y ¿te gustaría una pintura de color melocotón para la cocina? Para el salón, creo que quedaría muy bien paredes azul marino con detalles en beis. En los baños habría que cambiar los azulejos. Y, en el vestíbulo, me encantaría poner un espejo con un marco plateado y quizá, colgar una araña discreta… Pero, bueno, podemos hablar de todo esto más tarde… Para el comedor…

–Ahora no puedo concentrarme –dijo Addie, que estaba a punto de ahogarse.

–Enseguida voy a recogerlo todo, Addie –respondió Justine.

–No te preocupes. Creo que voy a salir un rato. Voy a ir a ver a Jake. ¿Quieres que traiga algo de comer?

–No, sal y aléjate de este desorden. Sé que es estresante. Voy a preparar algo sencillo, unos sándwiches de queso para las niñas y para mí.

Addie salió al porche y llamó a Jake.

–¡Hola! ¿Estás bien? –le preguntó él.

–Sí, gracias –dijo ella, sorprendida, y se dio cuenta de que casi

nunca lo llamaba, solo cuando necesitaba algo–. ¿Trabajas esta noche?

–Si no tengo nada mejor que hacer… ¿Tengo algo mejor que hacer?

–Bueno, me estaba preguntando si podría conocer tu casa.

En realidad, cuando Adele había llamado a Jake, no tenía interés en ver su casa. Lo que quería era hablar sobre el conflicto que estaba sintiendo. Quería que Justine y las niñas vivieran con ella, pero no quería que Justine decorara toda la casa de modo que reflejara solo la personalidad de su hermana y no la de ella. Aunque lo cierto era que a ella no se le había ocurrido ninguna idea de decoración durante los ocho años que llevaba viviendo allí.

En aquel momento, estaba en el porche de Jake, esperando, porque él aún no había llegado del mercado. Recordó el momento en que Jake había comprado aquella casa, hacía seis o siete años. Dijo que la había comprado porque le gustaban el porche de piedra y el tejado inclinado con mansardas, pero que necesitaba una buena reforma. Cuando ella le dijo que quizá no fuera buena idea comprar una casa medio en ruinas, teniendo en cuenta que su madre vivía en una casa muy agradable en la que él también podría vivir, y gratis, Jake respondió:

–Una inversión siempre es buena idea y, si yo puedo atribuirme todo el mérito de esa inversión, mejor todavía. Los árboles del jardín son maduros, la estructura de la construcción es sólida, la electricidad y la fontanería todavía funcionan bien y por fuera hay que hacer poco. Además, ¿cuánto tiempo puede vivir un hombre soltero con su madre?

Otra complicación de vivir con su madre era que cada vez que Marty se divorciaba o terminaba una de sus relaciones amorosas, cosa que sucedía con regularidad, se mudaba de nuevo a casa de su madre, y él era una fuerza de la naturaleza que consumía todo el oxígeno de una habitación. Jake y su madre vivían con tranquilidad, pero Marty no tenía ni un ápice de tranquilidad en todo el cuerpo.

Jake llegó y aparcó. Llevaba una bolsa de la compra en un brazo y un ramo de flores en el otro.

–Oh, no tenías que…

–No, no –dijo él–. Ya eran para tirar, así que me las traje. Lo hago siempre: la mayoría de mi dieta se basa en comida caducada. Aunque no pase mucho tiempo en casa, cuando estoy aquí me gusta que el ambiente sea agradable.

Abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara. Después, encendió la luz.

El vestíbulo era pequeño y, como la casa tampoco era demasiado grande, desde allí se veía el salón-comedor en forma de ele. Ella supuso que la cocina estaría detrás de la pared que había a su derecha. Entró en el salón y miró. La cocina estaba separada del comedor mediante una barra de desayunos para tres personas. En el salón había una chimenea grande de piedra.

Era muy bonito. El ambiente era masculino. Había un sofá de terciopelo oscuro, una butaca reclinable, mesas auxiliares robustas… La mesa y las seis sillas del comedor eran de madera maciza. Había también un aparador y, sobre él, un cuadro de un cobertizo rodeado de flores, con una montaña al fondo.

Lo que más la impresionó fue lo limpio que estaba todo. No solo estaba perfectamente ordenado, sino, también, impecable.

–¡Vaya! –exclamó.

Ella era un poco desordenada. A veces dejaba los platos en el fregadero y no recogía sus zapatos, y dejaba demasiadas chaquetas y jerséis en los respaldos de las sillas de su habitación. Y eso, antes de que Justine y las niñas aumentaran el caos.

Jake fue a la cocina. Puso las flores en un jarrón y, mientras sacaba la compra de la bolsa, le preguntó si quería una copa de vino.

–Sí, gracias –dijo ella–. He tenido un día agotador. He ido con Justine y con las niñas a su casa de San José para ayudarlas a dividir el mobiliario. Scott también estaba allí. No estoy segura,

pero creo que ha sido más cansado para mí que para Justine.

–¿Qué tal las niñas?

–Estaban bien. Livvie dijo que la casa le ponía triste. Se estaban despidiendo de un modo de vida, pero creo que mi hermana está contenta de deshacerse de ella en este momento. Piensa que su exmarido es un idiota.

Jake se echó a reír.

–Todo el mundo piensa que es un idiota.

Adele se echó a llorar.

–Eh, vamos –dijo él, y la abrazó. Le acarició el pelo suavemente–. ¿Por qué te has disgustado? ¿Ha sido por el mal trago de repartir los muebles?

Ella hizo un gesto negativo y se enjugó las lágrimas.

–Jake, Justine se está apoderando de mi vida. Va a elegir los colores de las paredes de mi casa, el mobiliario, las comidas… Para ella, soy como una de sus hijas.

–A lo mejor te preocupa eso, pero no tiene por qué suceder. Voy a servir unas copas de vino y a encender la chimenea. Siéntate, relájate y cuéntame lo que ha pasado hoy. Addie lo observó desde el sofá mientras él servía el vino en la cocina y lo llevaba a la mesa de centro. Después, Jake encendió el fuego. Mientras lo miraba, ella recordó algo que siempre había dado por sentado: él era un hombre muy atractivo. Era alto y estaba en buena forma física, y tenía el pelo y los ojos oscuros y brillantes. Los pantalones vaqueros le sentaban muy bien; siempre llevaba la camisa verde para atender la frutería, pero no se le asomaba ni un atisbo de barriga por encima del cinturón. Tenía las manos grandes, y ella se las imaginó sobre sí misma, y se dio cuenta de que Jake era un hombre paciente, bueno y muy sexy.

–Tengo la impresión de que no sé valorarte.

Él miró hacia atrás, por encima de su hombro.

–Yo no me siento así.

Cuando el fuego empezó a tomar fuerza, él se sentó a su lado, en el sofá.

–¿Por qué nunca te volviste a casar? –le preguntó ella.

–¿Y con quién iba a casarme, Adele?

–Venga, vamos, sabes que la mitad de las mujeres del pueblo dejarían a sus maridos por ti.

–Y se arrepentirían. Creo que, después de un matrimonio malo y de un divorcio aún peor, uno se vuelve más selectivo con la gente. Seguramente, volvería a intentarlo si apareciera la persona idónea. ¿Y tú? ¿Qué excusa tienes?

A ella se le escapó una carcajada.

–He estado encerrada ocho años.

–No del todo. Cuando estabas ayudando con tu padre, antes de que tu madre tuviera el derrame cerebral, no salías mucho, pero salías. Me acuerdo de que trabajaste en el Hotel Ridgemont un par de años.

–A tiempo parcial –dijo ella–. Pero durante los cuatro últimos años de vida de mi madre, no salía nada.

–Pero ahora ya estás en el buen camino.

–Estoy casi demasiado ocupada. Y a mi horario actual voy a tener que añadirle las clases –dijo Adele, y le dio un sorbo a su copa de vino–. Estoy muy emocionada con eso, salvo por el detalle de que, seguramente, me voy a encontrar a menudo con Hadley.

–El profesor –dijo Jake.

–Pero, por fin, me he olvidado de él completamente.

–¿Cómo lo sabes?

–Me pidió que lo intentáramos de nuevo. No sé cómo se puede ser tan caradura, después de abandonarme embarazada y no volver a llamarme ni una sola vez para ver si estaba bien. Si lo veo por el campus, me van a dar ganas de atropellarlo con el coche.

–Esto es todo un cambio. Te pasaste mucho tiempo hundida, dolida, lamentando que las cosas no hubieran sido de otro modo, deseando haberlo conocido antes de que se hubiese casado o después de que se hubiese divorciado.

–Ya lo sé. Debería haber salido más. Perdí el sentido común, seguramente, por la falta de aire fresco. Se me atrofió el cerebro. De hecho, tengo que ser sincera: cuando me lo encontré y fuimos a tomar una copa de vino, tuve una pequeña recaída. Él me dio buenas excusas para justificarse por no buscarme, y parecía que tenía remordimientos. Pero la segunda vez que lo vi, solo quería sexo. ¡Utilizó las mismas frases con las que me sedujo cuando yo era joven!

–¡Ay! –exclamó Jake.

–No, no te preocupes. Yo me enfadé, no sé si me enfadé más conmigo misma que con él. Pero me alegro de habérmelo quitado de encima. Ya no es una tentación para mí. Y eso es muy liberador.

–Me acuerdo de ese sentimiento.

–¿Con Mary Ellen?

–Claro. Al principio estaba horrorizado. Después, me quedé hundido. Después, deprimido. Y, al final, enfadado.

–¿Pero no sentiste la tentación durante un tiempo? ¿Ni siquiera un poco?

–No, porque ella intentó quedarse con mi negocio. Con la mitad, al menos. Y eso me destrozó. Y, después, me enfadé mucho.

–Vaya par somos tú y yo –dijo Adele, y le dio un sorbo a su copa.

–Mañana es domingo, y no trabajas. Yo tengo que ir un rato por la tarde. ¿No te apetece que nos veamos por la mañana en la playa?

Después te invito a comer algo. ¿Te parece bien?

–Me parece muy bien, gracias.

–Bueno, cuéntame cosas de Justine. ¿Por qué estabas llorando? Hacía muchísimo tiempo que no te veía llorar. Algunas veces, deseaba que lo hicieras para desahogarte. Yo lloro con más facilidad que tú.

–Las mujeres Descaro venimos al mundo sin conductos lagrimales.

Adele le habló un rato sobre lo divertido y, a la vez, agobiante que era su casa en aquel momento. Le encantaba no estar sola todo el tiempo y sentía que estaba forjando una verdadera relación con Justine, pero también estaba agobiada. No encontraba sus cosas y nunca podía disfrutar del silencio, y solo tenían dos baños para cuatro mujeres. Algunas veces, tenía la sensación de que iba a explotar; otras, de que por fin era parte de una familia. Era frustrante y desconcertante.

Se tomó una segunda copa de vino y Jake sacó de la nevera un plato preparado de pollo a la parmesana y puso a calentar.

–¿Está caducado? –le preguntó.

–Solo un día. Más o menos. No te preocupes, tengo un buen seguro.

Cuando llegó la hora de marcharse, se había hecho tarde, así que Jake la llevó en coche hasta su casa. Bajó del coche, lo rodeó y le abrió la puerta a Adele.

–Me lo he pasado muy bien –dijo ella–. No puedo creer que haya tardado tanto en ir a ver tu casa.

–Bueno, estabas bastante ocupada…

–Ahora que me sé el camino, puede que necesite escaparme a tu casa con frecuencia…

–Me gustaría –dijo él.

Le tomó la cara con una mano, delicadamente, y la besó en los

labios. No fue el beso casto de costumbre, en la frente o en la mejilla. Fue un beso de verdad. Un beso poderoso y delicioso. Todo él era así. Si estuviera en otra época de su vida, se habría enamorado de Jake, pero llevaba mucho tiempo alejada de las emociones y no sabía si estaba preparada para algo así.

Antes de que pudiera corresponderle, Jake se apartó.

–Nos vemos en la playa al amanecer.

Capítulo 14

Justine había hecho una reserva para dos personas en un buen restaurante de la costa, un poco al norte de Half Moon Bay. Adele estaba con Jake aquella noche, Amber iba a dormir en casa de una amiga en San José y el novio de Olivia iba a ir a casa para ver una película.

Así pues, ella iba a tener su propia cita, aunque no se lo hubiese contado a nadie.

Llegó pronto al restaurante y salió al patio para disfrutar de las vistas. Se sentó en un banco. El brillo de la luna se reflejaba en el mar. La camarera le preguntó si quería tomar algo, y ella pidió una copa de vino tinto.

Logan se le acercó, le puso las manos en los hombros y le dio un beso en la cabeza.

–¿Qué van a hacer tus compañeras de piso esta noche? –le preguntó.

Ella se lo explicó brevemente mientras él se sentaba a su lado.

–Todavía no le has hablado de nosotros a nadie, ¿verdad?

–No he sido muy específica, pero pronto lo seré.

–No creo que estemos haciendo nada reprobable, ¿no? Yo llevo varios años soltero, y tú ya llevas meses divorciada. Nos conocemos desde hace seis meses. ¿Nadie te pregunta con quién hablas por las noches?

–Puede que piensen que es la televisión, pero, sí, me sorprende que nadie me haya hecho preguntas. Creo que todas están demasiado concentradas en poner en orden su vida. ¿Te molesta que no le haya

dicho a nadie que estamos saliendo?

–Bueno… es que no me gusta la idea de que sea un secreto.

–No es eso, exactamente. Es que… bueno, es la primera vez que estoy en esta situación.

–Lo estás haciendo muy bien. Yo estoy deseando que llegue la próxima conversación, la próxima salida juntos… Bueno, cuéntame qué tal tu día, qué tal tus hijas.

–Tengo un caso interesante. Es un trabajo patrimonial para una familia que se enfrenta a un testamento complicado y a la gestión de una fundación. El patriarca cambia el testamento cada seis meses y la matriarca no se lo discute. Pasan mucho tiempo en el despacho. Parece que no se sienten cómodos con la idea de ceder el control y siguen pensando en formas para administrar su patrimonio desde la tumba. O, a lo mejor, es que les gusta mucho charlar…

–Ese tipo de clientes es como tener una renta vitalicia.

–¿Tienes tú algún cliente de ese tipo?

–Sí, claro. Muchos cónyuges celosos. Es un trabajo deprimente.

–Entonces, ¿todo el mundo es infiel?

–No, esa no es la parte deprimente. Normalmente, la gente se pone celosa por algún motivo. Eso es lo deprimente. Si tu instinto te dice que algo va mal, es que algo va mal. O quizá tú estés en una relación equivocada.

–Me parece que yo estaba demasiado ocupada como para ponerme celosa –dijo Justine–. ¿Qué tal tu nueva casa?

–Me gusta –dijo él–. Es más pequeña que a lo que yo estoy acostumbrado, pero tiene vistas al mar desde el jardín trasero. Los vecinos son agradables y en el pueblo hay mucho ambiente los fines de semana. Es el típico sitio de soltero: cocina pequeña, televisión grande, muebles de cuero que se limpian fácilmente… Carmel es caro. No hago la compra allí.

La camarera le llevó a Justine su copa de vino y les dijo que su mesa estaba preparada. Entraron en el comedor, que estaba casi lleno, y se sentaron para mirar la carta. Pidieron la cena y, después, hablaron de su familia, de su niñez, de sus años de universidad. Él le contó muchas historias de policías, pero ella no le contó demasiadas historias de asuntos jurídicos porque el Derecho empresarial no era un tema de conversación demasiado divertido. Sin embargo, estaban de acuerdo en muchas cosas, como en política y en religión, en libros y películas.

–Me parece asombroso que no se nos acaben los temas de conversación –dijo ella–. Nos hemos pasado horas hablando por teléfono y todavía no hemos tocado todos los temas.

–Ahora que estoy en Carmel, espero que podamos vernos más cara a cara. Si tus hijas te lo permiten.

–No creo que les moleste que yo salga con alguien. Saben que fui a Carmel contigo este verano.

–Pero yo era alguien con quien habías trabajado.

–No me parece que sea inteligente decirles que te contraté para que investigaras a su padre.

–Si lo piensas, es irrelevante. No averigüé muchas cosas que tú no supieras. Y no te estoy presionando para que me las presentes, ni para que les pidas permiso, ni nada por el estilo. Solo creo que es buena idea que tu familia sepa dónde y con quién estás. Es más seguro.

–Tienes razón –dijo ella–. Sacaré el tema. Les diré que te conocí a través de un amigo de la oficina de Silicon Valley, lo cual es cierto. Mencionaré que hemos hablado por teléfono y que hemos salido unas cuantas veces.

–Once veces –dijo él–. Y estoy empezando a preguntarme qué haría si no tuviera la perspectiva de volver a verte. También estoy pensando en las cosas divertidas que podemos hacer juntos cuando tu familia me haya conocido.

–Seguro que les vas a caer muy bien, pero no importa si no ocurre eso. Yo puedo elegir a mi novio. Y estoy deseando saber qué son esas cosas divertidas.

–Podemos ir a conciertos, porque en la zona de la Bahía hay músicos muy buenos. Tengo unos amigos que trabajan en una empresa de seguridad para eventos, y puedo decirles que estoy interesado en conseguir entradas. Podríamos ir a un partido de hockey a San José. El equipo es buenísimo. Y el lago Tahoe no está lejos. Podemos ir a pasar allí un par de días. Y, solo por si estás ya preparada…

Logan se metió la mano al bolsillo y sacó una llave.

–No quiero presionarte, pero estoy loco por ti. No voy a darte más detalles porque no quiero asustarte.

–Yo no sé cómo habría podido pasar por toda esta locura sin nuestras largas conversaciones, sin nuestras once citas –dijo ella–. Pero no es solo que esté agradecida, Logan. Es que tenía la sensación de que iba a rastras hacia mi nueva vida, pataleando y gritando y, en gran parte, gracias a ti, ahora me encanta esa nueva vida. Yo no pensaba que fuera infeliz, pero me doy cuenta de que ahora soy feliz. Es un estado nuevo para mí.

–Estoy orgulloso de ti, Justine. La traición y el rechazo son experiencias horribles, y tú has sido valiente. Y fuerte.

–Me he quejado mucho. He tenido días muy difíciles. Pero mi nueva casa y mi nuevo trabajo son perfectos para mí.

–Yo no te llamaba para ayudarte –dijo él–. Pero me alegro si lo conseguí. Esas llamadas y esas citas han sucedido porque me siento atraído por ti. Porque quería hablar contigo, llegar a conocerte y que pasáramos tiempo juntos.

–Ya lo sé. Esto no puede ser real, ¿no? ¿Que me haya enamorado del detective al que contraté para que investigara la infidelidad de mi marido?

–Cosas más raras se han visto. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

–A lo mejor deberíamos pedir la cuenta –dijo Justine.

Se detuvieron al entrar en la habitación del hotel, junto a la puerta, y se besaron. Se abrazaron. Él deslizó sus labios sobre los de ella suavemente, de una forma deliciosa, y jugaron con las lenguas. No hubo azoramiento en aquel primer beso. Era la primera vez que los dos sabían que iban a terminar en la cama. Justine llevaba unas semanas fantaseando con aquello y, hasta el momento, la realidad estaba a la altura de sus fantasías. Él pasó las manos por su espalda y descendió hasta sus nalgas, y la estrechó contra sí para que ella notara que había mucho más aún.

Justine canturreó con aprobación contra sus labios.

–Tienes un sabor tan bueno –le susurró él–. Estar a solas contigo era exactamente lo que necesitaba.

Ella también lo necesitaba a él. Lo había pensado con frecuencia. La primera vez que una de sus conversaciones nocturnas se había desviado de sus excónyuges y el divorcio, y se había centrado en temas normales, como el tráfico de la zona de la Bahía o los libros que estaban leyendo cada uno, había sentido un cosquilleo en el estómago que le avisaba de que había conocido a alguien especial. Y la sensación aumentaba día a día. Estaba impaciente por recibir sus mensajes, o una llamada al mediodía.

Y, en aquel momento, entre sus brazos, solo podía pensar en su cuerpo firme y alto, estrechado contra el suyo. Reconocía la diferencia de cuando era joven y frágil y ahora, ya madura y un poco curtida por la vida. No le preocupaban las palabras de amor, solo le interesaba la forma en que la tratara Logan. Tampoco pensó en promesas, sino en su carácter e integridad. No le inquietaba el futuro, porque el futuro le pertenecía. Ni siquiera estaba buscando una relación para siempre. Buscaba bondad, sinceridad, placer. Un hombre en quien pudiera confiar.

Solo estaba interesada en el presente.

–Llévame a la cama –le susurró.

Él la tomó de la mano y la acercó a la cama. Se desabotonó la camisa y se desabrochó los pantalones y, lentamente, la ayudó a quitarse la blusa. La ropa quedó en una silla cercana, y Justine abrió las sábanas y se tendió en el colchón. Él la siguió y la abrazó, entre besos. Tomó la palma de su mano y la rozó con los labios y, después, la deslizó por su cuerpo, hacia abajo, para que ella pudiera acariciarlo. Justine suspiró y él gimió. Logan movió las manos por su cuerpo, le acarició el pecho y las nalgas y, después, se deslizó en aquel lugar íntimo, entre sus piernas. Besándola y acariciándola suavemente, le proporcionó un placer que la atravesó e hizo que temblara. Ella lo besó cada vez con más fuerza, con más profundidad, y comenzó a mover las caderas contra su mano.

–Oh, Logan, esto es tan agradable…

–Mejor que agradable…

Sus caricias se hicieron cada vez más fuertes y, muy pronto, Logan se hundió en su cuerpo. Su unión arrancó un suspiro a Justine y, al cabo de unos segundos, los dos empezaron a respirar con más intensidad.

Justine cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y se meció con él, con movimientos lentos y constantes. Se sintió en medio de una tormenta de pasión y lo agarró para estrecharlo fuertemente contra sí, para conseguir que se hundiera más profundamente en su cuerpo. Después, el placer la consumió en una explosión. Se quedó temblorosa entre sus brazos.

–Justine –susurró Logan.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó ella.

Un momento más tarde, él embistió con más fuerza y rapidez, y ella notó que llegaba al orgasmo. Fue celestial, y Justine también estuvo a punto de tener un segundo éxtasis. Pero fue después cuando se dio cuenta de lo bueno que era aquello. Se sentía segura entre sus brazos. Logan era un estupendo amante y ella se sentía agradecida. Estaba satisfecha y se acurrucó contra él al tiempo que suspiraba.

Él le acarició las sienes.

–¿Bien? –le preguntó, con suavidad.

A ella se le escapó una pequeña carcajada.

–Mucho mejor que bien.

–Tienes los labios de color rosa, y las mejillas sonrojadas. Me gusta verte así.

Ella abrió los ojos y sonrió.

–Gracias. Me preguntaba cómo iba a ser esto. Esperaba que no nos decepcionáramos el uno al otro.

–No, no lo hemos hecho. Justine, ya sabes que me importas mucho. Pero es algo más. Estoy enamorado de ti.

Ella se quedó boquiabierta.

–Logan, no creo que yo esté en situación de tener una relación seria con ningún hombre.

–No te estoy pidiendo nada. Podemos seguir saliendo juntos sin comprometernos para el futuro. Entiendo que acabas de salir de un matrimonio muy largo, y no tendrías sentido común si te embarcaras en otra relación seria tan pronto. Todavía tienes que aclararte el pensamiento, y eso es lógico. De hecho, es bueno. Pero, de todos modos, quiero que sepas que estoy enamorado de ti. Y puedes confiar en mí.

–Ese es el problema. Seguramente, va a pasar mucho tiempo hasta que sea capaz de confiar otra vez.

–No pasa nada. Tenemos tiempo, y yo estoy empeñado en ganarme tu confianza. Mientras podamos estar juntos…

–Cuento con eso. Estoy deseando que llegue el momento de la llamada de teléfono, y me encanta estar contigo. Haces que me sienta… como una persona nueva. Gracias por eso.

Él le dio un beso en la mejilla.

–Es un placer.

–Para mí, también –respondió ella, riéndose–. Hacía tanto tiempo, que tenía miedo de sentirme avergonzada, o azorada.

–Pues no ha sido así, obviamente.

–Ahora llegan las malas noticias. Tengo que estar en casa a una hora decente.

–¿Y qué hora es esa?

Justo en aquel momento, sonó el teléfono de Justine.

–Un momento…

Él se levantó de la cama, desnudo, y ella admiró su precioso cuerpo. Él le dio su bolso y ella sacó el teléfono móvil y respondió.

–Hola, cariño. ¿Va todo bien?

–Claro, mamá –dijo Amber–. Solo quería hablar contigo. Hemos pedido que nos trajeran pizza a casa de Melanie, así que creo que ya no vamos a salir.

–¿Y los padres de Melanie están en casa?

–Sí. Janet me ha pedido que te salude. ¿Qué haces tú?

–He salido a cenar. Ahora estoy tomando el postre. Estoy con un amigo que trabajó conmigo en San José.

–¿Estás saliendo con él?

–Bueno, supongo que, técnicamente, sí, salimos juntos. Pero ahora no quiero ser maleducada hablando mucho por teléfono. Llámame mañana por la mañana, cuando estés de camino a casa.

–Sí, de acuerdo. ¡Que te diviertas mucho! –exclamó Amber, y se despidió.

Justine se echó a reír y metió el móvil en el bolso.

–Cuando tienes hijas adolescentes, haces muchas llamadas de comprobación.

–Buena idea. Y, ahora, ¿te apetece un poco más de postre?

Y Logan se acercó a la cama y volvió a tomarla entre sus brazos.

Logan acompañó a Justine a su coche. En el aparcamiento del restaurante, que estaba al otro lado del hotel, la iluminación era tenue. Iban hablando de cuándo podrían estar juntos de nuevo y, justo cuando torcían la esquina del edificio, Logan se detuvo en seco y la miró con preocupación.

Justine se quedó inmóvil y oyó gritos de enfado. Era la voz de una mujer; aunque no entendía perfectamente todo lo que decía, sí captó algunas palabras.

«Eso no es lo que tú dijiste que iba a suceder. ¿Y yo? No es más que una zorra avariciosa. Podrías arreglar esto, pero eres un cobarde».

La otra persona se limitó a murmurar algo y, después, se oyó una bofetada y un grito de dolor.

–¡Contrólate! –exclamó un hombre, quejándose.

–No te muevas de aquí. Quédate al lado de la puerta –le dijo Logan a Justine–. Parece que están teniendo una pelea de pareja. Voy a ver qué pasa, ahora mismo vuelvo.

–¡No te metas, Logan! –le pidió ella.

–No te preocupes. Sé lo que tengo que hacer.

Se alejó en la oscuridad y se metió entre los coches. Ella oyó una voz que pudo reconocer:

–¡Maldita sea, Cat! ¡Para! ¡Estás fuera de control!

Era Scott. Y ella sabía perfectamente quién era Cat. Sacó el teléfono del bolso y apuntó con la linterna en la dirección que había seguido

Logan. Entonces, escuchó su voz. Él dijo, con claridad:

–Quietos ahora mismo. ¡Voy a llamar a la policía!

–¡Lárgate de aquí! ¡No es cosa tuya!

Cuando Justine pasó entre los coches, vio a Cat y a Scott. Él tenía un hilo de sangre que le caía desde el labio a la barbilla y la camisa. Se la enjugó con un gesto de impaciencia.

–¡Justine! ¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó.

–Estaba cenando. Y parece que tú estás metido en una pelea.

–Me estaba defendiendo –dijo Cat.

–No es eso lo que yo he visto –respondió Logan–. Él estaba intentando sujetarte los brazos para impedir que le pegaras y tú le estabas dando patadas. Y, por cómo tiene la cara, parece que lo has golpeado por lo menos un par de veces. Eso es agresión –dijo, y se giró hacia Scott–. Deberías llamar a la policía.

–No, no va a llamar a la policía –dijo Cat–. Nos vamos de aquí. Métete en tus asuntos.

Entró en el coche que estaba junto a ellos, en el asiento del pasajero.

–Scott, hazle caso a Logan –dijo Justine–. Fue agente de policía. Sabe de lo que habla.

–No es seguro que te vayas a casa con ella –añadió Logan–. Es una mujer violenta. Si necesitas ir a algún sitio, yo te llevo encantado.

Scott se rio con incomodidad.

–Yo puedo arreglar esto. Es cierto, tiene un poco de malhumor, y yo no debería enfadarla. Realmente, no es así. Es una chica dulce y amable.

–No, no es verdad –dijo Logan–. Es una maltratadora. Estás en peligro. En la comisaría pueden ayudarte. Lo único que tienes que

hacer es…

–Te lo agradezco, pero esto no pasa nunca. Es decir, ella puede enfadarse, claro, pero se le pasa rápido y…

–Y se disculpa –dijo Logan–. Y os reconciliáis. Y promete que no va a volver a hacerlo. Estás en las estadísticas.

–Pero ¿has visto qué altura tiene? –le preguntó Scott, riéndose, frotándose distraídamente los bíceps–. Es una pulga. Voy a llevarla a casa. Tendremos una conversación y no volverá a suceder nunca. Gracias por tu preocupación, pero estamos bien.

Scott se metió rápidamente al coche y arrancó el motor. Justine se había quedado helada. Veía a Cat sentada en el asiento, cruzada de brazos, con el ceño fruncido, mirando al infinito. Scott sacó el coche del sitio donde lo tenía aparcado, y se marcharon.

Justine miró a Logan.

–Vaya, ha sido terrible.

–Lo estaba pegando con todas su fuerzas. No importa nada que sea menuda. Puede tomar un bate de béisbol, o una piedra, o un arma.

–¡Oh, Logan, no es posible que Scott deje que las cosas vayan tan lejos!

–No conozco a Scott, pero sé que los maltratadores tienen un poder increíble sobre sus víctimas. El maltrato las despoja de la capacidad de pensar con claridad.

–¿Y me ha dejado por esto? ¿Por una mujer que le pega y le hace sangrar?

–Hay una cosa que yo di por sentada. Hubo un par de llamadas a la policía por peleas domésticas durante su última relación, y quizá hubiese problemas parecidos antes. Yo asumí que era el hombre quien maltrataba a la mujer. No leí los informes. Ahora sí lo voy a hacer. Seguramente, ella ha sido la parte violenta durante todo el tiempo.

–¿Y eso está en los informes?

–No lo sé –dijo Logan–. Los hombres víctimas de maltrato no suelen reconocer que tienen dificultades para defenderse. No quieren admitir que los está maltratando una mujer. La mayoría no devuelven los golpes, y están prisioneros de la situación. Es una situación tan mala como cuando el hombre es el agresor. E igual de peligrosa.

–¿Podrías comprobarlo, por favor?

–Por supuesto. Pero, Justine, tú no te involucres en esto. Eres alguien demasiado cercano.

–Sí, a lo mejor estoy demasiado cerca como para no involucrarme.

Logan llamó a Justine a primera hora de la mañana.

–Probablemente fue ella la que provocó los problemas de violencia doméstica en su anterior relación.

–¿Probablemente?

–Cuando llegó la policía, se acusaron el uno al otro. Fueron acusados de un delito de agresión leve. Lo que me pregunto es cuántas veces más habrá ocurrido esto.

Justine se quedó callada un momento.

–¿En qué se ha metido Scott?

–Tampoco es raro que una persona rompa una relación satisfactoria por otra que le parece más emocionante y, al final, esté llena de problemas. Solo el tiempo lo dirá.

Justine nunca hubiera pensado que Scott se vería inmerso en una relación violenta. ¡Era demasiado listo y estaba demasiado seguro de sí mismo! Sin embargo, tampoco se había imaginado que su exmarido tendría una relación extramarital.

Aquella mañana había mucha tranquilidad en la casa. Amber todavía no había vuelto a casa, Olivia estaba con su ordenador y tenía puestos unos auriculares y Addie había salido a dar un largo paseo e iba a comer fuera.

Ella se sentó en la mesa y navegó por internet para leer artículos sobre hombres víctimas de malos tratos, y encontró mucha información. Después, hizo la colada y limpió, actividades perfectas para ella cuando quería pensar. Cuando había aceptado el trabajo en Half Moon Bay, pensaba que la parte más difícil sería ver a su exmarido feliz con su amante, viviendo en la playa sin la más mínima preocupación. Nunca habría imaginado que iba a ver lo que estaba viendo.

Poco a poco, la casa se fue llenando de actividad. Addie volvió, se duchó y se marchó a San José de compras. Olivia fue con ella. Amber también llegó, y se fue directamente a su habitación a dormir la siesta. Justine se puso las zapatillas deportivas y salió a dar un paseo. No sabía cuál era el horario ni las costumbres de Scott en su vida actual, y tampoco sabía exactamente dónde vivía, aunque eso era fácil de averiguar. Sentía curiosidad por su nueva vida y por él.

Se acercó a la tienda de kayaks y, tal y como era de esperar, la encontró cerrada. En octubre ya hacía frío, y los pocos deportistas que había llevaban traje de neopreno. Allí no había coches. Como Olivia lo había comentado, Justine sabía que Cat tenía un todoterreno BMW de color rojo. No estaba aparcado allí, pero ella se preparó para la posibilidad de encontrársela. Cuando se asomó al local, vio a Scott, que estaba trabajando con su ordenador. Él cerró la tapa rápidamente y la miró.

–Vaya –dijo ella, al ver que su exmarido tenía un ojo morado–. Parece que no has podido resolver las cosas tan rápidamente como creías.

–No es asunto tuyo, Justine –respondió él, con enfado.

–Eh, no mates al mensajero. He venido a verte porque estoy preocupada por ti. Parece que tienes problemas.

–No tengo problemas. Ahora todo está arreglado.

–A mí no me lo parece. Tienes una relación con una maltratadora y te está pegando.

–Debes de sentirte muy feliz pensando eso –dijo él–. Pero no tengo problemas. Cat y yo tenemos una relación muy buena. Que una vez hayamos discutido no significa nada.

–¿Una vez?

–¡Una vez! –insistió él, en voz alta.

–Por una vez, compláceme. ¿Qué es, exactamente, lo que tiene esa mujer para que hayas sacrificado a tu familia?

–Yo no he hecho eso –dijo él–. Tenía que terminar con mi matrimonio, pero pensaba que seguiríamos siendo amigos. Yo no tenía la intención de distanciarme de mis hijas. Creo que tú has puesto a las niñas en contra de Cat y de mí, aunque espero que, con el tiempo, vuelvan a acercarse a mí. Sigo siendo su padre, y sigo queriéndolas.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Yo no he tenido que decirles nada, Scott. Ellas, lógicamente, desconfían de la mujer que te ha hecho romper todos tus compromisos. No solo nos has dejado, sino que te has llevado la mitad del dinero que ganamos juntos. Ahora, costará el doble de tiempo llegar al objetivo para la jubilación…

–Tú misma lo has dicho. Lo ganamos juntos. Solo me he llevado lo que era mío.

Podría haberle dado muchas respuestas, pero ¿de qué serviría?

–Bueno, eso es lo que dice la ley. Pero… ¿podré saber alguna vez por qué?

–No estoy seguro de cómo ocurrió. No sabía que iba a aparecer una mujer como Cat en mi vida. Ella cree en mí. Cree que soy muy listo. Confía en mí para que saque a flote su negocio. Nunca me había

sentido así. Nunca me había sentido tan vivo.

–¿Has invertido todo lo que tienes en su negocio?

Él desvió la mirada un instante.

–Sí –dijo, finalmente–. Puedo conseguir que esto funcione. Conozco el negocio. He estudiado el mercado, la economía local y el turismo.

–¿Dónde vives, Scott? –le preguntó ella.

–¿Y qué importa eso?

–Solo es por curiosidad. ¿Vives con ella? ¿En su casa o su apartamento?

–No, encontré una casita en Ocean Heights. Por ahora. Ella dejó su casa y vive conmigo.

–Seguro que es una casa bonita.

Scott asintió. Claramente, no veía dónde podía llegar aquello.

–¿Y le compraste un coche?

–El de ella estaba fallando mucho y… ¡Un momento! ¿Por qué sabes tú eso?

Justine se encogió de hombros.

–Me lo imaginaba. Nuestro divorcio fue firme hace cinco meses. Tú conseguiste un buen acuerdo, pero ya te has quejado de que te falta dinero.

Él se puso rígido. Era como si le enfureciera que ella supiese todas las respuestas.

–Creo que estás en un lío. Ella ya se ha quedado con una buena parte de tu dinero y, además, te pega. Seguro que te está pidiendo más, ¿no?

–¡Ella no me pega!

–Sí te pega, Scott. Y quiere tu dinero. Te está utilizando. Fue por ti, te cazó, te quitó dinero rápidamente y solo va a estar contigo siempre y cuando sigas dándoselo. Y, seguramente, seguirá maltratándote. Necesitas ayuda. A los hombres no les gusta reconocer que los maltrata una mujer y, algunas veces, dejan que la situación se alargue demasiado y acaban en el hospital. O algo peor. Yo no puedo ayudarte.

–No quiero tu ayuda –dijo él, con amargura–. Tú no lo entiendes. Nunca me necesitaste. Nunca me admiraste. Tú no sabes cómo te hace sentir eso.

–¿Y ahora vas a arreglártelas para que esto también sea culpa mía? ¡Yo te di todo lo que tenía! ¡Te quería! ¡Y te fui fiel!

–Pues no has tardado mucho en encontrar a otro hombre.

Ella no pudo dar crédito a aquella respuesta.

–No te conozco, Scott. Creo que te has vuelto loco. Por favor, ten mucho cuidado. Parece que estás en una mala situación. No tengo más que decir.

–Quizá seas tú la que está en una mala situación. Existe la posibilidad de que usaras tus conocimientos como abogada para convencerme de que no necesitaba representante legal. A lo mejor deberíamos ir a juicio.

Ella suspiró. No se esperaba aquello.

–Quiere más dinero, ¿no? Tú ya conseguiste lo que dice la ley. Si hay alguien que recibió un trato injusto, fuimos las niñas y yo.

Justine se dio la vuelta para marcharse, y él le dijo.

–Puedo demandarte.

–Buena suerte con eso. Yo ya no te debo nada.

Y se marchó, jurándose a sí misma que no volvería jamás a aquella tienda de kayaks.

Capítulo 15

Adele y Jake habían pasado más tiempo en casa de Jake desde que Justine y las niñas se habían mudado a su casa. Aquella noche tomaron un salteado de pollo con verduras y fideos chinos. Después, vieron la película navideña favorita de Adele, Love Actually, aunque todavía faltaban varias semanas para Acción de Gracias. Ella la veía todos los años, pero Jake no la había visto. Tanto la cena como la película fueron un éxito rotundo. Después de terminar de cenar delante de la televisión, dejaron las bandejas sobre la mesa y ella se acurrucó un poco más cerca de él.

–Deberíamos tener una charla –dijo Jake.

–¿Una charla? Suena muy serio –respondió Adele.

–Creo que es algo serio. Me gustaría saber cuál es tu plan.

Ella se irguió un poco.

–Ya lo sabes todo, Jake. Voy a seguir en mi trabajo y voy a ir a la universidad para ser orientadora psicológica. Quiero hacer cosas buenas y…

–¿Vas a vivir en tu casa con tu hermana y tus sobrinas, cenar conmigo dos veces a la semana, pasar de besos platónicos a besos apasionados y a un encuentro sexual a la semana?

Ella sonrió.

–No me parece mala idea.

–Por eso tenemos que hablar. Addie, tú te tomas el tiempo que haga falta para decidir las cosas. Pero creo que yo ya he estado lo suficiente en un segundo plano.

–¿Cómo puedes decir eso? Tengo mi primer trabajo y he solicitado la admisión en un nuevo programa de posgrado. ¡Ya me he comprometido a cursarlo!

–Vas a pensar que soy malo, pero te ha costado ocho años.

–¡No es verdad! Quiero decir que, al principio, tenía un trauma. Tuve una relación horrible que me generó un trauma. Me dejó hundida y, sí, tardé un tiempo en recuperarme. Después, mi madre… ¡Pero siempre tuve la intención de llegar a este punto!

–Entonces, voy a hacerte una pregunta, Addie. ¿Qué lugar tengo yo en tu vida?

–¡Jake, eres mi mejor amigo! Te lo he dicho un millón de veces, no sé qué haría sin ti.

–Me gusta ser tu mejor amigo, pero me gustaría algo más.

–¿Como qué? ¿Sexo, por ejemplo? –le preguntó ella, y sonrió para intentar animarlo.

–Esto es culpa mía –dijo él–. Siempre quise explicarme mejor y decirte lo que siento realmente. Es difícil para mí, pero lo cierto es que quiero más. Puede que no queramos las mismas cosas y, si es así, tenemos que enfrentarnos a ello. Yo quiero tener una familia. Quiero tener una mujer y un par de hijos. Bueno, estaría feliz también con un solo hijo.

–¡Jake, eso no me lo habías dicho nunca!

–Hay tiempo de sobra, pero no quiero jugar. ¿Qué es lo que deseas tú?

–Antes pensaba que quería tener un hijo. Cuando lo perdí, estuve a punto de morirme de pena. Ahora estoy concentrada en mi carrera profesional. Quiero ser capaz de mantenerme. Eso es lo que más admiro de Justine, que es completamente capaz de ocuparse de sí misma.

–Tú, también, Addie. Has estado cuidando de ti misma y de tu madre. Yo podría prometerte que siempre voy a cuidar de ti, pero

ese tipo de promesas no sirven para nada. Mi padre murió joven, y mi madre se las arregla bastante bien. Si yo no estuviera aquí para hacer el trabajo más pesado, ella contrataría a alguien. Lo que yo debería haberte dicho hace tiempo es que te quiero, Addie.

Ella le puso una mano en el brazo.

–Ya lo sé, Jake, y significa mucho para mí.

–Creo que no me has entendido. Estoy enamorado de ti. Desde hace años. Creo que me di cuenta cuando volviste de Berkeley. Pero tú estabas enamorada de otra persona e ibas a tener un hijo. Después, te quedaste muy triste, muy frágil. Y, después, sucedió lo de tu madre. Yo me dije que, cuando ya no estuvieras sufriendo, sería sincero contigo, pero supongo que he tardado un poco.

Ella lo miró con asombro. Durante todo el tiempo que habían compartido cariño, besos y abrazos, ella se había convencido a sí misma de que era casi una cuestión de conveniencia. Eran muy amigos. No había nadie más para ninguno de ellos dos, y eran adultos, confidentes, colegas.

–Creía que esta era la parte en la que tú te echabas a llorar de alegría, me abrazabas y…

–Pero, Jake, ¡somos amigos desde hace muchísimo tiempo!

–Sí, y podemos hablar, hacernos reír y apoyarnos. Mira, yo ya he tenido la experiencia de una relación amorosa con alguien que no me caía bien. Quería confiar en ella, pero sabía que me estaba engañando a mí mismo. Desde entonces he aprendido mucho, y quiero estar con alguien en quien sepa que puedo confiar, alguien con un carácter del que yo pueda estar seguro. Alguien a quien haya querido durante años.

–Vaya –murmuró ella.

–Por favor, ¿puedes decir algo mejor que eso?

–Lo siento, pero esto tiene un algo que me parece casi clínico. Como un matrimonio arreglado. Ella tiene una buena dote, buena dentadura y buenas caderas para dar a luz.

Él la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí. Después, le dio un beso apasionado y poderoso. Claramente, Jake tenía un don para besar. Cuando la soltó, a ella se le escapó un suspiro.

–Adele, la gente no se enamora de unos dientes ni de unas caderas. Te enamoras de un corazón, de un espíritu.

–Oh, Jake –dijo ella, casi a punto de desmayarse.

–Es hora de que hagamos una transición –respondió él–. Por lo menos, para mí. Antes entendía que había complicaciones en tu vida y no quería presionarte, pero ahora es distinto, y quiero que pienses en nosotros.

–Yo contaba con que fuéramos los mismos para siempre.

–Pero eso no es suficiente para mí. Yo quiero más.

–¿Cuánto?

–Creía que era obvio. Si tú también estás enamorada de mí, podemos hacer planes. No tienen por qué ser los planes tradicionales, pero en todo esto tiene que haber un futuro para mí. Si solo vamos a ser amigos, yo seguiría con mi vida. No significa que no sigamos siendo amigos, pero no puedo besarte ni abrazarte ni pasarme todo el tiempo contigo y pensar que voy a conseguir tener una relación verdadera, llena de esperanza y compromiso. O esa familia. O el futuro con alguien que sí quiera un futuro conmigo. Si seguimos así, un día me dirás que has conocido a alguien de quien te has enamorado de verdad.

–Pero eso puede sucederle también a la gente que tiene compromisos. Incluso a la gente que lleva casada mucho tiempo.

–No a todo el mundo. Alguna gente con coraje y dignidad diría «No, gracias, yo ya tengo un compromiso». ¿Y sabes lo que pasa entonces? Que dedican su atención a la relación que tienen con su pareja y, si pueden, lo hacen muy bien. Tal vez esa tentación desaparezca si no la alimentan. Eso es lo que yo creo. Y, si no pueden seguir con su pareja, si tienen que separarse, no lo hacen por otra persona.

–Ni siquiera sé qué decir –murmuró ella. Se daba cuenta de que no le había dicho que ella también lo quería.

–Desde que viniste a ver mi casa, desde que empezaste a agobiarte un poco en la tuya, las cosas se han caldeado entre nosotros. Me gusta. Me gusta más de lo que tú hayas podido notar. Pero sugiero que nos demos un respiro mientras piensas hasta dónde quieres llegar conmigo, porque no quiero ser tu chico de los viernes eternamente.

–¡Lo dices como si te estuviera utilizando!

–No, sé que tú no eres de ese tipo de personas, Addie. Pero tardas mucho en decidirte, y yo ya no quiero seguir dando vueltas y vueltas. Tenemos que tomar una decisión, ¿no crees?

–No sé qué pensar –respondió ella–. Tengo que asimilar todo esto.

Él sonrió con indulgencia.

–Esa es mi chica. Tú, procesa. Yo te acompaño a casa.

Durante lo que quedaba de octubre, las hojas cambiaron de color y las colinas se llenaron de maravillosos colores. La casa de Justine se vendió y algunos de sus muebles aparecieron en casa de Adele. En casa de las dos. Los viejos sofás de la casa fueron sustituidos por un espléndido sofá modular amarillo y, aunque era un mueble precioso, Adele se sentía muy incómoda.

Cada pocos días, Justine llevaba a casa muestras de pintura, de azulejos, de solados o de papel para la pared. Adele estaba tan agobiada que no hablaba de ello.

–De verdad, Addie, si no me das tu opinión… –dijo Justine.

–Es que vas demasiado rápido para mí, solo es eso –respondió ella.

–Pero… tú querías arreglar la casa. Hablaste de esto durante años. Y yo tengo algo de dinero de la venta de la casa de San José para hacer una reforma aquí. Lo más complicado será arreglar la cocina

y los baños, así que podríamos dejarlos para después de las fiestas. En el pueblo hay un chico que me ha prometido que puede hacer una cocina en diez días. Y, cuando la cocina esté terminada, será más fácil poner un suelo nuevo. ¿No podrías mirar, por lo menos, estas fotos que he imprimido de internet?

–¿Y qué pasa si no estoy de humor?

Justine se sentó en la mesa, su preciosa mesa de comedor de San José, y preguntó:

–¿Qué es lo que te pasa? ¿Te estoy agobiando y haciendo que te sientas incómoda? ¿Somos demasiadas las tres aquí?

–No, a mí me encanta que estéis aquí –dijo Adele–. Creo que estoy agobiándome con los cambios.

–Pero… eso no es bueno, porque vas a hacer muchos cambios. El trabajo, los estudios, la casa…

«Y no sabe ni la mitad», pensó Adele. No le había contado lo de su encuentro con Hadley. Él no había vuelto a llamar, así que parecía que todo había terminado. Al menos, ella lo consideraba así.

Por otro lado, estaba el ultimátum de Jake. Él había pasado por casa un par de veces para llevarle vino, fruta y queso. Estaba tan afectuoso como siempre, pero no habían vuelto a hablar sobre el estatus de su relación.

–Por supuesto que lo quiero –le dijo Adele a Ross en una de sus sesiones–. Siempre lo he querido. Pero nunca había pensado en él de manera romántica, salvo para preguntarme si podríamos ser… ya sabes…

–¿Amigos con derecho a roce? –preguntó Ross.

–Solo puedo decirlo así. Últimamente nos hemos acercado mucho más, y pensé que ese acercamiento podría llevarnos a algo físico, pero es lo único que pensaba al respecto. Sin embargo, Jake quería que yo supiera que ese tipo de relación no es suficiente para él.

–¿Y qué te pareció que significaba eso?

–Bueno, yo… Él me dijo que llevaba años enamorado de mí. Y yo que pensaba que me quería como amiga. Como si fuera mi hermano.

–Um… ¿Los hermanos se comportan así en tu barrio?

–Me parece que yo no pensaba con claridad.

–Ni escuchabas.

–No sé qué hacer con todo esto –dijo Adele.

–Descríbeme el amor.

Ella tuvo que pensar durante un momento.

–Estar enamorada de Hadley no fue nada bueno, pero recuerdo que pensaba que era maravilloso. Tenía el corazón hinchado, sentía un cosquilleo constante y parecía que mi existencia dependía de si sonaba el teléfono o no. Casi no podía expresarme, no sabía qué hacer ni qué decir. Fue como una especie de tortura deliciosa. Él decía todo lo que yo quería oír. Decía que quería que estuviéramos juntos, que se divorciaría pronto de su esposa.

–Ummm… ¿No te preguntaste nunca si podrías soportar esas sensaciones para siempre?

–Suponía que no iba a ser para siempre, que se calmarían y se convertirían en sentimientos de amor y confianza, algo cálido y confortable.

–Eso suena muy bien. Dime cómo es el amor.

Adele recordó la imagen de Hadley en la entrada de su casa, besando a su mujer embarazada, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Yo siempre quise estar enamorada. Sentir ese amor que es fuerte y seguro y que está más allá de toda duda. Y, por supuesto, lleno de pasión incontrolable.

Ross se apoyó en el respaldo de su asiento y se agarró las manos

sobre el pecho.

–Yo estaba muy enamorada de mi marido. Ciega de amor por él. Él me pegaba y me aterrorizaba y, después, me pedía perdón y me prometía que no iba a volver a hacerlo, y yo volvía a quererlo desesperadamente. Entonces, nos peleábamos y nos reconciliábamos, pero no pasaba mucho tiempo antes de que volviera a pegarme.

–Oh, Ross…

–Aquello era como una montaña rusa de emociones. Yo siempre estaba atemorizada, o cautelosa, o nerviosa o locamente enamorada, porque, cuando mi marido no era cruel, era muy cariñoso y muy dulce. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que aquello no era amor. Era una adicción. Era maltrato, control y muchas otras cosas que no eran sanas. Porque, Adele, el verdadero amor no siempre brilla y resplandece. Es más bien como la leche caliente; no tiene demasiado sabor, pero es calmante y predecible. Es un sentimiento de confianza y bondad hacia alguien que no es un príncipe todo el tiempo, pero que nunca es la bestia. A veces puede ser un poco aburrido. O, por lo menos, no tan bonito. El amor verdadero es el que cuida a un bebé cuando tiene difteria o cambia el aceite de tu coche antes de que salgas de viaje. Puedes llamarlo cuando tienes la gripe y te lleva sopa y te cambia las sábanas de la cama. Se sienta contigo a ver una película tonta de chicas, o se sienta para soportar otro partido de fútbol, o mete unas alitas de pollo al horno solo porque él se lo merece.

–¿Y si te aburres y dejas de sentir todo eso?

–Supongo que es algo personal. Yo siempre sentí mucho amor por mi marido maltratador, hasta que, al final, me di cuenta de que no era amor de verdad. Era un enamoramiento, y no iba a convertirse en un sentimiento de confianza duradero, sosegado, fuerte, que pudiera durar. Adele, creo que tienes que pensar en lo que significa para ti el amor. ¿Te imaginas viviendo con el profesor para siempre, o crees que solo hay manipulación y mentiras por su parte? Y ¿cómo te sentirías si Jake, tu mejor amigo, ya no formara nunca más parte de tu vida?

–Esa sería una pérdida terrible. Pero no sé si estoy enamorada de él.

–Todavía no has decidido cómo quieres que sea tu vida. A lo mejor te pareces más a mí y quieres ser independiente. Yo no quiero volver a casarme. No necesito a ningún hombre en mi vida.

–Gracias por la charla, Ross –dijo Adele.

Había una cosa muy segura: Ross la hacía sonreír. Y pensar.

Justine les había preguntado a sus hijas si iban a quedarse a cenar en casa, y las dos le habían dicho que sí. Cuando llegaron a casa, después de las clases, ella estaba en la cocina cortando verduras. Era viernes. Había salido del trabajo un poco antes para preparar una cena especial.

Y la mesa estaba puesta para cinco.

–He invitado a un amigo a cenar, así que, por favor, no dejéis todas vuestras cosas tiradas por el salón y la cocina.

–¿Quién viene? –preguntó Amber.

–Bueno, es un amigo. Un hombre que conozco. He salido con él a cenar unas cuantas veces y hemos hablado por teléfono, y he pensado que a lo mejor os gustaría conocerlo.

–¿Has salido con él sin decir una palabra?

–Lo conocí a través de un compañero de la oficina de San José, y tomé una copa con él. No iba a traerlo a casa con mis hijas por una sola copa. Antes quería conocerlo y, si me caía bien, os lo presentaría. Por el momento, no es nada serio. Nos lo hemos pasado bien y tenemos muchas cosas en común. Es muy majo. Se llama Logan, tiene mucho sentido del humor y es muy respetuoso. Fue policía y, después, se hizo detective privado.

–¿Estáis saliendo, entonces? –preguntó Olivia.

–Sí, supongo que sí. Pero, que quede claro, no es nada serio. Yo no

estoy buscando marido. No tengo intención de volver a casarme ni de vivir con ningún hombre. Solo me interesa vivir con vosotras y con Addie. Y, con Addie, el tiempo que ella quiera. Algunos días me da la sensación de que la estamos agobiando.

–No, mamá –dijo Olivia–. Es solo por la reforma de la casa. Ya sabes lo mucho que le cuesta a la tía tomar decisiones. Y tú las tomas muy rápido.

–Esta vez, no –dijo ella–. Logan y yo estuvimos hablando un par de meses por teléfono antes de que yo accediera a quedar con él para cenar.

En aquel momento, llamaron a la puerta, y Justine sintió una punzada de pánico.

–Bueno, mirad, solo quiero presentároslo para que sepáis con quién estoy saliendo. Y no salgo tanto, la verdad. Vosotras sois mi prioridad. No tenéis por qué hablar con él, ni darme vuestra aprobación. Solo tenéis que ser agradables.

Volvió a sonar el timbre.

–Podemos ser agradables –dijo Amber–. Será mejor que abras la puerta.

–Claro –dijo Justine.

–¿Addie sabe que ha venido? –preguntó Olivia.

–La llamé y se lo dije, pero parece que no le hizo mucha gracia. Le he prometido que no se va a quedar hasta muy tarde –dijo Justine, y fue hacia la puerta.

Cuando abrió, allí estaba Logan, con dos botellas de vino y un ramo de flores.

–Estaba empezando a pensar que habías cambiado de opinión –dijo.

–No, solo estaba contándoselo a las niñas.

Él le dio el vino.

–¿Y puedo entrar?

–Por supuesto. Vamos, pasa –dijo ella. Se hizo a un lado y añadió–: Logan, te presento a Amber y a Olivia. Niñas, os presento a Logan.

–¿Eres el novio de mi madre? –preguntó Amber.

–Sí.

–Bueno… –dijo Justine.

–No te preocupes, Justine –dijo él–. Hemos pasado horas hablando por teléfono y hemos salido a tomar algo, a cenar e incluso a una feria. Yo no he dicho que seas mi prometida ni mi futura mujer, pero, si hace falta más que eso para ser tu novio…

Logan dio un pequeño silbido y les guiñó el ojo a las niñas.

–Es pronto en nuestra relación. Puede que esté presionando un poco para que me llamen «novio», pero estoy a la altura de la tarea. Me alegro de conoceros.

–Voy a ponerte una copa de vino –dijo Justine–. ¿Tinto o blanco?

Logan eligió un tinto. Después, le dio las flores a Amber. Y, después, miró a su alrededor por el salón, el comedor y la cocina.

–Es exactamente como la habías descrito –dijo–. Una casa antigua y buena.

–Por lo menos, sí que es antigua –dijo Amber.

–Yo vivo en una casa antigua que han reformado y convertido en cuatro apartamentos –dijo él–. Es pequeña, pero perfecta para una persona, y se oye el mar desde mi jardín.

–Mamá ha dicho que eres policía, o algo así –dijo Amber.

–Sí, fui policía de la Brigada Antirrobo, pero me retiré y me hice detective privado.

Logan observó a Amber mientras ella ponía las flores en un jarrón,

y tomó la copa de vino que le ofreció Justine. Después, se sentó en el sofá del salón. Olivia estaba en el otro extremo–. Ahora hago un trabajo parecido, pero como civil. Bueno, ¿quién de vosotras es la mayor y quién la menor?

–Yo soy la mayor –respondió Amber–. Me gradúo este año.

–¿Y vas a ir a la universidad?

–A la Universidad de California, Berkeley –dijo ella.

–¿Y te apetece?

–Creo que sí –respondió Olivia–. Me alegro de quedarme en California, pero espero vivir en el campus. Vamos a necesitar otro coche. Olivia seguirá yendo a nuestro antiguo instituto de San José, y no vamos a poder ir juntas.

–Y yo estoy pensando en ir a la escuela universitaria del pueblo el primer año –dijo Olivia–. Hay mucha gente que está haciendo eso.

–¿Y alguna de las dos sabe lo que quiere hacer después de los estudios?

–Yo, no –dijo Olivia–. Durante mucho tiempo he pensado que quería ser bibliotecaria, porque me encanta leer, pero las cosas cambian. A Amber le encanta la ropa.

–Ojalá encontrara un trabajo de ponerme ropa –dijo ella, y Logan se echó a reír.

Justine no lo hubiera hecho mejor. Logan les preguntó primero a las niñas y consiguió que hablaran de sí mismas y, al poco tiempo, le estaban preguntando cómo era ser policía. Él habló abiertamente sobre algunas de sus experiencias, aunque con historias apropiadas para su edad. Les habló de una ocasión en la que un ladrón había entrado a la fuerza en una casa con sus habitantes dentro, pero, aunque cuando llegó la policía no encontró indicios de que se hubiera marchado, no pudieron encontrarlo por ningún lado. Se había escondido en una caldera vieja y sucia del sótano y se delató a sí mismo, gritando, cuando el dueño encendió la calefacción.

–Pero mi historia favorita es la de una persecución. Íbamos detrás de un ladrón que no llegó muy lejos porque hizo un giro demasiado forzado y aterrizó en la piscina del jardín de un vecino con el coche. Creo que tengo una foto de eso, por si queréis verla.

Las niñas sí quisieron verla, y él sacó el teléfono y se la enseñó.

Justine estaba a punto de darse por vencida con Addie cuando su hermana entró por la puerta. Se hicieron las presentaciones y todos se sentaron a cenar. A Justine le pareció que Addie no estaba del todo cómoda con Logan, pero solo tardó diez minutos en relajarse y, durante la cena, ya estaba integrada en la conversación.

–¿Cuándo os conocisteis? –le preguntó Addie a Logan.

–Umm… Yo trabajé para la empresa de Justine el invierno pasado. Después, me recomendaron para uno de sus casos.

–¿Habéis trabajado juntos?

–Soy detective privado. Lo investigo todo, incluyendo la trayectoria de las empresas, los motivos de un concurso de acreedores, las carreras de posibles empleados, cualquier cosa. Así que la conocí, me enteré de que estaba divorciada y le pedí que saliera conmigo a tomar una copa –explicó él, y se encogió de hombros–. Fue más o menos hace seis meses.

–Casi cinco –dijo Justine–. Salimos a tomar un café, hablamos por teléfono, fuimos a Carmel a una feria de artesanía… Y, al final, fuimos a cenar.

–Tengo buenas referencias –dijo él.

–Y hubo coincidencias. Él se iba a mudar a Carmel, y yo iba a dejar mi empresa y empezar a trabajar aquí.

–Mi oficina está en San Francisco pero, normalmente, trabajo sobre el terreno. Solo voy a San Francisco un par de veces a la semana…

–¿Sobre el terreno? –preguntó Addie.

–Investigación, entrevistas, vigilancia… lo que requiera el caso en el

que esté trabajando.

–¿Son cosas secretas?

–No. La mayoría de la información es fácil de encontrar en los registros públicos, aunque, algunas veces, es información privilegiada. No puedo contarte los detalles, ya sabes.

Tal vez fue en aquel punto en el que Adele y Logan encontraron un nexo; Addie también escuchaba historias que no podía contar.

Después de cenar, Logan ayudó a recoger la mesa y se tomó una taza de café. Las niñas se fueron y Addie estuvo charlando con ellos un rato antes de irse a su habitación. Obviamente, querían dejarlos solos. A las diez, Logan se levantó para marcharse, y ella lo acompañó al coche.

–No podría haber ido mejor ni aunque yo hubiera escrito el guion –dijo Justine.

–No es mi primer rodeo –dijo él–. Algunas de las mujeres con las que he salido tenían hijos adolescentes. No quisiera parecer arrogante, pero creo que se me dan muy bien los adolescentes.

–Sí, desde luego –dijo ella, riéndose–. Ha sido una presentación muy buena.

–Si me dejas que te dé un consejo, explícales que yo no voy a venir a dormir aquí ahora. Diles que vuestras reuniones familiares seguirán siendo vuestras, que yo también tengo una familia, aunque no tenga hijos. Aunque el primer encuentro haya sido bueno, no tienen por qué querer eso. Se alegrarán de oírlo.

–Pero yo creo que les has caído bien.

–Te lo agradezco, pero necesitan tiempo, aunque yo les caiga bien. Y tú, también.

–Sí –admitió ella–. Pero he sido sincera, Logan. Me gustas, y me encanta estar contigo. Además, yo soy fiel, y no quisiera estar con más de un hombre. Pero no veo el matrimonio en mi bola de cristal. Nada cercano al matrimonio.

Él sonrió.

–Sí, has sido muy clara. Y no te culpo.

–De todos modos, esto ha sido mucho más fácil de lo que yo pensaba.

Él le dio un beso en la frente.

–Entra y habla con ellas. Seguro que tendrán opiniones y preguntas.

–Seguro –respondió Justine, riéndose.

Cuando entró en casa, con una sonrisa, oyó un ruido y ladeó la cabeza para escuchar mejor. Subió las escaleras y pegó la oreja a la puerta del dormitorio de Olivia. La oyó hablar por teléfono y, después, reírse. Sin embargo, seguía oyendo algo extraño. Llamó a la puerta de Amber y abrió.

Su hija estaba tendida boca abajo en la cama, llorando, tratando de amortiguar los sollozos con la almohada. Justine se sentó en la cama y le acarició suavemente la espalda.

–Eh, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Te ha dicho alguien algo que te haya molestado?

Amber hizo un gesto negativo con la cabeza, rodó y se secó los ojos. Después, se sentó en la cama.

–¿Qué pasa? ¿Te has disgustado por conocer a Logan? ¿He cometido un error?

–No –dijo la niña–. Es muy simpático.

–Entonces, ¿por qué lloras?

–¡Porque es como si me hubiera quedado sin padre!

–¿Por Logan? Cariño, yo no voy a cambiar a tu padre por Logan. Logan solo es un amigo.

–Pero mi padre ha desaparecido –respondió Amber, gimoteando–.

Ya casi estamos en Acción de Gracias. Él se fue a vivir con ella en marzo. No quiere vernos si ella no está presente, y ella es un espanto. ¿Por qué quiere esa mujer estar con nosotras? Nosotras no queremos conocerla. ¡Y él nunca viene a casa!

–Oh, cariño… Mira, vuestro padre me dejó a mí, no a vosotras. Nunca más vamos a estar casados. Yo no podría. Y tampoco entiendo por qué se empeña en presentaros a su novia. A mí me parece una locura. Tu padre y yo nunca vamos a volver a estar juntos, pero no es por Logan, es porque tu padre quiere a otra mujer. Abandonó todo lo que construimos juntos. Me destrozó el corazón, y a vosotras, también. No puedo permitir que vuelva a hacer lo mismo.

–Lo hemos perdido para siempre –dijo Amber–. No es culpa tuya, pero lo hemos perdido.

–No, cariño. Creo que ha sido tu padre quien se perdió a sí mismo. No se sentía fuerte, ni importante, y la mujer a la que conoció consiguió que sí se sintiera importante!

–¡Pero si es horrible! Es rara, y mala.

Justine estaba agitando la cabeza.

–Yo no puedo hacer nada al respecto. Él eligió. Creo que tal vez se dé cuenta de que eligió mal, pero es lo que decidió.

–¿Y nunca vas a querer volver con él?

–¿Y si yo volviera con él y él hiciera lo mismo otra vez? Todavía no hemos llegado al final de esta historia. Todo es nuevo, y hay muchas cosas que podrían cambiar. Tu padre tiene un negocio nuevo y, tal vez, se sienta mejor consigo mismo. A lo mejor…

–¡Mamá, en el pueblo todo el mundo dice que la tienda de kayaks es una ruina! ¡Ha quebrado muchas veces!

–Mira, hija, esto es lo que yo espero. Tu padre ha sido un buen padre, y yo siempre pensé que era un buen hombre. A lo mejor cede lo suficiente como para que Olivia y tú podáis estar con él y tener una buena relación con él. A lo mejor su novia se vuelve más

agradable con el tiempo, ¿quién sabe? Solo quiero que te acuerdes de que hay muy pocas cosas que sean para siempre. A lo mejor parece que tu padre no está en este momento, pero eso puede cambiar dentro de unos meses o unos años.

–El psicólogo me dijo algo parecido, pero me sigue doliendo que papá nos haya dejado.

–¿Qué te dijo el psicólogo?

–Que tuviera la mente abierta, pero que también puedo poner mis límites. No tengo por qué salir a cenar con ella. No sé qué le pasa a mi padre. A mí me parece que ella no es una buena persona.

Justine se sintió a la vez aliviada y culpable. Sus hijas no sabían nada de lo que ocurría. ¡Ella le pegaba! ¿Cómo era posible que Scott permitiera algo así?

–A mí me da la misma impresión, Amber. De repente, ya no conocía a mi propio marido. Espero que se trate de una enajenación transitoria.

–Por ahora no se le ha pasado. Y, ahora, tú tienes novio.

–Si eso te preocupa, le diré a Logan que no podemos vernos más. Ya te lo he dicho. Lo primero para mí sois tu hermana y tú.

–Pero a ti te gusta.

–¡Por supuesto que sí! Creo que es un buen tipo. Pero, Amber, nosotros no estamos comprometidos ni estamos pensando en tener una vida juntos. Logan nunca va a ser un impedimento para que vosotras tengáis una buena relación con vuestro padre. Eso puede suceder perfectamente cuando él recupere el sentido común.

–No sé si eso va a ser posible. Nunca había visto a mi padre hacer estas tonterías.

Justine tuvo que concentrarse para no decirle: «No lo sabes bien».

Capítulo 16

Adele se apuntó a un par de clases del semestre de primavera en Berkeley. Cuando la admitieran en el programa de posgrado, aquellas clases serían añadidas a su expediente académico. Una era de seis a ocho tres noches a la semana y la otra, los sábados, online.

La única persona a la que quería contárselo era a Jake. Fue a verlo a la tienda, tomó algunas verduras y fue a buscarlo. Al final, tuvo que preguntar a uno de los dependientes de la frutería.

–La último vez que lo he visto estaba limpiando la zona de descarga con la manguera, en la parte de atrás.

–Voy para allá.

–Bueno, como se supone que no está permitido, deje aquí su compra y tenga mucho cuidado. Puede que el suelo resbale.

Por supuesto, ella conocía bien la tienda. Encontró a Jake en la zona de descarga. Al verla, él cerró el paso de agua.

–Adele Descaro en persona.

–Sí, Jake, soy yo. He dejado el carrito en el pasillo de las verduras. ¿Qué tal estás?

–Muy bien, Addie. ¿Y tú?

Ella se le acercó.

–Me encontré con Bobby Jo en Walmart el otro día y ¿sabes lo que me preguntó? Ni te lo imaginas. Me preguntó si tú y yo nos habíamos peleado.

–¿Ah, sí? Pues a mí no me lo ha preguntado.

–Bueno, es que tú eres el jefe. A lo mejor no quería parecer cotilla.

–Pues eso no le ha preocupado nunca –dijo él, riéndose.

–Bueno, ha habido un poco de drama y he venido para contártelo, por si tenías curiosidad.

–Por supuesto que sí, seguro que es interesante, cosa que no ocurre a menudo en este pueblo. ¿Qué es?

–Justine está saliendo con alguien.

–¿En serio? ¿Y te cae bien?

–Supongo que sí –respondió ella, encogiéndose de hombros–. Parece un hombre encantador. Pero, al verlos a ellos, me he dado cuenta de que tú y yo nunca hemos salido juntos en serio, aunque hayamos salido de vez en cuando. Y, ahora, no nos vemos en absoluto.

–No es cierto. Te he llevado una botella de vino y una crema de espinacas y alcachofas del deli. Bobby Jo es célebre por esa crema, y va bien para tu dieta, aunque si puedes tomar vino y helado, también puedes tomarla sin remordimientos.

–Eso fue hace una semana, y no he vuelto a verte.

–Bueno, Addie, es porque estamos en un punto muerto. Tenemos que saber quiénes somos el uno para el otro. Y lo último que yo supe es que tú ibas a pensar en ello.

–Estoy pensando mucho. Eres importante para mí. ¿Qué te parecería si fuera a tu casa esta noche e hiciera yo la cena?

A él se le puso cara de desilusión.

–Lo siento, Addie, esta noche no puedo. Me ofrecí a ayudar a una amiga con un problema de electricidad de su casa. Es algo sencillo. No tardaré más de dos horas, pero me va a invitar a cenar para darme las gracias.

–¿Una amiga?

–Jeannie Spicer. La conoces.

–Ah, claro que la conozco. Pero, de verdad, ¿te invita a cenar a cambio de arreglar una avería?

Jeannie estaba divorciada y tenía tres niños. Aunque Jake la había ayudado más veces, en aquella ocasión Adele se sintió molesta.

–Es lo que hace siempre –dijo Jake–. No me importa ayudarla si puedo. Su exmarido no hace nada en absoluto.

–Um…

–Bueno, cuéntame cosas del novio de Justine. ¿A qué se dedica?

–Es detective privado. Bueno, creo que es mejor que me marche para que tengas tiempo de terminar aquí y poder ir a casa de Jeannie.

–Me lo tomaría como una señal de que estás un poco celosa, si no te conociera mejor. Tú nunca te pones celosa.

Ella recogió la compra y se fue a casa. A pesar de que, la noche anterior, la visita de Logan había puesto a flor de piel algunas emociones, se encontró a Justine y a las niñas muy animadas. Iban a salir a tomar una pizza e ir al cine, y fue con ellas. Podría haber llamado para invitar a Jake a cenar al día siguiente, que era domingo, pero decidió esperar para ver si la llamaba él.

No tuvo noticias.

El lunes fue a ver de nuevo a Ross.

–Me siento como si estuviera perdiendo el control de mi vida. Mi casa está llena de muebles nuevos, por no mencionar de gente. Justine está intentando tener paciencia, pero quiere hacer la obra de la casa inmediatamente después de las fiestas, y no deja de intentar que yo tome decisiones en cuanto a la decoración. Y me da miedo quedarme sin mi mejor amigo, Jake, porque él quiere avanzar en nuestra relación. ¡Y yo no estoy preparada para eso!

–Antes de que tu madre falleciera y todavía no habías empezado tu nueva vida, tenías mucho más control, claro.

–¡Es así! Conseguí este trabajo y me matriculé en la universidad. Pero, de verdad, ¡paso a paso, no todo a la vez!

–Está bien. Tienes que elegir en algunas cosas. Puedes decirle a tu hermana que todavía no quieres hacer la obra. Elige un buen momento. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Dos meses? ¿Tres? Porque tú has dicho que ella es muy activa, pero muy razonable también, ¿no?

–Sí, eso es cierto. Solo que odio pensar que…

–Adele, ¿tienes problemas a la hora de decirle que no a la gente?

–Obviamente –dijo ella, gruñendo.

–Pues aprender a hacerlo es algo muy adulto. No siempre es fácil, pero, si no lo haces, tienes que sufrir las consecuencias.

–¿Qué consecuencias?

–Dímelo tú, Adele. Si no le dices que no a Justine, tendrás la casa hecha un lío, será una casa medio vieja medio nueva, y las cosas seguirán alterándose. También puedes avanzar y darle espacio a tu hermana, y quizá dejar que se haga la reforma. ¿Y qué pasa con tu amigo Jake? ¿Y si eres sincera con él y le dices que no lo quieres?

–¡Pero si es que sí lo quiero! Siempre he querido a Jake. Es mi mejor amigo. Es solo que… no sé si lo quiero del modo necesario para llegar a ese compromiso. ¿Y si dentro de unos años descubro que no es un amor lo suficientemente apasionado?

–Bienvenida al mundo real –le dijo Ross–. Creo que la gente descubre eso muy a menudo. No sé por qué; a lo mejor es porque cambian y la otra parte descubre que ya no es la persona que era. O quizá, se aburren. Pero la verdad es que hay muy pocas parejas que sigan enamoradas con pasión durante décadas. Normalmente, se enamoran, se casan y aprenden que el amor se transforma en una compañía en la que puedes apoyarte, y trabajan para seguir juntos. El amor es algo que fluctúa.

–Entonces, ¿cómo es que hay gente que está junta durante cincuenta años? –preguntó Adele.

–Algunos, porque piensan que no tienen otra opción –respondió Ross–. Yo hice eso durante diez años. No tenía trabajo, ni dinero, ni formación… y no veía la salida. Pero tenía pasión. En los buenos días, tenía muchísima pasión.

–Entonces, ¿estás diciendo que la pasión no es lo importante?

–La gente viaja por todo el mundo buscando a una pareja perfecta. Algunos tienen muchísimas relaciones para encontrar el amor verdadero. Por eso te pregunté cómo es el amor para ti. Yo sé cómo es para mí.

–Por favor –dijo Adele–. Explícamelo.

–Puede que no sea lo mismo que para ti. Pero, para mí, lo primero es el respeto. Él tendría que respetar mi espacio, mis sentimientos, mis opiniones. Y tendría que estar en equilibrio conmigo. En otras palabras, tendríamos que ayudarnos el uno al otro. Tiene que haber compromiso, una forma de compartir las cargas. Y, si un hombre te dice cosas malas, para mí eso es un aviso. Pero, chica, yo no estoy buscando un hombre perfecto que me dé cosquilleos en el estómago cada vez que lo veo. Prefiero tener un hombre real.

–Si es posible averiguar qué es lo real.

–El amor no es algo malo ni celoso, sino bondadoso y considerado. Las buenas relaciones son las que tiene la gente que se porta bien con su pareja.

–Jake tiene todas esas cosas –dijo Adele–. ¿Por qué tengo dudas?

–No lo sé, cariño. Pero yo no tengo que responder a esa pregunta, lo tienes que hacer tú. Por el momento, ¿por qué no intentas pensar en lo que hace falta para que aceptes la ayuda de tu hermana para reformar la casa? A mí me parece un buen comienzo. Porque creo que tu problema es la indecisión. A mí me volverías loca con eso.

–No quiero ser indecisa. Solo quiero estar segura.

–Como he dicho, a mí me volvería loca eso. Estoy demasiado ocupada como para esperar a que alguien esté seguro.

–¿Nunca cometes errores?

–Claro que sí, pero prefiero arreglar un error que pasarme días vacilando. Dios, cómo lo odio.

–Creo que yo tengo esa costumbre…

–Tenemos un taller para mejorar la gestión del tiempo. Te sugiero que te apuntes porque eres un caso especial. Eres rápida y eficiente en esta oficina, pero creo que, con respecto a las cosas que haces por ti misma, no consigues decidirte. Y eso te va a robar la felicidad que te has ganado.

Adele se tomó muy en serio lo que le había dicho Ross. Sabía que tenía razón. Cuando estaba en la oficina, nunca vacilaba sobre lo que tenía que hacer, pero, a la hora de decidir lo que quería para sí misma, se sentía confusa y lenta.

Inexplicablemente, se encontró aparcada delante de la casa que una vez había pertenecido a su profesor. Quizá todavía fuera suya, pero, ahora, él estaba divorciado. Ella solo quería recordar aquel día tan terrible. Él le había dicho que se marchara y abortara, y le había prometido que iba a divorciarse pronto. Después, ella lo había visto con su mujer.

Y, en aquel momento, como si la historia se estuviera repitiendo, vio a Hadley saliendo de la casa con unos pantalones de ciclista, una camiseta ajustada y un casco en el brazo. Él rodeó la casa y volvió con dos bicicletas. Al momento, una mujer rubia, muy guapa, salió a su encuentro con ropa de ciclismo y se despidió de unos niños y una niñera adolescente. Se puso el casco y los dos se marcharon pedaleando.

Ella no estaba segura, pero aquella mujer parecía la esposa de Hadley, la misma con la que lo había visto hacía ocho años. Así pues, no se había divorciado en absoluto. ¿Acaso no sabía que ella iba a averiguarlo más tarde o más temprano? Y ¿por qué la había

abordado con tanta insistencia? ¿Por qué se había mostrado como si estuviera arrepentido por lo que había ocurrido con su relación? ¿Solo era un depredador que perseguía a todas las estudiantes del campus? ¡No tenía sentido!

Por un momento, tuvo la tentación de perseguirlos y hablar con su mujer, pero… ¿le agradecería el aviso la señora Hutchinson, o estaba feliz negando la realidad? Y, de todos modos, ¿por qué le importaba a ella? Porque ella quería algo valioso, verdadero, real. Quería confiar en un hombre que fuera digno de su confianza, y aquel profesor no lo era.

Los observó mientras se alejaban y pensó que había tenido mucha suerte de que las cosas no hubieran salido según sus planes. Al final, habría sido una relación larga y muy dolorosa. Lo único que lamentaba era que su bebé hubiese muerto.

–Me gustaría quedar contigo para tomar algo –le dijo Logan, por teléfono, a Justine–. Podríamos quedar en un pequeño pub que se llama Sheep Herder's, en Half Moon Bay. No quiero molestarte, pero tengo que contarte una cosa. ¿A qué hora sales de trabajar?

–Hoy no tenemos citas a última hora, así que cerramos a las cinco –dijo ella.

–Muy bien, yo tenía pensado estar allí a las cinco y media, así que no tienes que apresurarte.

Como Justine tuvo un mal presentimiento, no perdió el tiempo. Llamó a sus hijas para decirles que iría a casa para preparar la cena, pero que, antes, iba a estar un rato con Logan para tomar una copa de vino. Les prometió que no llegaría tarde. Esperaba poder cumplir esa promesa, porque el tono de voz de Logan le había parecido sombrío.

Cuando llegó al pub, Logan ya estaba allí, sentado en una mesa apartada. En el local ya había bastante gente y, para las siete de la tarde, estaría abarrotado. Aquel pub estaba en una zona nueva del pueblo, cerca del mar, rodeado de otros restaurantes y tiendas.

Justine se acercó a la mesa y Logan se puso en pie y le dio un beso en la mejilla.

–¿Cómo estás? –le preguntó él.

–Tengo la sensación de que me lo vas a decir tú. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

–Yo estoy bien. ¿Te apetece una copa de vino?

El camarero se acercó a la mesa antes de que ella pudiera responder. Cuando se marchó, Justine miró a Logan.

–Me gustaría que entiendas que yo no estaba investigando activamente a tu exmarido ni a su nueva pareja. Para nosotros, revisar llamadas e informes de la policía para ver si aparece algún cliente o alguno de sus problemas es algo que forma parte del trabajo diario. Hace unos días llamaron a una ambulancia de casa de tu exmarido. También fue la policía. Scott estaba herido y, aunque dijo que había bebido de más y que se había caído por las escaleras, también tenía arañazos en el cuello, así que los sanitarios llamaron a la policía antes de llevárselo. Ahora tiene una fila de puntos en la frente. Y el estado de la casa era sospechoso.

Justine se quedó sin habla. Aquel drama de Scott y su novia empeoraba día a día.

–Había pruebas de una pelea. Las cosas estaban completamente revueltas. El sofá tenía rasgaduras y el relleno de había salido.

–¿El sofá? Pero… ¿cómo?

–En mi opinión, alguien tuvo un ataque de furia, y no creo que fuera Scott. A él se lo llevaron al hospital y lo ingresaron. Leí el informe de la policía. El oficial le sugirió a Scott que no permitiera que su novia lo visitara en el hospital. No pudieron acusarla de nada porque no presenciaron ninguna pelea y ninguno de ellos lo admitió.

–Pero has dicho que él tiene puntos de sutura en la frente…

–Sí, tenía una brecha y le hicieron un escáner para asegurarse de

que no tuviera lesiones cerebrales. Lo dejaron en observación toda la noche. Tenía una conmoción cerebral leve. Le dieron el alta y se va a poner bien, esta vez, al menos. Pero creo que sus problemas no han terminado.

–Oh, Dios, esto es horrible. Yo le deseé cosas terribles, pero no era cierto, en realidad. Solo quería que se arrepintiera. ¡No quiero que le peguen!

–Creo que voy a hablar con él –dijo Logan–. Pero tú no deberías hacerlo para no caldear los ánimos. Los hombres que sufren maltrato se avergüenzan de ello, y las mujeres que los maltratan, algunas veces, les pegan mientras están dormidos, o destruyen sus cosas, se ponen celosas de un modo enfermizo e idean planes de venganza. A lo mejor, tienen un ataque de furia y destrozan un sofá.

–¡El sofá! Mira, yo no sé mucho de los casos en que un hombre es el maltratado, pero cuando nos reunimos en la casa de San José para repartir los muebles, me quedó muy claro que ella quería mi sofá. Scott lo pidió específicamente, y a él nunca le había gustado mucho. A lo mejor ella se puso rabiosa y le demostró lo que pensaba del sofá con el que se había quedado, al final. No sé. A lo mejor yo debería…

–No, tú, no. ¿No me dijiste que habías ido a hablar con él después de lo que pasó en el aparcamiento? Tu presencia regular, tus interferencias, podrían empeorar el problema. Lo que sí tienes que hacer es hablar con tus hijas y tu hermana. Vas a tener que contarles la verdad: que, a pesar de que Scott lo niegue, su novia lo maltrata. Tienen que saber que es una situación peligrosa. No deberían acercarse a la tienda ni a casa de Scott hasta que esto se resuelva. Y no deberíais dejar que fuera a vuestra casa si alguna de vosotras está sola, para aseguraros de que estáis a salvo. Yo preferiría que pidieras una orden de alejamiento, pero no es fácil. Es necesario que estés amenazada para que un juez te la conceda, y a ti no te han amenazado personalmente. Diles a las niñas la verdad y, a él, dadle espacio.

–¿Pero tú sí te vas a involucrar?

–Sí, porque sé un poco de esto y tengo recursos. Voy a darle los

nombres de algunos psicólogos y de grupos de apoyo para hombres. No sé si le servirá de ayuda, pero voy a intentarlo. Después, lo dejaré tranquilo. Si tú te metes en esto, puede que la situación empeore. Por decirlo con suavidad, creo que su novia se siente muy amenazada por ti.

–¿Por qué? –preguntó ella, con indignación–. ¡Yo lo he perdido! Él la eligió a ella.

–No sé cuál es su estado mental y emocional, ni sé lo que piensa de ti, pero es obvio que quería lo que tú tenías. Quería el sofá, por el amor de Dios. Scott era quien llevaba tu casa, y estoy seguro de que ella lo vio. Seguro que miró en tu armario y en la cocina. Seguro que ella te vio a ti antes que tú a ella. Es la naturaleza humana, y es típico de esa clase de personas. Scott, aunque estaba casado, debió de parecerle algo muy seguro: dinero, ahorros, inversiones, un tipo capaz, con recursos y que estaba disponible.

–¡Estaba casado! ¡No estaba disponible!

–Sí estaba disponible, porque la mujer fue capaz de manipularlo para que pensara que podía tener algo mucho mejor. Este tipo de aventuras se basan en la motivación y la oportunidad. Ella le dio motivación y la oportunidad estaba ahí: tú estabas trabajando. Seguramente, hizo que se sintiera como un dios.

¿Cuántas veces le había dicho Scott que tenía una licenciatura? ¿Acaso se sentía inferior a ella porque fuera abogada? Pero… había sido él quien la había empujado a que estudiara, el que había dicho que no quería trabajar y que ella podía mantenerlos a los dos. Había sido idea suya.

–Yo no quería ser abogada. Ese no era mi sueño. Yo era profesora, y me gustaba mi trabajo. El sueño de Scott era tener mucho dinero sin tener que trabajar para ganarlo. ¡Yo hice lo que él me dijo! Todo lo hice por nosotros.

–Bueno, no es exactamente malo que consiguieras una buena formación y un trabajo excelente. Pero si Scott no se sentía importante, desde luego no fue culpa tuya. Podía haber sido útil y haber elevado su estatus. Pero alguien más le ofreció un atajo para

sentirse importante, y él lo tomó. Justine, tienes que hablar con tus hijas. Todas debéis manteneros al margen por ahora. Por lo menos, hasta que Scott tenga ayuda.

–Él nunca va a aceptar esa ayuda –dijo ella.

Logan era un experto en vigilancia, y observó la casa de Scott y su tienda. En cuanto el coche de Cat desapareció de escena, él aparcó y se acercó a la puerta de su vivienda. Estaba en un barrio bonito, nuevo y moderno que había al sur de la bahía, y muchas de las casas tenían vistas al mar.

Logan llamó a la puerta y, al cabo de unos instantes, Scott abrió.

–Hola, Scott.

–¿Qué quieres?

–Quería hablar contigo un minuto –respondió Logan, y se tocó la frente para señalar los puntos de Scott–. ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Bueno, si no te importa, podrías invitarme a entrar para que hablemos.

–¿De qué?

–De tus lesiones, para empezar.

–No tengo nada que hablar contigo. ¿Te ha mandado Justine?

–No, he venido por iniciativa propia. Mira, he visto cosas como esta varias veces. No eres la única persona a la que le ha ocurrido.

–Tú no sabes nada.

–Claro que sí. Te has pasado una noche en el hospital, la misma noche que alguien apuñaló el sofá de tu casa. ¿Con un cuchillo? ¿Con unas tijeras? ¿Con otra cosa? Porque las mujeres que pegan a sus maridos también suelen dañar sus pertenencias cuando ellos

están indefensos. Yo solo he visto una vez a tus hijas, pero parecen unas niñas estupendas, y supongo que no querrás que te recuerden así.

Scott dio un paso hacia él.

–¿Qué saben mis hijas de esto?

–No lo sé –dijo Logan–. De veras. Pero yo les aconsejaría que se mantuvieran apartadas de ti mientras sigas con esta mujer. Ella tiene una historia violenta. Está en su historial.

–Fue víctima de malos tratos –dijo Scott.

–No, en realidad, su marido y ella se acusaron mutuamente de agresión. Así que supongo que esto no es nuevo, sino que lleva ocurriendo bastante tiempo. Al principio, la mayoría de las víctimas no quiere separarse, pero yo tengo que decirte unas cuantas cosas. Se acerca Acción de Gracias y, después, llegará la Navidad. Estas situaciones empeoran durante las fiestas. Justine sugiere que te separes de ella cuanto antes, porque es un veneno. Te va a empujar de nuevo por las escaleras.

–Ella no ha hecho eso –dijo Scott, con un poco más de calma.

–Como quieras, Scott. Te he traído un par de cosas –dijo Logan, y se metió la mano al bolsillo–. Esto es una lista de psicólogos que están por esta zona. Son hombres, y tienen experiencia en este tipo de cosas. Y también hay direcciones de grupos de apoyo. Esto sucede más a menudo de lo que te imaginas. No estás solo. Búscalo en Google, si no lo has hecho ya –dijo Logan, y miró a su alrededor–. ¿Ella no está?

–No, en este momento, no.

–Mira, hazte un favor a ti mismo y déjala…

–Esto no es asunto tuyo, en realidad. Ahora, márchate. Y, si hablas con Justine, dile que a mí no me está pegando nadie.

–Toma esta información, Scott –dijo Logan, tendiéndole las listas y su tarjeta–. Por lo menos, piensa en ello.

–No lo quiero.

Scott entró en casa y cerró la puerta.

Logan se quedó un momento allí, como si pensara que la puerta iba a volver a abrirse y que la conversación iba a continuar. Él no era la persona más adecuada para consolar a Scott, y lo sabía. Pero no había nadie adecuado, en realidad. Justine no podía hacerlo. Scott era demasiado orgulloso como para decirle la verdad.

Scott había cometido un error y, ahora, tendría que resolverlo por sí mismo, o vivir para siempre con las consecuencias.

Capítulo 17

Acción de Gracias era a finales de semana, y Adele y Justine decidieron tener un día tranquilo con las niñas. Iban a cocinar. Hacía unos diez años, justo antes de que su madre se pusiera enferma, que no cocinaban juntas para celebrar la fiesta.

–¿Vas a invitar a Logan? –preguntó Adele.

–No –dijo Justine–. Creo que sería algo prematuro. Él va a celebrarlo con su familia y yo estaré con la mía. Pero le pregunté si quería salir a hacer una excursión en bicicleta el viernes. ¿Y Jake?

–Le pregunté si quería pasar por casa –dijo Adele–. Él va a estar con su madre, y a su hermano le tocan los niños ese día. Con dos exmujeres, tiene que hacer malabarismos durante las fiestas. Jake me dijo que se iba a quedar con su madre para ayudarla a cocinar y a limpiar, y a distraerla del caos que se forma normalmente cuando Marty está por medio. Pero me dijo que, después de eso, le encantaría venir a tomar un poco de tarta.

Aquel día de fiesta no tuvo nada de extraño, fue perfecto. Calmado, relajante, con música suave de fondo. Encendieron el calentador en la sala de estar y, después de comer, jugaron un poco al gin rummy.

Justine se excusó para hablar con Logan por teléfono un rato. Pero Jake no apareció hasta las nueve, y estaba agotado.

–Marty y sus hijos agotarían a un hombre más fuerte que yo –dijo–. Y, además, se ha traído a una chica. Es guapísima, pero estaba claro que lo que él quería era alguien que corriera detrás de sus hijos.

–¿Y ella no se da cuenta? –preguntó Justine .

–Es joven –dijo Jake–. Muy joven. No sé si tendrá veinte o veintidós años.

–Vaya. Por lo menos, tiene edad suficiente para votar. ¿Qué pasa con las jóvenes hoy día? ¿No se pregunta si es un hombre fiable sabiendo que tiene dos exmujeres?

–Pues parece que no –dijo Jake, riéndose–. Por lo menos, todavía no.

–Bueno, mañana Justine y las niñas se van a una excursión en bicicleta con Logan, su novio. Nosotros podríamos hacer algo.

–Lo siento, Adele, pero mañana es un día muy ajetreado en el mercado.

–Pero si Acción de Gracias se ha terminado. ¿No debería ser un día tranquilo?

–Es el Black Friday. Todo el mundo va de compras. Tenemos algunas rebajas, como el resto del mundo. Y le prometí a Jeannie que iría después del trabajo a ver sus planos de la reforma.

–¿Por qué?

–Tengo algo de experiencia –dijo él–. Y ella sabe que no tengo interés en aprovecharme de ella.

–Hablas mucho de ella.

Jake sonrió.

–Pensaría que estás celosa si no hubiera esperado tanto a que te fijaras en mí.

–Mira que eres bobo. Claro que me he fijado en ti, y mucho más. Lo que pasa es que soy precavida, lenta.

–Pues, si no tomas algo de velocidad, los dos nos vamos a hacer tan viejos que no podremos disfrutar de la vida.

–No me tomes el pelo.

–No, no. Ya hemos hablado de esto.

Él le dio un beso en la frente y se marchó caminando por la acera.

Ella se fijó en sus hombros anchos y su cintura estrecha bajo la cazadora. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y daba grandes zancadas al andar. Jake no solo era atlético y guapo, sino, también, bueno y sincero. Todo lo que tenía Marty de vivalavirgen, Jake lo tenía de sensato y sólido.

Pero había sido su mejor amigo durante toda la vida y ¿era posible que el mejor amigo de una persona fuera también su amor apasionado? Porque, cuando pensaba en estar enamorada, la imagen que aparecía en su mente era la de alguien emocionante. Alguien irresistible. No alguien con quien ya se sentía cómoda. Sería como salir con su hermano.

Por otro lado, lo quería, y no podía imaginarse la vida sin él.

Justine estaba sentada en el sofá, leyendo mensajes de texto en su teléfono móvil. Las niñas no estaban allí, pero Addie oyó el sonido de la televisión que llegaba del piso de arriba.

–Me gustaría pedirte tu opinión, Justine. Tengo dudas…

Justine dejó el teléfono en su regazo.

–¿Qué ocurre?

–Es por Jake. Es mi mejor amigo y estaría perdida sin él. Lo quiero, de verdad. Pero no sé si será el tipo de amor que tiene fortaleza. ¿Y si le digo que lo quiero y que quiero estar con él para siempre, y resulta que solo lo quiero como amigo?

–¿Y la atracción física? ¿Y las cosas que te repulsan de una persona, como el mal aliento o que bese fatal, o que no le guste nada de lo que te gusta a ti?

–No se me ocurre nada malo –dijo Addie–. Vemos juntos hasta Downton Abbey, cuando seguramente él preferiría ver una película de acción, o algo así.

–Entonces, ¿por qué no le das una oportunidad?

–¿Y si sale mal? ¿Y si descubro que no funciona?

–Pues se lo dices.

–De acuerdo. ¿Y tú? ¿Estás enamorada de Logan?

–Un poco –dijo Justine–. Pero, en este momento de mi vida, no estoy buscando otro marido, y él lo sabe. No me culpa por ello. Logan tampoco está buscando otra mujer; estuvo casado y lleva varios años divorciado. Pero los dos estamos de acuerdo en que nos gusta lo que tenemos. Podría durar –explicó, con una sonrisa–. Cuando supe lo de Scott con esa mujer, pensé que mi mundo había acabado. Lo único que quería era sobrevivir. Me preocupé por la casa, por si la perdía, por no poder sentirme segura de mí misma nunca más en la vida. Y mira lo que ha pasado. Las niñas están felices aquí. Mi trabajo es mejor y más interesante. Conozco a todo el pueblo. Ellos me conocen a mí. Creía que iba a ser algo temporal, y me encanta. No recuerdo que me gustara esta casa cuando vivía en ella, de joven. Solo era una casa. Puedo mudarme si es demasiado para ti, pero…

–No, no es demasiado para mí –dijo Addie–. Pero no puedo creer que estés feliz en esta casa tan vieja y en este pueblo tan viejo. ¡Antes vivías en una mansión!

–Era una casa bonita, pero no una mansión. Y, de todos modos, fue por elección de Scott. Yo quería tener una vida más tranquila que la que tenía trabajando en aquella gran empresa. Esto es un poco como volver a casa.

Adele se echó a reír.

–Justine, es que volviste a casa.

–Esta es la sorpresa: ni siquiera ha pasado un año desde que me divorcié, y me encuentro más feliz que nunca. Antes no me daba cuenta de que no era feliz, pero me gusta muchísimo que nadie me diga lo que deberíamos hacer, lo que yo debería hacer. Oh, todavía estoy enfadada, por supuesto. Scott es un idiota y ha tomado decisiones muy malas. Yo estoy intentando tomar decisiones que funcionen para mí y para las niñas, por supuesto. Y, Addie, tú

deberías pensar en lo de Jake. Si es un buen hombre y te sientes bien con él, no deberías permitir que se alejara. No hay muchos hombres como él. No creo que tú necesites a ningún hombre para ser feliz, pero, si conoces al hombre adecuado, puede ser uno de los pilares de tu vida. Lo único que tienes que hacer es asegurarte de que te apoya en lo que quieras hacer y no te dice lo que deberías hacer.

En diciembre, Half Moon Bay brillaba con todos los adornos de Navidad. Justine ayudó a decorar el escaparate del bufete. Logan estaba un poco más amable y alegre. Por fin, ella consiguió que Adele le diera el visto bueno sobre los azulejos, la pintura y los colores de la reforma. Fueron juntas a una tienda de electrodomésticos para sustituir los que había en casa, que eran ya demasiado antiguos. Incluso tuvieron tiempo para sentarse con un par de contratistas para intentar planificar la reforma, que empezaría a primeros de enero.

Justine había conservado los adornos de Navidad de San José y los usó para engalanar la casa. Pusieron el árbol muy pronto. Los días se acortaban y el sol estaba poniéndose a las cinco de la tarde, y las luces navideñas iluminaban las calles del pueblo.

Justine acababa de salir del trabajo cuando oyó que alguien la llamaba.

–Justine –dijo Scott–. Hola.

–Hola, Scott. ¿Qué te trae por aquí?

–Quería saber si podemos hablar. ¿Quieres tomar algo conmigo?

Ella miró a su alrededor con nerviosismo.

–¿Está tu novia escondida en alguna parte?

–No, no. Estoy solo. Vamos al Tony's Oyster Bar. Podemos ir andando. Solo para tomar algo rápido.

–¿Es por los planes para la Navidad? Porque eso podemos

hablarlo…

–Me gustaría hablar de eso, sí, pero no se trata de ese tema. Creo que debería decir que lo siento, o algo…

A ella se le escapó una carcajada.

–¿Tú crees? –le preguntó.

–Vamos a tomar una cerveza, o algo. Por favor.

A Justine le dio miedo lo que pudiera avecinarse. Se fijó en la cicatriz blanca y fina que él tenía al borde del pelo, en la frente, y frunció el ceño.

–No querrás volver a hacer la larga lista de motivos por los que es culpa mía que te fueras con otra mujer, ¿verdad, Scott? Porque no es lo que necesito, precisamente.

–Nada de eso, te lo prometo.

–De acuerdo –respondió ella, y comenzó a caminar–. Pero solo una copa de vino. Tengo planes para la cena.

–¿Ah? ¿Con ese tipo, Logan?

–No, con mi hermana y con mis hijas. Voy a preparar rotini con pesto, ensalada y pan. Logan está trabajando y yo también tengo que terminar algunas cosas esta noche.

–Ah, suena muy bien –dijo él.

–Gracias. No estás invitado.

Tardaron solo unos minutos en llegar a Tony's. El bar estaba lleno, pero la mayoría de los clientes estaban en la barra. Justine encontró una mesa al fondo, cerca de la puerta de la cocina, y se sentó. Le envió un mensaje a su hija diciéndole que iba a tomar una copa de vino y que no tardaría. Pidió un chardonnay y esperó en silencio hasta que llegó. Cuando se lo sirvieron, dio un sorbito y preguntó:

–¿Qué ocurre, Scott?

–Vaya, parece que no lo vas a poner fácil.

–Si hay alguien que no se lo merece, eres tú. ¿De qué querías hablar?

–Bueno, no sé cómo decir esto, Justine.

Scott se quedó callado y miró su cerveza. Después, volvió a alzar la mirada.

–Cometí un error. Me equivoqué en todo.

–Sí –dijo Justine–. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿O con la Navidad?

–¡No tiene nada que ver con la Navidad! –exclamó él, enfadado–. Tiene que ver contigo. ¿No me has oído? He dicho que me he equivocado. Me arrepiento de haber roto el matrimonio. Me arrepiento de haber tenido una aventura. Me manipularon y fui un idiota por creérmelo todo.

–¿Te ha vuelto a pegar, o te ha dejado?

–¡Ella no me ha pegado nunca! Tuvimos un desacuerdo. Cosas que pasan. Justine, yo nunca he dejado de quererte. Eres la madre de mis hijas, y siempre te he querido. Pensé… No sé lo que pensé. Cometí un simple error.

–¿Un simple error? Scott, estuviste meses diciendo mentiras y destruiste a tu familia. Nos traicionaste a todas. Así que, si cometiste un error, creo que tendrás que vivir con ello.

–Sé razonable, Justine. Lo siento. Reconozco que me equivoqué y he aprendido la lección. He aprendido mucho más de lo que quería. Podemos recuperar nuestro matrimonio.

–No, no podemos.

–Sé que hará falta tiempo…

–Haría falta un milagro. Dijiste que ya no me querías y, cuando dejé de sufrir por ello, yo también dejé de quererte a ti. Te llevaste todo

lo que quisiste y alquilaste una casa lujosa para vivir con una mujer que no te había dado sus mejores años, que había criado a sus hijas contigo, que había confiado en ti y…

Justine hizo una pausa y dio un sorbito a su copa de vino.

–¿Por qué quieres recuperar nuestro matrimonio?

–¡Porque me he dado cuenta de que estaba confundido! ¡Me equivoqué y dejé que ella me utilizara! ¡Tú tenías razón y yo me volví loco! No sé si sería la crisis de la mediana edad, pero, al final, ha iluminado todas las cosas que yo daba por sentadas. Nos merecemos una segunda oportunidad. Teníamos un buen matrimonio.

–Todo lo que te llevaste en el acuerdo de divorcio… ¿Estás en situación de devolverlo al fondo de pensiones y a las cuentas de ahorro?

Él bajó la cabeza y miró su cerveza.

–Dame la oportunidad y te compensaré por todo –respondió él, en voz baja.

–Se lo ha quedado ella, ¿no? ¿Cómo lo ha conseguido?

–No, no se lo ha quedado exactamente.

–Pero tú no lo tienes. Te engañó.

–Sí, me engañó. Íbamos a ser socios. Ahora no tengo dinero, solo un negocio ruinoso. Creía que íbamos a ser socios, que yo iba a salvar el negocio para ella, ayudarla. Creía que ella estaría agradecida, pero… –dijo Scott, y carraspeó–. Fue muy convincente.

–Hasta que te dejó inconsciente la primera vez –dijo Justine.

Él no respondió, pero se estremeció.

–Te dije que iba a pasar esto –dijo ella.

–¿Porque soy un hombre completamente indeseable? ¿Porque,

aparte de ti, quién iba a quererme? ¿Porque soy un don nadie?

–¡No! ¡Porque ella jugó con tu ego y ganó! Tú no eras un don nadie. Lo eras todo para tu mujer y tus hijas. Pero te alejaste de la realidad, del amor y del compromiso. Ella jugó contigo. ¿Por qué te ha dejado, al final? ¿Te quedaste sin dinero?

–No. Le dije que no iba a volver a casarme nunca.

Ella se echó hacia atrás para apartarse de él. Le había sorprendido mucho que dijera aquello. Pensaba que Scott estaba perdidamente enamorado y haría cualquier cosa que le pidiera su amante. Ahora quería saber cuánto le había sacado aquella mujer a cambio de la tienda de kayaks, y podía averiguarlo, puesto que cualquier cosa que tratara de una compraventa necesitaba documentos que debían registrarse públicamente.

–¿Y tú, Justine? ¿Vas en serio con ese tal Logan?

–Sí, muy en serio. No estoy saliendo con nadie más. Aunque no tenemos planes todavía, todo es muy nuevo.

–Entonces, todavía quedan esperanzas para mí –dijo él, un poco más animado.

–No, Scott, no estoy abierta a la idea de una reconciliación contigo. De hecho, no creo que podamos ser amigos.

–¿Cómo puedes decir eso? Hemos estado treinta años juntos.

–Exacto. Después de tantos años de amor y confianza, lo que me hiciste fue inaceptable. Dudo que ningún otro ser humano me hubiera hecho tanto daño –respondió Justine.

Apartó la copa de vino y empujó la silla hacia atrás. Tomó su maletín de trabajo y salió del bar. Hacía una noche fría y oscura, salvo por el brillo de las luces de Navidad. Era consciente de que aún no había superado completamente la traición. De hecho, Scott había empeorado la situación con su deseo de volver. Ella no tenía ni idea de que podría dolerle tanto.

Pero, entonces, tuvo una visión de Scott, sin nada, después de

haberle quitado todo lo que había podido. Scott, sin hogar, sin recursos. Era una visión muy triste, y se le cayeron las lágrimas.

Adele no había visto mucho a Jake desde la última conversación que habían tenido. Había sido casi un enfrentamiento. Durante aquel tiempo, había estado pensando mucho en la situación y había decidido que encontraría la forma de convencerlo de que debían volver a su antigua amistad y dejar que la relación evolucionara de manera natural. Era como si hubieran pasado por alto una fase del desarrollo de su relación; tenía que conseguir que Jake entendiera que, después de haber sido amigos durante toda la vida, era incómodo cambiar el amor por el hecho de estar enamorada, cuando ni siquiera estaba segura de lo que significaba eso.

Ella se preocupaba por él y lo quería; si tuviera que hacer una lista de cualidades que consideraba importantes en alguien con quien pudiera compartir su vida, Jake las tenía todas. Ternura, fuerza, integridad, sinceridad, bondad, sabiduría… Aquella lista era larga e impresionante. Lo único que faltaba era aquella pasión que recordaba de unos años antes, cuando se había enamorado ciegamente del inútil del profesor.

Había aprendido que aquel sentimiento no valía mucho sin todas las demás cosas, pero, en aquel momento, eso no le servía de ayuda.

Trato de explicárselo a Ross, pero su amiga le respondió:

–A mí me parece que estás dando por sentado que Jake siempre va a estar ahí.

Por supuesto que no. No estaba dando por sentado a Jake. Más bien, pensaba que él estaba intentando motivarla con sus frecuentes visitas a casa de Jeannie para ayudarla con los planos de la reforma y la elección de los azulejos. ¡Ella también tenía que elegir azulejos y pensar en los planos!

Con todo aquello en mente, se arregló, se peinó y se maquilló, y fue a pie hacia el mercado. Si se encontraba con que Jake iba otra vez a casa de Jeannie, se iba a poner a gritar. Justine y las niñas se

habían ido a un concierto del coro del instituto, a San José, y ella había decidido que era hora de decirle a Jake lo que pensaba. Claramente, él la estaba evitando e intentando darle celos, y eso no era forma de empezar una relación amorosa.

Al llegar al mercado se detuvo en seco. En la entrada había una ambulancia, un camión de bomberos y una furgoneta de paramédicos. Vio una camilla con ruedas fuera del mercado; uno de los paramédicos iba a lado, sujetando una bolsa de suero.

Adele salió corriendo hacia allí, con un miedo terrible por Jake. Jake, cuyo padre había muerto muy joven de un infarto. Llegó junto a la camilla justo cuando iban a meterla por la puerta trasera de la ambulancia.

–¿Quién es? ¿Quién va en la camilla?

Bobby Jo, el encargado del mercado, y Lee, su ayudante, estaban allí. Lee dijo:

–Voy a buscar a su madre. ¿Dónde lo van a llevar?

–Vamos a Sutter, pero no se puede garantizar que se quede allí. Quizá necesite algún especialista de la bahía de San Francisco.

–¡Jake! –gritó Adele, corriendo hacia la camilla–. ¡Jake!

–Por favor, retroceda, señorita –le dijo un bombero–. ¿Es usted de su familia?

–No… Quiero decir, sí, ¡soy su mejor amiga! ¿Qué ha ocurrido?

Lee intervino tomándola del brazo para evitar que se subiera a la ambulancia.

–Espera, Addie –le dijo–. Deja que lo lleven al hospital.

–¿Qué ha pasado?

–Se le ha caído una pared entera de cajas encima. No sé cómo. Esto no había ocurrido nunca. No sé si le dio un ataque al corazón, o algo así, y se chocó con el montacargas contra las cajas… Casi todas

eran de latas de conservas. Tiene una hemorragia en la cabeza. No puedes ir con él. Yo te llevo después de ir a recoger a Beverly, si quieres…

Addie se marchó corriendo a su casa y tomó su coche para ir junto a Jake. Solo podía pensar en que quería que él supiera que estaba a su lado, que lo quería, que, si lo perdiera, sería la pérdida más grande de su vida.

«¿Cómo he podido dudarlo ni un momento?», se preguntó, con una inmensa tristeza.

Cuando llegó al Hospital Sutter, ya lo había visto un médico y le estaban haciendo pruebas: un escáner de la cabeza, un electrocardiograma y algunas otras cosas. Además, estaban valorando la posibilidad de enviarlo al Centro Médico de la Universidad de California.

–¿Para que lo operen? –le preguntó a la enfermera–. ¿Tienen que operarlo del corazón?

–¿Está usted al tanto de alguna afección cardíaca que nosotros debamos conocer? –preguntó a su vez la enfermera.

–No, solo sé que su padre murió de un infarto, y era joven. ¿Le han preguntado por eso?

–Está hablando con las enfermeras y ellas van a consultar su historial médico. Es lo único que puedo decirle –respondió la enfermera del mostrador–. Él no la ha nombrado a usted como uno de los miembros de su familia.

–¿Está consciente?

–Cuando llegó sí lo estaba, y podía hablar.

–¿No puedo verlo un segundo?

–No, lo siento. Al menos, no hasta que no hayan determinado la gravedad de sus lesiones.

–Por favor, ¿podría preguntárselo a los médicos? Y, si no me lo permiten, ¿podría darle un mensaje de mi parte, de parte de Addie?

–Puedo intentarlo, pero entienda que lo han medicado y no quieren que se excite.

–Solo dígale que Addie está aquí, y que lo quiero. Solo es eso, pero es muy importante.

–Veré lo que puedo hacer. Por favor, vaya a sentarse a la sala de espera…

–Su madre –dijo Addie–. Alguien va a traer a su madre…

–Sí, han llamado y ella está de camino.

–Muy bien, espero.

A Adele le pareció una eternidad aquella espera. Cada cinco minutos le parecían veinte. Por fin, Beverly entró en la sala de espera de urgencias, y Addie la abrazó.

–¿Está bien? –preguntó Beverly.

–No he podido verlo. Le están haciendo pruebas de la cabeza, creo.

–Lee me ha dicho que se le cayeron varias cajas muy pesadas encima y que el montacargas se cayó de lado. Voy a ver qué me dice la enfermera.

Pero, aparte de decirle que Jake estaba recuperándose, la enfermera no tenía más información que dar. Después de media hora, permitieron a Beverly entrar a ver a su hijo. Cuando salió, sonreía.

–Tiene un vendaje muy grande en la cabeza y dice que, mientras esperamos a los resultados de las pruebas, le gustaría verte. Si todavía estás aquí, me ha dicho –le dijo la madre de Jake, y sonrió aún más.

–Como si fuera a marcharme –respondió ella, y entró en la zona de los pacientes.

Cuando llegó a la puerta de su habitación, se asomó con timidez. Él estaba sentado en la cama, con la camisa manchada de sangre y un vendaje blanco en la cabeza.

–Ay, Jake. Dios mío.

–Sí, es bastante aparatoso, ¿verdad? Tengo que quedarme ingresado esta noche. Para que se cercioren de que no me pongo a andar dormido.

–¿De verdad?

Jake se echó a reír.

–No, no es verdad. Seguramente, para asegurarse de que no tengo ningún daño en el cerebro.

–Jake, ¿qué ha pasado?

–Intenté mover demasiadas cajas a la vez y apreté el acelerador en vez del freno. La cajas se cayeron hacia delante y el montacargas volcó. Nunca tuve mucha coordinación –dijo él, con una sonrisa–. Solo para cerciorarme de que no deliro, la enfermera me ha dicho que una chica muy guapa me quiere.

–¿Y tú has deducido que era yo?

–Pensaba que era Jeannie, pero voy a darte una oportunidad. Mañana podría estar muerto.

Ella le puso una mano en la mejilla.

–Siempre te he querido, Jake. Me preocupaba que no fuera el tipo de amor adecuado. Pero, cuando has tenido este accidente, me he dado cuenta de que hay muchos tipos de amor, y yo los siento todos. ¡He perdido demasiado tiempo pensando y dándole vueltas a las cosas! No quiero estar nunca más sin ti.

–Entonces, así será. Tú eres mi chica de ahora en adelante.

–Vaya, sí que ha sido fácil.

–No siempre será fácil. Ahora tenemos que estar a la altura. Pero yo estoy deseando que suceda.

–Jake, ¿crees que si prometo que te voy a cuidar toda la noche, a vigilarte, el médico me dejará que te lleve a casa?

–Merece la pena intentarlo –dijo él, con una enorme sonrisa.

Justine no estaba esperando a nadie, pero el sábado anterior a la Navidad, alguien llamó a la puerta. De hecho, estaba a punto de meterse a la ducha, porque llevaba un buen rato limpiando y cocinando, y estaba desarreglada. Las niñas se habían ido a hacer unas compras de última hora y ella había aprovechado para ordenar toda la casa y preparar una lasaña. Livvie había invitado a comer a su novio, Jared; y, cuando Jared iba a casa, a menudo llevaba a algún amigo, seguramente, para presentárselo a Amber.

Cuando abrió la puerta, se encontró con Scott. Él tenía los brazos llenos de regalos.

–Scott –dijo ella–. Qué sorpresa.

–Espero que no te importe –dijo él–. Solo quería dejar esto y marcharme. A no ser que…

Ella esperó a que terminara la frase.

–¿A no ser que qué?

–¿Tienes un minuto?

–Claro. Deja que te ayude –dijo Justine. Tomó los paquetes, seis en total, y los colocó debajo del árbol.

–¿Las niñas no están? –preguntó él, mientras entraba al vestíbulo.

–Han ido de compras. Vendrán enseguida, pero, Scott, no puedes acostumbrarte a venir cuando quieras.

–¿Y Addie?

–Está cuidando de Jake, aunque yo creo que ya se ha recuperado y no necesita que lo cuiden tanto. Tuvo un accidente y se hirió en la cabeza trabajando.

–Vaya, lamento eso. Yo solo quería que supieras que… Cat se ha ido. No va a volver.

–Huyó del naufragio, ¿eh?

–No del todo. Aunque se ha marchado con un buen pellizco. Le dije que habíamos terminado y que si volvía, llamaría a la policía. Creo que ya tiene antecedentes de algún tipo. Debe de ser así, porque se marchó voluntariamente y sabe que todavía no estoy arruinado. Estaba intentando convencerme de que te demandara para intentar sacar más dinero.

–Se habría llevado un chasco. Ningún juez se habría puesto de tu parte. Nuestro acuerdo de divorcio fue de manual.

–Cometí un error –dijo Scott–. Lo reconozco. Ella no resultó ser la mujer que yo pensaba.

Justine miró la cicatriz que él tenía en la frente.

–Seguro que fue una gran sorpresa para ti.

–Lo siento, Justine. Nunca sabrás cuánto. Si alguna vez quieres darme otra oportunidad…

–No –dijo ella, negando con la cabeza–. No puedo arriesgarme a que vuelvas a hacerme tanto daño. No te imaginas el sufrimiento que padecí.

–Pues parece que te has recuperado muy bien –dijo él.

–Es lo que tú querías. Solo dos meses después, antes de que nos divorciáramos legalmente, dijiste que pensabas que yo lo habría superado para entonces –le dijo Justine, con un suspiro–. Eso fue lo que más me impactó. Me sorprendieron las mentiras, las trampas, pero eso le pasa a mucha gente. Puede que sea una sorpresa, pero no el golpe frío y desgarrador que me supuso tu crueldad. El hombre con el que me casé era imperfecto, como yo, pero no cruel.

Te alejaste de mí como si fuera uno de tus derechos. Como si no importara lo que nos pudiera ocurrir a las demás siempre y cuando tú fueras feliz. Y no fuiste bueno.

–Lo siento. Supongo que ya es demasiado tarde para mí. Ese tal Logan…

–Logan es un hombre muy especial, pero el motivo por el que no vuelvo contigo eres tú, Scott. Tu egoísmo y tu mezquindad. Y tú te fuiste con una mujer el doble de egoísta y cruel.

Él asintió.

–Bueno, tú eres fuerte. Siempre lo has sido.

–Soy fuerte, y me alegro, pero mi fortaleza no significa que tú, ni ninguna otra persona, pueda tratarme con esa malicia. Vamos a terminar aquí.

–Yo esperaba que, por lo menos, pudiéramos ser amigos…

Ella se echó a reír.

–Tú ni siquiera sabes lo que es un amigo. Es alguien en quien se puede confiar y en quien puedes apoyarte, que comparte sus miedos y sus sueños contigo, que te hace partícipe de sus secretos. Y no te traiciona. Se mantiene en equilibrio con lo que da y recibe, no te quita algo y después más, y más, y más.

–Entonces, ¿no sientes ni el más mínimo amor por mí? Después de tantos años y de dos hijas preciosas.

–No es el tipo de amor que me convertiría en una tonta otra vez, Scott.

Él se quedó callado un momento.

–¿Qué vas a hacer en Navidad? –le preguntó.

–Será un día tranquilo. Jake y Addie van a cocinar en Nochebuena. El día de Navidad las niñas y yo estaremos aquí, tranquilas. ¿Y tú?

–Supongo que iré a casa de mis padres…

–Deberías hacerlo. Y gracias por traer regalos para las niñas.

–También hay uno para ti.

–Preferiría que no lo hubieras hecho. Te lo devolveré sin abrir. Espero que las niñas y tú tengáis una buena relación, pero ¿tú y yo? No. Ahora somos algo que pudo haber durado para siempre, pero no fue así.

La mañana de Navidad comenzó de una manera que Justine había empezado a considerar normal. Se puso ropa cómoda y empezó a preparar la comida. Addie había pasado la noche en casa de Jake, pero iban a ir a comer y a intercambiar los regalos. Había una ensalada lista en la nevera y la carne se estaba cocinando. Había preparado un café y se lo estaba tomando mientras intentaba no recordar las estupendas Navidades que habían pasado cuando eran una familia. Aunque, seguramente, aquellas fiestas que parecían tan perfectas no lo habían sido, en realidad.

Amber fue la primera en bajar al salón y ponerse ante la chimenea encendida. Después llegó Livvie, que se echó a los brazos de su madre. Y, después, alguien llamó a la puerta.

–¿Por qué llama Addie a la puerta de su casa? –se preguntó Justine, mientras iba a abrir.

–Puede que sea papá –dijo Livvie–. Lo he invitado.

–¡Oh, Livvie, tenías que habérmelo preguntado antes!

–No te preocupes, mamá. Ayer nos trajo regalos, y nosotras tenemos regalos para él. Le dije que no podía quedarse mucho y que no se admitían novias. Creo que tenemos que ser más abiertas con este tipo de osas. Si se porta mal o hace el tonto, no lo invitaremos más.

–Pero…

–Tú no quieres que vayamos a su casa, ¿no? Además, en este

momento, él es patético.

–¿Os llamó él y os lo pidió?

–No, llamé yo. Antes le pregunté a Amber, y a ella le pareció bien. Este verano nos hemos portado mal con él, y solo quería que supiera que podemos ser una familia, aunque sea una familia rota y rara. Aunque le dije que tenemos que respetarnos unos a otros, y ese respeto empieza por no traer novias a la comida de Navidad. Él dijo que no había ningún problema.

Scott volvió a llamar. Justine estaba muy escéptica.

–Tu padre ya no está con ella. Pero yo le dije que no podía venir aquí cuando quisiera. Esta no es su casa, y nosotros no somos pareja.

–Me parece bien –dijo Livvie.

Entonces, Justine pensó: «Puedo hacer esto». Y sonrió por sus hijas. «No sé cómo, pero conseguimos criar a dos hijas muy inteligentes e intuitivas».

Epílogo

Un año después

Adele y Justine fueron a dar un buen paseo por la playa la mañana de Navidad. Aquellos paseos matutinos se habían convertido en una parte muy apreciada de su vida cotidiana durante aquel último año. Addie estaba muy concentrada en su trabajo y en su programa de posgrado, pero también estaba aprendiendo cosas sobre la transición posterior a un divorcio y adaptándose a su nueva vida y a la relación de su propia familia. Se había ido a vivir con Jake en primavera, y le encantaba durante el noventa por ciento del tiempo. Había un diez por ciento durante el que alguno de los dos refunfuñaba o necesitaba su espacio, pero los dos estaban de acuerdo en que su relación era sólida y estaban preparando su boda para junio.

Justine terminó la reforma de la casa, que quedó maravillosa. Addie sintió envidia durante un tiempo; mientras ella vivía allí, la casa parecía una casucha vieja. Pero la casa de Jake también era muy bonita, así que no se preocupó mucho tiempo más. Amber había empezado a estudiar en Berkeley, así que Addie la veía a menudo, y Livvie se había cambiado al instituto de Half Moon Bay para terminar el último año. Allí era donde estaban sus amigos ahora.

Por otro lado, nunca había visto a su hermana tan feliz. Justine no era una mujer tensa ni distante. Tal vez antes se lo hubiera parecido por su trabajo de responsable del departamento jurídico de una gran empresa, o por su matrimonio, o por ambas cosas. Ahora estaba relajada, segura de sí misma y contenta. Tenía un gran sentido del humor y se reía a menudo. Seguía saliendo con Logan, y parecía que su relación era fuerte y romántica, pero Justine se aferraba a su independencia.

Durante los primeros meses del año, Scott había tenido algunos

problemas para dejar a su novia, pero parecía que, por fin, se había separado de ella definitivamente. Tenía una tienda de kayaks en quiebra, pero estaba convirtiéndola en un bar con un modesto restaurante. Había pasado el otoño ampliándola y había construido un patio. Consiguió la licencia de actividad de hostelería y podría empezar a trabajar en primavera. Sería un buen lugar para relajarse y admirar las puestas de sol en el Pacífico y para ver las ballenas cuando migraban. Además, Scott podría vender cestas de pícnic a la gente que pasaba de camino a la playa. Iba a conservar algunos kayaks y había añadido a la oferta patines, bicicletas, tablas de surf y otros equipos deportivos.

Por supuesto, tenía novia, pero aquella no tenía antecedentes penales y parecía que estaba cuerda. Él no apareció con hematomas misteriosos en ningún momento. Tampoco iba a ver a Justine y a las niñas sin permiso.

Así pues, aquella mañana de Navidad, un año y nueve meses después de que Addie viera a Scott besándose con Cat en una pizzería, estaban coexistiendo sin demasiados problemas.

Invitaron a Scott a la comida de Navidad para abrir los regalos, pero Logan iba a ir a su casa por la noche, ese día. Los novios de Amber y Olivia también iban a ir a verlas. Addie y Jake iban y venían con frecuencia durante las fiestas, porque había muchos dulces que comer y muchos juegos de mesa a los que jugar.

Addie estaba verdaderamente enamorada. Ya no tenía dudas de si aquel era el tipo de amor adecuado para una vida entera. Jake era el mejor hombre para ella. Siempre lo había sido. Si ella no hubiera tenido roto el corazón y no hubiera sido una cuidadora con demasiado trabajo y responsabilidades, su relación habría empezado mucho antes. Sin embargo, el hecho de haber mantenido su amistad durante aquellos tiempos difíciles había convertido su amor en algo mucho más fuerte y sólido. Casi todas las mujeres del pueblo hubieran querido ocupar su lugar.

Mientras veían al sol elevándose por el cielo entre la bruma, Justine y ella hablaban de lo diferentes que eran ahora sus vidas, de cuánto habían mejorado. Parecía que la nueva situación funcionaba para todo el mundo.

–Estoy de acuerdo –dijo Justine–. Yo nunca hubiera pensado que nos iba a ir tan bien después de todo lo que pasó. Pero sería mejor que Scott sufriera un poco más –añadió, con una sonrisa.

–Es verdad –convino Addie–. Pero tal vez deberíamos darle las gracias. Sus malas decisiones nos obligaron a nosotras a tomar buenas decisiones.

–Nunca le agradeceré que fuera tan idiota –dijo Justine–, pero soy más feliz de lo que he sido en mucho tiempo, y dicen que esa es la mejor venganza.

–¡Pues brindo por la felicidad! –exclamó Addie, y las dos se echaron a reír.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com